PACHO O'DONNELL

BREVE HISTORIA ARGENTINA

DE LA CONQUISTA A LOS KIRCHNER

AGUILAR

A mi compañera y esposa Marina, y a mis hijxs
Camila, Agustina, Juan Manuel, Lucio y Victoria,
con amor y gratitud. Mucho amor y mucha gratitud.

Breve prólogo

Este libro cuenta nuestra historia patria desde la versión nacional, popular, federal, iberoamericana y democrática vulgarmente conocida como revisionismo histórico. Es la interpretación y la expresión de las circunstancias, los condicionamientos y las consecuencias históricas desde la perspectiva de los sectores populares, a diferencia de nuestra historia oficial, que obedece a los intereses de los sectores dominantes.

Nuestra historia oficial o consagrada, la que siempre nos enseñaron y contaron, fue la escrita por los vencedores de las guerras civiles del siglo XIX, la oligarquía porteñista (y sus aliados provinciales), centralista, europeizante —sobre todo anglófila—, antiprovincial, antipopular. Eran los unitarios rebautizados liberales, luego de que Urquiza, en la inconclusa batalla de Pavón, le entregara a Mitre la oportunidad de emprender la organización nacional y arrasar con todo resto de federalismo en el país.

Inteligentes, los vencedores comprendieron que su dominio requería no solo del Ejército Nacional fundado para someter a los díscolos, sino también de un aparato ideológico que impusiera una colonización cultural. Es decir, que ciudadanos y ciudadanas hicieran suyas las ideas y los símbolos de quienes habían resignificado los conceptos de *civilización*, sinónimo de Europa y de aquellos que de este lado del mar pretendían ser europeos, y de *barbarie*, las tradiciones criollas y cristianas, los federales, los caudillos, los provincianos, la plebe de gauchos, mulatos, indios y orilleros, es decir, lo nuestro, que supuestamente no servía para el progreso ni para la civilización en sus acepciones europeizadas.

No se encontrará objetividad en estas páginas porque, inevitablemente, todo ensayo está de manera forzosa cruzado por la ideología del autor, sus circunstancias, sus intereses. No imitamos la hipocresía de la historia oficial de pretender ser la única, la natural, la inobjetable, al amparo de haber sido el pensamiento único que impuso los programas de Historia en escuelas y universidades, los nombres de calles, avenidas y parques, los próceres y sucesos que merecían ser honrados con monumentos y fechas patrias, al mismo tiempo que jibarizaban o lisa y llanamente suprimían revueltas y jefes populares, retaceando también la importancia de mujeres, pueblos originarios, afrodescendientes.

Este es un libro de divulgación cuya aparente simpleza requirió

mucha investigación y mucha dedicación, lejanamente basado en mis *Historias argentinas* publicadas hace una década, contrariando a quienes denuestan la divulgación por considerarla menos “seria” que el ensayo infectado de contraseñas culteranas solo comprensibles para iniciados, mezclando sin ingenuidad profundidad con confusión. La divulgación, en cambio, implica compartir el conocimiento con los demás, con la gente, con el pueblo, para que la historia pueda cumplir con su supremo objetivo de sumergirse en el pasado para comprender el presente individual y colectivo, y también para proyectarnos hacia el futuro.

Al final del texto puede encontrarse una bibliografía de obras antiguas y modernas de la historiografía nacional, popular, federal, democrática e iberoamericana. He seleccionado aquellas que actualmente pueden ser compradas o encargadas en las librerías. También consultadas en bibliotecas públicas. Además no pocas de ellas pueden ser buscadas *online* y descargadas para su lectura.

CAPÍTULO I

1492 a 1540

LOS AMERICANOS DE NUESTRO TERRITORIO

El poblamiento humano del actual territorio de Argentina tiene una antigüedad de entre 13.000 y 10.000 años a. C., de acuerdo con hallazgos arqueológicos en la región patagónica. Es necesario diferenciar el término “indígena” —que significa población originaria del lugar, lo que lo hace aceptable, por lo que lo usaremos en este texto, siendo también correctos los sinónimos “oriundo”, “nativo” o “aborigen”— de “indio”, denominación equívoca generada en el error inicial de creer que la tierra a la que Colón y sus sucesores arribaron era la India, lo que lo hace improcedente e inutilizable.

Con el paso del tiempo se conformaron tres regiones indígenas muy marcadas: en el noroeste andino se establecieron culturas agrodependientes emparentadas con otras civilizaciones andinas, especialmente el imperio incaico; las culturas del Nordeste, agroalfareras, pertenecían a la familia tupí-guaraní; la pampa y la Patagonia fueron habitadas por culturas nómades.

Los indígenas pampeanos, los patagónicos y los que habitaban el Gran Chaco nunca fueron doblegados por la conquista española, y luego de nuestra independencia debió pasar mucho tiempo —y expediciones que no ahorraron la violencia— antes de que fueran incorporados al resto del territorio. En el Noroeste, en cambio, la colonización española logró establecer sus principales centros de población y de producción basada en la explotación del trabajo de los americanos por el cruel sistema de encomiendas. Sin embargo, fueron siempre acechados por guerras e insurrecciones de indígenas irredentos.

En cuanto al Nordeste, se caracterizó por el establecimiento de las misiones jesuíticas de los pueblos guaraníes, que conformaron sociedades indígena-cristianas con un alto grado de autonomía de la monarquía hispánica, que se enfrentaron incluso a las tropas conjuntas de España y Portugal en la llamada Guerra Guaranítica, hasta que fueron finalmente disueltas por la Corona española en 1767.

La explotación impiadosa por parte de los encomenderos asistidos por religiosos que se afanaban en combatir las supuestas herejías de los hábitos y las creencias de los habitantes originarios, a lo que se sumó el contagio de enfermedades europeas contra las que los indígenas no tenían defensas, provocaron el colapso demográfico. A la llegada de los invasores españoles había entre 0,4 y 2 millones de aborígenes asentados, sobre todo, en los valles fértiles del noroeste argentino y, en menor grado, a orillas de los grandes ríos del Litoral.

Pero el poblamiento de la pampa había comenzado antes, aproximadamente en el 9000 a.C. Desde entonces y hasta la llegada de los europeos, los tehuelches desarrollaron un modo de vida cazador-recolector, desplazándose en pos de las manadas de guanacos. Las culturas pampeanas y patagónicas no pudieron sedentarizarse y, por lo tanto, desarrollar la agricultura ni la consecuente agroalfarería, debido a que la ecología de sus territorios hacía que su economía más sustentable fuera la basada en un sistema "primitivo" de caza y recolección. Más tarde, con la proliferación de los caballos importados por los españoles, cazaban ganado cimarrón.

En cuanto al Nordeste, una zona naturalmente selvática de grandes sistemas hídricos formados por los ríos Paraná, Paraguay, Uruguay, Salado del Norte, Bermejo y el Pilcomayo, al ser pródiga en pesca, caza y frutos hizo que resultara mucho más económico un modo de vida cazador-recolector que la agricultura o la ganadería.

Sociedades indígenas dominantes transmitieron sus culturas a otras. Así como los quechuas transculturaron mucho a las etnias del Noroeste y los mapuches a los del Sur, lo mismo hicieron en toda la Mesopotamia los guaraníes.

Los distintos grupos étnicos que habitaron la región andina del norte y el centro de nuestro territorio fueron los omaguacas, atacamas, huarpes y diaguitas; de estos últimos descienden los calchaquíes. Estos pueblos fueron dominados entre *circa* 1480 y 1533 por el imperio inca durante un tiempo relativamente breve pero que dejó notoria influencia, ya que hasta hoy el idioma quechua es el predominante en gran parte de la zona andina. Como otros habitantes de la región, tenían conocimientos muy avanzados de la agricultura, la construcción de terrazas y el riego artificial. También criaban animales como la llama, que les servían para comerciar con otros grupos indígenas. Entre ellos, los kollas, un grupo étnico en el cual se han fundido gran parte de los atacamas, omaguacas, diaguitas y chichas y que ha recibido una fuerte influencia quechua.

Sin alcanzar el nivel artístico de otras culturas americanas, el de las artes indígenas precolombinas en el territorio que actualmente nos corresponde es rico e interesante, a pesar de lo cual ha sufrido la invisibilización del racismo extranjerizante de nuestra cultura dominante. No es fácil encuadrar nuestras artes precolombinas por la extensión de nuestro territorio, con una extraordinaria variedad ecológica que forzosamente se trasunta en la diversidad de las expresiones culturales. Puede decirse que la región del Noroeste se caracteriza por fuertes influencias andinas, mientras que la del Nordeste por influjos amazónidos, por su parte la región central, Córdoba, Santiago del Estero y San Luis, también todo Cuyo, por influjos andinos aunque fuertemente diluidos por culturas basadas en la agricultura y la ganadería, factores determinantes en la expresión artística de dichas zonas. En las demás zonas (Gran Chaco, la pampa, la Mesopotamia argentina, la Patagonia y la región fueguina), difusamente pobladas por etnias trashumantes que practicaban un modo de producción cazador-recolector, hubo menor desarrollo artístico y tecnológico.

Entre las más destacables herencias artísticas precolombinas, en la casi despoblada Patagonia de aquellos tiempos, se encuentra la fascinante Cueva de las Manos, a orillas del río Pinturas, en la provincia de Santa Cruz, que data de 7300 años a.C. Es una muestra de gran valor artístico, compuesta por impresiones de palmas de manos previamente teñidas con tintes naturales; "negativos" de manos obtenidos con pinturas que se soplaban a través del canal medular de un hueso para provocar el efecto de aerosol; también imágenes de guanacos muy estilizadas.

Se supone que el pueblo que produjo tal arte es el directo antecedente de los ahoniken ("patagones" o "tehuelches"). La impresión de las manos en la roca parece un rito mágico de inmortalización. En cuanto a las escenas de caza de guanacos, respetuosamente dibujados, parecen haber sido parte de rituales de gratitud al "hermano animal" por las proteínas aportadas en su muerte.

Otra manifestación de excepcional nivel artístico y de compleja interpretación fue hallada en Campo del Pucará, al pie del nevado del Aconquija: las antiquísimas estatuillas labradas en piedra conocidas como *Suplicantes*, que no desmerecerían como producto de algún talentoso escultor de nuestros días. Realizadas entre los siglos IV y VII d.C., pertenecen a la cultura Condorhuasi, de gran riqueza también en su alfarería, buscada en la actualidad por coleccionistas y depredadores de todo el mundo.

Los *Suplicantes* tienen una clara pero indescifrable intencionalidad religiosa, de allí el nombre adjudicado, quizás una artística plegaria a

algún ser superior en cuyas manos estaría la decisión, como respuesta a la belleza creativa, de hacer más llevadera una vida condicionada por factores ajenos a la voluntad humana.

Los mapuches nos han legado una interesante cerámica, una muy desarrollada industria-arte textil de quillangos, y ponchos, vinchas, fajas y matras de complejos diseños y variada policromía. También se destacan su arte lítico y la metalurgia, en especial la sobria aunque atractiva platería que suele adornar a las mujeres. Los huarpes cuyanos, desde el 500 d.C., llaman la atención por su cestería de trama muy fina, hasta el punto de lograr cestas impermeables en las cuales se transportaba el agua, es decir la garantía de vida en sus extensas travesías por tierras desérticas. También son atribuibles a los huárpidos algunas de las curiosas pictografías que se encuentran en las paredes rocosas de Talampaya y que hoy convocan a muchos turistas. En las sierras de Córdoba y de San Luis se sabe que el pueblo comechingón desarrolló su característica arquitectura de casas comunales semisubterráneas de paredes de piedra, y también, que eran muy dados a los adornos de metal y piedras semipreciosas y que era frecuente la pintura ritual del cuerpo. Sin embargo lo que hoy más llama la atención de su arte son sus glifos y pictografías religiosas, notablemente abstractas, tales como las que se encuentran en Cerro Colorado y Ongamira (Córdoba). A lo largo de los grandes ríos litoraleños raramente se encuentran enterramientos con grandes urnas o restos de canoas, pero pueden darnos alguna idea de las artes precolombinas las creaciones, vulgarmente catalogadas como "artesanías", de los actuales wichis, que se destacan por sus tallas representando animales en quebracho y palo santo y el tejido de atractivas chuspas a partir de la fibra del chaguar.

EL INVENTO DE LAS JOYAS

Cuando se cerraron las rutas que llevaban a la India por el Oriente, a raíz de la caída de Constantinopla en manos turcas, se impuso la necesidad de abrir otras vías para el aprovisionamiento de metales preciosos y de especias. La invención de la brújula, el astrolabio y la construcción de naves capaces de enfrentar las tormentas oceánicas, además de la bonanza económica de la España de entonces, hicieron posible que Cristóbal Colón se lanzara hacia el Oeste llegando en 1492 a las Antillas, creyendo haber llegado a la India. Como insólita consecuencia de dicho error seguimos llamando a nuestros aborígenes como indios tobas o indios mapuches...

La historia nos enseña que fue la reina Isabel la Católica quien, con

sus joyas, financió la expedición colombina. No fue ella sino Juan Santangel, un comerciante judío, en sociedad con los hermanos Pinzón, quienes aportaron dos carabelas de su propiedad. Lo de la reina fue una invención que justificaría la delegación que el Papa, supuesto dueño del orbe, hiciera de las nuevas tierras en los soberanos españoles. No en España sino en sus reyes, lo que algunos siglos más tarde explicará algunas estrategias de los revolucionarios de Mayo.

La Corona española era pesimista acerca del resultado de la expedición, lo que justifica la firma de las Capitulaciones de Santa Fe, el 17 de abril de 1492, por las que se concedía a Colón y a sus financistas grandes prerrogativas, como la de ser nombrado almirante, virrey y gobernador de las tierras a descubrir, además del diez por ciento de las riquezas obtenidas, privilegios que a la postre no se cumplieron, obligando a don Cristóbal a un infructuoso peregrinaje para que se cumpliera con lo acordado, empeño en el que lo sorprendió la muerte.

EL ESPANTO DE LOS DIOSES

Nuestros pueblos originarios tenían creencias religiosas que en algunos casos eran complejas y profundas. La conquista europea, en su propósito de evangelizar por las buenas o por las malas a los infieles que habitaban estas tierras, las consideraron inspiradas en el demonio y se esforzaron en extirparlas eliminando a sus sacerdotes, frecuentemente en hogueras, y torturando y matando cuando sorprendían prácticas religiosas consideradas heréticas. También fueron incautados o destruidos los símbolos religiosos, sobre todo los hechos en oro o plata, que alimentaron una codicia poco cristiana por hallarlos, y también los hechos en madera o cerámica, de los cuales algunos han llegado a nuestros días porque fueron enterrados en huacas para su conservación.

La religión de los araucanos y sus parientes mapuches, por ejemplo, de uno y otro lado de la cordillera patagónica, era bella y honda.

El dios bueno, “Chachao”, se aburría en la eternidad del Cielo. Quiso bajar a la Tierra, aún anegadiza y lluviosa, donde las cosas eran efímeras y mutables; tomó la Vía Láctea, que entonces llegaba hasta la pampa y todavía es llamada “el Camino del Cielo” en la lengua vernácula. Gozó Chachao o “Indio Viejo”, que era emocionalmente un eterno niño, ensuciándose las manos y chapoteando en la tierra enlodada; moldeó con barro figuras de fantasía y las sopló, irresponsablemente, para infundirles vida. Así fueron creados los animales.

Para darles espacio donde correr, de otro soplo aventó las lluvias, secó los pantanos y dio firmeza a la pampa.

Vio su imagen reflejada en una laguna y tuvo el capricho de reproducirla en estatuillas de dos pies que vestían, como él, chiripá y poncho. No eran reproducciones perfectas sino casi caricaturas, pues el Viejo estaba de buen humor y solamente buscaba reírse de sí mismo.

Pero un incidente inesperado transforma en tragedia la escena de la Creación. El ñandú, entusiasmado con sus carreras por la pampa seca, quiso subir al cielo por la Vía Láctea y aprovechó la distracción de Chachao para ascender algunos tramos. Al darse cuenta este de que una criatura de barro iba a ensuciar las alturas celestiales, desató sus boleadoras y las arrojó contra el osado, que de una espantada volvió a la pampa dejando en el Cielo, a comienzos de la Vía Láctea, la huella de sus tres dedos y garrón: la Cruz del Sur; también quedaron las boleadoras del Viejo, Alfa y Beta de Centauro, junto a la huella.

Ocupado en espantar al ñandú no se dio cuenta Chachao de que su hermano “Gualicho”, dios malo, había descendido a la Tierra para gastarle la pesada broma de soplar los monigotes bípedos acabados de esculpir.

Se llenaron de espanto ambos hijos del Cielo cuando vieron a los objetos de barro moverse, pavonearse y discurrir como si fueran dioses.

Chachao escapó horrorizado por la Vía Láctea. Con su cuchillo de piedra cortó el Camino del Cielo para que los monstruos —es decir, los seres humanos— no subieran. Dejó a Gualicho en la Tierra en castigo por haberles infundido el aliento divino a esos grotescos y efímeros muñecos de barro.

El dios bueno no volvió más a la pampa, ni pudo salir el dios malo de ella. Desde entonces busca Gualicho destruir su imprudencia aniquilando a los hombres con enfermedades, guerras y hambres. Lo hace de lejos, pues verlos le causa horror y remuerde la conciencia; por eso vive en lo profundo de los montes y solo se arriesga a salir cuando las noches son oscuras. (Tomado de José M. Rosa).

UN FABULADOR INMORTALIZADO

Mientras don Cristóbal atravesaba varias veces de ida y vuelta el océano, un fabulador y mediocre marino florentino, Américo Vespucio, escribía a su compatriota, el poderoso Lorenzo de Médicis, adjudicándose el descubrimiento e instándolo a financiarle una expedición. A diferencia de los soberanos españoles que tratarían de

mantener oculto el acontecimiento para, infructuosamente, no despertar la ambición de otras potencias, el príncipe Médicis publicará la carta y el cartógrafo alemán Waldseemüller la tendrá sobre su escritorio cuando debe bautizar los nuevos territorios. En su *Cosmographiae Introductio* escribirá: “En el sexto clima, hacia el polo antártico, está situada la parte del globo que, habiendo sido descubierta por Americus, puede ser llamada ‘tierra de Americus’ o ‘América’”.

LOS MONSTRUOSOS AMERICANOS

Para hacer lo que se hizo fue necesario poner en duda la condición humana de los habitantes del Nuevo Mundo, a quienes se definía como “seres con apariencia de hombres”. A ello contribuyó Colón, quien en su *Diario* se refiere tres veces a seres “de un solo ojo”, como el cíclope griego. No termina ahí la cosa, pues don Cristóbal en una de sus cartas a Gabriel Sánchez le cuenta que a “la gente con cola” podía encontrársela en la parte poniente de la isla Juana, en la provincia llamada Nuan, “adonde nace esta gente”. En su segundo viaje le llegó el conocimiento de que “en Mangi todas las gentes tenían rabo de más de ocho dedos de largo” y que no muy lejos de La Española, ciudad por él fundada, había seres “con hocico de perros que comían los hombres y que tomando uno lo degollaban y le bebían la sangre y le cortaban su natura”.

No se queda atrás Antonio Pigafetta, uno de los escasos sobrevivientes de la expedición magallánica y cronista de la misma, quien cuenta que en una de las tantas islas indianas vivían hombres que tenían las orejas tan largas como todo el cuerpo, de manera que “cuando se acuestan, una les sirve de colchón y otra de frazada”.

A mediados del siglo XVI el “haut americano” es descripto por primera vez en el Capítulo LII de *Les Singularités de la France Antarctique*, de André Thevet: “Tiene el tamaño de una mona de África, el vientre colgante y una cabeza parecida a la de un niño. Cuando se la captura suspira como un niño acongojado [...] Además a esta bestia nunca se la ha visto comer”.

Aún en 1602 *Le Relazioni Universali* del abate Giovanni Botero, publicadas en Venecia, reproducen la figura del “gastrocéfalo americano”: “Un hombre sin cabeza, que tiene ojos en la nariz y la boca en el pecho, y que va desnudo, menos en sus partes vergonzosas [...] y lleva sombrero ancho sobre sus espaldas, que de tan ardiente calor solar los defiende”. Y, más adelante: “Esto es verdaderamente un milagro de la naturaleza, un aborto o un prodigio, porque no se trata

de un solo ser, sino que hay miles por estos lugares”.

El jurista de la Corona Ginés de Sepúlveda justificaría la “guerra justa” porque “siendo por naturaleza siervos los hombres bárbaros, incultos e inhumanos, se niegan a admitir la dominación de los que son más prudentes, poderosos y perfectos que ellos siendo por derecho natural que la materia obedezca a la forma, el cuerpo al alma, el apetito a la razón, la mujer al marido, los hijos al padre, lo imperfecto a lo perfecto para desterrar las torpezas nefandas y portentoso crimen de devorar carne humana y propagar la fe cristiana por todos los rincones del mundo”.

Según investigaciones recientes, en 1492, en la isla donde Colón fundó La Española, lo recibieron unos trescientos mil nativos. De ellos un tercio murió entre 1494 y 1496. En 1514 fueron censados solo 26.300. En 1548 escribía el cronista Fernández de Oviedo que “de tres veces cien mil y más personas que había en aquella sola isla, no hay ahora quinientos”.

NUESTROS VALIENTES ANTEPASADOS

Nuestros indígenas nunca ocuparon un lugar de privilegio en nuestra historia oficial, que así reproduce su postergación social. Es hora ya de que hagamos justicia a la lucidez y al coraje de nuestros lejanos antepasados.

Las noticias que el extremeño Núñez de Balboa hizo llegar del descubrimiento, el 25 de septiembre de 1513, del “Mar del Sur” (Océano Pacífico), se difundieron por toda España y se supieron también en Portugal. Ello urgió a los reyes de España a enviar una armada para encontrar el canal interoceánico para franquear el nuevo continente y así extender sus dominios por el oeste de las Indias Occidentales. “Habéis de mirar que en esto ha de haber secreto e que ninguno sepa que yo mando dar dinero para ello ni tengo parte en el viaje”, escribía el monarca español en sus instrucciones al Piloto Mayor del Reino, Juan Díaz de Solís, en 1515, al enviarlo hacia la América meridional.

La suerte no acompañará a dichos conquistadores europeos, pues no les sucederá lo que a Hernán Cortés, a quien el soberano azteca y su corte recibirán con honores, convencidos de que eran la encarnación del dios Quetzalcóatl profetizada por los augures. Tampoco la de Pizarro, quien invadirá el imperio incaico y apresará sin dificultades a su soberano Atahualpa, más ocupado en litigar con su hermano Huáscar que en defenderse de los intrusos.

Nuestros querandíes, a quienes nuestra historia divulgada trata de

salvajes poco menos que animalizados, deben ser reconocidos como más sagaces que sus hermanos americanos, ya que no confundieron a los españoles con dioses y no dudaron de que se trataba de enemigos. No se dejaron impresionar por aquellas naves descomunalmente más imponentes que sus piraguas, por aquellos desconocidos animales que arrojaban humo por sus narices y corrían a la velocidad del rayo, tampoco por aquellas pieles rígidas que sus flechas no atravesaban y que refulgían al sol como la plata que los conquistadores anhelaban.

Los mataron luego de incitarlos al desembarco tentándolos sagazmente desde la orilla con objetos dorados y plateados que destellaban hasta encandilarlos. También con agua, frutas y peces, preciadísimos luego del prolongado y azaroso cruce del océano. El cronista Herrera, integrante de la expedición, relató que "los indios tomando a cuestas a los muertos, y apartándoles de la ribera hasta donde los del navío no los podían ver, cortaban las cabezas, brazos y pies, asaban los cuerpos enteros y se los comían".

Cabe dudar de estos relatos sobre canibalismo, que se repetirán a lo largo de toda la Conquista, con escasas confirmaciones, que tenían por objetivo horrorizar a los europeos y así justificar las intervenciones "civilizadoras" que provocaron la casi extinción de los habitantes americanos.

En cambio el cronista alemán Ulrico Schmidl, integrante de la segunda expedición al Río de la Plata capitaneada por Pedro de Mendoza, dará cuenta de canibalismo por parte de los europeos, sitiados y hambreados por los indómitos americanos: "Tres españoles habían hurtado un caballo y se lo comieron. [...] Se los condenó y colgó de una horca. Ni bien se los había ajusticiado y cada cual se fue a su casa, aconteció en la misma noche por parte de otros españoles que ellos han cortado los muslos y unos pedazos de carne del cuerpo y los han llevado a su alojamiento y comido. También ha ocurrido que un español se ha comido a su propio hermano muerto. Esto ha sucedido en el año de 1536 en nuestro día de Corpus Cristi en la sobredicha ciudad de Buenos Aires".

Las versiones de la nefanda suerte de aquellos primeros españoles que se atrevieron a hollar las tierras de lo que hoy es nuestro país han sido siempre expuestas con solidaridad hacia los conquistadores, lo que constituirá el acto inicial del drama de una Argentina siempre pensada desde otros.

SYPHILO Y EL PALO SANTO

En 1530 Frascator había publicado su libro *Syphilo*, que bautizó a la

hasta entonces poco conocida enfermedad. Como muchas obras de medicina de la época, fue escrita en forma de poema.

"Syphilo", indio americano, libra una imposible batalla contra la enfermedad, y ruega a los dioses que le traigan un bálsamo que lo cure. Estos hacen crecer el "guayacán", árbol milagroso cuya resina bebida en tisana le devuelve la salud perdida.

A don Pedro de Mendoza no lo mueve el afán de riquezas, que ya posee. Ni el de prestigio, que le sobra a la casa de Mendoza, a la que pertenece también el célebre marqués de Santillana. Tampoco el de gloria, pues ya la ha conquistado durante las guerras de Italia.

El capitán atraviesa el océano asesino, plagado de borrascas y piratas, al mando de once navíos y mil doscientos hombres, en busca del "palo santo" o "guayacán" con el que curar su avanzada sífilis. Ese tormento que lo hace arder en fiebre y retorcerse en dolores sobre su jergón. Lo que su médico, don Hernando de Zamora, no ha tenido en cuenta es que se trata de una planta tropical, jamás hallable en los australes dominios del Río de la Plata.

Al desembarcar y fundar el fuerte de Santa María de los Buenos Ayres en homenaje a la Madonna della Buonaria, a quien se habían encomendado durante una prolongada "calma chicha", solo encontraron americanos que ya habían dado cuenta de Solís y que estaban decididos a acabar también con los nuevos intrusos.

La decisión de abandonar el emplazamiento antes de que todos murieran por hambre o por flechazos fue inevitable. Algunos lo hicieron hacia el Norte comandados por Juan de Ayolas. Don Pedro, en cambio, decidió regresar a España en el bergantín *La Magdalena*. Antes de partir dejó un conmovedor "pliego de mortaja", como se llamaba a los últimos deseos: "Sabéis que no tengo qué comer en España si no es la hacienda que tengo que vender y toda mi esperanza es en Dios, en vos, por eso mira, pues os dejo por hijo y con cargo tan honrado que no me olvidéis pues me voy con seis o siete llagas en el cuerpo, cuatro en la cabeza y otra en la mano que no me deja escribir ni aún firmar [...] Y si Dios os diera alguna joya o alguna piedra no dejéis de enviármela por que tenga algún remedio de mis trabajos y de mis llagas".

Pero Mendoza morirá a bordo el 23 de junio de 1537, maldiciendo su suerte y a Buenos Aires.

EL FRAILE ESCLAVISTA

El humanitarismo de fray Bartolomé de las Casas ha sido instrumentado por la versión hispánica del mal llamado

"Descubrimiento de América", puesto que el inmenso continente había sido ya "descubierto" por los millones de hombres y mujeres que lo habitaban. Se trató de imponer otros nombres encubridores, como "Día de la Raza", como si los europeos no tuvieran clasificación racial, o el rebuscado de "Día de la Diversidad Cultural". La denominación más acertada es la de "Comienzo de la invasión europea a tierras americanas", que, como toda guerra de conquista, se llevó a cabo con violencia. Lo de fray De las Casas y su defensa de los derechos de los americanos ha sido exaltado para contrarrestar la "leyenda negra" del genocidio a manos de los conquistadores. Pero lo cierto es que su prédica, aunque bienintencionada, fue estéril y algunas de sus actitudes, reprobables.

En mayo de 1540 el fraile había logrado entrevistarse con el rey Carlos V, a quien convence de los abusos cometidos en América por sus súbditos y le arranca la promesa de una legislación que protegiese a los indígenas. El monarca cumple y dos años más tarde se conocen las "Nuevas Leyes", que suprimen las encomiendas abusivas, prohíben nuevos repartos y ordenan que los vacantes pasen a la Corona. Más tarde se completan con la prohibición de nuevas conquistas.

Tal despacho ocasionó, según un tal Jerónimo López, cronista de entonces, "espanto tan grande que [los vecinos] parecían salir de su juicio". Fue "gran desconsuelo tan gran crueldad y castigo que Vuestra Majestad a todos nos hace, sin haber hecho a Vuestra Majestad algún deservicio por donde se mereciese". Todos esperaban, continuaba, que se les concediera la perpetuidad de las encomiendas "que se pide y desea así por los españoles como por los naturales"; en cambio fueron expedidas leyes tan gravosas para "una tierra donde hay para cada español mil indios, por lo menos". La reacción contra el fraile hizo que se viese obligado a abandonar el Obispado de Chiapas porque su vida corría serio peligro.

No pasó mucho tiempo antes de que Carlos V volviese atrás en su arrepentimiento y revocara las "Nuevas Leyes", justificando que el permiso de emprender nuevas conquistas serviría para "desaguar" el Perú, donde el conflicto entre los conquistadores Pizarro y Almagro, y entre los seguidores de ambos, había sido sangriento y prolongado. Además las instrucciones ordenaban que, si después de ser requeridos los indios para que buenamente se entregasen a los cristianos, no lo hicieran, "los dichos religiosos y españoles podrán entrar en la dicha tierra y provincia por mano armada y oprimir a los que los resistieren, y sujetarlos, y traerlos a nuestra obediencia".

La obstinación de fray De las Casas para liberar a los indígenas de la cruel dominación de los europeos lo llevó a propugnar su reemplazo por esclavos traídos de África, como si estos no fueran seres humanos, lo que fomentará el tráfico negrero al darle sustento ideológico y

religioso. En cierta ocasión recomendará que "en lugar de los indios que había de tener en dichas comunidades, sustente Su Alteza en cada una veinte negros o otros esclavos de las minas y les dé comida la que hubieren menester. Y será muy mayor servicio para Su Alteza y ganancia porque se cogerá mucho más oro que se cogería teniendo doblados indios de los que había de tener en ellas".

El fraile con fama de humanitario no solo promulgó el tráfico de esclavos negros sino que en 1544 mandó pasar en su nombre a varios de ellos: "[...] e den las cartas de pago que convengan e otros para que puedan en nuestro nombre pasar e pasen a las dichas Yndias quatro esclavos negros de que tenemos merçed e liçençia de Su Majestad".

Fray Bartolomé de las Casas vivirá hasta los 92 años. En la etapa final el sentimiento de culpa por su trato hacia los nacidos en África lo llevará a atormentarse con el convencimiento de que el Infierno lo esperaba.

LA POSTERGACIÓN FEMENINA

En los días que corren, varios países del planeta son presididos por mujeres. También en nuestro continente. Sin embargo, ello no disimula la flagrante postergación de la mujer en nuestra machista historia oficial, la que se enseña en colegios y universidades, la que reflejan los medios masivos. Solo en los tiempos modernos, y todavía con retaceo, ha habido reconocimiento hacia algunas de ellas como Julieta Lanteri, Alicia Moreau de Justo y, sobre todo, Eva Perón.

Es tiempo ya de resaltar la acción de la mujer en nuestras guerras de la Independencia, como Juana Azurduy, Manuela Pedraza, Macacha Güemes y otras, como también su participación en las vicisitudes de la Conquista.

La postergación era, justamente, el tema del reclamo de Isabel de Guevara, integrante de la expedición de Mendoza, a la reina de España, a quien escribe veinte años después de la fracasada expedición:

"A esta provincia del Río de la Plata, con el primer gobernador de ella, Don Pedro de Mendoza, hemos venido ciertas mujeres entre las cuales ha querido mi ventura que fuese yo la una. Y como la armada llegase al puerto de Buenos Aires con mil e quinientos hombres y les faltase el bastimento, fue tamaña el hambre, que a cabo de tres meses murieron los mil [...] Vinieron los hombres en tanta flaqueza que todos los trabajos cargaban a las pobres mujeres, así en lavarse las ropas como en curarles, hacerles de comer lo poco que tenían, a limpiarlos, hacer centinela, rondar los fuegos, armar las ballestas

cuando algunas veces los indios les venían a dar guerra, poner fuego a los versos y levantar los soldados, los que estaban para ello, dar alarma por el campo a voces, sargenteando y poniendo en orden los soldados. Porque en este tiempo, como las mujeres nos sustentamos con poca comida, no habíamos caído en tanta flaqueza como los hombres [...] He querido escribir esto y traer a la memoria de Vuestra Alteza para hacerle saber la ingratitud que conmigo se ha usado en esta tierra, porque al presente se repartió por la mayor parte de lo que hay en ella, así entre los antiguos como entre los modernos, sin que de mí y de mis trabajos se tuviese ninguna memoria, y me dejaron de fuera sin me dar indios ni ningún género de servicios".

LA "PACIFICACIÓN" POR LA FUERZA

Las ordenanzas reales prefirieron el término "pacificación" al de "conquista": "E mandamos q. estos asientos no se den con título e nombres de conquistas, pues aviendose de hazer con tanta paz e caridad como deseamos, no queremos q. el nombre dé ocasión ni color para q. se pueda hazer fuerza ni agravio a los indios" (J. Solorzano Pereira).

La "pacificación" empezaba con un discurso dirigido a los indios. El capitán de la entrada o expedición, o quien él designara, debía requerirles que en paz aceptaran el señorío del rey, dueño de aquellas tierras por gracia y donación del Papa. Juan de Oviedo, veedor de minas y fundiciones de oro en la expedición de Pedrarias Dávila, dejó una versión completa del documento que debió leer en su propia lengua castellana a los indios de Santa Marta. Es de imaginar lo que habrán comprendido...

"De parte del muy alto e muy poderoso e muy católico defensor de la Iglesia, siempre vencedor y nunca vencido el Grand Rey Don Fernando [quinto de tal nombre], Rey de la España, de las dos Secilias e de Hierusalem, e de las Indias, islas y Tierra-Firme del Mar Océano, etc., domador de las gentes barbaras; e de la muy alta e muy poderosa señora la Reyna Doña Johana, su muy cara e muy amada hija, nuestros señores: Yo, Pedrarias Dávila, su criado, mensagero e capitan vos notifico e hago saber, como mejor puedo, que Dios, Nuestro Señor, uno e trino crió el cielo e la tierra, e un hombre e una muger, de quien vosotros e nosotros e todos los hombres del mundo fueron e son descendientes e procreados, e todos los que después de nos han de venir...".

El amonestador sigue "explicando" a los indios el origen de la autoridad del Papa y de cómo este le hizo donación al rey de España

de las nuevas tierras descubiertas por Colón, o mejor dicho, invadidas por europeos. Les ruega y requiere que apresten su pacífica obediencia a la Iglesia, al Papa y a ellos, comprometiéndoles, en cambio, todos los beneficios de su buena voluntad. Pero si la sumisión exigida no fuese la respuesta, el documento no ahorraba ásperas amenazas de guerra y esclavitud, que inevitable y fatalmente eran lo que seguía a la lectura. Cuando la misma llegaba a realizarse.

Fray De las Casas cuenta que cuando los españoles querían asaltar un pueblo indígena marchaban calladamente hasta llegar a muy corta distancia. “Y allí aquella noche entre sí mismos, en susurros, se apregonaban o leían el dicho requerimiento diciendo: ‘Caciques y indios de esta tierra firme, de tal pueblo, hacemos os saber que hay un Dios, y un Papa, y un Rey de Castilla, que es señor de estas tierras, venid luego a le dar obediencia, etc., y si no, sabed que os haremos guerra y mataremos y captivaremos...”.

Si, excepcionalmente, los intérpretes facilitaban la comprensión a los indios, estos, según el citado Oviedo, solían responder con burlas y amenazas: “Respondiéronme: que en lo que decía que no había sino un Dios y que este gobernaba el cielo e la tierra y que era señor de todo, que les parecía bien y que así debía ser, pero en lo que decía que el Papa era Señor de todo el universo en lugar de Dios, y que él había hecho merced de aquella tierra al Rey de Castilla, dijeron que el Papa debiera estar borracho cuando lo hizo, pues daba lo que no era suyo; y que el Rey que pedía y tomaba tal merced, debía ser algún loco, pues pedía lo que era de otros”. Hubo otras respuestas altivas, como la consignada por fray De las Casas por parte del cacique Hathuci, condenado a ser quemado en la hoguera, quien cuando un sacerdote le propuso convertirse “para que pudiera ir al Cielo, donde reinaba la paz y la alegría”, respondió: “Si los españoles van al Cielo, prefiero ir al Infierno”.

NUESTRA PRIMERA CIUDAD

El 21 de mayo de 1534 el rey Carlos V divide prolijamente la América del Sur española en cinco franjas de doscientas leguas cada una: concede la primera a Francisco Pizarro, la segunda a Diego de Almagro, la siguiente a Pedro de Mendoza. La zona más austral, la quinta, que correspondería al estrecho de Magallanes, queda reservada para el obispo de Plasencia, Gutiérrez Vargas de Carvajal.

La franja patagónica, cuarta en la serie, corresponderá a Simón de Alcazaba, nacido en Portugal pero al servicio como cosmógrafo de la Corona española, quien había pagado una importante suma de dinero

por ello. Las conquistas americanas eran operaciones comerciales y lo de “adelantados” tenía su origen en que adelantaban el dinero que la Corona no tenía o no deseaba invertir y que luego recuperarían en caso de que la expedición fuese redituable.

Muchas ilusiones se hizo don Simón, quien bien sabía lo que era enriquecerse en tierras extrañas pues de joven, y sin aprovecharlo, había participado en la conquista portuguesa de las Molucas y de la China. Durante años, esperando la decisión real, había crecido su ambición escuchando relatos sobre México y sobre Perú, y siendo testigo del regreso triunfal de algunos conquistadores, ricos, ufanos y hasta no faltaron los que acreditaron un título nobiliario.

Si las cosas no anduvieron bien en el Río de la Plata, se convencía don Simón, era porque don Mendoza, tan enfermo y descomedido, no había procedido como se debía para acumular el oro y la plata y las piedras preciosas que también, estaba seguro, abundarían en la Patagonia, de la que nada se sabía.

Ya en viaje su ánimo exaltado de esperanza le permite sobrellevar la sed que tortura a sus capitanes y marineros. Encuentra la solución. Se reemplazará el agua por el vino que carga en sus toneles. “Los gatos e perro bebían vino puro”, confirmará un cronista.

El desconocimiento lo hará concebir una idea extravagante: iniciará la conquista de su reino por el lado del Pacífico. Para ello deberá cruzar el estrecho de Magallanes. La empresa es imposible. Hay largas temporadas en que no se puede entrar a vela en el estrecho, y si se lo logra por milagro, la corriente y el viento lo expulsarían afuera. Como era de prever, sopla un huracán que arranca las velas “e parecería que se quería llevar las naos por el aire”. Alcazaba, obligado a retroceder, sigue la costa patagónica hasta encontrar una caleta aceptable a los 45º. La llamará ostentosamente “Puerto de los Leones”, pues es así como ha bautizado a los integrantes de su expedición. Solemnemente instala un toldo y diseña el trazado de su fortaleza y capital del adelantazgo: “Nueva León”.

Pero el sitio no resulta confortable, azotado por el helado viento patagónico y con indios mansos pero escasos y naturalmente remisos a trabajar al servicio de los intrusos. Ninguna encomienda es imaginable. Don Simón no desfallece: en alguna parte de su vasto reino estarán los tesoros. Presume que hacia el Pacífico, y prepara una expedición a buscarlos. El 9 de marzo emprende viaje internándose hacia el Noroeste: solo encuentra llanuras sin vegetación, hambre, frío, y el viento constante y en tromba. A las catorce leguas el adelantado, enfermo, debe volver a su fundación, pero ordena a los suyos que continúen su marcha hasta las ciudades de mármol, oro y plata que esperan a lo lejos. Seguirán hasta donde pueden: las pocas liebres y avestruces que encuentran no bastan para calmar el hambre,

tampoco las hierbas y las raíces. Algunos mueren de fatiga.

Hasta que la mayoría no da más y se rebela. Un alzamiento cruento: matan a los capitanes y a los leales de Alcazaba, vuelven a “Nueva León” y asesinan también al adelantado imaginativo y a quienes osan defenderlo. Surgen entonces dos caudillos: el más exaltado, Juan Arias, quiere que “los leones” se hagan piratas y “salir a robar a todo trapo”; el otro, Juan de Mori, más prudente, quiere volver a España y alejarse de esas tierras de espanto. Este último convence a los pocos sobrevivientes, degüellan a Arias y ponen despavorida proa hacia España.

La ciudad de Nueva León, de corta existencia, nacida el 9 de mayo de 1535 del delirante proyecto de imaginar a la Patagonia como un adelantazgo rico y poblado, fue la primera “ciudad” establecida formalmente en nuestro territorio actual. La Buenos Aires de Pedro de Mendoza solo había sido un “fuerte” o “real”, y Santiago del Estero fue fundada con posterioridad.

EL SUDOR DEL SAPO

Las ponzoñas americanas eran violentas y eficientes, nacidas de la exuberancia. Rápidas y crueles, bastaba el roce de una flecha para una muerte torturada por dolores insoportables hasta la locura. Lo refieren las crónicas: “Y es cosa dolorosa oír del arte que morían aquellos tristes, e con la pena que sus ánimas salían de los trabajados cuerpos. No se piense que las heridas eran muy grandes, mas como la contagiosa yerba fuese de la calidad que ya hemos dicho, no era menester más que las flechas oliesen la sangre e picando solamente con las puntas sacasen una gota de ella, cuando luego el furor de la ponzoña subía al corazón, e los tocados con grandes bascas mordían sus propias manos, e aborreciendo el vivir deseaban la muerte, e tan encendidos estaban en aquella llama ponzoñosa que les abrasaba las entrañas e hacía tanta impresión que los espíritus vitales les desamparaban”.

La preparación no era simple: “En un vaso o tinajuela echan las culebras ponzoñosas que pueden haber y muy gran cantidad de unas hormigas bermejas que por su ponzoñosa picada son llamadas caribes, y muchos alacranes y gusanos ponzoñosos de los arriba referidos, y todas las arañas que pueden haber de un género que hay, que son tan grandes como huevos y muy vellosas y bien ponzoñosas, y si tienen algunos compañones de hombres los echan allí con la sangre que a las mujeres les baja en tiempos acostumbrados, y todo junto lo tienen en aquel vaso hasta que lo vivo se muere y todo junto se pudre y

corrompe, y después de esto toman algunos sapos y tiénenlos ciertos días encerrados en alguna vasija sin que coman encima de una cazuela o tiesto, atado con cuatro cordeles, de cada pierna el suyo, tirantes a cuatro estacas, de suerte que el sapo quede en medio de la cazuela tirante sin que se pueda menear de una parte a otra, y allí una vieja le azota con unas varillas hasta que le hace sudar, de suerte que el sudor caiga en la cazuela, y por esta orden van pasando todos los sapos que para este efecto tienen recogidos, y desde que se ha recogido el sudor de los sapos que les pareció bastantes, júntanlo o échanlo en el vaso, donde están ya podridas las culebras y las demás sabandijas, y allí le echan la leche de unas ceibas o árboles que hay espinosos, que llevan cierta frutilla de purgar, y lo revuelven y menean todo junto, y con esta liga untan las flechas y puyas causadoras de tanto daño. Y cuando por el discurso del tiempo acierta esta yerba a estar feble, échanle un poco de la leche de ceibas o de manzanillas, y con aquesta solamente cobra su fuerza y vigor.

”El oficio de hacer esta yerba siempre es dado a mujeres muy viejas y que están hartas de vivir, porque a las más de las que la hacen les consume la vida el humo y vapor que de este ponzoñoso betún sale” (F. López de Gomara).

Capítulo II

1540 a 1770

EL PARAÍSO DE MAHOMA

"Cuando estuvimos cerca, hicimos disparar nuestros arcabuces", escribiría el alemán Ulrico Schmidl, llegado con Pedro de Mendoza, primer cronista de la colonización en Río de la Plata, "y cuando los oyeron y vieron que su gente caía y no veían bala ni flecha alguna sino un agujero en los cuerpos, no pudieron mantenerse y huyeron, cayendo los unos sobre los otros como los perros, mientras huían hacia su pueblo [...] Mas cuando vieron que no podrían sostenerlo más y temieron por sus mujeres e hijos, pues los tenían a su lado, vinieron dichos 'carios' y pidieron perdón y que ellos harían todo cuanto nosotros quisiéramos. También trajeron y regalaron a nuestro capitán Juan Ayolas seis muchachitas, la mayor como de 18 años de edad [...] Pidieron que nos quedáramos con ellos y regalaron a cada hombre de guerra dos mujeres, para que cuidaran de nosotros, cocinaran, lavaran y atendieran a todo cuanto más nos hiciera falta".

De allí en más, a favor de la belleza de las mujeres "carias" y de las costumbres poligámicas, Asunción será un paraíso del placer carnal, tan distinto al fuerte a la vera del Río de la Plata y en territorio de indios tan poco hospitalarios que había obligado a partir hacia el Norte en busca de mejores condiciones de subsistencia. Los conquistadores, ahora a orillas de la confluencia entre el Pilcomayo y el Paraguay, ya no lo serían de tierras y riquezas sino de cuerpos y sentidos. A cada uno de ellos se le encomendará un harem y la promiscuidad será lo habitual. El moralizador presbítero Francisco González Paniagua le escribe al rey de España que el conquistador que "está contento con cuatro indias es porque no puede haber ocho y el que con ocho porque no puede haber dieciséis" y que "no hay quien baje de cinco y de seis, la mayor parte de quince, y de treinta y cuarenta los lenguas y capitanes". Entre ellas, promiscuamente, convivían madres e hijas, hermanas y parientes, sometidas a un único dueño.

Tal es el crecimiento de Asunción y su atractivo que se decide la

destrucción y evacuación de Buenos Aires. Corre 1541 y Alonso Cabrera, oficial del rey encargado del asunto, asienta en sus considerandos que el misérrimo villorrio a orillas del Plata era “frío y la mayor parte de la gente está tan desnuda que no tienen con qué cubrir sus carnes”. En cambio, por ser Paraguay tierra caliente, “los que están desnudos podrán mejor vivir lo que les durase la vida”. Lo de “caliente” no sería solo una referencia climática: “Estas mujeres son muy lindas y grandes amantes, afectuosas y muy ardientes de cuerpo, según mi parecer”, se exaltaría Ruy Díaz de Guzmán.

LOS SANTOS AYUDAN

Los conquistadores aseveraban que los santos estaban de su parte y en contra de los americanos. No podía ser de otra manera por cuanto la intención de la Conquista era, supuestamente, “cristianizar” tierras tan heréticas. Se dijo que, cuando los sublevados “calchaquíes” fueron finalmente vencidos y los amos de algunos repartimientos los llevaron a la iglesia donde se veneraba la Virgen del Valle, quisieron huir del templo al reconocer en su imagen la figura hostil que se les aparecía durante las batallas, suspendida en el aire.

No solo santas, también santos: doña Catalina de Plasencia huía de los “araguacas” en el territorio de la actual Jujuy luego de una emboscada en la que habían muerto la mayoría de los españoles y los originarios amansados que la acompañaban. También su esposo, Diego Gómez de Pedraza. “Y sin traer de comer vinimos por cincuenta leguas de indios belicosos, de guerra, desde Purmamarca hasta la ciudad de Nuestra Señora de Talavera, perdidos, fuera del camino, comiendo raíces y viendo muchos indios de guerra cerca nuestro, que no nos hacían mal [...] y después decían los dichos indios que había una figura blanca en el aire que los espantaba y amenazaba”. El apóstol Santiago, claro está.

“VUESTRO PIE MUY SUCIO”

Lanzados a la aventura americana por codicia, por idealismo o por temple aventurero, dejaron atrás familia y terruño. Los que no perecieron en algún naufragio, atravesados por una flecha envenenada o devastados por el hambre y las enfermedades, a veces lograron hacerse un espacio bajo el sol indiano. Entonces era llegado el momento de reclamar a sus seres queridos que atravesaran el océano

para reunírseles.

Sebastián Pliego insiste. Su esposa, Mari Díaz, ha quedado en España. Tantos años han pasado. Le escribe desde Puebla, en 1581, enviando también objetos de plata y acompañando precisas instrucciones sobre vestimentas y utensilios a traer. Al principio la carta es amenazante: “Y si no venís os juro a Dios y a esta cruz que no veréis más reales míos ni carta en mis días”. Luego prueba por el lado de tentarla con riquezas, en versos esforzados: “Vos os llamáis María/ para mí no hay otra tal/ daros tengo una sortija/ de oro que es buen metal”. Por fin don Sebastián, otra vez en prosa, se desbarranca en un enamoramiento culpabilizante: “Mira que sin vos no puedo yo vivir [...] No digo más, sino que antes que yo me muera os vea con mis ojos. Que las lágrimas que yo he echado por vos, no me pagaréis con cuanto hay”.

No fue el único. Pedro Martín escribe a su mujer, a la que han ido con cuentos: “Yo os juro por Dios y por esta cruz que os mintieron porque a más de un año que no sé tal aventura [...] y si yo lo fuera no viniera doscientas leguas y de más camino por saber nuevas de vos”. Don Pedro culmina con exaltación amorosa: “Y sabed que quiero más vuestro pie muy sucio que a la más pintada de todas las indias” (Lucía Gálvez).

EL PUERTO CONTRABANDISTA Y NEGRERO

Juan de Garay no vino en naves a través del océano para refundar una villa en el Río de la Plata el 11 de junio de 1580 sino que navegó el Paraná desde Asunción, a donde había llegado hacía más de veinte años. Ya en 1573 había fundado Santa Fe, “puerto preciso para amparo y reparo” en la boca del Paraná.

La inmensa riqueza de las minas de plata del Potosí despertó la ambición en algunos de abrir un puerto para su contrabando, favorecido por el complejo y riesgoso periplo de su tráfico legal entre Lima y Cádiz, que debía remontar el Pacífico, descargar en el lado occidental del istmo de Panamá, atravesar las montañas y selvas de este, volver a cargar en la costa oriental, sortear las tormentas caribeñas y atravesar el Atlántico Norte infestado de piratas ingleses y holandeses. En cambio el trayecto entre el Río de la Plata y algún puerto ibérico clandestino simplificaba enormemente las cosas. Las malas lenguas decían que era el venal obispo de Tucumán, Francisco de Vittoria, usurero y esclavista, el principal promotor de abrir esa “puerta de la tierra”, como se la calificara.

Potosí representó algo semejante a la California del siglo XIX. Llegó

a tener ciento sesenta mil habitantes en el año 1600, población superior aún a Londres y a París en ese entonces. Fue el auténtico dominio del legendario “Rey Blanco”, cacique a quien se suponía habitando un castillo íntegramente de plata y sentado sobre un trono del mismo ambicionado metal. La seguridad de su existencia y su búsqueda tentaron a no pocos conquistadores, entre ellos Sebastián Gaboto, quien se internó en las selvas chaqueñas guiado por nativos que le habían asegurado poder conducirlo hasta el monarca imaginario y defraudó a quien lo había contratado para buscar riquezas en el Pacífico.

Al pregón de Garay casi nadie respondió para alistarse, a pesar de la promesa de tierras e indios. Es que en Asunción nadie olvidaba lo despiadado que el Plata había sido con sus conquistadores, de lo que había dado fe el clérigo Martín González: “No hallarán soldados ni gente que quiera ir, porque es tanta la mala fama que ha cobrado aquella tierra que, en mentándola, escupen”. Son sesenta por fin, los expedicionarios, la mayoría reclutados por la fuerza. Casi todos ellos “hijos de la tierra”, nacidos en suelo americano de padre y/o madre españoles.

Fundan la ciudad a la que llaman “de la Trinidad”, por la festividad del día, aunque tal nombre sucumbirá ante el que desde Solís lleva el puerto: “Santa María de los Buenos Aires”. La ceremonia fue lo habitual: Garay proclamó tomar posesión “de todas estas provincias, este, norte, sur, echó mano a su espada y cortó hiervas y tiró cuchilladas y dixo que si había alguno que lo contradiga que parezca [...] y no parecio nayde”.

Claro que sabía que quienes se opondrían a tal asentamiento no estaban entre los asistentes sino que afuera acechaban, amenazantes, los “querandíes” y los “tehuelches”, es decir los “pampas”. El “general” conocía su bravura y decidió no tener contemplaciones con ellos. No quería que le sucediera lo que a Solís y a Mendoza. El padre Juan de Guevara cuenta que uno de sus soldados le dijo: “Señor, si la matanza es tan grande ¿quién ha de quedar para nuestro servicio?”. Garay habría respondido, implacable: “Deja, que esta es la primera batalla y si los humillamos tendremos quien con rendimiento acuda a nuestro servicio”.

Tiempo más tarde su soberbia le jugaría una letal mala pasada. Deseando demostrar a los suyos que los indios le temían, armó su campamento sin las aconsejables precauciones. Los “pampas” no desaprovecharían la oportunidad.

Tal como lo previsto, Buenos Aires fue un importante centro de contrabando que convocó a mercaderes, aventureros y granujas de todo el mundo. Fue inevitable que también sirviera para el tráfico de esclavos, constituyéndose en el abastecedor de las necesidades de

Potosí, Cuzco, Tucumán y Santiago de Chile.

UNA PRESA INSIGNIFICANTE

Los ingleses se habían hecho dueños de los mares luego de destrozar en 1588, con la ayuda de una oportuna tormenta, a la poderosa flota española, La Armada Invencible, enviada por el rey católico Felipe II para doblegar a Isabel de Inglaterra, cabeza del bloque protestante. Ello facilitó que los piratas ingleses devinieran el azote de ciudades y naves hispánicas, a las que asaltaban para robar sus riquezas americanas. El más famoso de ellos fue Francis Drake, a quien la reina británica hará "sir" por esos servicios tan útiles y rentables para su Corona. Entre sus hazañas, a favor de la expansión isabelina, está la de haberse apoderado del fortificado puerto peruano del Callao, en 1578, a donde cayó por sorpresa y saqueó luego de haber atravesado el casi infranqueable estrecho de Magallanes, siendo el primer británico en dar la vuelta al mundo por mar.

Antes, en su camino, se había asomado al Río de la Plata con el imaginable terror de los habitantes de Buenos Aires. Pero sir Francis hace virar sus naves y se aleja para no regresar. No toma tal decisión por temor a cañones, soldados o fortificaciones, que nada de eso había allí. Lo que defiende al villorrio paupérrimo es, justamente, su miseria. Un corsario de fuste no perdería el tiempo en atacarlo y saquearlo sabiendo que el magro provecho no justificará el riesgo de aventurarse en el escaso calado de ese río anchísimo.

A fines del siglo XVI no eran más de tres mil los españoles llegados del otro lado del mar y asentados en lo que hoy es nuestro territorio. La ciudad más poblada era Córdoba, con quinientos habitantes que podían ufanarse de que algunas casas estuvieran construidas en piedra y no en adobe, a la que seguían Santiago del Estero, Tucumán, Talavera de Esteco, La Rioja y Buenos Aires, un pobre rancherío, con no más de doscientos cincuenta habitantes y casi sin encomiendas por la escasez y la insumisión de los habitantes originarios de la región. La vida económica era también precaria pues los europeos carecían de moneda propia y tampoco la tenían las comunidades indígenas, de manera que las primeras transacciones se hicieron por el sistema del trueque. Los historiadores Floria y García Belsunce mentan el ejemplo de Irala, fundador de Asunción, que pagaba los alimentos provistos por la indiada con anzuelos.

Uno de los aliviados pobladores porteños habrá sido fray Sebastián Villanueva, quien describirá su vida en aquel páramo rioplatense en carta a un pariente en Sevilla: "No hay en toda ella un arbolito; la leña

que quemamos es una yerba que tiene una cuarta de alto; las casas que vivimos, son todas cubiertas de paja [...] No le escrivo mas porque se me yelan los dedos".

Cuando se alejó de Buenos Aires, con proa hacia el estrecho de Magallanes para extender sus redituables correrías al Océano Pacífico, Francis Drake recorre la costa argentina y echa el ancla en el golfo de San Julián. Allí el caballero inglés, además de reparar sus naves y abastecerse de agua, aprovecha la misma horca en la que Magallanes había colgado a algunos amotinados para ajusticiar a un capitán insolente. Otros piratas británicos como Cavendish y Davis en 1592 y Hawkins en 1594 recorrieron las costas patagónicas y el mar adyacente, lo que es invocado por Gran Bretaña para justificar su actual posesión de las islas Malvinas y otras del Atlántico Sur.

BENEMÉRITOS VS. CONFEDERADOS

El florecimiento del comercio ilegal a orillas del Plata perjudicaba a Lima y a la Corona, por lo que fue enviado Hernando Arias de Saavedra para poner coto a tanto despropósito. "Hernandarias" era "hijo de la tierra" nacido en 1564 en Asunción y yerno de Juan de Garay. Su fama de hombre recto y de coraje le valdría ser cinco veces gobernador del Paraguay o del Río de la Plata. Pronto se erigió en el líder de los criollos y mestizos "beneméritos", hijos y nietos de los españoles de la conquista, componentes de una sociedad feudal apoyada en la tenencia de la tierra, la encomienda de indios y el aprovechamiento de los "cimarrones" que campeaban libremente en la pampa; del otro lado estaban los "confederados", el contubernio de los corruptos funcionarios de la Corona y los contrabandistas, en su mayoría portugueses "marranos", judíos falsamente conversos huidos del espanto de la Europa de la Inquisición.

El comercio ilegal prontamente incorporó otro: el tráfico de esclavos. Una actividad de elevadísima rentabilidad si se considera que hacia 1630, en Buenos Aires, un esclavo costaba cien pesos, mientras que el traficante que lo adquiría en África pagaba cuarenta. Era revendido a Potosí, plaza preferida por su necesidad de mano de obra esclava para las minas, donde se pagaban ochocientos pesos. En Santiago de Chile se vendían a seiscientos, en Lima a cuatrocientos cincuenta y en Cartagena a trescientos pesos. Es esta una de las razones por las cuales pocos negros se afincaron en nuestro territorio: el beneficio estaba en venderlos y no en conservarlos. Aunque otra razón de peso sería expresada por Sarmiento en el estilo brutal y racista que lo caracterizaba, enconado con los descendientes de los

esclavos africanos por su lealtad hacia su enemigo, el Restaurador: “Los negros ponían en manos de Rosas un celoso espionaje, a cargo de sirvientes y esclavos proporcionándole, además, excelentes e incorruptibles soldados de otro idioma y de una raza salvaje [...] Felizmente, las continuas guerras han exterminado a la parte masculina de la población” (*Facundo*).

Ordenado el cierre del puerto por la Corona, a instancias del moralizador “Hernandarias”, los mercaderes encontraron el medio de facilitar la entrada de las barcas negreras aprovechando la reglamentación vigente sobre “arribadas forzosas”: cuando un barco se encontraba en dificultades, en imposibilidad de navegar o en riesgo de naufragar, le era permitido desembarcar en cualquier puerto. Entonces, cuando algún navío se veía “forzado” a atracar en el puerto de Buenos Aires, su carga era desembarcada y rematada en pública subasta, a precio vil, siendo los “confederados” sus infalibles compradores. Tal procedimiento, que se haría común, recibió el nombre de “contrabando ejemplar”.

“Hernandarias”, leal a sus rigurosos principios, se opone a esa forma de corruptela y logra que en octubre de 1602, también a instancias del interesado virrey de Lima, el rey de España dictase una cédula ordenando la expulsión de todos los portugueses de Buenos Aires, que llegaron a ser tantos y tanto su poder que el Plata era, virtualmente, un enclave comercial del Portugal. La razón de la expulsión fue “estar esa gobernación llena de gente de esa nación, sospechosos en asuntos de fe”. Eran tiempos de Inquisición.

Imaginable es el escándalo provocado, porque lo cierto era que los habitantes de Buenos Aires, sin minas y sin indios para encomendar, subsistían gracias al tráfico ilegal. Los mercaderes porteños ponen en acción sus influencias y sus sobornos y logran que el obispo de Asunción, fray Loyola, dictamine ingeniosamente que la cédula real fuese “reverenciada pero no cumplida”, actitud que parece tener vigencia en nuestros días ante no pocas leyes. “No hay cosa en el puerto tan deseada como quebrantar las órdenes y deseos reales”, se quejaría el gobernador Dávila en 1638. El comercio ilegal se instituirá como lo “normal” en el puerto, mereciendo en 1810 la reprobación de Mariano Moreno: “El contrabando se ejercía en esta ciudad con tanto descaro, que parecía haber perdido ya toda su deformidad, el resguardo no se ha hecho expectable sino por la complicidad que generalmente se le atribuía. ¡Con qué rubor debe recordarse la memoria de esos gobiernos, a cuya presencia brilló el lujo criminal de hombres que no conocían más ingresos que los del contrabando que protegían!”.

Sintiéndose fortalecidos, los contrabandistas intensifican su comercio ilegal: abiertamente descargan en el puerto africanos

esclavizados y manufacturas europeas que siguen camino a lomo de mula hacia los mercados de Potosí, Cuzco y Lima. Las naves, antes de emprender el retorno, cargan harina, cebo, y lo más sustancial: plata potosina en monedas o en pasta.

Sin rendirse, “Hernandarias”, solicitó en Madrid el envío de “pesquisidores” de confianza de la Corona para investigar y sancionar la conducta de los funcionarios corruptos, cómplices de los mercaderes. En 1605 llegan el tesorero real Simón de Valdez y el escribano Juan de Vergara, ambos con fama de incorruptibles. Pero Buenos Aires y sus hábitos comerciales harán su efecto y al poco tiempo ambos serán cabecillas de los “confederados”, la banda de funcionarios y contrabandistas cómplices que dominan el mercado porteño.

Fue entonces cuando se gestó el primer fraude electoral de la historia argentina. El 1º de enero de cada año el Cabildo saliente elegía al entrante. Los “beneméritos” contaban con ocho votos, en tanto que los “confederados” solamente con dos: Simón de Valdez y el contador Tomás de Ferrufino, también enviado por la Corona para moralizar a Buenos Aires. Se corrompió al alcalde de segundo voto Francisco Manzanares y al regidor Felipe Navarro prometiéndoles un futuro más jerarquizado y mejor remunerado. Como los demás cabildantes se han resistido al soborno, Vergara y los suyos actúan más drásticamente: en la noche del 31 de diciembre hacen detener al regidor Domingo Griveo. Y ya que las puertas de la cárcel se han abierto, dejan salir a su colega Juan Quinteros, preso por delitos comunes, quien compromete su voto “confederado” a cambio de su libertad. Ya están cinco a cinco. Mateo Leal de Ayala, entonces gobernador, preside la sesión y desempata, proclamando a Juan de Vergara como alcalde de Buenos Aires. Ya no hubo necesidad de disimular: el tráfico de negros y el contrabando de productos europeos se harían a pleno sol. Otra consecuencia será que “Hernandarias” terminará con sus huesos en la cárcel y sus propiedades, rematadas a precio vil.

LA “TIERRA SIN MAL”

En 1609 el cacique Arapisandú se presentó en Asunción pidiendo audiencia al gobernador. Reclamaba sacerdotes jesuitas para reducir y adoctrinar a su pueblo. El lúcido jefe guaraní, convencido de la inevitabilidad inminente de que su gente fuese reducido por algún encomendero español, eligió que dicha tarea no estuviese a cargo de algún “pacificador” codicioso y bestial.

La orden de San Ignacio de Loyola había llegado al Río de la Plata en 1585 para reducir a los "guaraníes" en el Litoral. Los jesuitas estaban convencidos de que la evangelización era lo esencial de la Conquista y que los indígenas eran seres humanos que merecían un trato digno y la posibilidad de educarse. Sus críticos afirmarán que la orden comprendió, con inteligencia, que la reducción de los americanos era mucho más eficiente y redituable si se la hacía "por las buenas" y no "por las malas", que era la tosca metodología aplicada por los demás "pacificadores". El gobierno de sus misiones estaba, supuestamente, en manos de los indios, que conformaban un cabildo de alcaldes y regidores presididos por un corregidor, aunque sus decisiones debían ser aprobadas por un jesuita, el padre Rector. En cada misión había una escuela donde los guaraníes, niños y adultos, aprendían doctrina cristiana y primeras letras. Los sacerdotes estaban obligados a aprender guaraní, y allí se hablaba y se enseñaba en la lengua de los naturales del lugar.

El trabajo se hacía de buena gana, compartiendo un proyecto en común y todos esforzándose por ser gratos ante Dios, como opinan sus apologistas. Tal eficiente organización no pudo tener otra consecuencia que el rendimiento económico de los "pueblos" jesuíticos fuese muy elevado, superior al de las encomiendas vecinas, sobre todo por el concienzudo cultivo de la yerba mate y del algodón. Ello generó un excedente financiero que permitió a la orden participar de importantes emprendimientos comerciales e industriales de aquella época, lo que paradójicamente, en otras regiones, la hizo desempeñar el rol de patrones explotadores que desencadenó, en Corrientes, la rebelión de los "comuneros".

Es de destacar el desarrollo cultural alcanzado por las misiones, del que quedan valiosos edificios, retablos, esculturas y pinturas. También obras musicales. La primera imprenta que existió en nuestro territorio fue allí fabricada por jesuitas e indígenas. Pero también organizaron ejércitos con cañones y arcabuces construidos por ellos mismos que derrotaron repetidas veces a las fuerzas luso-brasileñas y que en 1705 respondieron al llamado de José de Garro, gobernador de Buenos Aires, y con cuatro mil aguerridos combatientes contribuyeron a la expulsión de los portugueses de la Colonia del Sacramento.

Pero las cosas no se presentaron fáciles: por un lado la inquina de gobernantes, obispos y comerciantes retrógrados, amplia mayoría, que los celaban y que alarmaban a la Corona ibérica con informes sobre ese "imperio dentro de otro imperio", de creciente poderío económico y militar, donde ni siquiera se hablaba el castellano y que no respondía al rey de España sino al Papa. Por otro, estaban los "bandeirantes", bandas organizadas de asaltantes que desde Brasil se internaban en tierras "guaraníes" para capturar a indígenas y

venderlos como esclavos en las explotaciones de caña de azúcar de Río de Janeiro y Pernambuco.

Finalmente las misiones serían entregadas a los portugueses y los indígenas, exterminados y esclavizados a pesar de su heroica resistencia debido a que en el Tratado de Permuta de 1753, con un océano de por medio, España las cedió en un acuerdo tan favorable para Portugal que el Brasil, su colonia, pasó de tener 2.400.000 kilómetros cuadrados a 7.200.000, pues incorporó, además de las Misiones Orientales, extensiones en el Amazonas, el Mato Grosso y Rio Grande do Sul. La Corona hispánica se conformó con las Filipinas y el desmantelamiento de la Colonia del Sacramento, que competía con Buenos Aires en el rentable comercio ilegal. Ello no impidió que el enclave en la banda oriental del Río de la Plata continuara en poder de Portugal, lo que obligó al gobernador Pedro de Cevallos a ocuparla por la fuerza en 1762, aunque nuevas negociaciones diplomáticas, esta vez en París, obligaron a su devolución en el año siguiente. Finalmente el Tratado de San Ildefonso, del 1º de octubre de 1777, otorgó la posesión definitiva de la colonia a España, con lo que se eliminó no solo una base portuguesa sino también un enclave británico en el Río de la Plata. Que Inglaterra no se resignó quedaría probado en 1806.

Los jesuitas serían finalmente expulsados del Río de la Plata y de todas las colonias americanas por decisión de Carlos III, quien no toleró tanto poder dentro de su reino, y para ello se designó gobernador de Buenos Aires a Francisco de Paula Bucarelli, quien cumplió la orden con energía en 1766.

Nuestro Libertador José de San Martín nació en Yapeyú porque su padre, funcionario de la Corona hispánica, cumplió tarea en la etapa final del desguace. Luego la “tierra sin mal” de guaraníes y jesuitas sería un indignante páramo de destrucción y muerte.

LA DIGNIDAD CALCHAQUÍ

Los “diaguitas” eran el pueblo indígena más avanzado de nuestro actual territorio por influencia de la dominación incaica que aún persistía cuando los españoles hicieron su aparición en tierras americanas. Habitaban nuestro noroeste en una ancha franja que iba desde Salta hasta San Juan. La dominación de los “pacificadores” europeos pronto se reveló como despiadada, lo que aguijoneó el orgullo de esos indígenas que habían llegado a dominar el medio en que vivían, cuidadosos de una naturaleza a la que veneraban y a la que arrancaban sus frutos con prudencia y gratitud.

La primera sublevación masiva tuvo lugar entre 1560 y 1563, acaudillada por Juan Calchaquí, cacique de Tolombón. La situación de los conquistadores intrusos llegó a ser muy comprometida frente a esos enemigos, ahora hostiles, que se desplazaban con astucia y que los atacaban con sus flechas emponzoñadas y terminadas en agudas puntas de cobre, atrincherados en sus "pucarás" de piedra. La superioridad en armamento y en estrategia daría el triunfo a los blancos y a sus indios sumisos, y Juan Calchaquí y sus lugartenientes pagarían con sus vidas.

Ello no impedirá que poco después estallara otra revuelta aún más vigorosa que las anteriores. Su jefe fue Viltipoco, "curaca" de Purmamarca, en la quebrada de Humahuaca. Su ejército llegó a contar con diez mil combatientes y estuvo a punto de concretarse una alianza con los también bravíos "chiriguanos", que fueron brutalmente "pacificados" por el virrey Toledo. Viltipoco y los suyos llegaron a dominar gran parte del Tucumán, aislándolo del resto del Virreinato del Perú. Por fin, una vez más, las traiciones de algunos capitanejos influenciables y el poderío de los conquistadores lograron imponerse. El jefe rebelde fue apresado y aunque no se lo mató de inmediato para no irritar aún más a los "diaguitas", se lo dejó morir en la oscura humedad de la cárcel luego de un prolongado martirologio.

Cabe también recordar las sublevaciones de Túpac Katari en el Alto Perú, quien también fue descuartizado en público como Túpac Amaru en el Perú, y la acaudillada por un curioso personaje, Pedro Bohórquez, un andaluz que convenció a los indígenas de ser Huallpa, reencarnación de los incas, y que provocó una importante insurrección que aún después de la ejecución de Bohórquez acosó a los invasores europeos durante varios años, lo que determinó la dispersión de pueblos indígenas, entre ellos los "quilmes", quienes, con un enorme costo en vidas, fueron obligados a desplazarse a pie desde Catamarca hasta las afueras de Buenos Aires.

LOS MILAGROS DISCRIMINAN

La valorización de los hechos prodigiosos no escapó al condicionamiento de las épocas. Durante el proceso de canonización de san Francisco Solano, quien anduvo por nuestro territorio, uno de los testimonios aportados fue el de fray Vildosola de Gamboa, quien refirió que sobre la "chácara" del capitán Juárez de Inojosa, próxima a la ciudad de Río Hondo, Santiago del Estero, se había abatido una depredadora nube de langostas. Aprovechando la presencia del fraile le rogaron que "echase de allí sabandija tan mala".

Con la estola al cuello Francisco Solano amonestó a las langostas: “De parte de Dios yo os mando que ninguna abráis la boca a comer el trigo, porque me lo habéis de pagar”. Quizá porque no fuese suficiente, de rodillas en el suelo y apuntando con el dedo a tierra de chiriguanes, dijo: “Yo os mando en el nombre de Dios y de su bendita Madre que os vais a aquellas montañas donde habitan infieles que no conocen la fe de Cristo y comed de lo que halláredes”.

El folio 1081 del proceso de canonización, archivado en el Vaticano, atestigua que las langostas le hicieron caso, para mal de aquella “nación tan soberbia y belicosa”, como pocos años antes había escrito el comisionado López de Cepeda a su Majestad, “que ni los Incas, con su poder, ni los Virreyes, que estos reinos han gobernado, los han podido amansar”.

UTRECHT Y EL COMERCIO ESCLAVISTA

Como aves de presa las potencias europeas se arrojaron sobre la desquiciada España para apoderarse de los restos dejados por el pésimo reinado de Carlos II, “El Hechizado”, el último monarca de la Casa de los Austrias, que terminó de hundir a España en la catástrofe económica y descomposición social. Pero al no haber acuerdo Francia, Inglaterra, Austria, Portugal y otras naciones se embarcan en una crudelísima guerra llamada “de Sucesión”, que duró doce años. Al cabo de la cual los contendientes decidieron, en 1713, hacer la paz en Utrecht y repartirse España.

Francia, aunque derrotada, puso en el trono de Madrid al príncipe Felipe de Anjou, que reinaría como Felipe V, iniciando la dinastía hispánica de los Borbones, aún hoy en el trono. A Austria le tocarían posesiones en Flandes, la actual Bélgica. Portugal, a su vez, en una de las tantas idas y vueltas, obtuvo el reconocimiento de la Colonia del Santísimo Sacramento. Inglaterra, la gran vencedora en las batallas y en las negociaciones, había logrado detener el avance de Francia y había debilitado a España; además, el Tratado de Meuthen, de 1703, había convertido a Portugal en una dependencia británica. Asimismo ocupó Gibraltar, Menorca, Terranova y la bahía de Hudson. También obtuvo el monopolio del tráfico de negros en los principales puertos americanos, entre ellos Buenos Aires, que operaría la South Sea Company por el lapso de treinta años “a correr desde el 1 de mayo de 1713”, además de una extensión de terreno “para poder refrescar y guardar en seguridad sus negros hasta que se hayan vendido”.

En dos asentamientos —uno en Plaza San Martín, “Retiro de los Ingleses”, y otro cerca del Parque Lezama— la Compañía Inglesa del

Mar del Sur concentró multitudes de esclavos que vendía a traficantes mayoristas. Según el convenio introduciría "ciento cuarenta y cuatro mil negros, piezas de Indias de ambos sexos y de todas las edades, a razón, en cada uno de dichos treinta años, de cuatro mil ochocientos negros". La mercancía se vendería en Buenos Aires, en el interior y en Chile.

LOS GUARDIANES DE LA "PUREZA" RELIGIOSA

La Inquisición fue instaurada en España por los Reyes Católicos, en 1478, como complemento de su victoria contra la ocupación mora. Se dudaba de que muchos judíos y árabes "conversos" lo fueran sinceramente y no continuasen sus prácticas herejes y "contaminantes". Fue inevitable que esta acción represiva se extendiera a todas aquellas personas, creencias y asociaciones, que los gobernantes y sus acólitos, aun de pequeñas jurisdicciones, considerasen perturbadoras para sus convicciones e intereses. Tal fue el caso de los "iluministas" y los "erasmistas", y más delante de los "luteranos".

La condición que establecían las Leyes de Indias para alistarse en las "pacificaciones" americanas era "ser gente limpia de toda la raza moro, judío, hereje o penitenciado por el Santo Oficio". En cambio fue habitual que a peligrosos delincuentes se les ofreciera conmutarles las penas a cambio de integrarse en las expediciones americanas. No eran considerados "gente sucia" para los propósitos de conquista.

En Sudamérica, la Santa Inquisición o Tribunal del Santo Oficio, que impregnó de terror y delación a las relaciones sociales, se instaló en México en 1533, en Perú en 1570 y en 1610 en Cartagena de Indias. Fue costumbre entonces que los primeros en subir a bordo fueran los comisarios del Santo Oficio, que exigían información sobre "qué libros tienen en la mano para rezar o leer o pasar tiempo y en qué lengua y si saben que alguno sea prohibido", según las instrucciones pertinentes. Recién después subían al barco los funcionarios aduaneros.

Las instrucciones reales también imponían que "no se llevasen a estas pautas libros de romance de materias profanas y fabulosas porque los indios que supiesen leer no se diesen a ellos, dejando los libros en buena y sana doctrina, y leyéndoles no aprendiesen en ellos malas costumbres y vicios". Como si animase a los conquistadores la "esperanza" de mantener a las tierras americanas libres de pecado, en estado de gracia. Como si no fueran ellos mismos, los "pacificadores", quienes contaminaron a América, no solo de viruela y sarampión, sino

también de codicia, de violencia, de racismo.

Las lecturas prohibidas abarcaban un espectro muy amplio: desde las novelas "de caballería", como el *Amadís de Gaula*, y las novelas "picarescas" como *La Celestina*, hasta los textos considerados heréticos, consignados en el *Index librorum prohibitorum*, que incluía obras de Erasmo y Maquiavelo, pero también obras de San Juan de Ávila, fray Luis de Granada y san Francisco Borja.

En nuestro territorio la Inquisición no llegó a entronizarse formalmente, aunque no faltaron víctimas argentinas. Entre ellas, la más célebre, el tucumano Francisco Maldonado de Silva, de padre converso y madre criolla, quien fuera encarcelado por el Santo Oficio en Chile y enviado a Lima, donde luego de una larga prisión y un tortuoso proceso fue quemado en el auto de fe de 1639. Otro caso, mucho menos conocido, fue el del padre Manuel Núñez, compañero de andanzas evangelizadoras en el Tucumán de san Francisco Solano, quien comparece ante el tribunal de Lima en 1608 "testificado de solicitante con siete testigos de diferentes actos, y así mismo de haber dicho algunas proposiciones sospechosas de la perfidia judaica". En 1625, por razones que se desconocen, es acusado nuevamente de "judío judaizante en la guarda de la ley muerta de Moisés". Tal eran los términos que entonces gastaban los "custodios" de la moral religiosa que tanto daño hicieron, no solo a la Iglesia sino también a la Humanidad, sumergida en el oscurantismo que tanto tardó en disiparse. El padre Núñez fue encerrado en los calabozos de Lima, donde murió "impenitente, condenado por hereje, apóstata pertinaz, factor y encubridor de herejes, excomulgado de excomunión mayor". Pero ello no fue suficiente para aquellos "guardianes de la virtud": el 21 de diciembre de 1625 "sus huesos y su estatua [efigie]" fueron quemados en ceremonia pública.

NUESTRAS PROVINCIAS DURANTE LA COLONIA

El comercio ilegal incorporaba a Buenos Aires a los mercados controlados por Inglaterra y naciones asociadas como Portugal, lo que no solo perjudicaba a España, que así veía quebrado el monopolio comercial con su colonia, sino también a las precarias producciones de nuestras provincias, que debían competir con alimentos, vestimentas, vajillas elaboradas industrialmente, de mejor calidad y más baratas, que ingresaban por el puerto con la complicidad de los funcionarios.

"Las provincias tenían un gran comercio. Córdoba surtía de bayetas, frazadas finas ordinarias, ponchos, de unas alfombras que decían 'chuses' y eran los que tenían en los cuartos para abrigo, porque las

alfombras para las salas solo venían por encargo. De Corrientes venían unos lienzos que les decían tucuyos, costaba dos reales la vara y era de lo que se vestía la gente pobre; porque el género blanco más ordinario costaba un peso y seis reales". Quien escribe es Mariquita Sánchez de Thompson, luego de Mendeville, quien a pedido de Santiago de Estrada hará esta enumeración en su *Recuerdos del Buenos Aires virreinal*: "En las provincias había industrias; en Buenos Aires ninguna. De Mendoza venían alfombras para ir a la iglesia, hechas allí con mucho ingenio. También hilaban las lanas y las teñían de los colores más hermosos y hacían las alfombras de relieve, lo que era muy estimado. Venía de Mendoza mucha cantidad de frutas secadas riquísimas. Las pasas de uvas secas a la sombra eran muy estimadas; tenían todo el gusto y eran verdes a la vista. Traían ricos dulces muy apreciados entonces, sobre todo, por ser de frutas como guindas y ciruelas, que había muy pocas. Traían aceitunas muy ricas, compuestas y secas como las francesas. Muchas almendras y nueces; arropes, que eran unos dulces hechos con higos en lugar de azúcar. Traían vinos de varias clases, preferidos por el pueblo al carlón, que era el vino que se traía para el consumo, desde España. Venían de San Juan tropas de mulas con barriles de vino fuerte, imitando al Madeira, muy claro, pero con mucho aguardiente. De Córdoba venían también muy ricos dulces y cosas de azúcar, hechas de un modo muy original: tazas, zapatos, muñecas, confites, cosas muy estimadas. Venían de Salta ricos pañuelos bordados de Cambray, era cosa muy apreciada y celebrada como regalo".

Que a nadie escape el "en Buenos Aires ninguna". Allí no se producía, sino que se contrabandeaba y se recaudaba de la Aduana, además de vender lo que casi espontáneamente generaban la agricultura y la ganadería. Esas diferencias entre el puerto que crecía a favor del comercio ultramarino y las provincias que debían adaptarse a novedosas circunstancias que las desfavorecían, pues los intercambios comerciales ya no tendrían como eje el camino entre Lima y Buenos Aires, instituyen un conflicto que atraviesa la historia argentina, irresuelto hasta hoy.

EL SIEMPRE PELIGROSO OFICIO DE ARTISTA

Una real cédula de 1776 creó el Virreinato del Río de la Plata y designó a Buenos Aires como su capital en desmedro de ciudades más importantes como Córdoba o Asunción, lo que explica en parte que la primera, en 1810, será sede de la principal oposición al movimiento revolucionario, y que la segunda elegirá mantenerse independiente de

este. Pedro de Cevallos volvió a Buenos Aires para ser su primer virrey. Bajo su autoridad quedaron reunidas las gobernaciones del Río de la Plata, del Paraguay y del Tucumán, además de los territorios de Cuyo, Santa Cruz de la Sierra, Charcas y Potosí. Las minas argentíferas de esta última serían las principales financiadoras del nuevo territorio. Las razones fueron la legitimación y el consiguiente aprovechamiento por parte de la Corona de los turbios negocios rioplatenses, además de la necesidad política y militar de constituir un antemural en el Atlántico que se opusiera a las ambiciones de otras potencias, en especial Portugal, subordinada a Gran Bretaña, desde el Brasil.

Ello implicó que Buenos Aires dejara de ser un villorrio escuálido y perdido en el mapa y fuera desarrollando características de ciudad. No faltaron entonces los artistas que se asomaron a ella en busca de un lugar bajo el sol. El primero de ellos pudo haber sido el tallista y escultor portugués Manuel de Coyto quien, por denuncias de su criada y amante mestiza, fue procesado por el Tribunal de la Inquisición. La mujer lo acusó, probablemente por despecho, de que el escultor había blasfemado contra Dios mientras trabajaba en su taller, acaso al quebrársele por un mal golpe del escoplo la nariz o un dedo de alguno de los santos que le encargaban las católicas familias de Buenos Aires.

Durante las torturas Coyto negó haberlo hecho, aunque admitió que de haber ofendido al Todopoderoso habría sido bajo los efectos de la fiebre muy alta y los fuertes dolores que una enfermedad le provocaba, sin tener conciencia de ello. Finalmente recibió doscientos latigazos a la vista de todos, en distintas calles de la ciudad, y fue condenado a cuatro años de prisión en la sórdida cárcel de Valdivia. De ahí en más se perdió su rastro.

Coyto es el autor de una muy valorada imagen, el *Cristo de Buenos Aires*, preservada en nuestra Catedral, a la que se le atribuyó haber detenido milagrosamente una inundación que amenazó a la ciudad a fines del siglo XVIII.

Capítulo III

1770 a 1812

OBSECUENCIA Y COLABORACIONISMO

Nuestra historia divulgada nos ha convencido de la unanimidad de la heroica resistencia de los pobladores de Buenos Aires a la Invasión Inglesa de 1806. Sin embargo eso fue solo cierto para algunos de la "clase decente", como Liniers o Pueyrredón, seguramente movidos por su lealtad hacia su tierra natal, Francia, y de algunos pocos patriotas españoles acaudillados por Álzaga. Y será épicamente auténtico en la reacción de la plebe, los humildes de la ciudad y las orillas, que será la que finalmente expulsó a los invasores británicos.

En cambio la actitud de la mayoría de los integrantes de la clase alta de Buenos Aires, españoles pero también criollos, fue obsecuente y colaboracionista. Un ejemplo de ello es el comentario epistolar de Mariquita Sánchez de Thompson, quien en los años siguientes desarrollaría un vigoroso y comprometido sentimiento patriótico. Pero por entonces, en 1806, describiría a las tropas invasoras como "las más lindas que se podían ver, el uniforme más poético, botines de cintas punzó cruzadas, una parte de la pierna desnuda, una pollerita corta [...] Este lindo uniforme sobre la más bella juventud, sobre caras de nieve, la limpieza de estas tropas admirables". Siguiendo su europeizado criterio estético, que sigue vigente hasta hoy en nuestras elites, se lamentaría del contraste con las milicias criollas: "Es preciso confesar que nuestra gente del campo no es linda, es fuerte y robusta, pero negra. Las cabezas como un redondel, sucios; unos con chaqueta, otros sin ellas; unos sombreritos chiquitos encima de un pañuelo atado en la cabeza. Cada uno de un color, unos amarillos, otros punzó; todos rotos, en caballos sucios, mal cuidados; todo lo más miserable y más feo. Las armas sucias, imposible dar ahora una idea de estas tropas. Al ver aquel día tremendo dije a una persona de mi intimidad: 'Si no se asustan los ingleses de ver esto, no hay esperanza'".

También Ignacio Núñez, un lúcido testigo de época, dejará testimonio: "Los ingleses individualmente fueron particularmente distinguidos por las familias principales de la ciudad, y sus generales

paseaban del bracete por las calles con las Marcos, las Escalada y las Sarratea. Los prelados de las comunidades religiosas, entre ellos el prior de los dominicos, fray Gregorio Torres, presentaron al general Beresford una sumisa laudatoria: "La religión nos manda respetar las autoridades seculares y nos prohíbe maquinar contra ellas, sea la que fuere su fe, y si algún fanático o ignorante atentase temerariamente en contra de verdades tan provechosas, merecerá la pena de los traidores a la Patria y al Evangelio".

Estaba plenamente justificado que, desde la capital del virreinato, el almirante Popham escribiera a Londres al promotor de la invasión, el venezolano Francisco de Miranda, participándole su entusiasmo: "Mi querido general: Aquí estamos en posesión de Buenos Aires, el mejor país del mundo".

Pero quien sostuvo la conducta más indecorosa fue la que luego sería concubina de Liniers, la bella y desprejuiciada madame Anita Perichon, a quien se conocía despectivamente por "la Perichona", que sostuvo un público romance con Beresford.

LA PENSIÓN POR VIDA

Saturnino Rodríguez Peña era uno de los jóvenes "alumbrados" de Buenos Aires, así llamados porque se sentían iluminados por las luces de las nuevas ideas europeas sobre libertad, igualdad, fraternidad y propiedad. Devoraban los textos de Voltaire, de Rousseau, del barón de Montesquieu, de la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert. Hermano de Nicolás y asistente a las reuniones conspirativas de la jabonería de Vieytes, fue delegado por Castelli, Belgrano, Paso, Moldes y los otros que ya maquinaban estrategias para cortar la dependencia de España para hablar con el general Beresford, prisionero en Luján, e interesarlo en la emancipación de las provincias del Río de la Plata. Convencerlo, y por su intermedio convencer al Foreign Office inglés, de no insistir en la ocupación militar pues así nuevamente deberían enfrentar el coraje y la astucia de gauchos, mulatos, indios y orilleros. Lo más conveniente, tanto para la Corona inglesa como para los criollos levantiscos pero también temerosos de las puebladas, era promover la independencia del Río de la Plata a cambio de garantizar el dominio británico de su comercio, en el que los "alumbrados" tendrían la activa participación que los realistas siempre les habían negado. Es decir, no conquistar sino liberar, y que esto fuera a puro beneficio económico de Inglaterra. Miranda se había ilusionado en su informe preliminar: "Sudamérica puede ofrecer con preferencia a Inglaterra un comercio muy vasto, y tiene tesoros para pagar puntualmente los

servicios que se le hagan [...] Concibiendo este importante asunto de interés mutuo para ambas partes, la América del Sud espera que asociándose a Inglaterra por un Pacto Solemne, estableciendo un gobierno libre y similar, y combinando un plan de comercio recíprocamente ventajoso, ambas Naciones podrán constituir la Unión Política más respetable y preponderante del mundo".

La prueba era que dentro del baúl capturado al inútilmente fugitivo virrey Sobremonte había 1.291.323 pesos plata. A los jefes de la expedición, William Carr Beresford y Home Riggs Popham, les correspondieron veinticuatro mil y siete mil libras respectivamente, y otra suma se repartió entre los soldados y marineros. El resto, más de un millón, fue embarcado hacia Londres.

Beresford se mostró favorable a esas propuestas y se ofreció a hacerlas conocer al conquistador de Montevideo, general Auchmuty, y al gobierno de Londres. Para ello era necesario que el jefe inglés se fugara. Un testigo de época, Francisco Sagul, se ocupa de ello: "Don Saturnino [Rodríguez] Peña era hermano político del capitán de blandengues don Antonio Olavarría, encargado de la conducción de Beresford [preso] a Catamarca. Presentóle Peña a poco de su salida una orden supuesta de Liniers para que le fuese aquél entregado, lo que consiguió sin obstáculo junto con Pack [otro alto oficial inglés]; y los condujo a la ciudad, donde todos permanecieron ocultos hasta que se embarcaron en la sumaca de un portugués Lima. Obteniendo [Rodríguez Peña] del gobierno inglés por tal servicio una pensión anual de por vida de mil quinientos pesos fuertes".

La tramitación, si existió, fue inútil, pues a los pocos meses tendría lugar otra invasión, ya que la Corona británica, que había hecho desfilar por las calles de Londres los cuantiosos caudales incautados, consideró inaceptable la "insurrección" de la que ya consideraba una de sus colonias. El resultado de esa nueva agresión es bien conocido por argentinas y argentinos y celebrado los 12 de agosto.

LA UNIVERSIDAD REVOLUCIONARIA

Si hablamos del Alto Perú (actual Bolivia) y su importancia en la libertad e independencia de nuestra patria, es obligatorio ocuparnos de la Universidad de Chuquisaca (luego Charcas, actual Sucre), llamada de San Francisco Xavier, donde se formaron algunos de los hombres que provocaron y protagonizaron nuestros hechos de Mayo. Fue creada en 1624 y regida por los jesuitas hasta el año de su expulsión, en 1767. En los territorios del Virreinato del Río de la Plata había otra universidad aun más antigua, la de Córdoba, pero su

importancia era menor por cuanto en ella solo se enseñaban disciplinas que tenían que ver con la Teología y las Artes. En los claustros chuquisaqueños estudiaron Mariano y Manuel Moreno, Monteagudo, Paso, Castelli, Darregueyra, Sánchez de Bustamante, Valentín Gómez, los hermanos Rodríguez Peña, por nombrar solo a algunas de las decenas de personalidades que han inscripto sus nombres en nuestra historia. Sus ideas libertarias, que abrazaron con entusiasmo, estaban influenciadas no solo por los franceses sino también por los neoescolásticos hispánicos como Victoria, Mariana, Covarrubias y fundamentalmente por el jesuita Francisco Suárez. Este sostuvo una famosa polémica en su época con el rey de Escocia e Inglaterra Jacobo I, quien sostenía que el poder de los reyes era una delegación divina y que por lo tanto no debían responder de sus actos ante sus súbditos sino solamente ante Dios. Suárez, quien a comienzos del siglo XVII era profesor en las universidades de Salamanca y de Coimbra, enseñaba que es el pueblo el depositario del poder y lo entrega o transmite a los hombres que han de gobernar el Estado en una suerte de "contrato" que establece que, si esos gobernantes no cumplen su función de ser gerentes del bien común y se transforman en tiranos, el pueblo tiene derecho a levantarse en contra de ellos para deponerlos.

Esta será la base de la construcción jurídica y política que sostuvo en el debate del 22 de mayo quien, junto con su primo Belgrano, fue principal ideólogo de la insurrección. Juan José Castelli, "el orador de Mayo", morirá, por una jugarreta del destino, de una infección en la lengua el 12 de mayo de 1812, pobre, calumniado y escéptico acerca de la marcha de la revolución. Se le adjudica una de las frases más conmovedoras de nuestra historia: "Si ves al futuro, dile que no venga".

LA VOCACIÓN INDEPENDENTISTA

No es cierta la aseveración de algunos historiadores acerca de que no había afán de independencia política en los protagonistas de Mayo sino solo anhelo de romper la dependencia económica para así entrar en la órbita comercial de Gran Bretaña, como lo habría expresado *La representación de los hacendados*, firmada por Mariano Moreno aunque redactada en gran parte por Manuel Belgrano. La autonomía estaba clara en las intenciones de algunos, entre ellos Bernardo de Monteagudo, cuya sinuosa, desprejuiciada y fulgurante carrera política lo llevó a ser el favorito de Alvear, de O'Higgins, de San Martín y luego del renunciamiento de Guayaquil también de Bolívar.

Se había iniciado precozmente en Chuquisaca, en cuyos claustros estudiaba y donde tuvo activa participación en la sublevación de 1809. A su bien dotada pluma, que lo llevó a ser periodista de éxito y escriba de los próceres antes citados, se debió la amplia difusión de un libelo de vigorosa influencia en la juventud libertaria de entonces, cuando solo tenía diecinueve años.

El *Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII en los Campos Elíseos* era un dialéctico intercambio de ideas entre las almas de Fernando VII, rey de España, y la de Atahualpa, el infortunado Inca sacrificado por Pizarro trescientos años atrás. La trama era ingeniosa y eficaz: el rey se lamenta ante el Inca por el despojo de que ha sido objeto por parte de Napoleón; Atahualpa, sinceramente conmovido, no pierde la oportunidad de enrostrarle que comprende el sufrimiento real por cuanto él también ha sido desalojado de su corona, de sus dominios y hasta de su vida por los conquistadores provenientes de la tierra de la que Fernando VII era justamente monarca. Las argumentaciones del Inca resultan tan convincentes que el rey termina por afirmar: "Si aún viviera, yo mismo movería a los americanos a la libertad y a la independencia más bien que vivir sujetos a una nación extranjera". En otro pasaje, y recuérdese que Monteagudo escribía en 1809, Atahualpa afirma que si le fuese posible regresar a la tierra incitaría a los suyos a la revolución: "Quebrantad las terribles cadenas de la esclavitud y empezad a disfrutar de los deliciosos encantos de la independencia: vuestra causa es justa, equitativos vuestros designios".

LA INFANTA CARLOTA DE BORBÓN

La esposa del emperador del Brasil, la princesa Carlota, era hermana del rey Fernando VII, prisionero de Napoleón, y vio la oportunidad de reivindicar sus derechos, como Borbón, a las colonias americanas. La idea de reclamar las posesiones americanas para doña Carlota fue apoyada por su esposo, pues podría significar la anexión de inmensos territorios a la Corona portuguesa, y también por influyentes criollos rioplatenses que imaginaban una vía de independencia de España aunque se cayese en otro vasallaje europeo. Pero Gran Bretaña deslumbraba a los jóvenes díscolos de entonces por sus ideas económica, política y culturalmente más avanzadas que las de la retrógrada España, y Portugal era su aliado subalterno. Tanto era así que su emperador estaba en Río de Janeiro porque así lo había dispuesto el Foreign Office.

Corría el año 1808 y el canciller Souza Coutinho, encargado de la operación, hizo pública una fingida separación conyugal de los

soberanos para dar la sensación de que los intereses de Portugal no pesarían en las determinaciones de Carlota. Con esa misma intención se le empezó a dar el tratamiento de “Infanta” española y no el de “Princesa Real” portuguesa, y se la hizo vivir en un palacio de la playa Botafogo en lugar de compartir con su esposo el palacio real de San Cristóbal.

El Cabildo porteño, fiel al monarca preso, rechazó inmediata y airadamente la “reclamación” diplomática que fuera enviada a todos las autoridades coloniales de Sudamérica. En cambio no fue esa la reacción de los criollos honrados con las cartas autografiadas de la Infanta, quienes, desde ese mismo momento, se declararon sus partidarios y avalaron sus derechos. Así lo manifestaron los jóvenes “alumbrados” en sus contestaciones a Río de Janeiro. Entre ellos Manuel Belgrano, quien escribirá: “No es comparable la representación de la Junta de Sevilla [que entonces regía simbólicamente en España] con las de Vuestra Alteza Real ni pueden ponerse entrambas en paralelo; aquélla es de mero hecho y ésta de conocido derecho”. Otro complotado, Cornelio Saavedra, en su carta declarará que se “postra en el más sumiso acatamiento ante Vuestra Alteza Real suplicándole digne mandar impartir las órdenes que fueren de su Real agrado”.

Fue la esperanza de la llegada de la Infanta lo que motivó el rechazo criollo a la designación del virrey Cisneros en sustitución de Liniers, el héroe de la Invasiones Inglesas, cuya posición se había debilitado debido a su nacionalidad francesa y las difundidas pero injustificadas sospechas de su lealtad a Napoleón, el carcelero del rey Fernando VII. Si bien Liniers no estaba complicado en el “carlotismo”, los conspiradores descontaban que podrían condicionarlo y plegarlo a sus intereses debido a su fragilidad política.

Pero don Santiago sería remiso a toda colaboración y finalmente la “operación Carlota” se derrumbaría cuando el embajador británico, lord Strangford, frenaría las aspiraciones expansivas de Coutinho, ya que Inglaterra no tenía interés en aumentar el poderío de Portugal ni en fomentar la independencia de las colonias de su aliada contra Napoleón, pues España significaba la mejor y única playa de desembarco en el continente europeo para sus ejércitos. Además, toda rebelión colonial era un mal ejemplo que podía extenderse a las propias posesiones ultramarinas.

Pero fue también el emperador Juan quien se opuso. Según el biógrafo de la Infanta, su secretario Presas, debido “al miedo fundado que tenía el mismo príncipe de que una vez que su esposa se hallase señora de Buenos Aires formase un ejército, y fuese hasta el Río de Janeiro para despojarlo del torno, y ponerlo donde no le diese el sol”.

Lo que nos cuentan y enseñan suele retacearnos la fascinante complejidad de los hechos históricos en su esfuerzo por dar una versión linealmente comprensible, también conveniente, de estos. Así no ilumina la decisiva participación, aunque embozada, de Gran Bretaña en los días de Mayo.

En Buenos Aires los grupos económicos se habían ido dividiendo en dos fracciones: los monopolistas y los partidarios del libre comercio. Los españoles pertenecientes al primer grupo querían mantener el privilegio de ser los únicos autorizados para introducir y vender los productos extranjeros que llegaban desde España. Estos llegaban sobrevaluados porque la metrópoli, sin capacidad productiva, a su vez se los compraba a otros países como Francia e Inglaterra para después revenderlos en América. Son ellos, los monopolistas, el grupo social y económicamente más poderoso, los que demostrarán no tener problemas en aceptar a la Francia napoleónica como su nuevo amo en tanto pudieran conservar sus privilegios.

En cambio, los partidarios de liberar el comercio sostenían que España se había transformado en una cara, ineficiente y prescindible intermediaria, y su crítica se expandía hacia lo ideológico, cuestionando su oscurantismo religioso y sus convicciones detenidas en el pasado. Además se negaban a rendir pleitesía al hermano de Napoleón, José Bonaparte, a quien apodaban burlonamente “Pepe Botellas” por su afición a la bebida.

Durante un tiempo estos predominaron y el puerto de Buenos Aires se abrió a comerciantes de toda laya, especialmente ingleses. El administrador aduanero informó al virrey que habían ingresado a ese ente recaudador unos cuatrocientos mil pesos, “cantidad que jamás ha producido esta Aduana en tan corto tiempo”. La suma equivalía a lo recaudado en todo el año 1806. Creció de tal manera el comercio con los ingleses que los poderosos monopolistas reaccionaron y sus protestas fueron tan amenazantes que el virrey, dando muestras de la volubilidad de su carácter, ordenó la suspensión de la medida y la expulsión de los comerciantes extranjeros, dándoles a los británicos un plazo para dejar Buenos Aires. Luego le tocará a Cisneros el turno de ceder ante las presiones inglesas, y amplió el plazo en cuatro meses, que expiraba el 20 de mayo. ¿Puede alguien dudar de que esa circunstancia tan callada por la historia que nos enseñan fue de enorme influencia en los sucesos que se desarrollaron a partir de esa fecha en el Río de la Plata?

Está comprobado que los barcos británicos de guerra surtos en el puerto, más el embajador inglés en Río de Janeiro con competencia en el Río de la Plata, lord Strangford, hicieron pesar su influencia. Durante las jornadas de Mayo dichas naves estaban amarradas en el

puerto en actitud de protectora coacción. El capitán de la escuadra, Charles Montagu Fabian, no solo empavesó las naves y disparó salvas de festejo el 26, sino que también arengó al pueblo a favor de la revolución. Habría motivos para festejar: en los días subsiguientes se rebajaron en ciento por ciento los derechos de exportación y se declaró libre la salida de oro y plata sin más recaudo que pagar derecho como mercancía, tal como se había pedido en *La representación de los hacendados*.

Gran Bretaña había aprendido, cuatro años después de su primera invasión, que para colonizar al Virreinato del Río de la Plata no hacían falta ni su escuadra ni sus soldados. Bastaba con dominar su comercio. Pocos años más tarde acentuaría su influencia a través del endeudamiento, para lo que contaría con la complicidad de quien fuera nuestro primer presidente. Estrategia de las grandes potencias que se perpetúa hasta hoy.

LA PARTICIPACIÓN POPULAR EN MAYO

Nuestra historia oficial, escrita por la oligarquía porteña vencedora en las guerras civiles del siglo XIX, oculta la participación popular en nuestras circunstancias históricas, que aparecen solo determinadas por las decisiones de los "grandes hombres". Es así como en la Revolución de Mayo se destacan las decisiones, las palabras y las estrategias de los criollos de alto nivel social y económico, como Belgrano, Moreno, Castelli y demás, y en cambio se ignora el protagonismo de los sectores populares, sin el cual la insurrección contra la autoridad virreinal habría fracasado.

Este protagonismo se dio principalmente por dos vías. Una de ellas fue el grupo de choque conducido por Domingo French, cartero de la villa, y Antonio Beruti, empleado de la administración virreinal, que se autodenominaban "los Infernales", desnudando su propósito de intimidación política. Eran reconocidos también como los "chisperos" porque utilizaban armas de fuego, por entonces detonadas a chispa.

Tuvieron a su cargo la realización de tumultos y desórdenes con el fin de provocar la caída del virrey Cisneros, fijaban carteles provocadores, despegaban los bandos oficiales, coreaban consignas por las calles de la hasta entonces tranquila villa portuaria.

Saavedra, jefe del Regimiento de Patricios, es convocado por Cisneros para reprimir el desorden pero se niega aduciendo que, al cesar la autoridad del rey español preso de Napoleón, también había caducado la de su representante en el Virreinato del Río de la Plata, y lo urgió a convocar a un Cabildo Abierto para decidir los pasos a

seguir.

Sobremonte y los suyos aceptaron la propuesta acosados por la creciente presión de los Infernales, pero también porque estaban seguros de imponer sus criterios en la convocatoria, ya que las invitaciones a esta eran enviadas desde el despacho virreinal a funcionarios, comerciantes ligados al poder y ciudadanos enriquecidos poco propensos al cambio.

Fueron convocados aproximadamente cuatrocientos cincuenta, de los que concurrió solo la mitad, a pesar de la importancia de lo que allí se jugaba. ¿Qué había pasado? Que los “chisperos”, instalados en las arcadas de la recova de la Plaza de la Victoria, como entonces se llamaba la actual Plaza de Mayo, dejaban pasar a quienes votarían en contra del virrey y en cambio rechazaban a quienes lo harían a favor. He allí el controversial origen de nuestra escarapela: era el distintivo identificatorio de los complotados, y seguramente no eran celestes y blancas.

Nuestra historia consagrada nos convence de que fueron los discursos de Castelli y de Paso los decisivos, y hace oídos sordos al tumulto de los patoteros patriotas conducidos por Beruti subiendo las escaleras del Cabildo para amedrentar a los obstinados virreinales. Tampoco escucha a French pateando la gruesa puerta de entrada y gritando que el pueblo quería saber de qué se trataba. Porque de eso se trata la polémica que la historia oficial logró congelar durante tanto tiempo y que el revisionismo actual ha logrado poner en la superficie: si nuestra historia va ser contada desde la perspectiva interesada de los sectores dominantes o si, en cambio, se privilegiará la vocación por la verdad de los sectores humildes mayoritarios.

La otra vía de participación popular en Mayo, más virtual que concreta, fue el amenazante acuartelamiento de los Patricios armas en mano, dispuestos a participar si las circunstancias lo requerían para forzar la caída del virrey. Recordemos que dicha fuerza miliciana, integrada por gente del pueblo, había sido constituida luego del fracaso de las fuerzas regulares españolas ante la invasión británica de 1806, cuando, ante la inminencia de otro ataque, Liniers decidió que las armas pasaran a los ciudadanos. La intervención de uno de sus oficiales, Martín Rodríguez, el 24 de mayo, amenazando a los cabildantes con que no podría evitar que corriera sangre si no disolvían esa junta en la que Sobremonte, destituido como virrey, continuaba manteniendo el poder, provocó el derrumbe final de la resistencia. Luego vendrían el 25 y la Junta, en cuya integración intervinieron principalmente French, Beruti, Belgrano y Castelli.

LA CANTIDAD DE CUATRO MIL PESOS

Para el desencadenamiento de los hechos del 25 de mayo no bastó con que los Patricios y los "chisperos" de la "Legión Infernal" de French y Beruti impidiesen la entrada al Cabildo de los partidarios del virrey ni que los Patricios vigilaran armas en mano la marcha de los acontecimientos. También fue necesario que alguien facilitase el dinero necesario para los gastos:

"Excelentísimo Señor Presidente: Don Matías de Irigoyen, coronel mayor de la Nación, ante Vuestra Excelencia, con el debido respeto, se presenta diciendo que conviniendo a sus intereses documentar un préstamo de cuatro mil pesos que su finado hermano don Miguel de Irigoyen hizo al regimiento de patricios en 19 de mayo del año 1810, espera se sirva vuestra excelencia ordenar que los señores generales de la Nación don Cornelio de Saavedra, don Juan José Viamonte, don Juan Ramón Balcarce y el coronel don Juan Antonio Pereyra certifiquen lo que supiesen sobre el particular como jefes y veedores que fueron de todos los memorables sucesos del mes de mayo de 1810. Gracia que espera de la acreditada justificación de vuestra excelencia. Buenos Aires, junio 3 de 1826. Matías de Irigoyen".

EL "PLAN DE OPERACIONES"

Mariano Moreno, quien pasó el 25 de mayo de 1810 en la casa de un amigo, desinteresado de lo que sucedía en el Cabildo, se transformó rápidamente en un apasionado protagonista de la revolución contra España. Fue el equivalente de Robespierre en el Río de la Plata, convencido de que el terror era el único medio que garantizaba el éxito a una situación tan precaria como la de la Junta de Mayo.

A su pluma se debe el "Plan de operaciones" en el que se detallaban los medios revolucionarios (aunque se sospecha que el borrador inicial también corrió por cuenta de Belgrano): "Debe observarse la conducta más cruel y sanguinaria con los enemigos de la causa; la menor semiprueba de hechos, palabras, etc., contra la causa debe castigarse con la pena capital, principalmente si se trata de sujetos de talento, riqueza, carácter y alguna opinión; a los gobernadores, capitanes generales, mariscales de campo, coroneles, brigadieres que caigan en poder de la causa debe decapitárselos". En cambio a los amigos había que disimularles "si en algo delinquiesen que no sea concerniente al sistema pues en tiempos de revolución ningún otro delito debe castigarse sino el de infidencia y rebelión contra los sagrados derechos de la causa, todo lo demás debe disimularse". Los jueces "deben ser

personas de nuestra entera satisfacción que sean adictos para estorbar el apoyo de los ambiciosos y perturbadores del orden público; aun en los juicios particulares debe preferirse siempre al patriota, a quien se le debe proporcionar mejor comodidad y ventajas". Se completa la estrategia montando una oficina de "seis u ocho sujetos que escriban cartas anónimas, fingiendo o suplantando nombres y firmas para sembrar la discordia y el desconcierto, cuidándose de indisponer los ánimos del populacho contra los sujetos de más carácter y caudales pertenecientes al enemigo".

Que había decisión en la Junta para cumplir con tan severos postulados se confirmó cuando la insubordinación de Córdoba forzó el envío de una fuerza militar al mando de Ortiz de Campo e Hipólito Vieytes, con la orden de conjurar la contrarrevolución encabezada por Liniers y fusilar sumariamente a los cabecillas. Capturados los sublevados, Vieytes, el 1º de agosto de 1810 se dirigió a la Junta: "V.E. conoce mejor que nadie la necesidad que todos nos hallamos de ganar afecto de estos oprimidos sanguinarios déspotas que se complacían anteriormente en derramar su sangre, se ponen en ejecución todos los medios de dulzura para hacer conocer las ventajas del suave y sabio gobierno que unánimemente confiesan en V.E". Moreno, indignado por la vacilación, destituyó a los delegados porteños. En una carta a Feliciano Chiclana, gobernador interino de Salta, fechada el 17 de agosto de 1810, le cuenta: "Pillaron nuestros a los malvados, pero respetaron sus galones y cagándose [sic] en las estrechísimas órdenes de la Junta, nos los remiten presos a esta ciudad. No puede usted figurarse el compromiso en que nos han puesto. ¿Con qué confianza encargaremos grandes obras a hombres que se asustan de una ejecución?". Fueron entonces Castelli y Balcarce los responsables de cumplir la orden que rezaba: "La Junta manda que sean arcabuceados don Santiago de Liniers, don Juan Gutiérrez de la Concha, el doctor Victorino Rodríguez, el coronel Allende y el oficial real Joaquín Moreno. En el momento en que todos o cada uno de ellos sean pillados, sean cuales fuesen las circunstancias, se ejecutará esta resolución sin dar lugar a minutos que proporcionen ruegos. Este escarmiento debe ser la base de la estabilidad del nuevo sistema".

Esta vez Castelli cumplió al pie de la letra, como después lo haría en Chuquisaca, y Liniers y sus cómplices, con la sola excepción del obispo Orellana al que se le perdonó la vida, fueron fusilados en el paraje de Cabeza de Tigre el 26 de agosto de 1810. Domingo French fue el encargado de los tiros de gracia.

Años después Nicolás Rodríguez Peña le escribió al historiador Vicente F. López: "Castelli no era feroz ni cruel. Castelli obraba así porque estábamos comprometidos a obrar así todos, lo habíamos jurado todos y hombres de nuestro temple no podían echarse atrás.

¿Que fuimos crueles? ¡Vaya el cargo! Salvamos a la patria como creíamos que debíamos salvarla. ¿Había otros medios? Así será: nosotros no lo vimos ni creíamos que con otros medios fuéramos capaces de hacer lo que hicimos”. Y adelantándose a los críticos los desafiaba: “Arrójennos la culpa al rostro y gocen los resultados, nosotros seremos los verdugos, sean ustedes los hombres libres”.

LA PRIMERA PUEBLADA

Desde el mismo inicio del movimiento de Mayo se estableció el inevitable conflicto acerca de qué intereses privilegiaría, los dominantes u oligárquicos, ya no de españoles sino de criollos de elevada posición social y económica, en lo que solo sería un cambio de elenco directivo sin modificaciones de fondo, o los mayoritarios, los de los sectores humildes, que imaginaban una verdadera revolución que instituyera mecanismos de mejoría en su condición social.

Los jóvenes formados universitariamente en las ideas de moda en la Europa de aquellos tiempos consideraban que eso les daba derechos para conducir el proceso de independización de España. Ello es claro en el “Decreto de Supresión de Honores” que el secretario de la Junta, Mariano Moreno, redactó criticando actitudes del presidente, Cornelio Saavedra, y donde se descalifica la voluntad popular fundándose en que se hallaba “privada la multitud de luces necesarias para dar su verdadero valor a todas las cosas, reducida por la condición de sus tareas a no extender sus meditaciones más allá de sus primeras necesidades”.

Ya las cosas habían arrancado en la dirección incorrecta cuando Saavedra y Castelli insólitamente aceptaron el 24 de mayo integrar una Junta presidida por Cisneros, quien así continuaba en el poder. Parecería ser que los criollos insurrectos consideraron que la revolución llegaba hasta allí, conquistada ya la posibilidad de integrar las posiciones más elevadas en la administración, en el clero, en el ejército, lugares hasta entonces reservados para nacidos en la península ibérica. Decisión compartida por el resto de los reunidos en la jabonería de Vieytes, que esa noche celebraron lo logrado.

Pero esa actitud que mucho se pareció a la traición y que reproducía la tendencia mundial de que los sectores medios acompañan a los humildes en sus algaradas hasta que consideran que la vocación de cambio puede afectar sus intereses y sus propiedades, por menguadas que estas sean, despertó la indignación popular de chisperos y milicianos, y bastaría con que Beruti amenazara con tañer la campana del Cabildo para convocar al pueblo y el susto de los allí reunidos,

españoles y criollos, partidarios y contrarios de la continuidad del virrey, hizo que todo volviese atrás.

En los tiempos que sucedieron a Mayo se perfilaban ya las posiciones que con las modificaciones de los tiempos y las circunstancias se prolongan hasta hoy: un bando más apegado a las tradiciones hispánicas y cristianas, el de los “saavedristas”, provincianista, próximo a la “chusma” del puerto y del interior, mal calificado por el hábito como “conservador”, confiado en que el tiempo sería su mejor aliado y que las posiciones radicalizadas solo provocarían peligrosas reacciones; con lógicas salvedades puede hablarse de la anticipación del “federalismo”. Por el otro los “morenistas”, que tomarían de su difunto líder su amor por lo europeo y su desconfianza en lo telúrico, su porteñismo centralista, su fervor revolucionario sin el cual es probable que Mayo hubiese abortado a poco de comenzar; fueron los avanzados del “unitarismo”. Esta ideología predominante explica que algunos personajes relevantes consustanciados con lo telúrico, con las raíces gauchescas, como Juan Manuel de Rosas, no demostraran mayor entusiasmo por el golpe del 25 de mayo.

El “morenismo” protounitario decidió el nacimiento de la Sociedad Patriótica en marzo de 1811 y conspiró abiertamente en contra de Saavedra, tanto que los rumores de una inminente asonada se comentaban en las casas y en las calles de Buenos Aires y hasta circularon los nombres de quienes ocuparían los más altos cargos.

Sorpresivamente, en la medianoche del 5 de abril de 1811 la ciudad asistió atónita al espectáculo de riadas de gauchos, indios, mulatos, orilleros, que venían de la campaña y de los suburbios plebeyos de la ciudad y que ocuparon la Plaza de la Victoria en apoyo a Saavedra y los suyos. Fue una reacción espontánea del pueblo humilde contra las “gentes de posibles” y los jóvenes “alumbrados” de la Sociedad Patriótica por considerar que pretendían dar a la Revolución un sesgo elitista y extranjerizante que no comprendían y tampoco compartían. El propósito de la pueblada era sustituir la Junta por el gobierno “único” de Saavedra, en quien confiaban, y su cabecilla, el doctor Joaquín Campana, un abogado de las orillas cuyo apellido era la españolización del irlandés “Campbell”, ya había dado muestras de sus ínfulas en 1806, tanto que el entonces virrey Sobremonte, en su comunicación a España informaría que “el joven Campana y otros dos bandidos” habían sido los más insistentes en solicitar su renuncia.

La movilización forzó la salida de la Junta y expatriación de los vocales morenistas Rodríguez Peña, Vieytes, Azcuénaga y Larrea, pero su enjundia se perjudicó por la negativa a asumir el poder solitario por parte de Saavedra, quien siempre estuvo por debajo de los roles claves que le tocó desempeñar en aquellos años inaugurales.

El espíritu democrático que animaba al reclamo popular decretó que de allí en más se tendría en cuenta el deseo de las mayorías en desmedro de las habituales decisiones de las elites hispánica y criolla, estableciendo que en lo sucesivo no se haría designación de vocales de la Junta ni variación en la forma de gobierno "sin que ocurra con voto expreso del pueblo". El tono de las relaciones con los ingleses también cambiará radicalmente, acorde con el espíritu nacional que alentaba a los plebeyos en el poder. En nota del 18 de mayo Campana se niega a la oferta de mediación británica porque "quiere darnos como favor mucho menos de lo que se nos debe por justicia", reclamando además, ante todo, el reconocimiento de las Provincias Unidas del Río de la Plata como nación independiente. El 21 de junio la Junta rebelde da otro golpe a los ingleses en lo que más les dolía, sus intereses mercantiles: prohibió la remisión de géneros ingleses al interior, derogando la disposición de Moreno que lo permitía, para así proteger las industrias de provincia. No fue todo: como los importadores ingleses acostumbraban a postergar indefinidamente el pago de los impuestos hasta haber vendido sus mercaderías, se ordenó el 25 de junio que dichas deudas con la Aduana pagarían un interés del ocho por ciento, "sin perjuicio de los apremios y ejecuciones que el administrador de la Aduana estimara convenientes".

Tales medidas provocaron la oposición de personas y sectores poderosos que fueron minando la endeblez de un movimiento caótico y voluntarista. El golpe final sería la sospechable derrota en Huaqui, que obligó al vacilante Saavedra a partir de Buenos Aires para hacerse cargo del mando del Ejército del Norte, siendo apresado en el camino. El fin de la revuelta fue tan previsible que Azcuénaga, desterrado en Mendoza por la pueblada, cuando se queja ante el también castigado Gervasio Posadas por haber perdido su grado militar, recibe por respuesta: "Calle usted, hombre, yo le haré brigadier". Efectivamente, al ser ungido Posadas como Director Supremo, devolvió a Azcuénaga los galones.

Campana fue encerrado en un calabozo durante mucho tiempo y expulsado de los libros escolares.

CORRUPCIÓN EN LA JUNTA DE MAYO

Argentinas y argentinos hemos aprendido que una de las principales culpables de las postergaciones nacionales es la corrupción, presente desde los primeros pasos de nuestra patria. La historia oficial nos pinta un procerato de personajes sin fisuras, muy distintos a nosotros mismos. El ejemplo que sigue parecería mostrar que nuestros males de

hoy pueden ser rastreados en el pasado, aunque, al menos, la impunidad no era tanta como ahora:

“Proceso por delitos contra la patria y su seguridad contra Juan Larrea, Buenos Aires, 18 de agosto de 1815.

”Cargo N° 6 [de 9]: Cómo [es posible] asegurar que en ningún caso se prevalió de la representación de secretario de Estado para que los fondos públicos careciesen de ingresos debidos en razón de derechos, cuando con su acuerdo, sin hacer tentativas ni anuncios públicos que justificasen su conducta, se vendieron los nueve mil ochocientos diez marcos y cuatro onzas de plata en barras, con quebranto de su legítimo valor privadamente y con libertad de derechos, en la cantidad de veintitrés mil quinientos dieciocho pesos, cuyo ingente quebranto no se justifica, ni le salva de la responsabilidad al confesante con lo que absuelve contestando a la pregunta trece, que se le hizo; especialmente cuando median respetables voces que aseguran que los ingleses Magnil y Dilson tuvieron en esta parte con el confesante sus inteligencias, siendo suyo el negocio, y de aquéllos la comisión, cuyo caso se vio repetido en la venta de las tres corbetas *Neptuno, Belfast* y *Agradable*, que importando al Estado la primera quince mil pesos, y la segunda veintidós mil, y la tercera veinticinco mil, y las tres sesenta y dos mil pesos, se atribuyen vendidas a don Manuel Lorenzo en treinta mil pesos, sin que tamaño desfalco, y la falta de ingresos en las cajas aun de esa porción menos de la mitad de aquella importancia [...]”.

Firma la acusación Martín Basavilbaso.

La sentencia dictada por Manuel Vicente de Maza, el 9 de octubre de 1815, dirá:

“[...] Primero: Que don Juan Larrea, de conformidad con lo que pide el ministerio fiscal, salga expatriado para ultramar. En el primer buque que después de sancionada esta sentencia, zarpe en derechura a puertos que no sean de los Brasiles, ni los de la Gran Bretaña en Europa.

”Segundo: Todos los bienes secuestrados a don Juan Larrea estarán afectos en el modo que ya tiene dispuesto el gobierno al reintegro de los ochenta y dos mil trescientos diez pesos tres reales, que adeuda a la aduana del Estado”.

El 20 de junio de 1847 el ex vocal de la Primera Junta, luego de una vida azarosa, se suicidará degollándose con su navaja de afeitar.

REPARAR TAMAÑO DESORDEN

Cuando Belgrano izó por primera vez la insignia azul y blanca, cosida por una de las olvidadas de nuestra historia, la rosarina María

Echevarría de Vidal, comunicó el hecho a Buenos Aires. La airada respuesta revelaba el inconfundible estilo de Bernardino Rivadavia, una de las figuras más discutibles de nuestra historia pero ensalzado por la versión consagrada: “El gobierno deja a la prudencia de V.S. mismo la reparación de tamaño desorden [la jura de la bandera], pero debe prevenirle que ésta será la última vez que sacrificará hasta tan alto punto los respetos de su autoridad y los intereses de la nación que preside y forma, los que jamás podrán estar en oposición a la uniformidad y orden. V.S. a vuelta de correo dará cuenta exacta de lo que haya hecho en cumplimiento de esta superior resolución”.

El Primer Triunvirato privilegiaba el temor a desagradar al embajador lord Strangford y se sometía a la estrategia inglesa de sostener hipócritas buenas relaciones políticas con España mientras le arrebataba mercados en sus colonias sublevadas. El apoyo británico a la insurrección rioplatense, que tenía como condición impedir toda manifestación independentista, durante los años previos y posteriores a Mayo fue decisiva aunque embozada debido a su alianza con la Corona española en su guerra contra la Francia de Napoleón. A esa estrategia respondió también el envío en 1812 a bordo de la *George Canning* de oficiales indianos que se habían destacado en las guerras europeas, para conducir los ejércitos insurrectos de las colonias hispánicas en América, que carecían de jefes experimentados, pues los mejores habían quedado del lado realista.

Furioso y despechado, don Manuel responde el 18 de julio de 1812, sincerándose que había izado la bandera para “exigir a V.E. la declaración respectiva en mi deseo de que estas provincias se cuenten como una de las naciones del globo”. Pero, ya que el gobierno no dictaba la independencia, no le cabía otra conducta que recoger la bandera, “y la desharé para que no haya ni memoria de ella”, escribe con conmovedor despecho. “Si acaso me preguntan responderé que se reserva para el día de una gran victoria y como ésta está muy lejos, todos la habrán olvidado”.

Razones tenía Belgrano para estar sorprendido, puesto que, imbuido de la necesidad de no hacer públicos los anhelos autonómicos, había elegido para la bandera los colores borbónicos de la casa del rey Fernando VII: tres franjas, dos azul celeste exteriores y una blanca interior, con lo que también pretendía lealtad al rey preso y no a España, puesto que en él había delegado el Papa la “propiedad” de América, con lo que se descalificaba la intención de la Junta de Sevilla de reivindicar sus derechos sobre la colonia.

Capítulo IV

1812 a 1822

LOS AVATARES DEL HIMNO PATRIO

El 24 de mayo de 1812 se presentó en la Casa de Comedia una pieza, *El 25 de Mayo*, de Luis Ambrosio Morante, que terminaba con un himno coreado por los actores. Un espectador, Vicente López y Planes, se sintió inspirado y compuso esa noche la primera estrofa de un himno para reemplazar el texto de Morante pero conservando la música del catalán Blas Parera, profesor de piano de las damas de la sociedad porteña. A propósito de Parera señalemos que cuando años más tarde, no sin lógica, se le propuso que adoptara la ciudadanía de las Provincias Unidas, prefirió salir furtivamente hacia su país natal.

La letra era inflamadamente independentista, como correspondía al espíritu de la época. Tiempo más tarde la Asamblea del Año XIII pide un "arreglo" acorde con los nuevos vientos que soplan: Inglaterra se opone vigorosamente a todo arresto de autonomía en las colonias de España. El embajador británico lord Strangford había hecho saber al gobierno de Buenos Aires "lo loco y peligroso de toda declaración de independencia prematura". Desaparecen entonces estrofas que anunciaban que "se levanta a la faz de la Tierra una nueva y gloriosa Nación". Se infiltran, en cambio, conceptos monárquicos tan en boga entonces, cuando algunos de nuestros prohombres, desconfiados de la victoria en los campos de batalla, parecían competir en candidaturas de príncipes europeos para gobernarnos, en la idea de que eso, al menos, serviría para cambiar de amo: el Infante español Francisco de Paula, el duque francés Luis Felipe de Orleáns, el duque italiano de Lucca...

No extrañaría entonces el "ved en trono a la noble igualdad" o "sobre alas de gloria alza el pueblo, trono digno a su Gran Majestad", estrofa desaparecida en la versión definitiva. O "ya su trono dignísimo abrieron, las Provincias Unidas del Sur", renglón que merece un comentario pues es, indudablemente, una frase sin sentido pues los tronos no se "abren". Todo indica que cuando la Asamblea del Año XIII sancionó nuestra canción patria lo hizo sobre una copia

defectuosa del texto de López y Planes. Su autor, cuando era consultado indicaba como correcto lo de “alzaron”. Pero finalmente terminó por inclinarse ante la fuerza del uso, y en 1847 declaró en testimonio que se encuentra en el archivo Mitre, autenticado por su hijo Vicente Fidel López, que el término adecuado era el incomprensible “abrieron”.

El Himno sufrió en 1860 otra lamentable modificación encomendada a Juan Pablo Esnaola: la marcha vibrante y guerrera se transformó en una pieza pretenciosamente majestuosa, tan estirada que va en camino de convencer al mundo de que nuestra canción patria es su introducción, que es lo que habitualmente se ejecuta en las competencias deportivas internacionales.

Para colmo de males, por razones diplomáticas, el texto fue mutilado devastadoramente durante la segunda presidencia de Roca, suprimiendo las estrofas denigrantes a España. Se evaporaron así marciales referencias a “los bravos que unidos juraron su feliz libertad sostener, a esos tigres sedientos de sangre fuertes pechos sabrán oponer”. Tampoco cantaremos “son letreros eternos que dicen: aquí el brazo argentino triunfó, aquí el fiero opresor de la Patria su cerviz orgullosa dobló”.

De allí en más solo cantamos la primera y la última estrofa, lo que nos obliga a repetir hasta tres veces “y los libres del mundo responden…”.

AMERICANOS CONTRA AMERICANOS

Al referirse nuestra historia a que las batallas se libraban entre ejércitos “españoles” y “patriotas” se retacea la dolorosa comprobación de que nuestras guerras de independencia se libraron, esencialmente, entre americanos. Es decir que quienes ponían “el cuerpo”, como siempre sucederá, eran los humildes de las ciudades y de la campaña.

Entre los prisioneros de la batalla de Tucumán, el comandante del tercer batallón, Antonio Suárez, era de Aragón; Francisco Montero, capitán, era de Castilla la Vieja; ese también era el origen de José Viera, capitán. Todos los demás, cerca de setenta, eran americanos.

Los generales Pío Tristán, vencido por Belgrano en Tucumán, y José Manuel de Goyeneche, vencedor de Castelli en Huaqui, eran también americanos. Asimismo el coronel Francisco de Aguilera, quien degolló con sus propias manos a dos grandes caudillos altoperuanos, Manuel Padilla e Ignacio Warnes, a quienes derrotó en La Laguna y El Pari, respectivamente.

En cuanto a Antonio Álvarez de Arenales, quien mantuvo en jaque a los ejércitos españoles durante varios años en la región de Chuquisaca y que luego condujo brillantemente la campaña de la Sierra bajo las órdenes de San Martín, era español nacido en Cádiz.

UNA GUERRA CANÍBAL

En carta del 9 de septiembre de 1817 a su londinense iniciador masónico, lord MacDuff, escribe San Martín, acongojado: "¡Qué sentimiento de dolor, mi querido amigo, debe despertar en vuestro pecho el destino de estas bellas regiones! Parecería que los españoles estuvieran empecinados en convertirlas en un desierto, tal es el carácter de la guerra que hacen. Ni edades ni sexos escapan al patíbulo".

Nuestra historia consagrada suaviza la ferocidad de la guerra independentista, enmarañándola en fechas y nombres de batallas. No es esa la versión del "Tambor" Vargas, un casi analfabeto tambor mayor de la guerrilla en el Alto Perú, que por entonces formaba parte del territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Desde 1815 hasta 1821 llevó un diario desapasionado y objetivo rescatado por el historiador boliviano Gunnar Mendoza: "El 29 de San Miguel en la fiesta de Lequepalca, estaban los indios de la Patria juntando gente con los compañeros Ubina, Mercado y Miguel Mamani, sorprendieron a dos mozos que eran orureños guardas de alcabalas [recaudadores de impuestos], los atropellaron y mataron a palos, también al hijo de un amedallado del rey [condecorado por servicios a España] lo mataron asimismo, después machucaron el cuerpo del muchacho en un batán, esto es, lo molieron. El 30 juntándose los amedallados con bastante indiada y tres bocas de fuego llegaron a Lequepalca, después que los patriotas se fueron, sólo lograron pescar a algunos indios de esas inmediaciones, los encerraron en la iglesia, de donde sacaron a tres, Gregorio y Manuel Choque y a I.A., reconviniéndolos para qué mataron a un muchacho tierno poniéndolo en ese estado machucado, pues ahora que se lo coman que para eso lo harían así, mandando ponerlos juntos con las tercerolas, y por no perder la vida comieron naturalmente carne humana".

UN PATRIOTA EJEMPLAR

Mucho se ha escrito y hablado sobre las escuelas donadas por

Belgrano con su premio por el triunfo en la batalla de Salta “en las que se enseñe a leer, escribir, la aritmética, la doctrina cristiana y los primeros rudimentos de los derechos y obligaciones del hombre en sociedad hacia ésta y el gobierno que la rija, en cuatro ciudades, a saber, Tarija, Jujuy, Tucumán y Santiago del Estero, que carecen de un establecimiento tan esencial e interesante a la Religión y al Estado y aun ni arbitrios para realizarlos”, constituyéndose en el primer propulsor de la educación popular en nuestra historia.

En cambio poco se sabe sobre el “Reglamento” que redactó para el funcionamiento de dichos establecimientos educativos. Sus artículos son poderosamente reveladores de la lúcida concepción que Belgrano tenía de lo educativo y de su importancia en la sociedad, lo que ya había demostrado como secretario del Consulado español en el Río de la Plata durante los años previos a Mayo. A su impulso se crearon una Escuela de Náutica y otra de Geometría y Arquitectura, además de imprimirse cartillas para que los agricultores sacaran mejor provecho de sus labranzas.

En el artículo 1° del citado reglamento privilegia la buena retribución al maestro estableciendo que se destinen quinientos pesos anuales para cada escuela, de los que cuatrocientos serán para su pago y los cien restantes para “papel, pluma, tinta, libros y catecismo para los niños de padres pobres que no tengan como costearlo”.

Para evitar el “dedazo” o “acomodo” imponía el sistema del concurso u oposición: “Se admitirían los memoriales de los opositores con los documentos que califiquen su idoneidad y costumbres, oirá acerca de ellos el síndico procurador, y cumplido el término de la convocación, que nunca será menor de veinticinco días, nombrará dos sujetos de los más capaces e instruidos del pueblo, para que ante ellos, el vicario eclesiástico y el procurador de la ciudad, se verifique la oposición públicamente en el día señalado”. Dicho concurso, como lo indica el artículo 4°, debía abrirse cada tres años, para garantizar que el maestro fuera el más capacitado para ejercer tan delicada tarea.

No era ajeno a la voluntad de don Manuel el estímulo a los jóvenes que así lo merecieran: “Se les dará asiento de preferencia, algún premio, distinción de honor, procediéndose en esto con justicia” (artículo 6°).

Prudente en penitencias y castigos, en épocas propensas a estos, siempre obsesionado por la justicia, Belgrano propone que “si hubiese algún joven de tan mala índole o de costumbres tan corrompidas que se manifieste incorregible, podrá ser despedido secretamente de la escuela con la intervención del alcalde de primer voto, el regidor más antiguo y el vicario de la ciudad, quienes se reunirán a deliberar en vista de lo que previa y privadamente les informe el preceptor”. Insiste en que a los alumnos “por ningún motivo se les expondrá a la

vergüenza pública" (artículo 15°).

Tendrá también maravillosas expresiones hacia el maestro, de sorprendente actualidad: "Procurará con su conducta en todas sus expresiones y modos inspirar a sus alumnos amor al orden, respeto a la religión, moderación y dulzura en el trato, sentimientos de honor, amor a la verdad y a la ciencia, horror al vicio, inclinación al trabajo, despego del interés, desprecio de todo lo que tienda a la profusión y al lujo en el comer, vestir y demás necesidades de la vida, y un espíritu nacional que les haga preferir el bien público al privado y estimar en más la calidad de americano que la de extranjero" (artículo 18°). En seguida, en el artículo 19°, nos seguirá asombrando: "Tendrá gran cuidado en que todos se presenten con aseo en su persona y vestido, pero no permitirá que nadie use lujo aunque sus padres puedan y quieran costearlo".

Quizá lo más remarcable del "Reglamento" de don Manuel Belgrano es la jerarquía que confiere a la tarea del educador. Tanto es así que en el artículo 8° no duda en indicar, ejemplarmente: "En las celebraciones del Patrono de la ciudad, del aniversario de nuestra regeneración política y otras de celebridad, se le dará al maestro en cuerpo del Cabildo, reputándosele por un padre de la Patria".

Aunque las circunstancias lo obligaron al fragor de las batallas para hacernos libres, nuestro prócer coincidiría con lo que Epicteto había afirmado siglos antes: "Solo las personas que han recibido educación son verdaderamente libres".

EL ROBO DE LOS DIENTES

A pesar de su envidiable cargo en el Consulado español en el Río de la Plata, Manuel Belgrano, graduado como abogado en la Universidad española de Salamanca, se comprometió activamente en la epopeya independentista desde sus inicios. Cuenta Tomás Guido en sus memorias que cuando Cisneros daba largas a su renuncia "observando la indecisión de sus amigos [Belgrano] púsose de pie súbitamente y a paso acelerado y con el rostro encendido por el fuego de sangre generosa entró al comedor de la casa del señor Rodríguez Peña y lanzando una mirada en derredor de sí, y poniendo la mano derecha sobre la cruz de su espada dijo: 'Juro a la patria y a mis compañeros, que si a las tres de la tarde del día inmediato el virrey no hubiese renunciado, a fe de caballero, yo le derribaré con mis armas'".

"Es lo mejor que tenemos en la Patria", escribiría al gobierno de Buenos Aires un San Martín indignado, luego de recibir órdenes para que don Manuel se reportase para ser juzgado por la derrota de

Ayohúma. Es que, a pesar de que sus méritos de estratega militar no fueron elevados por cuanto él era un intelectual, esencialmente un economista que tradujo al español a la corriente de moda entonces en Europa, la fisiocracia, siempre fue un ejemplo de dignidad, como cuando, hallándose en su campamento de Santa Rosa, recibió un chasque que le anunciaba que la Junta de Mayo lo había elevado al rango de brigadier, grado recientemente creado. "Esto me puso en la mayor consternación, así porque nunca pensé en trabajar por interés en distinciones, como porque preví la multitud de enemigos que debía acarrearme, así que contesté a mis amigos que sentía más el título de Brigadier, que si me hubieran dado una puñalada", fue la reacción de don Manuel.

Fue un hombre de ideas incómodas para los gobiernos de Buenos Aires y ello lo pagó caro quien en los últimos tiempos de su vida apenas podía caminar por la hidropesía aguda y la debilidad progresiva, posiblemente de origen sifilítico. En Córdoba, cuyo gobernador, su ex subalterno Bustos, le denegó ayuda económica, igual que sus colegas de las otras provincias que atravesó en su calvario en busca de atención médica, don Manuel y su fiel ayudante Helguera se detuvieron en una posta. Convocaron entonces al encargado para solicitarle algo.

—Dígale usted al general Belgrano que si quiere hablar conmigo venga a mi cuarto, que hay igual distancia —fue la réplica insolente.

Eran aquellas épocas de turbulentos enfrentamientos fratricidas, a los que el vencedor de Salta y Tucumán no supo o no pudo permanecer ajeno, cuando era más difícil que nunca diferenciar lo noble de lo abyecto, el patriotismo de la ambición. Quien había donado los veinte mil pesos que le correspondieron por su comandancia del Ejército del Norte para la construcción de las cuatro escuelas debió conformarse con los avaros trescientos pesos que el gobernador de Buenos Aires, Idelfonso Ramos Mejía, le hiciera llegar a través de uno de sus edecanes. Don Manuel le agradeció con asombrosa magnanimidad: "Doy a V.S. las gracias, bien persuadido de que el estado de las rentas no le permite usar de la generosidad que me manifiesta, sin que merezca tanto favor". Luego vendría la muerte, en soledad y olvido, tanto que un solo periódico de Buenos Aires, *El Despertador Filantrópico*, se hizo eco de la misma, y mezquinamente.

Pero no terminaron allí las afrentas. Ochenta y tres años después podía leerse en el matutino *La Prensa* a raíz de la exhumación de sus restos para ser trasladados al mausoleo donde hoy yacen, en la iglesia de Santo Domingo: "Llama la atención que el escribano del Gobierno de la Nación no haya precisado en este documento los huesos que fueron encontrados en el sepulcro; pero no es ésta la mayor irregularidad que he podido observar en este acto. Entre los restos del

glorioso Belgrano que no habían sido transformados en polvo por la acción del tiempo, se encontraron varios dientes en buen estado de conservación y ¡admírese el público! ¡esos despojos sagrados se los repartieron buena, criollamente, el ministro del Interior y el ministro de Guerra! [...] Que devuelvan esos dientes al patriota que menos comió en su gloriosa vida con los dineros de la Nación y que el escribano labre un acta con el detalle que todos deseamos y que debe tener todo documento histórico...".

El escándalo fue tal que los susodichos ministros, el doctor Joaquín V. González y el general Riccheri, tuvieron que devolver los dientes del prócer.

LAS SOCIEDADES SECRETAS

Un capítulo todavía envuelto en brumas es el del papel que desempeñaron las logias en la lucha de la independencia. Francisco de Miranda, el venezolano "Precursor de la Independencia Americana", como le gustaba autodenominarse, fue Gran Maestre de la Logia Americana, que sesionaba en su propio domicilio, en Londres, bajo los principios de la independencia de América con un régimen republicano. Fueron iniciados en ella Simón Bolívar y José de San Martín, al igual que Zapiola y Alvear de la Argentina; O'Higgins y Carrera, de Chile; Montufar y Rocafuerte, de Ecuador; Valle, de Guatemala; Nariño, de Colombia.

San Martín, Alvear y sus compañeros de viaje en la *George Canning* crearon en Buenos Aires la Logia Lautaro, entidad secreta a semejanza de la de Londres, con el propósito de ejercer una influencia decisiva en los medios militares y políticos. Es interesante que su nombre aluda a un indómito cacique araucano que combatió contra los conquistadores españoles en territorio chileno. ¿Indica eso que ya de antemano estaba decidido el cruce de los Andes siguiendo planes que San Martín conoció en Londres, como el de Maitland descubierto por R. Terragno?

Poco se sabe de dicha logia, cuyo funcionamiento quedó oculto por juramentos que obligaron, por lo menos, al honor de sus componentes. Salvo aquello filtrado en alguna correspondencia imprudente de Rodríguez Peña, y las listas de una parte de sus integrantes y la aclaración sobre sus finalidades que haría —bastante tiempo después — el ya anciano general Zapiola al hábil Mitre.

Se sabe positivamente que fue establecida en Buenos Aires entre mayo y junio de 1812, que funcionó en domicilios privados que variaban según lo exigiera el recato de sus tenidas, y que había cinco

grados en sus componentes; en los primeros, los neófitos eran iniciados en los principios de fraternidad y mutua cooperación; en los superiores se les advertía de las finalidades políticas —independencia y Constitución— que debían cumplirse; en el último, de obedecer a sus matrices extranjeras.

Por la regla de la logia, los hermanos elegidos para una función militar, administrativa o de gobierno debían asesorarse por el Consejo Supremo en las resoluciones de gravedad, y no designar jefes militares, gobernadores de provincia, diplomáticos, jueces, dignidades eclesiásticas, ni firmar ascensos en el ejército y marina sin previa anuencia de los Venerables del último grado, que serían así el verdadero gobierno del país. Tanto más fuerte y temible cuanto era oculto. Era la ley primera "ayudarse mutuamente, sostener la logia aun a riesgo de la vida, dar cuenta a los Venerables de todo lo importante, y acatar sumisamente las órdenes impartidas". Un juez o jefe militar no podía castigar a un "hermano" sin aprobación de los Venerables. La revelación de los secretos, aun de los nimios, estaba custodiada por tremendos castigos que llegaban a "la pena de muerte por cualquier medio que se pudiera disponer". En caso de contrariar a la logia, la persecución y el desprecio de los hermanos lo seguirían en los menores actos de su vida en absoluto e inexorable boicot. Si quería librarse de esta persecución y al mismo tiempo alejarse de la logia, el solo remedio era "dormirse", quedando de esta manera desligado del voto de obediencia pero no de los de silencio y fraternidad.

¿Fue la Logia Lautaro una organización masónica? ¿Fue San Martín un masón? La respuesta definitiva la dio el estudioso del tema Emilio Corbière quien investigó que "fue iniciado en la Logia Integridad de Cádiz, afiliándose a la Logia Caballeros Racionales N° 3 de dicha ciudad. Allí recibió el tercer grado de la masonería simbólica, o sea el de Maestro Masón, el 6 de mayo de 1808. Participó después, junto con Alvear, de la fundación de la Logia Caballeros Racionales N° 7 de Londres [...] Cuando el Libertador fue designado general en jefe del Ejército de los Andes por decreto del 1 de agosto de 1816, casi simultáneamente fundaba la Logia Ejército de los Andes y asumía el cargo de Venerable Maestro".

Si alguien necesita otra prueba mayor que la famosa medalla con que lo honra la masonería belga, basta con que constate que el mausoleo de San Martín está fuera del perímetro de la Catedral Metropolitana, aunque desde su interior no lo parezca. Ello fue resultado de una penosa negociación porque las autoridades eclesiásticas negaban a los masones, excomulgados de hecho, el derecho a ser enterrados cristianamente.

Las sociedades secretas con centrales en las islas británicas seducían porque proponían la libertad de opinión y religiosa, y una sociedad

con centro en el hombre y esperanzada en la ciencia, contrastante con la ideología represiva, inquisitorial y absolutista de la Iglesia católica de entonces, teocéntrica y anticientífica. Aunque el propósito oculto de la masonería era expandir de una manera cuasi religiosa el principio de la libertad de comercio, estrategia británica de dominación de naciones de todos los continentes.

Según las infidencias de Zapiola a Mitre, se "iniciaron" el canónigo Valentín Gómez, Gervasio Antonio Posadas, Juan y Ramón Larrea, Vieytes, Nicolás Rodríguez Peña, Nicolás Herrera, Monteagudo, Agrelo, el presbítero Vidal, Azcuénaga, Monasterio, Tomás Antonio Valle, el padre Argerich, el padre Amenábar, el padre Fonseca, Tomás Guido, Manuel José García, el padre Anchoris, Perdriel, los militares Murguiondo, Ventura Vásquez, Zufriátegui, Dorrego, Pinto, Antonio y Juan Ramón Balcarce, etc., que formaron el grupo mayoritario alvearista, mientras que el núcleo leal a San Martín quedó limitado al mismo Zapiola, Agustín Donado, Álvarez Jonte, Toribio Luzuriaga, Vicente López, Manuel Moreno, Ramón Rojas, Ugarteche, Lezica, Pinto y pocos más. Sin decidirse quedaron Tagle, Carballo, Núñez y otros.

Las autoridades de la Iglesia católica estaban alarmadas por la influencia de la masonería en los revolucionarios americanos y por eso el papa Pío VII se expediría el 30 de enero de 1816 en contra, exhortando a "arzobispos, obispos y queridos hijos de América" a "arrancar esa muy funesta cizaña de desórdenes y cizaña que el hombre ha tenido la maldad de sembrar allá [en América]". También se referirá a "las calidades y virtudes notables y excepcionales de nuestro muy querido hijo en Jesucristo, Fernando, Rey Católico de las Españas".

EL "NEGOCIO DE ITALIA"

La situación en Europa había cambiado sustancialmente a fines de 1814. Napoleón derrotado y preso, Fernando VII nuevamente en el trono español e Inglaterra firmando un acuerdo con él para respetar sus derechos en las colonias americanas a cambio de sustanciosas ventajas comerciales en el Nuevo Mundo.

Gervasio de Posadas, Director Supremo, decide que es el momento para enviar una misión de conciliación con el monarca español. Para ello fueron elegidos Belgrano y Rivadavia, quienes debían felicitar a Fernando VII "a nombre de las Provincias Unidas por su feliz restitución al trono de sus mayores asegurándole, con toda la expresión posible, de los sentimientos de amor y fidelidad de estos

Pueblos a su Real Persona”.

El verdadero comisionado para esa misión era Rivadavia, siempre propenso a negociaciones clandestinas, y lo acompañaría Belgrano, escaldado por su fracaso militar en Vilcapugio y Ayohúma, por lo que había sido juzgado, recibiendo además críticas por su impericia, como puede leerse en las *Memorias* de José María Paz. Don Bernardino llevaba secretas instrucciones de las que “no debía dar cuenta a su socio”.

Cuando hicieron escala en Londres se encontraron con Manuel de Sarratea, que recorría las cortes europeas desde hacía ya un año, y los puso al corriente de una idea que él bautizara en clave como el “Negocio de Italia”. Se trataba de preservar algo de la independencia de las Provincias del Río de La Plata coronando como rey al infante Francisco de Paula, hermano de Fernando VII e hijo menor de Carlos IV, residente en Roma. Habría de por medio una fuerte pensión mensual para el necesitado ex rey español quien, habiendo dejado de percibir los dineros que como soborno le enviaba regularmente Napoleón, abdicaría de “sus dominios en el Río de la Plata, Chile y parte del Perú”, en favor de su hijo menor. Dicha nota fue redactada por Rivadavia mientras encargó a Belgrano el “Proyecto de Constitución Monárquica”.

La nueva monarquía tendría el escudo blanco y azul de la Argentina con modificaciones: las dos manos en vez de estrecharse y sostener la pica y el gorro frigio, elevarían las tres flores de lis de la Casa de Borbón; en vez de laureles lo orlarían un puma y una vicuña. El mismo Rivadavia dibujó el escorzo para conocimiento de Carlos IV y del futuro rey.

La “constitución” entregaba el Poder Ejecutivo al rey, asistido por un ministerio formado por nobles: a ese efecto se crearían títulos de duques, condes y marqueses a repartirse entre las personalidades criollas. Todos los duques, la tercera parte de los condes (elegidos por ellos), la cuarta parte de los marqueses y la tercera parte de los obispos (elegidos por el rey) formarían la Alta Sala. Una Sala Baja de representantes plebeyos completaría el Poder Legislativo. Habría “libertad de cultos y conciencia, de imprenta, inviolabilidad de las propiedades y seguridad individual”.

El proyecto fracasó al filtrarse la noticia en Buenos Aires, donde despertó una oleada de indignación. Belgrano regresaría de inmediato, convencido de su error, para promover la idea del reinado incaico cuyo objetivo fue el de desmantelar los proyectos de coronar príncipes europeos, además de quitar la capital de las Provincias Unidas de Buenos Aires.

Las negociaciones del “Negocio de Italia” concluyeron el 16 de julio de 1816 sin que los demás emisarios se enterasen de que algo

histórico había sucedido, una semana antes, en Tucumán.

LOS “ÑOQUIS” DE LA INDEPENDENCIA

Carta al coronel del Regimiento N° 3, don Domingo French, Buenos Aires, 15 de abril de 1814:

“Mi amado hermano: [...] Quisiera que usted me explicase cómo se entiende esto de que el Estado ha de pagar sueldos a una porción de capitanes, tenientes y subtenientes que no mandan un soldado, y que no tienen compañía sino en el nombre como, verbigracia: capitán de 4ª compañía 2° batallón [que no existe] cuya compañía ha de constar de la fuerza de ciento veinte plazas, que se reunirán en el día del juicio [...] Repito que no comprendo cómo un regimiento que se denomine tal con la sola fuerza de cuatrocientos o quinientos hombres por nuestra triste e infernal situación haya de tener y pagarlos el Estado, doce capitanes, veinticuatro tenientes, doce subtenientes, igual número de cadetes, etcétera, etcétera. Reclamo imperiosamente de ustedes que como buenos patriotas me expliquen esto por Dios, y por el mismo Jesucristo crean que no es chisme que me han metido en la cabeza sino parto original o duda de mi ignorancia y rudeza”.

Firmaba el Director Supremo de las Provincias Unidas, Gervasio Antonio de Posadas.

Es que algunos tomaban lo de la guerra independentista con liviandad, sin descuidar sus intereses personales, mientras San Martín comenzaba a organizar su Ejército de los Andes. Elegido nuevo Director Supremo en el Congreso de Tucumán, Juan Martín de Pueyrredón le había ofrecido el apoyo necesario, pero instalado en Buenos Aires se dejó ganar por las tramoyas politiqueriles rioplatenses. A pesar de sus cartas, como aquella famosa del 4 de junio de 1816, “¡Va el demonio! ¡Va la carne!”, en realidad los ejércitos que merecieron la mayor atención de Pueyrredón fueron los destinados a combatir a las provincias que apoyaban al caudillo de la Banda Oriental José Gervasio Artigas, especialmente Santa Fe y Entre Ríos. Ante la demora y la frugalidad del apoyo porteño, el Libertador deberá dejar pasar dos veranos hasta que pudo formar su ejército basándose en los recursos extraídos de Cuyo, a la que gobernó con mano férrea, según el historiador Norberto Galasso basándose en el cruel “Plan de operaciones” de Mariano Moreno.

UN REVOLUCIONARIO ARREPENTIDO

Carlos de Alvear había derrotado a San Martín en el liderazgo de la logia y por varios años condujo la política de las independizadas Provincias del Río de la Plata, en un principio a través de su tío Gervasio Posadas, un Director Supremo sujeto a su voluntad, al que luego relevaría para imponer sus actos de gobierno que a medida que su poder fue debilitándose fueron volviéndose más arbitrarios y autoritarios. Derribado por fin del gobierno y condenado al exilio, escribe desde Río de Janeiro al rey de España el 23 de agosto de 1815:

"Es muy deplorable a un español [¿Alvear español?] que ha nacido con honor y que procuró acreditarlo entre los gloriosos defensores de la Nación, presentarse ahora a vindicar su conducta en actitud de delincuente y con las sombras de rebelde o enemigo del Rey. Yo me habría ido lejos de los hombres a ocultar mi vergüenza si no conservase una esperanza de hacer disculpables mis procedimientos o si conociera menos de la clemencia del Soberano y la indulgencia de sus ministros".

Expone que fue a Buenos Aires y se mezcló en política, "animado de la esperanza de rectificar las ideas que alimentaba el fanatismo de la multitud [...] agrégueme al partido de los que eran conocidos por más vehementes y acalorados con el objeto de adquirirme en crédito elevado de patriota y de tomar ascendiente sobre los que suponía más capaces de una oposición sostenida a las ideas de conciliación".

Habría ocupado el Directorio Supremo solo para "aventurarse a un paso decisivo que pusiese término a esta maldita revolución (la de Mayo, claro) pero había quienes no querían que el país volviere a su antigua tranquilidad [...] Y por eso he caído, por eso he sido víctima; porque mi decidido conato ha sido volver estos países a la dominación de un Soberano que solamente puede hacerlos felices".

Haciendo méritos para la mejor recepción de la indigna carta que enviaría pocos días después, Alvear convoca al embajador británico en Río y le da información valiosísima sobre las fuerzas rebeldes en las Provincias Unidas. Como no hubiera podido hacerlo el mejor de los espías al servicio del enemigo, detalla, en una nota por él firmada, que las tropas en Buenos Aires sumaban algo más de diez mil hombres, que San Martín "enrola en Mendoza 950 hombres y tiene ocho piezas [cañones]", que el ejército de Rondeau en el Norte había descendido de seis mil soldados a tres mil "por la deserción", que las provincias bajo la protección de Artigas "son las más entusiastas por la guerra" (ampliando ese indeseado homenaje al oriental avisa que "sus tropas tienen un valor y constancia admirables"), que en Buenos Aires "el pueblo bajo es fanático por la independencia" (es claro que el de "pueblo alto" que él representa lo es mucho menos). Para completar la infamia, seguramente por orden de Alvear, su colaborador y también exiliado Ángel Monasterio días después entregaría al representante

español un plano detallado y veraz de la proyectada defensa de Buenos Aires en caso de ser atacada.

El rey español, seguramente por dignidad, no dio respuesta a la carta. Su nieto, el presidente argentino Marcelo T. de Alvear, hizo todo lo posible para hacer desaparecer dichos documentos, que hoy se conservan en la Biblioteca Nacional de España, legajo N° 5843.

Pero no terminarían allí las trapisondas de don Carlos María, uno de los mayores "indultados" por nuestra historia consagrada. El 31 de enero de 1815, apenas dos semanas después de ser designado Director Supremo, decidió buscar el protectorado británico y escribe a lord Castlereagh, primer ministro de la Corona, siendo encargado de la misión secreta Manuel José García, el mismo que años después entregaría la Banda Oriental al Brasil en nombre de Rivadavia y de Gran Bretaña. "Estas provincias desean pertenecer a la Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer a su gobierno y vivir bajo su influjo poderoso. Ellas se abandonan sin condición alguna a la generosidad y buena fe del pueblo inglés y yo estoy resuelto a sostener tan justa solicitud para librarlas de los males que las afligen. Es necesario que se aprovechen los buenos momentos, que vengan tropas que se impongan a los genios díscolos y un jefe plenamente autorizado que empiece a dar al país las formas que fueren del beneplácito del Rey".

Este vergonzoso documento está conservado en el Archivo del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y no es ajeno a las tratativas que, hasta los tiempos recientes, otros jefes de Estado y ministros han llevado a acabo con potencias y organismos extranjeros, aunque con mayor disimulo y mejor cobertura. Ejemplifica también la tendencia, a lo largo de nuestra historia, de muchos "notables" que desconfiaron de la capacidad de nuestro pueblo de construir un país y prefirieron, con jugosos premios, apelar al pacto, habitualmente clandestino, con los poderosos de afuera.

El "caso Alvear", a quien conmemora el monumento más valioso artística y pecuniariamente de la capital argentina, obra del genial escultor francés Antoine Bourdelle, propone una reflexión sobre las razones de los "indultos" de nuestra historia consagrada, que invirtiendo las razones, permite comprender los motivos de sus "maldiciones": don Carlos estuvo protegido por su condición de venerable masónico y de aristócrata, pues fue una de las figuras más relevantes de la sociedad porteña de entonces. Sus descendientes también lo serían, ocupando cargos de enorme importancia: su hijo Torcuato sería el primer intendente de la capital argentina y su nieto Marcelo T. alcanzaría la presidencia de la Nación. Quienes plantaron los fundamentos de nuestra historia, también pertenecientes a la clase dominante (en defensa de Mitre debe reconocerse que fue quien

publicó la carta a lord Castlereagh), fueron sus amigos de infancia, socios de los mismos clubes, y compartieron los mismos intereses económicos, políticos y culturales. En aquellos tiempos las circunstanciales rivalidades se dirimían como “caballeros”, es decir alivianadas por un riguroso respeto hacia la pertenencia de clase. También es claro que el talante ideológico de Alvear lo emparienta con otros destacados “indultados” de su época (Rivadavia, Lavalle, Pueyrredón, García), todos ellos funcionales para la instauración del régimen liberal en lo económico pero autoritario en lo político, oligárquico, porteñista, despectivo de lo nacional, que impera en Argentina hasta nuestros días, con algunas interrupciones de fortalecimiento del ideario nacional, popular, federal, iberoamericano (Dorrego, Rosas, Yrigoyen, Perón).

EL PROTECTOR DE LOS PUEBLOS LIBRES

¿Quién fue Artigas, adorado por la plebe de ambas márgenes del río anchísimo, que estableció alianzas con otros gobernadores insumisos a la prepotencia porteña, que lo proclamaron el “Protector de los Pueblos libres”, como Estanislao López, Pancho Ramírez, Juan Bautista Bustos, quienes se opusieron a las pretensiones de los “doctores” de Buenos Aires de imponer su dominio económico, político y cultural a las demás Provincias Unidas? Su proyecto era la organización federal, la unión con otras naciones americanas, la independencia de España ganada en los campos de batalla y no en las urdimbres politiqueriles que la retrasaron. Acataba las decisiones de las asambleas populares y fue un pionero de la repartición de tierras a los más humildes.

Se destacó en el regimiento de Blandengues durante las Invasiones Inglesas. Una vez declarada la Revolución de Mayo, cruzó el río y se puso a las órdenes de los patriotas, colaborando con sus montoneras en el sitio a un Montevideo leal al rey de España. Fue al retirar sus tropas el Triunvirato cuando comenzó su conflicto con los gobiernos de Buenos Aires. El caudillo oriental, indignado, ordena el repliegue de sus milicias y se inicia entonces uno de los hechos más asombrosos de la historia americana: la “Redota”, la larga marcha de los orientales siguiendo a quien ya reconocían como su líder indiscutido.

Artigas llega al Ayuí (Entre Ríos) con dieciséis mil hombres, mujeres y niños. Escribe entonces a la Junta de gobierno paraguaya: “Cada día veo con más admiración sus rasgos singulares de heroicidad y constancia [se refiere al pueblo oriental]. Yo llegaré muy en breve a mi destino con este pueblo de héroes, y al frente de seis mil de ellos

que obran como soldados de la patria".

El caudillo oriental significó el intento más serio de incorporar a las masas populares a la Revolución de Mayo contradiciendo la orientación elitista e impopular de quienes se adueñaron de ella y se consideraron sus fieles intérpretes. Aquellos que pensaron lo que escribió V. F. López al referirse a los caudillos y sus montoneras: "Esas masas informes y groseras, brutales por hábito y por instinto, venían pues fatalmente preparadas a tomar su parte propia en la insurrección".

Artiguistas y porteños reanudaron el sitio y los roces. El 25 de diciembre de 1812 José Gervasio envía un documento a Manuel de Sarratea, jefe de las tropas porteñas que ha conspirado abiertamente en su contra: "El pueblo de Buenos Aires es y será siempre nuestro hermano, pero nunca su gobierno actual. Las tropas que se hallan bajo las órdenes de V.E. serán siempre el objeto de nuestra consideración, pero de ningún modo V.E.".

En el Congreso de Tres Cruces, el 5 de abril de 1813, Artigas expresó ante la multitud reunida: "Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa ante vuestra presencia soberana", es decir reconocía que el poder era del pueblo y que él era solo el delegado. Allí se decidieron por el voto de todos las instrucciones a la Asamblea del Año XIII, uno de los primeros antecedentes mundiales de voto universal. Los representantes artiguistas fueron rechazados: lo que irritaba a los porteños y sus aliados de las oligarquías provinciales era la insistencia en que las Provincias Unidas debían declararse independientes de inmediato, lo que no se haría hasta 1816; constituirse en una federación de estados autodeterminados sin el predominio de ninguno de ellos (Buenos Aires); que las rentas de la Aduana debían ser nacionalizadas en beneficio de todas las provincias y no del exclusivo provecho de Buenos Aires. Como si esto no bastara, exigía que la capital de las Provincias Unidas no estuviera en Buenos Aires.

Cuando gobierna en Montevideo, el "Protector de los Pueblos Libres" lleva a cabo la primera reforma agraria en Latinoamérica. Se decidió que, en la repartición de tierras incautadas a los españoles, "los más infelices serían los más privilegiados" y se incluyó en el reparto a "los negros libres, los zambos de toda clase, los indios y los criollos pobres".

La Banda Oriental debió soportar la invasión portuguesa desde el Brasil, que contó con la ominosa colaboración de las clases dominantes orientales y porteñas, decididas a todo con tal de desembarazarse del caudillo oriental y también sumisas a las estrategias de Gran Bretaña, aliada de Portugal, en el Río de la Plata. V.F. López escribió que al entrar a Montevideo los invasores "fueron recibidos con los brazos abiertos por el vecindario y todos aquellos

habitantes afincados, de honorable familia y de intereses urbanos, porque había llegado como protector de vidas y haciendas, a salvarlos de los atentados de Artigas".

El Protector, acosado, apela a la devoción y el coraje de los suyos para sostener el triple frente de batalla contra los realistas que desean rescatar la colonia para la Corona, los portugueses que se proponen anexar el territorio a su imperio y los porteños que anhelan deshacerse de ese rival cuyo proyecto de nación disminuiría su poder y su riqueza en beneficio de los intereses provinciales y populares. Está claro que detrás de dichos enemigos asoma, encubierta y poderosa, la ambición británica, aliada de España, de Portugal y del centralismo porteño.

LA INTREPIDEZ DEL PAISANAJE

La historia de Juan Martín de Güemes es emblemática en cuanto a cómo destruir a alguien potencialmente amenazante por su arraigo entre los sectores populares, lo que siempre inquietará a los detentadores de un poder político, social y económico basado en el dinero y en la tiranía. Aunque para ello haya que dejar de lado consideraciones patrióticas y aliarse con el enemigo, hecho que abierta o encubiertamente se repite hasta nuestros días. El monstruoso e injustificado endeudamiento externo que hoy estrangula el desarrollo nacional e imposibilita el bienestar individual de la mayoría de argentinas y argentinos es un siniestro ejemplo de la acción de traidores a la patria.

San Martín dejó a Martín Güemes y sus gauchos la defensa de la frontera norte, intercediendo ante el Directorio para que fuese ascendido a teniente coronel. Él se trasladará a Córdoba para reponerse de una dolencia misteriosa y que no pocos consideran un pretexto. El general Paz diagnostica con precisión en sus *Memorias*: "Esa enfermedad se llama Alvear. Es decir la convicción de que luego de entrar en Montevideo, el ambicioso don Carlos, ávido de gloria, convencido de que los laureles de la independencia argentina serían para él, lo relevaría sin contemplaciones". El augurio se cumpliría, pues uno de los motivos de la caída de Alvear fue la sublevación militar en rechazo al envío del coronel Perdriel a relevar a San Martín de su jefatura en Cuyo.

Admirador de Güemes, desde Mendoza, el Libertador escribió al Directorio: "Los gauchos de Salta solos están haciendo al enemigo una guerra de recursos tan terrible que lo han obligado a desprenderse de una división con el solo objeto de extraer mulas y ganado". Antes, desde Tucumán, el 1º de abril de 1814 había resaltado que "es

imponderable la intrepidez y entusiasmo con que se arroja el paisanaje sobre las partidas enemigas, sin temor del fuego de fusilería que ellas hacen”.

A su vez, el 21 de julio de 1814, el comandante en jefe de las fuerzas realistas, general Joaquín de la Pezuela, envía una nota al virrey del Perú señalándole la difícil situación en que se encuentra su ejército ante la acción de las partidas de Güemes: “Al abrigo de la continuada e impenetrable espesura, y a beneficio de ser muy prácticos y de estar bien montados, se atreven con frecuencia a llegar hasta los arrabales de Salta y a tirotear nuestros cuerpos por respetables que sean, a arrebatar de improviso cualquier individuo que tiene la imprudencia de alejarse una cuadra de la plaza o del campamento, y burlan, ocultos en la mañana, las salidas nuestras [...] En una palabra, experimento que nos hacen casi con impunidad una guerra lenta pero fatigosa y perjudicial”.

En el informe sobre los servicios del coronel Pablo Burela, fechado en Santa Fe el 8 de octubre de 1873, puede leerse la descripción de una de las tantas acciones del jefe salteño:

“Apenas salió del bosque la columna y vio Sardina (el jefe realista) que eran sesenta hombres los que tenía por delante, destacó al escuadrón Dragones de la Unión sobre ellos. Los sesenta gauchos cumplieron la instrucción de Güemes de dispersarse y huir en dirección del bajo donde estaban apostados en batalla trescientos hombres colocados allí por Güemes; los que en el acto de ver al escuadrón realista que en la carga había perdido su alineación, lo cargaron y acuchillaron.

”Al ver esto Sardina mandó en sostén y refuerzo de los dragones a los otros tres escuadrones. Los trescientos gauchos, también por instrucción de Güemes, volvieron caras dispersos en dirección del mismo camino hasta otro bajío, en donde Güemes en persona los esperaba con el resto de sus fuerzas , otros trescientos o cuatrocientos hombres.

”Los españoles, en la ilusión de su triunfo, perdieron su alineación. Güemes emprendió su carga: ellos se reorganizaron. Güemes figuró dispersión de su gente, y cuando los españoles se habían alejado lo bastante de su columna de infantería, Güemes hizo la señal a su gente que vuelva caras, se alinea, forma en batalla y carga sobre los españoles y los lleva acuchillando hasta meterlos bajo las bayonetas de su infantería, que también habría sido acuchillada si no anda tan lista en formar cuadro y calar bayoneta con rodilla en tierra”.

Belgrano valoraba la acción de Güemes. Así nació entre ellos una gran amistad. Esto le escribe el caudillo salteño sobre quienes, siendo compatriotas, serían sus peores enemigos y responsables de su muerte: "Hace Ud. muy bien en reírse de los doctores; sus vocinglerías se las lleva el viento. Mis afanes y desvelos no tienen más objeto que el bien general y en esta inteligencia no hago caso de todos esos malvados que tratan de dividirnos. Así pues, trabajemos con empeño y tesón, que si las generaciones presentes nos son ingratas, las futuras venerarán nuestra memoria, que es la recompensa que deben esperar los patriotas".

Ambos, como siempre sucederá con los caudillos de raíces populares, tenían por adversarios a los politiqueros oligarcas de Salta y Buenos Aires que privilegiaban sus propios intereses antes que los de la patria, celosos de que nadie compitiese con su poder basado en lo económico y en el entretejido de relaciones con sus iguales. El populacho era el sector social que trabajaba para ellos en sus haciendas y en sus comercios, y era eso lo único que se esperaba de ellos.

El general José Rondeau, jefe del ejército patriota del Norte, fue derrotado por los ejércitos del rey el 21 de octubre en Venta y Media y el 29 de noviembre en Sipe Sipe. Buenos Aires enviaría refuerzos para reorganizar el ejército pero "cuando todos creyeron que iba a cargar al ejército real, aprovechando la ocasión de hallarse ocupado en rendir y guarnecer las provincias del Alto Perú, para batirlo en detalle; pero con la mayor sorpresa vieron que en vez de ir contra el ejército real se lanzó de improviso contra Salta, trayendo una guerra sangrienta y bárbara que fue contenida con igual retaliación, en abril de 1816" (Informe del coronel Burela, quien combatió a las órdenes de Güemes, Santa Fe, 1873). El caudillo salteño era atacado por fuerzas del ejército regular que respondía a las órdenes de Buenos Aires al mismo tiempo y de la misma manera que Artigas, no dejando dudas sobre las intenciones de la oligarquía centralista porteña. Ambos jefes populares, que no se conocieron personalmente, habían privilegiado su relación con la "chusma" y cuando gobernaron fueron leales a ello, repartiendo tierras, reivindicando a los indígenas, oponiéndose a la arbitrariedad de los supuestos "decentes".

Como no podía ser de otra manera, las tropas "abajeñas" fueron derrotadas contundentemente por las experimentadas montoneras salteñas que las dejaron sin víveres retirando todo el ganado que hubiese en su camino y haciendo arder los campos cultivados, a tiempo que les producían crecientes bajas a favor de un decisivo predominio en las acciones de caballería.

"Es inconcebible tanta imprevisión, mucho más en un general que sabía prácticamente lo que era la guerra irregular o de montonera y lo

que valía el poder del gauchaje en nuestro país, pues lo había visto en la banda Oriental. No puedo dar otra explicación, sino que se equivocó en cuanto a las aptitudes de Güemes y el prestigio que gozaba entre el paisanaje de Salta" (J.M. Paz, *Memorias*).

Estos desatinos en el interior de las fuerzas patriotas provocaron su debilitamiento. Fue lógico entonces que un poderoso ejército realista al mando del general Ramírez Orozco, aprovechando las circunstancias, invadiese Salta. Eran seis batallones, siete escuadrones y cuatro piezas de artillería, formando un total de aproximadamente cuatro mil hombres. Además a su comandante en jefe lo acompañaban avezados y prestigiosos militares como los experimentados generales españoles Canterac y Olañeta y los coroneles Vigil, Marquiegui, Valdez y Gamarra, trasladados a América cuando Napoleón fue definitivamente derrotado.

El 31 de mayo de 1820 ocuparon la ciudad de Salta. A pesar de la desorganización de las guerrillas patriotas y de combatir con una mano contra los realistas y con la otra contra las propias tropas regulares, la resistencia de los gauchos salteños fue admirable y eficaz. Mitre celebrará: "Las guerrillas disputaron el terreno palmo a palmo desde la frontera hasta Salta, atacando con audacia las columnas enemigas que se desprendían del grueso de sus fuerzas, con fortuna varia en los combates. Los españoles no fueron dueños sino del terreno que ocupaban con las armas, y después de un mes de permanencia tuvieron que replegarse bajo el fuego de las guerrillas salteñas a sus posiciones de Tupiza (30 de junio de 1820) a consecuencia de los anuncios de la expedición de San Martín sobre Lima, que a la sazón se aprestaba en Chile".

Al proclamar, ante el Cabildo salteño, su nuevo triunfo, un Güemes más preocupado que eufórico decía: "A pesar de no haber sido oportunamente auxiliados, una vez más hemos conseguido, aunque a costa del exterminio de nuestra provincia, el escarmiento de los tiranos".

El final del gran jefe gaucho será ominoso, pues será asesinado por una operación comando urdida entre las fuerzas realistas y un sector de la aristocracia salteña, la que se resistía a las contribuciones en dinero, hombres, animales y bastimentos que Güemes les imponía para financiar la epopeya independentista.

Su muerte sería festejada en el Buenos Aires de Rivadavia: "Murió el abominable Güemes al huir de la sorpresa que le hicieron los enemigos con el favor de los comandantes Zerda, Zabala y Benítez, quienes se pasaron al enemigo. Ya tenemos un cacique menos" (*La Gazeta de Buenos Ayres*).

LA PRIMERA INDEPENDENCIA ARGENTINA

Un hecho poco conocido es que los “Pueblos Libres” artiguistas, la Banda Oriental, Misiones, Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe y parte de Córdoba, reunidos el 29 de junio de 1815 en el Congreso de Oriente en Concepción del Uruguay (Entre Ríos), declararon la independencia de las Provincias Unidas, “de España y de toda otra nación extranjera”, un año y diez días antes de Tucumán, que contó, a su vez, con la participación de las provincias cuyanas, las del Noroeste y las altoperuanas, además de Buenos Aires, quien no pudo imponerse como sede, aunque poco tiempo después, con el pretexto o el motivo de la proximidad de las fuerzas realistas, logró acoger a los diputados y hacerlos funcionales a sus intereses. Su disolución fue una de las exigencias de los caudillos federales victoriosos en Cepeda.

La razón del ocultamiento de tan trascendente circunstancia como la primera Declaración de la Independencia de nuestra Patria en la historia oficial es que las provincias asistentes al Congreso de Oriente eran las enemigas del unitarismo porteño, las integrantes de la Liga Federal, las agrupadas como “Pueblos Libres” bajo la conducción del “Protector” oriental. Se han perdido las actas de la reunión, quizá destruidas a propósito, aunque no quedan dudas de que en ella se habrían tratado y aprobado cláusulas similares a las de las instrucciones artiguistas a la Asamblea del Año XIII.

Es evidente que ambas proclamaciones independistas respondieron, no solo a posiciones doctrinarias, sino también a condicionamientos geográficos, ya que la de Tucumán convocó a las provincias andinas, a las que se agregó Buenos Aires, mientras que la de Arroyo de la China, como entonces se llamaba Concepción del Uruguay, reunió a las del Litoral. Un dato poco conocido por el ciudadano de a pie es que ninguna de estas concurrió a Tucumán, solo Córdoba envió una menguada representación que, sin suerte, defendió una posición federalista.

De no haber primado la mala fe de los historiadores liberales y porteñistas, ambas proclamaciones no eran excluyentes sino que completaban el arco representativo de la totalidad del territorio argentino de entonces.

MEJOR EL VINO QUE EL AGUARDIENTE

San Martín instruyó a su ejército antes de librarse la batalla de Maipú:

“1) Cada soldado, para batirse, llevará cien tiros y seis piedras; la mitad consigo y la otra mitad detrás de su respectivo cuerpo.

”2) Antes de entrar en batalla, se les dará una ración de vino o aguardiente, prefiriendo lo primero. Los jefes perorarán con denuedo a la tropa antes de entrar en batalla, imponiendo pena de la vida al que se separase de su fila, sea al avanzar, sea al retirarse.
”3) Se dirá a los soldados, de un modo claro y terminante por sus jefes, que si un cuerpo se retira es porque el general en jefe lo ha mandado así por astucia.
”4) Si algún cuerpo de infantería o caballería fuere cargado con arma blanca, no será esperado a pie firme, sino que le saldrá cincuenta pasos al encuentro con bayoneta calada o con sable.
”5) Los heridos que no puedan andar con sus pies no serán salvados mientras dure la batalla, porque necesitando cuatro para cada uno, se debilitaría la línea en un momento.
”6) Recomiendo a los jefes de caballería llevar a retaguardia un pelotón de veinticinco a treinta hombres para sablear a los soldados que vuelvan cara, así como para conseguir [*sic*] al enemigo mientras se reúne el resto del escuadrón. Siendo el carácter de nuestros soldados más propio para la ofensa que para la defensa, los jefes no olvidarán que en caso de apurado deberán tomar la primera”.

La batalla se ganaría pero la anarquía se había instalado en las provincias del Río de la Plata, cada una de ellas erigida en republiqueta independiente que velaba por sus propios intereses y provechos, desentendida de toda causa nacional.

San Martín, desolado, comprendió que ningún apoyo podría recibir de su patria donde, por el contrario, era tildado de “aventurero”, “ladrón”, “loco” y otras lindezas por el estilo. Se lo acusaba de que se ocupaba más de los destinos de países extraños que de los avatares del propio. Como si la caída de Chile y especialmente del Perú no fueran condiciones indispensables para nuestra independencia.

Se encontraba entonces en suelo extraño a la cabeza de un ejército representante de una nación cuyas autoridades, que lo designaron jefe, habían caducado debido a su derrota ante los caudillos provinciales en Cepeda el 1º de febrero de 1820, por lo que la legitimidad de su mando quedaba indudablemente cuestionada.

La tantas veces demostrada dignidad de don José, pero también su fina intuición política, lo convencieron de que ninguna empresa le sería posible si su mando no le era reafirmado por sus subalternos. “El Congreso y el Director Supremo de las Provincias Unidas no existen, de estas autoridades emanaba la mía de General en Jefe del Ejército de los Andes, y de consiguiente creo de mi deber y obligación el manifestarlo al cuerpo de oficiales del Ejército de los Andes, para que ellos por sí y por su espontánea voluntad nombren un General en Jefe que deba mandarlos y dirigirlos, y salvar por este medio los riesgos

que amenazan a la libertad de América".

Lo que San Martín también buscaba era que sus hombres legitimaran sus reiteradas desobediencias al poder central. Pocas semanas antes de su derrota en Cepeda el Director Supremo José Rondeau, portavoz también de la Logia porteña, lo había conminado a regresar a Buenos Aires para oponerse a las fuerzas federales; también fue llamado para conducir la resistencia contra una probable flota que zarparía de España para reconquistar sus colonias; no faltaron tampoco los emisarios que lo reclamaron para sofocar la revuelta popular que provocaría el delirante proyecto de Pueyrredón y Valentín Gómez de coronar en el Río de la Plata a un príncipe con el apoyo de Francia.

La respuesta de sus oficiales fue unánime: "Respetadísimo Jefe. Queda asentado como base y principio que la autoridad que recibe el General de los Andes para hacer la guerra a los españoles y adelantar la felicidad del país, no ha caducado ni puede caducar, porque su origen, que es la salud del pueblo, es inmudable".

El Libertador, el resto de sus días, pagaría muy caro esta y otras patrióticas desobediencias a la Logia a la que había jurado acatamiento eterno. Fue esa una de las causas por la que debió tomar el camino del exilio sin poder regresar jamás a la tierra que le debía su libertad.

CUANDO ARGENTINA OCUPÓ CALIFORNIA

Hipólito Bouchard había nacido cerca de Saint-Tropez el 15 de enero de 1780. Marino, llegó a Buenos Aires cuando se producía la segunda invasión británica y colaboró en la Reconquista. A partir de entonces participó de los sucesos revolucionarios, tanto en el mar, a las órdenes de Azopardo, como en tierra, combatiendo en San Lorenzo, donde arrebató una bandera española cobrándose la vida de quien la portaba. Gozó de la distinción de San Martín, quien lo llevó consigo al Ejército del Norte.

Pero luego regresó a su medio, el mar, y zarpó de Buenos Aires el 9 de julio de 1817 al mando de la fragata *La Argentina*, rebautismo de la *Consecuencia* que él mismo había capturado poco antes a los realistas del Pacífico. El periplo fue largo: Madagascar, India, Océano Índico, Filipinas, Borneo, Java, Macasar, las Célebes, el archipiélago de la Sonda, siempre con la bandera argentina al tope. Luego, durante dos meses *La Argentina* bloqueó la ciudad filipina de Luzón, centro del poder español en el Mar de la China. Hundió dieciséis barcos, abordó otros dieciséis y apresó a cuatrocientos realistas.

La fama del corsario francés al servicio de las Provincias Unidas del Río de la Plata se expandía velozmente, inspirando el terror en los partidarios del rey con solo pronunciarse su nombre. El 22 de noviembre de 1818 la aguerrida flotilla fondea en la bahía de Monterrey, California, entonces posesión española. Bouchard, sobre *La Argentina*, y su subordinado Peter Corney al mando de la reconquistada *Chacabuco*, con una desusada tripulación de criollos y polinesios, sitiaron la ciudad enemiga. Las baterías realistas cañonearon a las naves patriotas, que respondieron el fuego implacablemente y lograron desembarcar sus tropas de ataque. Al día siguiente se produjo la rendición de la plaza.

El diario de Bouchard cuenta que un cobrizo guerrero hawaiano fue quien arrió la bandera española e izó la celeste y blanca en territorio del que es hoy el país más poderoso de la Tierra. La ocupación de la Alta California por parte de la armada argentina se prolongó por seis días, tiempo que duró el saqueo y la reparación de las naves.

El mortífero *raid* continuó por las colonias centroamericanas, poniendo en jaque a las armas del soberano hispánico y apoderándose de los fuertes de San Juan, Acapulco, San Blas, Sonsonate y Santa Bárbara. Cabe resaltar un combate feroz frente a la costa nicaragüense, de resultas del cual una flotilla realista fue desmembrada totalmente por nuestros patriotas.

Es este el motivo por el cual varias banderas de las actuales naciones de Centroamérica, en especial Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, evidencian ostensiblemente que tomaron la nuestra como base, pues significó para quienes lucharon por sus respectivas independencias, gracias a Hipólito Bouchard y otros corsarios argentinos, un símbolo altivo de lucha contra el opresor colonial.

NUESTRA BANDERA EN LAS MALVINAS

En 1820 un barco argentino se presentó en las islas Malvinas para izar, por primera vez, el pabellón argentino. Era la fragata *Heroína*, al mando del coronel de marina David Jewett, al servicio del gobierno de las Provincias Unidas, como corsario, desde 1815. Se había presentado a "prestar servicios en la gran causa de la emancipación y de la independencia de estas provincias, porque estaba animado de la justa idea de la libertad inculcada en las gloriosas instituciones de los Estados Unidos", según explicaba él mismo en oficio al gobierno porteño. Antes de su misión a las Malvinas, había proporcionado al país valiosos servicios, vencedor en no pocos enfrentamientos navales

contra escuadras españolas, por lo que, en reconocimiento, su nave *Heroína* fue declarada “fragata del Estado”.

Pero desde el principio la misión de Jewett a las Malvinas estuvo signada por la fatalidad. Debió enfrentar un motín, capear una epidemia de escorbuto, soportar la muerte de su segundo, afrontar problemas técnicos en la fragata (que al desarrollar escasa velocidad le impedía perseguir a los barcos enemigos que sorprendía en alta mar) y otros inconvenientes inquietantes. La *Heroína* contaba con treinta y cuatro cañones en sus casi quinientas toneladas. En su tripulación de más de doscientos hombres abundaban los marinos ingleses, muchos de ellos desertores de naves mercantes; también un grupo numeroso de presidiarios y un destacamento militar, en su mayoría de criollos, al mando del capitán Laureano Anzoátegui. Estos fueron, precisamente, quienes ayudaron al comandante a dominar la rebelión del resto de la tripulación, acaudillada por los marinos británicos. La energía de Jewett quedó de manifiesto al ajusticiar al jefe del motín, un inglés de apellido Thomas.

Todas las dramáticas alternativas de la expedición marina no fueron suficientes para disuadir a Jewett de cumplir con su deber. Con una tripulación raleada por enfermedades y conspiraciones, enfiló hacia las islas, apoderándose en la travesía de una nave portuguesa, la *Carlota*, que incorporó a la expedición. Poco antes de arribar a Puerto Soledad, como si de un mal sino se tratase, aún debió afrontar un fortísimo temporal que desarboló seriamente a la *Heroína* y hundió a la *Carlota*. Pero finalmente el pabellón azul y blanco flameó en las islas.

CLÁUSULAS RESERVADAS Y RESERVADÍSIMAS

El Congreso de Tucumán, el 9 de julio, había proclamado por segunda vez nuestra independencia de España. Sin embargo, menos de dos meses después, ante la amenaza de la invasión portuguesa a la Banda Oriental, que temían se extendiese más allá del río Uruguay, sostenían una sesión secreta.

El 4 de septiembre de 1816 se aprobaban las cláusulas reservadas: que sus comisionados tratasen, tanto en la Corte portuguesa (trasladada al Brasil) como ante el general Lecor (jefe del ejército invasor), “sobre la base de la libertad e independencia de las Provincias representadas en el Congreso” (abandonando a los invasores a las que estaban bajo el dominio de Artigas y no habían concurrido a Tucumán: la Banda Oriental, Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe y lo que hoy es Misiones); “desimpresionarlos de las ideas

exageradas que acaso se habrán formado del desorden en que nos suponen” (no somos tan revolucionarios como se dice); conseguir un manifiesto público de Lecor de no tener pretensiones sobre esta Banda (la Oriental), para no alertar a Artigas y a sus simpatizantes, engañando sobre “el objeto de la expedición militar contra la Banda Oriental” (seremos cómplices en la ocupación de la Banda Oriental); “persuadir al gabinete del Brasil a que se declare Protector de la libertad e independencia de estas Provincias restableciendo la casa de los Incas y enlazándola con la de Braganza” (aceptar la sujeción a la Corona portuguesa con algunas condiciones).

Las cláusulas reservadísimas votadas por unanimidad revelan que los temores de los congresales iban mucho más allá. Instruían a su comisionado que en el caso “de exigírsele que estas Provincias se incorporaren a las del Brasil, se opondrá abiertamente manifestando que sus instrucciones no se extienden a este caso, pero si después de apurados todos los recursos de la política y del convencimiento insistiese en el empeño, indicará, como una cosa que sale de él, que formando un Estado distinto del Brasil reconocerán por su monarca al de aquél mientras mantenga su Corte en ese continente, pero bajo una constitución que le presentará el Congreso”. Esa misma tarde se votaron los comisionados: Terrada sería el público e Irigoyen el secreto. Ni uno ni otro fueron a Río de Janeiro.

Esta iniciativa no debe justificarse pero quizás comprenderse en las circunstancias difíciles que vivía nuestra revolución independentista, que a muchos convencían de la imposibilidad de sostenerla ante una España a cuyo trono había regresado Fernando VII, quien preparaba una poderosísima fuerza para recuperar su colonia insurrecta. Debe agregarse que por entonces Bolívar había sido aplastado en Venezuela, Morelos en México y O’Higgins en Chile, y era opinión extendida que lo mejor que podía hacerse era entregar el gobierno a otra potencia que no fuese España. Y Portugal, ya lo hemos visto, era aliada de Inglaterra, a quien los directoriales portenos veían con simpatía. Por otra parte los gobiernos de Buenos Aires veían a Artigas como un irritante enemigo y no les disgustaba la idea de que los portugueses acabasen con él.

EL TRIUNFO PÍRRICO DEL FEDERALISMO

“El 4 de febrero de 1820 entró en esta capital el señor director don José Rondeau, quien sin haber sido visto se dirigió a su casa en donde se halla; cuyo señor no da razón cómo ha sido la dispersión de nuestra caballería, ni aun la causa de su fuga tan precipitada, que no paró

hasta llegar a su casa, y meterse en la cama; tal fue el susto pánico que recibió, mayormente, cuando fue perseguido por los santafecinos sobre seis leguas, que a uñas de su buen caballo, no le dio alcance la partida enemiga; esto cuentan, la verdad no sé, pero la fuga sin orden es cierta" (Juan Manuel Beruti, *Memorias curiosas*).

Los vencedores de Rondeau en Cepeda, el santafesino Estanislao López y el entrerriano Francisco Ramírez, caudillos federales y gobernadores en sus provincias, exigieron la desaparición del poder central de Buenos Aires, la disolución del Congreso, que primitivamente se había reunido en Tucumán pero que luego, trasladado a Buenos Aires, servía a la política porteñista, y la plena autonomía de las provincias hasta entonces sometidas al autoritarismo de los "doctores" del puerto. Bustos acababa de asegurársela a Córdoba, Ibarra lo imitó en Santiago del Estero, Aráoz en Tucumán, y entre tanto se desintegró la intendencia de Cuyo dando origen a tres provincias: Mendoza, San Juan y San Luis.

Una de las estipulaciones secretas del Tratado del Pilar firmado luego del combate permitía la entrada triunfal de los federales en Buenos Aires. Lo narra, con indisimulable repugnancia, Vicente Fidel López, contemporáneo de lo narrado y, con Bartolomé Mitre, uno de los fundadores de la historia oficial: "Sarratea, cortesano y lisonjero, no tuvo bastante energía o previsión para estorbar que los jefes montoneros viniesen a ofender, más de lo que ya estaba, el orgullo local de la ciudad. El día 25 regresó a ella acompañado de Ramírez y de López, cuyas numerosas escoltas compuestas de indios sucios y mal trajeados a término de dar asco, ataron sus caballos en los postes y cadenas de la pirámide de Mayo, mientras los jefes se solazaban en el salón del ayuntamiento".

Un Juan B. Alberdi en el ocaso, arrepentido de sus ideas oligárquicas y extranjerizantes de antaño, se enojará con quienes descalificaban la vocación democrática de los "bárbaros", es decir de los humildes: "Distinguir la democracia en democracia bárbara y en democracia inteligente es dividir la democracia; dividirla en clases es destruirla, es matar su esencia que consiste en lo contrario a toda distinción de clases. Democracia bárbara quiere decir soberanía bárbara, autoridad bárbara, pueblo bárbaro. Que den ese título a la mayoría de un pueblo los que se dicen 'amigos del pueblo', 'republicanos' o 'demócratas', es propio de gentes sin cabeza, de monarquistas sin saberlo, de verdaderos enemigos de la democracia".

A la derrotada Buenos Aires no le quedó otra alternativa que también constituirse como provincia independiente, y su primer gobernador, el sagaz Sarratea, firmó el 23 de febrero de 1820 con los jefes triunfantes, López y Ramírez, el Tratado del Pilar, en el que se admitía la necesidad de organizar un nuevo gobierno central, de

características federales, caducando el centralista, unitario, que hasta entonces regía en Buenos Aires. También, en su artículo 10°, se comprometían los caudillos a consultar con Artigas los términos del Tratado, "aunque las partes contratantes están convencidas de que todos los artículos arriba expresados son conformes con los sentimientos y deseos del señor capitán general de la Banda Oriental, don José Artigas, según lo ha expuesto el señor gobernador de Entre Ríos, que dice hallarse con instrucciones privadas de dicho Señor Excelentísimo".

Ramírez, que firmará con el inexistente cargo de "gobernador de Entre Ríos", que astutamente le reconociera el representante porteño, hasta entonces conducía la guerra en el frente occidental como lugarteniente de Artigas, quien había sido tajante en sus instrucciones: "No admitirá otra paz que la que tenga como base la declaración de guerra al rey D. Juan [emperador de Portugal con sede en Río de Janeiro, invasor de la Banda Oriental] como V.E. quiere y manifiesta en su último oficio", le había escrito en diciembre de 1819. Por su parte Estanislao López también escribirá a Ramírez el 13 de noviembre de ese año al ponerse a sus órdenes conforme a las instrucciones del Protector: "S.E. el general Artigas, por el clamor de los pueblos, nos manda exigir al Directorio, antes de entrar en avenimiento alguno, la declaratoria de guerra contra los portugueses que ocupan la Banda Oriental, y el establecimiento de un gobierno elegido por la voluntad de las Provincias que administre con base al sistema de federación por el que han suspirado todos los pueblos desde el principio de revolución".

Pero el 22 de enero a la madrugada los portugueses habían caído sobre el raleado ejército artiguista en Tacuarembó y acuchillado a mansalva a sus hombres sin darles tiempo ni a enfrenar los caballos. Los que sobreviven llegan a Mataojo, donde el caudillo recibe con estoicismo la noticia. Para colmo de males se entera de que sus lugartenientes, los indomables y hasta entonces leales jefes guerrilleros Rivera y Otorgués, se han pasado a los invasores, finalmente seducidos por sus insistentes promesas...

Sus aliados, López y Ramírez, enterados el 17 de febrero de la catástrofe sufrida y seducidos por un Sarratea que, sabedor de la pobreza a que el autoritarismo porteño ha sumido dichas provincias, sacando provecho de ello les ofrecerá el oro y el moro para que consolidasen su poder en sus territorios. Con promesas de respeto y no agresión firmarán el Tratado apenas un día después de iniciadas las deliberaciones, dejando de lado la cláusula que más importaba a don Gervasio y a tono con los deseos de Buenos Aires.

Ello despertó la indignación del caudillo oriental, quien escribirá a Ramírez: "El objeto y los finales de la Convención del Pilar celebrada

por V.S. sin mi autorización ni conocimiento no han sido otros que confabularse con los enemigos de los Pueblos Libres para destruir su obra y atacar al Jefe Supremo que ellos se han dado para que los protegiese. [...] Y no es menor crimen haber hecho ese vil tratado sin haber obligado a Buenos Aires a que declarase la guerra a Portugal, y entregase fuerzas suficientes y recursos bastantes para que el Jefe Supremo y Protector de los Pueblos Libres [es decir él mismo] pudiese llevar a cabo esta guerra y arrojar del país al enemigo aborrecible que trata de conquistarlo. Esta es la peor y más horrorosa de las traiciones de V.S.”.

El “Supremo Entrerriano” no demora su desaprensiva réplica: “La Provincia de Entrerríos no necesita su defensa ni corre riesgo de ser invadida por los portugueses, desde que ellos tienen el mayor interés en dejarla intacta para acabar la ocupación de la Provincia Oriental a la que debió V.S. dirigir sus esfuerzos [...] ¿Por qué extraña que no se declarase la guerra a Portugal? ¿Qué interés hay en hacer esta guerra ahora mismo y en hacerla abiertamente? ¿Cuáles son los fondos de los Pueblos, cuáles sus recursos?”.

No se les ocultaba a los firmantes que Artigas reaccionaría militarmente contra lo convenido en Pilar, un indudable logro de los porteños que con sus “fondos” y sus “recursos” a los que se refirió el entrerriano cambiaron la derrota militar por el triunfo diplomático pues lograron introducir la discordia y la división en la imbatible alianza de caudillos populares. Nuevamente habían primado los ingresos de la Aduana y del puerto, que servirán para equipar a López y especialmente a Ramírez para enfrentar la reacción de quien acababa de cruzar vencido el Uruguay con solo dieciséis compañeros de infortunio, pero cuyo prestigio entre las masas litorales seguía indisputable. Su grito de guerra contra los traidores vendidos a los porteños sería escuchado por la mayor parte de los entrerrianos, correntinos y misioneros que correrían a formar bajo la vieja y gloriosa bandera que tantas derrotas había infligido a españoles y portugueses.

Fue tanta la preocupación de los firmantes del Tratado por la ira del oriental que en un “convenio secreto” o “solemne compromiso” que no se llevó a la ratificación de la Junta porteña dispusieron la entrega de tropas, armas y la escuadrilla fluvial al entrerriano. Vicente López habla de mil quinientos fusiles, otros tantos sables, tercerolas, y además municiones, artillería, cuerpos estables y doscientos mil duros; entre los destacados oficiales porteños que pasaron a servir a las órdenes de Ramírez estuvo Lucio N. Mansilla, años mas tarde héroe de la Vuelta de Obligado. El 13 el afligido Ramírez pidió por nota a Sarratea, en virtud “de lo acordado secretamente por separado”: “Yo quedaría satisfecho en que se doblase el número de armas y

municiones".

Ramírez se adelanta con sus montoneras a recuperar su villa natal, Arroyo de la China (hoy Concepción del Uruguay), pero Artigas lo derrota en Arroyo Grande primero, en las Cuachas más tarde. El entrerriano, que se ha encerrado en la Bajada, recibe allí el grueso de la ayuda porteña y consigue gracias a la artillería y los regimientos de infantería desquitarse en ese mismo lugar. Después ambos se trenzan como jaguares, y en Sauce de Luna, Yaquerí, Ábalos y el combate naval del río de Corrientes, Ramírez arrastra a Artigas hacia el norte para arrojarlo finalmente, con su caballo y un solo ordenanza, en territorio paraguayo, de donde el antes poderoso Protector de los Pueblos Libres no habría de salir jamás.

UNA ENTREVISTA NADA MISTERIOSA

La historia que nos enseñan, siempre dispuesta a defender las políticas de Buenos Aires, pretende que la reunión de Guayaquil fue "misteriosa" y sugiere una supuesta intervención de la masonería. También se ha hecho hincapié en la "altanera soberbia" de Bolívar en contraste con el "humilde y ejemplar renunciamiento" de nuestro San Martín.

Lo cierto es que lo sucedido en la breve entrevista del 26 y el 27 de julio de 1822 es prístino: Bolívar llegó a Guayaquil apoyado por Colombia y Venezuela, con tropas frescas reforzadas por regimientos europeos y con la moral alta por las recientes victorias en Bomboná y Pichincha.

San Martín llegó debilitado por la falta absoluta de apoyo por parte de Buenos Aires, donde gobernaba su enemigo Rivadavia secundado por los directoriales y los logistas unitarios. Hacía ya tiempo que habían dado la espalda a la campaña libertadora y cuando se referían a don José lo hacían injuriosamente: loco, borracho, corrupto, opiómano, según lo prescripto por el reglamento secreto de la Logia para castigo de quienes desobedecían las órdenes de sus Venerables, como lo había hecho más de una vez don José privilegiando los intereses de su patria, por ejemplo al negarse a regresar con su ejército para defender a Buenos Aires del ataque de los caudillos López y Ramírez, cancelando la Campaña de los Andes. Vicente Fidel López, en su *Historia de la Revolución Argentina*, reflejará la opinión que imperaba en la capital del Plata: el Ejército de los Andes había sido "robado" por San Martín y puesto mercenariamente al servicio de Chile y de Perú.

El Libertador, acosado por las fuerzas realistas del general Canterac

y sabiendo que no podría defender Lima, encargó a su enviado Gutiérrez de la Fuente viajar a Buenos Aires para entrevistarse con sus autoridades y no pedir tropas, que sabe le serán negadas, sino recursos para financiar el apoyo militar que de buena gana le han prometido los caudillos Güemes y Bustos. El gobernador Martín Rodríguez lo recibió el 29 de julio de 1822 y se limitó a aconsejarle se entrevistase con quien detentaba el poder, el ministro Rivadavia. La única respuesta que obtuvo de este fue que lo plantearía ante la Junta de Representantes, cuando era bien sabido que tomaba decisiones autocráticamente, sin consultar a nadie. Como era de suponer, el enviado de San Martín fue sometido al típico y universal procedimiento de "dar largas" al asunto hasta que el mismo Rivadavia le comunicó confidencialmente que la independencia definitiva no se obtendría por vía de las armas sino gracias a un delirante proyecto de sobornar al rey español.

Gutiérrez de la Fuente regresó a Lima con las manos vacías y el ánimo ensombrecido. Fue entonces cuando el Libertador comprendió que todo estaba en manos de Bolívar. El insólito desinterés de Rivadavia y los suyos por el norte de nuestro territorio, hipnotizados por el puerto y sus negocios, fue también la causa, pocos años después, de que perdiéramos el Alto Perú, actual Bolivia, sin reaccionar.

EL PROYECTO DE LA UNIÓN AMERICANA

Ya en su "Carta de Jamaica" de 1815, durante su exilio en Kingston, Simón Bolívar había escrito: "Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo". ¿Por qué en Panamá? Por ser punto de unión simbólico de las Américas del Norte, del Centro y del Sur, y también de ambos grandes océanos.

Dicha propuesta prendió con fuerza en el abogado tucumano Bernardo Monteagudo, quien, luego de ser la mano derecha de San Martín durante su Protectorado en el Perú, luego de la entrevista de Guayaquil y de la desaparición de nuestro Libertador de la escena independentista sudamericana, buscó y se puso a las órdenes del Libertador venezolano, quien pronto lo hizo persona de su confianza.

Monteagudo era capaz de argumentar con sistema y pasión, citando filósofos de la Antigüedad y autores modernos, lo que hacía sumamente convincentes sus desarrollos. Bolívar lo estimuló a escribir sobre el tema de la unión americana, lo que el argentino hizo en su célebre artículo "Ensayos sobre la necesidad de una federación general

entre los estados hispanoamericanos y plan de su organización", que quedase inconcluso a raíz de su muerte.

En el "Ensayo" hace una defensa de Bolívar negando ambiciones personales en la convocatoria americanista. Fija el objetivo de la Confederación en "sacudir el yugo de la España" y "borrar hasta los vestigios de su dominación", y, fundamentalmente, no admitir otra. Esto era algo que exigiría muchos esfuerzos mancomunados por mucho tiempo, porque quien ahora amenazaba era la Santa Alianza, la asociación absolutista de Rusia, Austria y Alemania, a la que luego se sumarían la Francia postnapoleónica y España, unidas para extirpar del mundo las ideas liberales y republicanas y para oponerse a la independencia de las colonias en cualquier lugar del mundo. Es decir que no se trataba ya de combatir a una sola nación sino a una reunión de potencias europeas imposible de resistir si no era por obra de otra Confederación, esta vez de naciones americanas. Claro que Monteagudo no ignoraba que ya llegaría el turno de la codicia británica.

El congreso de plenipotenciarios americanos debía ir más allá de declaraciones y abocarse a resultados concretos, como establecer el contingente de tropas que cada país aportaría a un ejército permanente y la cantidad de subsidios que deberían prestar los confederados para consolidar la independencia y hacer frente a los graves peligros que se cernían. "Cuanto más se piensa en las inmensas distancias que nos separan, en la gran demora que sufriría cualquier combinación que importase el interés común, y que exigiese el sufragio simultáneo de los gobiernos del Río de la Plata y de México, de Chile y de Colombia, del Perú y de Guatemala, tanto más se toca la necesidad de un congreso que sea el depositario de toda la fuerza y voluntad de los confederados, y que pueda emplear ambas sin demora donde quiera que el sistema americano esté en peligro".

Esta activa oposición a la estrategia internacional de las naciones absolutistas, que pudieron considerarlo con razón un adversario de riesgo, es la hipótesis más sólida sobre su asesinato a la precoz edad de treinta y cinco años en una calle de Lima, a manos de un sicario.

La expresión "sistema americano" la emplea Monteagudo por primera vez. Atribuye, también, a la Confederación capacidad suficiente para enfrentar no solo las amenazas externas sino también los males de la guerra entre uno y otro Estado americano, así como a las fratricidas convulsiones internas.

Algunos de los gobernantes emancipados respondieron con interés, pero otros sabotearon el proyecto, como fue el caso de nuestro Bernardino Rivadavia, quien apuesta al vínculo de Buenos Aires con Gran Bretaña, la otra amenaza que competía con la Santa Alianza en sojuzgar a nuestro continente, y no con las otras naciones del

continente americano. Don Simón le transmite su decepción a Monteagudo en carta desde Guayaquil, el 5 de agosto de 1823, con un fastidio indisimulable:

"Debe usted saber que el mismo gobierno de Buenos Aires entregó a Mosquera [su delegado] un nuevo proyecto de confederación mandado de Lisboa para reunir en Washington un congreso de plenipotenciarios, con el designio de la Santa Alianza, compuesta de España, Portugal, Grecia, Estados Unidos, México, Colombia, Haití, Buenos Aires, Chile y el Perú. [...] Yo creo que Portugal no es más que el instrumento de la Inglaterra, la cual no suena en nada, para no hacer temblar con su nombre a los cofrades; convidan a los Estados Unidos por aparentar desprendimiento y animar a los convidados a que asistan al banquete, después que estemos unidos será la fiesta de los Lapitas, y ahí entrará el León [Gran Bretaña] a comerse a los convidados".

El Congreso de Panamá se reunió el 26 de junio de 1826, muerto ya el tucumano visionario, con el resultado previsible por las disidencias entre naciones hermanas, por el saboteo de las potencias y por la ausencia de su vigoroso motor humano.

El historiador Vicuña Mackenna, chileno, escribió: "Un hombre grande y terrible concibió la colosal tentativa de la alianza entre las Repúblicas recién nacidas, y era el único capaz de encaminarla a su arduo fin. Monteagudo fue ese hombre. Muerto él, la idea de la Confederación Americana que había brotado en su poderoso cerebro se desvirtuó por sí sola".

Cuando se escriba la historia de instituciones como la Unasur, el Mercosur, la CELAC, será justicia reivindicar a nuestro admirable compatriota Bernardo Monteagudo como uno de sus precursores.

Capítulo V

De 1822 a 1840

LA CABEZA DEL CAUDILLO

No vaciló. A pesar de que solo le quedaban dos hombres de su escolta, no vaciló. Dando alaridos y revoleando su sable, cargó contra la partida santafesina que acababa de capturar a su Delfina. Era esta una bella *gaúcha* riograndense que había subyugado a Francisco Ramírez, el caudillo entrerriano. Era una mujer de armas tomar y participaba activamente en las correrías del "Supremo Entrerriano". El anecdotario de la pasión que los unía era muy extenso y a nadie llamó la atención que don Pancho perdiera su vida —su corazón fue atravesado por un certero trabucazo— por salvar la de su amada.

El jefe de la partida, Zabaleta, llevó la cabeza como obsequio al caudillo santafesino Estanislao López, quien tantas batallas había librado junto a Ramírez pero que ahora, aliado con Buenos Aires, lo había perseguido hasta cazarlo como a una fiera.

El original de la factura del pago del precario embalsamamiento de la cabeza de Ramírez, firmada por Manuel Rodríguez el 23 de julio de 1821, está en el Archivo de la provincia de Santa Fe (Félix Luna).

12	Por doze pesos de estrato de Vino ratificado
10	Más de diez pesos de iodo alcanforado
20	Por veinte pesos de mi trabajo personal por las operaciones que he executado con la expresada Caveza, como son la del Trépano i demás Cirúrgicas cuyo valor es sumamente ínfimo como lo descontará qualesquiera Facultativo en el dicho Ramo
42	IMPORTA PESOS

Eran mentas que don Estanislao, cuando recibía a algún caudillo soliviantado, la ponía sobre su escritorio para intimidar.

Rivadavia, designado ministro por el gobernador Martín Rodríguez, había regresado de su exilio en Inglaterra muy entusiasmado por las doctrinas económicas y políticas vigentes en la capital de la Revolución Industrial. Allí había conocido al ensayista político Jeremy Bentham y a través de él apreció las obras de Adam Smith, David Ricardo, Bacon, Locke y Newton. La influencia británica en Buenos Aires será entonces notable. En la nueva universidad, fundada por Rivadavia, se creó la cátedra de Economía Política, siendo su texto principal el libro de James Mills *Elements of Political Economy*. En las escuelas primarias de todo el país se estableció el sistema lancasteriano y los libros de texto se obtenían de la firma R. Ackermann de Londres, que contrataba a españoles para traducirlos para el mercado latinoamericano. Las reformas de Rivadavia incluían modificaciones radicales en el sistema económico tendientes a atraer inversores extranjeros, en especial británicos, aunque ello redundase en perjuicio de las industrias nacionales, sobre todo provinciales.

A la gestión de Rivadavia como ministro se debe el empréstito Baring, el primer compromiso crediticio con el capital extranjero contraído por la Argentina y que resultó una operación de ostensible venalidad, el primer gran negociado de nuestra dirigencia política, del que me he ocupado en mis libros *El águila guerrera* y *Juan Manuel de Rosas*. También cabe mencionar la sospechosa tramitación de la Famatina Mining, denunciada en la Legislatura por Manuel Dorrego.

La política de don Bernardino y los unitarios consistía en ocuparse con exclusividad del progreso a la europea de Buenos Aires, postergando el desarrollo de las provincias, olvidándose de San Martín, que, falto de recursos, no podía seguir en su expedición al Perú, y cerrando los ojos ante la ocupación portuguesa de la Banda Oriental. Los gastos de la provincia de Buenos Aires en 1822 eran de 2.400.000 pesos plata, pero solamente cuatrocientos mil se pagaban con recursos propios provenientes de patentes, licencias, contribución territorial, etc. Se cubría el déficit con dos millones del impuesto nacional de Aduana, pues, como no había Nación constituida, el gobierno de Buenos Aires se incautaba de este enorme ingreso y el ministro Rivadavia lo hacía servir obsesivamente en el adelanto de su amada ciudad, mientras el enorme virreinato de 1810 perdía los actuales territorios de Paraguay, Uruguay y Bolivia.

A instancias de Rivadavia y el también ministro Manuel J. García, en 1822 se fundó el Banco de la Provincia de Buenos Aires. No fue de extrañar que tres de sus ocho directores fueran ingleses, al igual que el tenedor de libros de la entidad bancaria. Los billetes y las monedas se hacían en Londres.

El 6 de agosto la institución —comúnmente llamada Banco de Descuentos— abre sus puertas, pese a que la mayor parte de los

accionistas habían pagado la primera cuota de sus acciones en pagarés que levantarían después con papel al hacerse otorgar crédito; el restante ochenta por ciento sería abonado, también en pagarés. Solamente 239 acciones (menos de la cuarta parte) se pagaron en efectivo y fue el único capital metálico de la institución.

Resultó un negocio magnífico. Como el descuento se fijó en el nueve por ciento anual y el interés de las acciones osciló entre el diecinueve y el veinticuatro por ciento por año, los inversores obtuvieron una ganancia neta del diez o el quince por ciento de un capital que en ningún momento arriesgaron. Con razón pudo decir Rivadavia en el mensaje de mayo de 1823: “La institución del Banco progresa más allá de toda esperanza: ofrece utilidades muy superiores a su edad”.

Los billetes del Banco reemplazaron a los metales en las transacciones de la plaza. Sirvieron para que los comerciantes con el exterior cambiaran papel por oro que transfirieron a bancos europeos: en 1822 salieron 1.358.814 pesos oro en fragatas inglesas. Ante la inevitable crisis del Banco, Manuel García propone al gobernador Las Heras formar otro, mixto, incorporando el escaso dinero disponible del empréstito Baring como aporte fiscal. El 7 de febrero Rivadavia reemplaza a Las Heras y el 8 los accionistas aceptan la integración del Banco, pero debiendo tomarse sus acciones al ciento cuarenta por ciento del valor escrito: por cada título de mil pesos de la vieja institución recibirían siete acciones de doscientos pesos de la nueva. Como el papel circulante del banco antiguo alcanzaba a tres millones, como hemos dicho, y su existencia en efectivo apenas alcanzaba a doscientos cincuenta mil pesos, podía decirse en buen castellano que el nuevo Banco compraba en 1.400.000 pesos una deuda de 2.750.000. Un negocio muy redituable, sin duda.

Otra tramoya ideada por Rivadavia y García puso la dirección en manos exclusivas de los accionistas particulares, quienes controlarían el ochenta y cinco por ciento de las asambleas, podían elegir a los directores que les pluguiese y tomar las medidas que quisiesen. Con razón Julián Segundo de Agüero, futuro ministro de Rivadavia, para quitar escrúpulos contra el Banco mixto a los partidarios de la libre empresa, afirmó en el Congreso: “Aunque el Estado compre [acciones] no podrá ejercer perjuicio alguno a los accionistas”.

El 11 de febrero de 1826 el curso forzoso declarado el 9 del mes anterior como consecuencia lógica de la necesidad de financiar la guerra con el Brasil fue levantado, permitiéndose el cambio del papel circulante que era el emitido por el Banco anterior en las ventanillas de la nueva entidad. Los tenedores de papel se aglomeraron en ventanillas. Algunos obtuvieron créditos del mismo Banco que inmediatamente cambiaron por oro que enviaron al exterior valiéndose de la valija diplomática británica facilitada generosamente

por el cónsul británico Parish.

Naturalmente a los veinte días de reanudado el cambio libre del oro el tesoro estaba exhausto, aunque no se habían modernizado los armamentos ni renovado la escuadra, tampoco pagado los sueldos, que llevaban un atraso de un año en junio de 1827. La mayor parte de las existencias se evaporó en maniobras financieras y el resto se gastó en proyectos de obras públicas, ya entonces fuente de corrupción, como fue el caso del insensato canal entre los Andes y Buenos Aires.

Como los "adelantos" del Banco eran a interés compuesto, Rivadavia dejará en julio de 1826 la presidencia con una deuda sideral e injustificable de más de treinta millones de pesos, seis veces el capital nominal del Banco.

¿QUIÉNES ERAN LOS BÁRBAROS?

Los años de anarquía y guerras fratricidas que se extendieron a lo largo de gran parte del siglo XIX fueron de una extremada crueldad. Unitarios y federales saqueaban, torturaban, degollaban, empalaban. Ambos bandos hicieron una guerra sin prisioneros.

Sin embargo, mientras algunos pasaron a la historia consagrada como "bárbaros", tal el caso de Facundo Quiroga o "Pancho" Ramírez, otros no perdieron su condición de "civilizados", como José María Paz. Pero Domingo Arrieta, que fuera su oficial en la "campaña de la sierra", cuenta en sus *Memorias de un soldado*: "Mata aquí, mata allá, mata acullá, mata en todas partes, no había que dejar vivo a ninguno de los que pillásemos y al cabo de dos meses quedó todo sosegado". Se calcula que fueron dos mil quinientos los muertos y desaparecidos en esta represión "civilizada".

Tampoco Lavalle dejó fama de sanguinario. Sin embargo es suya la proclama contra Estanislao López: "¡La hora de la venganza ha sonado! ¡Vamos a humillar el orgullo de esos cobardes asesinos! Se engañarían los bárbaros si en su desesperación imploran nuestra clemencia. Es preciso degollarlos a todos. Purguemos a la sociedad de esos monstruos. Muerte, muerte sin piedad". También: "Derramad a torrentes la inhumana sangre para que esta raza maldita de Dios y de los hombres no tenga sucesión".

Quien no puede quedar fuera de esta lista es Domino Faustino Sarmiento, a quien se parcializa enalteciendo su vocación educativa. En sus instrucciones a Lamadrid escribió en 1840: "Es preciso emplear el terror para triunfar. Debe darse muerte a todos los prisioneros y a todos los enemigos. Todos los medios de obrar son buenos y deben emplearse sin vacilación alguna, imitando a los jacobinos de la época

de Robespierre". También: "A los que no reconozcan a Paz [jefe de la Liga unitaria] debiera mandarlos ahorcar y no fusilar o degollar. Este es el medio de imponer en los ánimos mayor idea de la autoridad" (1845).

Está claro que la historia fue escrita por los unitarios vencedores.

LA PÉRDIDA DE LA BANDA ORIENTAL

La guerra argentino-brasileña había empezado en enero de 1826. La dependencia financiera y política de ambas naciones hacia Inglaterra hacía del primer ministro Canning su árbitro, y este no había querido impedirla pues estaba tan seguro de ganar en el juego que no ocultó sus propósitos: al iniciarse las operaciones bélicas confió al representante brasileño en Londres, vizconde de Itaboyana, que daría a Montevideo "a *forma de cidade hanseática sob a sua proteçao para ter a chave do rio da Prata como tem do Mediterráneo e do Báltico*".

Con precisas instrucciones llega a Buenos Aires el 16 de septiembre de 1826 John Ponsonby, barón de Imokilly, como embajador de Gran Bretaña. Era un notable diplomático de carrera enviado a un casi destierro en un punto muy alejado de Londres debido a su *affaire* con lady Conyngham, amante del rey Jorge IV. Comprensiblemente no le gustó el lugar de su castigo, "el sitio más despreciable", escribe a Londres, "que jamás vi, estoy cierto que me colgaría de un árbol si esta tierra miserable tuviese árboles apropiados... es un sitio para bestias [*beastly place*]". En otra carta: "Nunca vieron mis ojos país más odioso [*odious*] que Buenos Aires. No quiero amargarme hablando de esto; realmente tiemblo cuando pienso que debo pasar algún tiempo aquí [...] esta tierra de polvo y pútridas osamentas, sin caballos, sin caminos, sin casas confortables, sin libros, sin teatro que pueda llamarse así".

A Rivadavia, que lo recibió como a un soberano, con carroza de seis caballos expresamente construida, y quiso agasajarlo con una cena de gala, le mandó decir que "no pensaba comer en público ni en privado con quien hablaba tanto". Don Bernardino le pareció lo más opuesto a un estadista: "No puedo decir nada bueno sobre él [...] como político carece de las cualidades indispensables, con benevolencia podría calificársele, en el mejor de los casos, como estrepitoso alcalde [*bursting Major*] para una pequeña aldea".

Ponsonby no quería quedarse mucho tiempo y puso de inmediato sus cartas sobre la mesa. El 20 de septiembre, apenas llegado, hace saber a Rivadavia que la guerra debía terminar con el reconocimiento por parte de Buenos Aires de la segregación de la Banda Oriental y la

navegación libre de los ríos interiores, ambas necesidades británicas para la expansión de sus mercados. Rivadavia no se opuso, pues la guerra perturbaba sus propósitos de pasar a la historia como factótum de empresas civilizadoras y de reformas institucionales cortadas a la medida inglesa: "El Presidente acogió mis palabras en la forma más favorable que me era dado esperar", informa Ponsonby a su canciller George Canning, "y habló muy extensamente a favor de la paz y con mucha vehemencia de las dificultades de la guerra y los peligros que su continuación encerraba para las instituciones de la república".

Su sujeción a Gran Bretaña era tal que llevó a don Bernardino a sabotear el Congreso Anfictiónico en Panamá, convocado por Bolívar e impulsado por nuestro Monteagudo para promover una unión de países latinoamericanos para que, juntos, pudieran defender y oponer sus intereses comunes ante las grandes potencias. "La presencia de un agente británico en Panamá, dijo S.E. [Rivadavia], sería la mejor garantía para todos los Estados que concurriesen al mismo, y no vacilaba en manifestar que de ser así inmediatamente determinaría a este gobierno [el argentino] a enviar sus plenipotenciarios a Panamá [...] que la decisión de Gran Bretaña y Estados Unidos de enviar agentes al Congreso alteraba materialmente las miras y sentimientos de este gobierno acerca de la Asamblea, y ahora podía considerar que, bajo tales auspicios, significará un enorme aumento de importancia y vigor político para los nuevos Estados americanos ante el mundo entero" (Parish Robertson en carta a Canning, 21 de abril de 1826).

Don Bernardino convino con lord Ponsonby terminar la guerra con el Brasil de acuerdo con los deseos británicos, independizando a la Banda Oriental pero oponiéndose a su integración al Brasil. Como no podía ser de otra manera le cupo al embajador inglés designar al representante argentino que negociaría la paz: Manuel José García, el mismo que asesoraba al emperador de Portugal acerca de cómo invadir la Banda Oriental, "correcto y honorable caballero con títulos suficientes para merecer mi confianza [la de Ponsonby] cuya coincidencia con todas mis opiniones sobre la política que debe seguir el país lo señala como especialmente apropiado para la misión".

Pero ocurría que Pedro I, el emperador en Río de Janeiro, rechazó el acuerdo pues se había comprometido ante su pueblo a librar una guerra triunfante, y de contrariar a la euforia bélica desatada pondría en peligro su corona y la unidad brasileña. Pero también sabía que una victoria no era posible sin el permiso y el apoyo inglés, y por ellos estaba dispuesto a pagar el precio que exigiese sir Charles Stuart, embajador inglés en Río, quien vio la ocasión de prorrogar dos tratados leoninos, uno de comercio y otro sobre esclavos.

En el de comercio se acordaron concesiones más allá de los propósitos de Canning: los residentes ingleses tendrían

extraterritorialidad para ser juzgados por sus leyes y las mercaderías inglesas no sufrirían gravámenes aduaneros mayores del quince por ciento sin reciprocidad con las producciones brasileñas en Inglaterra. En cuanto al tratado sobre esclavitud, se autorizó a los cruceros británicos a visitar cualquier buque brasileño en alta mar y apresarlo si llevaba esclavos. El antiesclavismo de Londres se basaba, más que en razones humanitarias, en que su producción industrial mecanizada no podía competir con la sostenida en mano de obra gratuita; además, el libre comercio bajo su dominio requería consumidores asalariados.

Cuando en noviembre de 1826 fueron ratificados ambos tratados, Pedro I, aprovechando su afianzamiento guerrero y disponiendo de dinero proveniente de las arcas británicas, reforzó la escuadra bloqueadora de Buenos Aires, puesta a las órdenes del almirante Mariath, y armó un formidable ejército de mercenarios alemanes e irlandeses que conducidos por el marqués de Barbacena aplastarían a las tropas mal armadas y peor pagadas de Alvear.

Pero las cosas no ocurrieron como habían sido planeadas por Gran Bretaña y Brasil pues salieron a relucir el coraje y el orgullo argentinos. A pesar de la inacción de Rivadavia y los suyos en el gobierno de Buenos Aires y de la precariedad en parque y bastimentos de la flota y el ejército patriotas, se producen espectaculares triunfos que provocan la admiración mundial: Juan Lavalle vence a Bentos Manuel en Cacacay, el 13 de febrero de 1827; tres días después Lucio N. Mansilla destroza a los brasileños en Ombú; cuatro jornadas más tarde Alvear alcanza la memorable victoria de Ituzaingó. Como si fuera poco el astuto almirante Brown derrota a Mariath en Juncal el 9 de febrero.

A Rivadavia, a pesar de que las victorias hubieran permitido imaginar un triunfal avance hasta el inerme y desmoralizado Río de Janeiro, no le interesa ganar la guerra porque su atención está ocupada en las vicisitudes de su constitución unitaria, unánimemente rechazada por los gobernadores provinciales que se unen en una Liga dirigida por Bustos cuyo objetivo es expulsarlo del poder y continuar el conflicto armado que tan favorablemente se presentaba.

La esperanza de don Bernardino de continuar en el poder está cifrada en el regreso del ejército que combate en Brasil, cuya oficialidad pertenecía en su mayor parte a la burguesía que desconfiaba de los movimientos populares y defendía la posición del puerto ante las provincias. Y así, a pocas semanas del triunfo en Ituzaingó, mientras las tropas, sorprendidas, desandan el camino hasta su patria, Manuel J. García, en representación del presidente Rivadavia, viaja a Río de Janeiro a firmar la victoria diplomática del Brasil ante la sonrisa satisfecha del embajador inglés.

Al enterarse, la opinión pública porteña que ha celebrado con

alborozado orgullo lo de Juncal e Ituzaingó explota en furia, negándose a aceptar que lo ganado en el campo de batalla al precio de tantos compatriotas muertos y heridos pueda perderse en una turbia negociación que hasta despierta justificadas sospechas de soborno. Rivadavia presenta entonces la renuncia con su habitual petulancia: “Me es penoso no poder exponer a la faz del Mundo los motivos que justifican mi irrevocable resolución”.

EL INFORTUNIO DEL DESCAMISADO

En tiempos democráticos es bueno recordar a alguien que, ¡un siglo antes de la Ley Sáenz Peña!, insistía en que los sectores populares, mediante el voto, debían intervenir en los asuntos públicos de nuestra Patria recién nacida.

Manuel Dorrego fue el primer jefe popular urbano, así como Artigas lo fue de la campaña. Los orilleros, los negros, los indígenas lo reconocían como quien representaba sus intereses en el Buenos Aires oligárquico y liberal. No fue entonces casual que hiciera su aparición en nuestra historia una palabra que cobraría especial significación a mediados del siglo XX: en sus apasionantes *Memorias*, el general Iriarte cuenta que cierto día, acompañado por Carlos de Alvear, se cruzaron con Dorrego en una de las calles céntricas de Buenos Aires. “Caballeros”, les dijo el jefe federal, “les aconsejo que no se acerquen mucho...”, como quien no quiere contaminar. Don Manuel vestía un traje ostensiblemente desaliñado y su apariencia era desprolija. Iriarte anotaba entonces: “Excusado es decir que esto era estudiado para captarse la multitud, los ‘descamisados’”.

Su asesinato, que eso fue y no fusilamiento, pues no se cumplió con los rituales castrenses correspondientes, se decidió en torno a una mesa, conciliábulo del que participaron el sacerdote Julián de Agüero, Valentín Gómez, Juan Cruz Varela, Salvador María del Carril, Martín Rodríguez, José Díaz Vélez, Bernardino Rivadavia [representado por el francés Héctor Varaignes], quien era en realidad el líder en las sombras. No en vano San Martín, en rabiosa carta a O’Higgins, los llamó “Rivadavia y sus satélites”. Todos ellos, homenajeados en avenidas y calles de ciudades argentinas.

De la lectura de los discursos de don Manuel en la Legislatura porteña, donde representaba al Santiago del Estero del interesante caudillo y gobernador Felipe de Ibarra, emerge su pertinaz insistencia en el respeto a la voluntad popular, lo que estaba en las antípodas del proyecto de los “decentes” porteños. “¿Qué reproche no podría resultar contra el Congreso si diese una constitución que dijese ‘ésta

ha de ser la forma de gobierno' cuando ésta no estuviese en consonancia con la opinión de los pueblos?".

Cuando la Constitución cortada a medida de los intereses antinacionales y antipopulares de la oligarquía unitaria negó el derecho a votar a "los criados a sueldo, peones jornaleros y soldados de línea", es decir, a los sectores populares, Dorrego denunció entonces en el recinto dominado por sus adversarios: "¡He aquí la aristocracia del dinero! Sería entonces fácil influir en las elecciones, porque no es fácil influir en la generalidad de la masa, pero sí en una corta porción de capitalistas. Y hablemos claro, ¡en ese caso el que formaría [definiría] la elección sería el Banco!". Ese mismo banco dominado por comerciantes británicos y sus socios criollos que, tiempo después, fue activo partícipe de su derrocamiento al negarle los generosos créditos de los que había disfrutado su antecesor Rivadavia, cuyas tropelías y venalidades había denunciado el jefe federal desde su banca y desde *El Tribuno*.

Cuando hubo de asumir como gobernador de Buenos Aires, no como presidente, pues la Constitución unitaria había caído junto con su inspirador y beneficiario, Dorrego no olvidó, en su discurso de asunción en la Sala de Representantes, su respeto por la voluntad popular: "Resignaré gustoso el mando desde que el verdadero concepto público no secunde mis procedimientos".

EL BANCO Y LA CONSPIRACIÓN

Dorrego es uno de nuestros próceres mayores avaramente reconocido por la historia oficial, la que solo hace hincapié en su condición de "fusilado", pero sin ahondar en las razones de su muerte ni inculpar a su verdugo ni a los autores intelectuales. Se hace cargo del gobierno de la provincia de Buenos Aires en agosto de 1827, elegido por la Legislatura luego de la caída de Rivadavia, y encuentra al Estado en gravísima crisis financiera: la deuda acumulada llega a los treinta millones de pesos, la onza de oro desde enero de 1826 ha subido de 17 a 55 pesos, la circulación de 10.250.000 pesos triplica el dinero en giro existente antes de la guerra, la Aduana recauda cifras insignificantes a causa del bloqueo de la escuadra brasileña, y un mercado enrarecido incrementa paulatinamente la salida de oro al exterior.

El banco fundado por Rivadavia y García seguirá siendo un instrumento dócil en manos de lord Ponsonby, quien sabrá extorsionar a Dorrego para que la guerra con Brasil concluya, al menos con la independencia uruguaya. Dorrego no encontró apoyo en el directorio

para continuarla, ya que se le negó apoyo económico, y estuvo obligado a la paz, pero debe reconocerse que gracias a su convicción se evitó la anexión de la Banda Oriental al Brasil como Provincia Cisplatina. El embajador británico había escrito al primer ministro lord Dudley, sustituto de Canning: "No vacilo en manifestar a Ud. que yo creo que Dorrego está ahora obrando sinceramente en favor de la paz [...] A ello está forzado por la negativa de proporcionársele recursos salvo para pagos mensuales de pequeñas sumas".

Pero la animosidad de lord Ponsomby no se calmará y moverá los hilos para preparar un golpe contra ese gobernante tan poco predispuesto a doblegarse ante la prepotencia británica, tan diferente a don Bernardino. Entonces anuncia a Londres: "Dorrego será desposeído de su puesto y muy pronto".

El nuevo gobernador, de profundas convicciones democráticas, tomó medidas drásticas en favor de las clases populares: fija precios máximos para el pan y la carne, suspende el odiado régimen de reclutamiento forzoso y prohíbe el monopolio de los productos de primera necesidad. También suspende las faraónicas y sospechables obras públicas y prohíbe las exportaciones de oro, pese a las protestas británicas, y las nuevas emisiones de papel. Su política económica tuvo éxito y en febrero de 1828, según Miron Burgin, "el peso recuperó casi todo el terreno que había perdido el año anterior".

Pero los rivadavianos no habían depuesto sus planes de regresar al poder: "No se esfuerce usted en atajarle el camino a Dorrego", escribirá Salvador M. del Carril a uno de sus amigos, "déjelo usted que se haga gobernador, que impere aquí como Bustos en Córdoba, o tendrá que hacer la paz con el Brasil con el deshonor que nosotros no hemos querido hacerla [...] Sea lo que sea, hecha la paz, el ejército volverá al país y entonces veremos si hemos sido vencidos".

Juan Manuel de Rosas escribió a Estanislao López, doce días después de la caída de Dorrego a manos de Lavalle: "El señor gobernador [Dorrego] tenía en manos de sus enemigos los principales recursos que son las armas y el Banco [...] Sólo creo que están con ellos [los golpistas] los quebrados y agiotistas que forman esta aristocracia mercantil". También: "En combinación con ese establecimiento [el Banco] se fraguó el motín del 1 de diciembre [fecha del golpe] y con él se contó, como lo ha acreditado la experiencia, para pagar el asesinato del jefe del Estado y un ejército de sublevados que creían volver a dominar la República".

No fue de extrañar que la primera medida tomada por Lavalle luego de fusilar a Dorrego, además de ordenar el exterminio de todo gaucho sospechado de federal, fue permitir nuevamente la libre emisión al Banco: hemos ya señalado que el 5 de noviembre de 1828 había en circulación 10.250.000 pesos en papel según balance aprobado por

Dorrego; en febrero de 1829 la circulación trepó a pesos 14.160.843. El oro saltó a sesenta en diciembre, 63 3/8 en enero y llegaría a 100 1/2 en octubre con regocijo de los especuladores. El directorio del Banco se deshizo del escaso metálico conservado [320 onzas y cinco mil macuquinas] porque "esa cantidad es insignificante para garantir el papel circulante". Ya no quedó una moneda de oro en el país.

El precio de ello había sido la vida de don Manuel. En todos los hechos históricos de la Humanidad, aun en los más nimios, es indispensable hallar su motivación crematística, siempre escondida detrás de hipócritas pretextos humanitarios. Y a la memoria de Rivadavia le hemos ofrendado la avenida más larga del mundo en la capital argentina.

Capítulo VI

De 1840 a 1853

La conquista del desierto de Juan Manuel de Rosas, llevada a cabo en el intervalo entre dos gobiernos, no se basó en el exterminio sino en la negociación y el soborno, lo que marcó una diferencia con la que se emprendió medio siglo más tarde. Sabiendo que los malones se debían a las privaciones que pasaban los indios, su política fue proveerlos de aquello que necesitaban ganándose la voluntad de los caciques al hacer que fuesen ellos quienes repartieran entre los suyos los alimentos, las bebidas alcohólicas, los yeguarizos, los ponchos, con que los proveía el gobierno de Buenos Aires.

Para la recuperación de las cautivas Rosas acudía a los argumentos que se desprenden de la carta enviada a un cacique "amigo", Santiago Llanquelén, el 10 de diciembre de 1834.

"Mi estimado Santiago:

"Habiendo sabido qe entre los Yndios de tu pertenencia está una Cristiana hermana del miliciano Gabriel Yrusta llamada Candelaria que la llevaron del Salto hace muchos años, he dispuesto que vaia su hermano para que se la hagas entregar como corresponde y si hay entre tus indios algunos otros Cristianos varones o mujeres debes avisarme para pasar por ellos porque están tus Indios vajo mi amparo por lo que no es bueno qe haya entre ellos Cautivos Cristianos sin haberlos entregado.

"Al indio que la tenga le daré de regalo los artículos siguientes, lo qe debes advertirle para qe vaia por ellos a la Guardia del Monte donde se los entregará Dn Vicente González. Pero decile qe no es compra qe le hago de la cautiva porqe ellos tienen la obligación de entregarlas sin paga, qe es solamente un regalo que le hago por considerarlo pobre.

"Catorce yeguas.

"Dos pañuelos.

"Dos cuchillos.

"Dos camisas.

"Dos calzonsillos.

"Una sabanita de poncho.

”Un atado de cuentas.
”Un par de espuelas de fierro.
”Una arroba de yerba.
”Quatro vasos de tabaco.
”Quatro libras de harina.
”Quatro libras de azucar.
”Quatro libras de pasas.
”[...] Deseo tu mejor salud y la de tu familia quedando tuio, afmo. General”.

Firmado: Juan Manuel de Rosas

CONFIDENTE, CONSEJERO Y ADIVINO

Los jefes federales se repartían el dominio de extensos territorios y la articulación entre ellos les permitía dominar sobre sus adversarios, los unitarios: Rosas en Buenos Aires, López en el Litoral y Quiroga en el interior del país. Pero la relación entre ellos nunca fue fácil. La de Facundo Quiroga con Estanislao López fue siempre tirante. Tanto que no son pocos los historiadores que acusan al caudillo santafesino de ser el verdadero instigador de la muerte del riojano. Quiroga tenía un motivo fundamental para odiar a López: el jefe unitario Aráoz de Lamadrid se había apoderado de su caballo, el famoso Moro, al que su dueño le adjudicaba poderes sobrenaturales. Una representación luciferina a la que consultaba y cuyos consejos seguía al pie de la letra. Luego de la batalla de El Tío, el tan mentado equino cae en manos de López. Cuando Quiroga se lo reclama, don Estanislao se niega a devolvérselo.

El general Paz, en sus *Memorias*, se ocupa de la importancia que el Moro tenía para su dueño. Recuerda una sobremesa de oficiales en la que todos se mofaban del caballo “confidente, consejero y adivino del general Quiroga”. Picado, un antiguo oficial de este, cuenta: “Señores, digan ustedes lo que quieran, rían cuanto se les antoje, pero lo que yo puedo asegurar es que el caballo moro se indispuso terriblemente con su amo el día de la acción de La Tablada, porque no siguió el consejo que le dio de evitar la batalla ese día. Soy testigo ocular de que habiendo querido el general montarlo el día de la batalla, no permitió que lo enfrenasen por más esfuerzos que se hicieron, siendo yo mismo uno de los que procuraron hacerlo, y todo para manifestar su irritación por el desprecio que el general hizo de sus avisos”.

A pedido de Facundo, Rosas interviene sin éxito ante el caudillo santafesino para resolver el pleito. “Puedo asegurarles, compañeros, que dobles mejores se compran a cuatro pesos donde quiera”,

responde López; “no puede ser el decantado caballo del general Quiroga porque este es infame en todas sus partes”. Pero no lo devolvió.

Quiroga se enfurece en la carta a Rosas del 12 de enero de 1832: “Estoy seguro de que pasarán muchos siglos de años para que salga en la República otro caballo igual, y también le protesto a usted de buena fe que no soy capaz de recibir en cambio de ese caballo el valor que contiene la República Argentina [...] Me hallo disgustado más allá de lo posible”.

LA INVASIÓN PERUANO-BOLIVIANA

Poco y nada se nos ha contado, quizá para restar méritos a quien defendió nuestra soberanía territorial cada vez que la sintió amenazada, que el 19 de mayo de 1837 la Argentina de Rosas entra en guerra contra la Bolivia de Santa Cruz, quien sorprendentemente había logrado convencer de ser “su hombre en América” al nuevo rey de Francia, Luis Felipe de Orleáns, el mismo que años atrás hubo de ser el “soberano” de las Provincias Unidas del Río de la Plata de haber prosperado las gestiones del entonces Director Supremo Juan Martín de Pueyrredón.

El encargado de tales negociaciones secretísimas, el canónigo masón Valentín Gómez, fracasó por el poco entusiasmo de Gran Bretaña en que Francia pusiese el pie en Sudamérica y también por la oposición de los sectores populares de Buenos Aires y de los caudillos provinciales, que se enfurecieron al trascender los planes de entrega a otra potencia europea.

En Francia eran tiempos de chauvinismo, es decir de sobreactuaciones patrioteras, causa y consecuencia del ascenso a primer ministro de Louis Adolphe Thiers, un apasionado restaurador del “honor francés”. Este había sido mancillado en América cuando los Estados Unidos, en 1834, embargaron las propiedades de los franceses para cobrarse una opinable deuda que se arrastraba desde los tiempos de Napoleón. La opinión pública gala se enardeció por la falta de respuesta ante tamaña afrenta, y el rey y su primer ministro comprendieron que se imponía una retaliación. Para ello elegirían un rival mucho más débil que la económica y militarmente poderosa Norteamérica.

El mariscal Andrés de Santa Cruz, que durante las guerras de la independencia había militado del lado español hasta que su derrota fue evidente, ahora presidía una Confederación peruano-boliviana llamada Estados del Perú. Su pragmática actitud hacia las potencias

extranjeras era tan dócil como la de los unitarios argentinos, en contraste con el altivo nacionalismo de Rosas y de Diego Portales en Chile. Eso lo hacía un socio ideal para las ambiciones de la Corona francesa, que acordó apoyar al boliviano en sus pretensiones de expansión territorial a cambio de la penetración en los mercados a conquistar por las armas.

Los unitarios, algunos exiliados en la misma Bolivia, no dejaron pasar la oportunidad que se les presentaba y conspiraron a favor del nuevo enemigo del régimen rosista, aceptando la posibilidad de enajenar las provincias del Norte. Todo era posible con tal de derribar a Rosas y su "chusma", a favor de una debilitada conciencia nacional, entreguista, que no pestañeaba ante la descomposición territorial.

Santa Cruz, confiado en el armamento que le ha facilitado su aliado europeo y sostenido por su apoyo económico, comete el error de abrir hostilidades simultáneamente con Chile y con Argentina, quienes se ponen de acuerdo para encarar una acción coordinada. Portales declara la guerra el 11 de noviembre de 1836 y Rosas lo hace más tarde para dar tiempo a su preparación, el 19 de mayo de 1837.

Las acciones militares iniciales favorecen claramente a las fuerzas bolivianas, cuyos agentes logran provocar una fugaz sublevación en el ejército chileno que culmina el 3 de junio con el fusilamiento de Portales, perdiendo Chile a su gran conductor.

El Restaurador encomienda a su fiel coronel Alejandro Heredia que con su oficialidad predominantemente unitaria y con su soldadesca inexperta y desanimada defienda nuestra frontera norte, que ha sido franqueada por dos columnas. Una ingresa por La Quiaca y la otra por Santa Victoria e Iruya, y el 11 de septiembre, sin haber encontrado mayor resistencia en un Heredia que se afanaba en constituir algo parecido a un ejército, las dos columnas invasoras confluyen en Humahuaca, quedando incorporadas formalmente a territorio boliviano las tierras conquistadas.

Las cosas tampoco mejoraban en el frente chileno, donde el almirante Blanco Encalada, héroe de la independencia transandina, se rendía ignominiosamente en Paucarpata ante Santa Cruz.

Para colmo de males el cónsul francés en el Río de la Plata, de apellido Roger, ordena al comandante de la flota francesa recalada en Río de Janeiro que navegue hasta Buenos Aires para dar fuerza al reclamo que presenta el mismo día en que la nave insignia, la corbeta *Sapho*, hace su entrada en el Río de la Plata. Se exigía la inmediata libertad del litógrafo francés Hipólito Bacle, preso por haber vendido información cartográfica a Bolivia; también la del cantinero Pedro Lavié, nacionalizado francés, condenado por haber robado en el regimiento al mando del coronel Antonio Ramírez con asiento en Dolores. Por fin, y esto era lo más anhelado por la Cancillería y el

Ministerio de Guerra de Luis Felipe, que en lo sucesivo se diese a Francia el mismo tratamiento que Rivadavia acordase con Inglaterra en 1825: el de “nación más favorecida”, que implicaba algunas concesiones de tipo comercial y que sus ciudadanos fuesen exceptuados de la incorporación al ejército argentino.

Como podrá advertirse, las reclamaciones no eran difíciles de satisfacer. Pero el Restaurador estaba convencido de que estas eran solo el pequeño agujero en el dique que a la larga se derrumbaría. De ceder, luego sería imposible ponerse firmes ante las imposiciones que sobrevendrían después y que pondrían en riesgo la soberanía nacional. Así habían actuado las imperiales Francia e Inglaterra en otros lugares del mundo.

El cónsul Roger estaba convencido, y así lo había comunicado a su gobierno, de que don Juan Manuel cedería prestamente en consideración a la operación de pinza francesa, el ataque armado por el norte y el bloqueo del puerto. Pero eso era desconocer el temple de quien había hecho suya la dignidad del gaucho, capaz de perder su vida con tal de lavar una mancha en su honor aunque tuviese todas las de perder en el lance. Actitud imitada por Heredia y sus bravos, que mantuvieron a raya a los invasores.

Santa Cruz contó con la colaboración de los enemigos de la Confederación exiliados en Montevideo. Una carta privadísima fechada en Colonia el 20 de agosto de 1835 fue incautada al apresarse el buque *Yanacocha*. Respondiendo a una pregunta del mandatario boliviano, el anónimo complotado decía que “los pueblos de Jujuy, Salta, Tucumán y Catamarca” podían separarse de la Argentina e incorporarse a la Confederación Peruano-Boliviana a condición de quedar “en paz con los argentinos”; se debían agregar también “los pueblos de Cuyo, porque es necesario que los Aldao salgan o desaparezcan de Mendoza”.

Continuaba: “Rosas es un monstruo que no tiene semejanza en la historia de los más famosos criminales”. Y terminaba: “Vos representáis, general, el tribunal de las naciones americanas; pronunciad vuestra sentencia y sabremos si hemos de ser de vida o de muerte. El amigo”.

Como al parecer se trataba de un general y residente en Colonia, Rosas creyó que se trataba de Lavalle. Pero el estilo de este no era “de frases sublimes y lenguaje exótico”, y al informar más tarde a los gobernadores del interior don Juan Manuel se rectificaba: “La carta no es del general que se supone, o se cree, sino de don Bernardino Rivadavia”. Luego se sabrá que quien ofrecía “generosamente” a la Confederación Peruano-Boliviana las provincias norteñas y cuyanas era Carlos de Alvear, el enconado enemigo de San Martín.

Por fin llegará una noticia que será celebrada con varios días de

festejos, además de un solemne *Te deum* al que asiste el Restaurador y repiques de campanas: el resultado de la batalla de Yungay, el 20 de enero de 1829, en que las fuerzas chilenas al mando del general Bulnes destrozarán definitivamente a las peruano-bolivianas de Santa Cruz, quien huirá hacia Ecuador.

Ahora don Juan Manuel podría concentrarse exclusivamente en contrarrestar a la escuadra francesa y derrotarla.

EL "EJÉRCITO LIBERTADOR"

Corría 1838. Francia había decidido deshacerse de Rosas y así ampliar su influencia comercial y política en las Provincias Unidas. Bloqueaba el puerto de Buenos Aires pero el temor de París a la irritación de Londres, que consideraba que eran territorios cuya influencia le pertenecía, le impedía planear una invasión con sus propias tropas. Para ello le era necesario a Francia, entonces, contar con "auxiliares" nativos.

Juan Bautista Alberdi ideologiza y justifica la intervención extranjera. Si la patria de los argentinos era Mayo, y Mayo era "Libertad, Igualdad y Fraternidad", era justo luchar bajo el pabellón francés. Un militar de fuste, el general Juan Lavalle, expatriado en la Banda Oriental, se indignaría con quien años más tarde será el autor de nuestra Constitución Nacional y llama "madama" a quien el deslenguado Sarmiento también calificará de "eunuco" y señala: "Estos hombres conducidos por un interés propio muy mal entendido quieren trastornar las leyes eternas del patriotismo, el honor y el buen sentido. El gobierno de Rosas es nacional y yo tengo la ambición de regresar a mi país con honor".

En Montevideo, a mediados de diciembre de 1838, se forma la Comisión Argentina, compuesta por emigrados unitarios adherentes a la complicidad con el país galo: Martín Rodríguez, Florencio Varela, Salvador del Carril, Valentín Alsina, los mismos que habían convencido a Lavalle de ajusticiar a Dorrego. Dicha Comisión financiará sus actividades con los aportes franceses y con el producido del contrabando con la sitiada Buenos Aires. Para convencerlo envían tres mil quinientos pesos a Lavalle, pero este, desde su estancia El Vichadero, cerca de Mercedes (Uruguay), devuelve indignado el dinero. La presión continuará. Alberdi le escribe: "Se trata de que usted acepte la gloria que le espera y una gran misión que le llama en esta segunda faz de la Revolución de Mayo". La "gloria que le espera" era, claro, aceptar la conducción de las tropas terrestres de la invasión francesa a nuestra patria.

Una vez más Lavalle cede a los cantos de sirena de los doctores porteños. No son pocos los que sostienen que lo que lo convenció fue una importante suma de dinero; sin embargo, el héroe de Riobamba demostró a lo largo de toda su trayectoria una honestidad y una integridad a toda prueba. Era su inteligencia la que quedaba muy rezagada ante esas virtudes, y creyó que era su deber de patriota derrocar a Rosas. Sea como fuese.

El "Ejército Libertador", como dio en llamársele, cruza el río Paraná e invade Entre Ríos, transportado en embarcaciones francesas. En el Parlamento parisino, en los debates de 1844, se revelará que se gastaron más de dos millones de francos en esa "política de intervención que consistía en ganar aliados en Montevideo y excitar los partidos unos contra otros". Lavalle avanza inconteniblemente sobre Buenos Aires. Rosas escribe: "El hombre se nos viene y lo peor es que se nos viene sin que podamos detenerlo". A lo que sí atinó el Restaurador fue a sofocar por la violencia todo intento de "quintacolumnismo" en el territorio que dominaba. Los Maza, padre e hijo, y otros destacados ciudadanos fueron acusados de conspirar y ejecutados.

Pero al poco tiempo Lavalle escribía a su esposa, desde Yeruá: "Aquí estoy solo con mis brazos desnudos, sin cartuchos y sin un real, ¡esto es el 'Ejército Libertador'!". Es que en su avance no había encontrado el apoyo popular que los doctores unitarios le aseguraron sino que, por el contrario, le fueron negados alimentos, alojamiento y caballada. Al paso de las tropas los humildes pobladores, que tenían a Rosas en gran consideración, no demostraron ningún entusiasmo en sumarse a la supuesta gesta contra la tiranía. Además varios prestigiosos civiles y militares antirrosistas abandonaron su exilio para sumarse a la defensa de su patria amenazada por Francia: Cavia, Espinosa, los generales Soler y Lamadrid, etcétera.

Para peor los necesarios fondos no llegaban. Enviados desde ultramar a la Comisión y, aunque cuantiosos, pocos llegaron a Lavalle. Este, exasperado, se dirige el 28 de diciembre al almirante francés Le Blanc exigiendo "un millón de francos para los gastos de guerra que entrarán en la caja del ejército". Solo le llegarían veinticinco mil junto con una nota de la Comisión en la que se le ordena tratar con más prudencia y respeto a los aliados franceses...

Ni sitiados ni sitiadores comprenderán lo que sucedería después: un día de septiembre de 1840 Lavalle ordena el repliegue de sus tropas. "No podré tomar Buenos Aires ¡por falta de veinte días de víveres!", había escrito a su esposa el día anterior. La retirada de ese ejército inmenso será desordenada, anárquica, plagada de actos vandálicos, saqueos, latrocinios, matanzas, recibiendo el golpe de gracia a manos del rosista Oribe, quien lo venció en Quebracho Herrado. Finalmente

Lavalle encontrará la muerte en Jujuy en circunstancias que nuestra historia consagrada atribuyó a un fortuito e imposible disparo a través del ojo de la cerradura. Personalmente me inclino por la versión de José M. Rosa y mis propias investigaciones, que confirmarían que se habría tratado del suicidio de un hombre derrotado, arrepentido de sus errores y sumido en la depresión.

Los cabecillas unitarios, que han seguido las alternativas desde Montevideo o a bordo de los barcos franceses y que ya daban por segura la derrota de Rosas, se indignan ante la retirada.

> “Todo estaba en su mano, y lo ha perdido.
> Lavalle es una espada sin cabeza [...]
> Lavalle, el precursor de las derrotas.
> ¡Oh Lavalle, Lavalle! Muy chico eras
> para llevar sobre ti cosas tan grandes”.
>
> (Esteban Echeverría)

Distinta sería la actitud de un exiliado en Francia que escribiría al Restaurador poniendo en riesgo su permiso de residencia: “Si usted me cree de alguna utilidad sepa que espero sus órdenes. Tres días después de haberlas recibido me pondré en marcha para servir a mi patria honradamente en cualquier clase que se me destine”. Firmaba José de San Martín.

LA POPULARIDAD DE LOS BÁRBAROS

Muchos factores se oponían a que el interior del país compartiera las opiniones y los proyectos políticos de los “notables” de Buenos Aires. Estos concebían a Mayo como un movimiento nacional al que debía integrarse la totalidad de los pueblos pero conservando el puerto su tradicional situación de cabeza del Estado con el pretexto de impedir su disgregación pero con el objetivo más realista de no perder las suculentas rentas de la Aduana y de los derechos portuarios. Predominaba en la dirigencia porteña la concepción de que las provincias estaban habitadas por “bárbaros” cuyo principal aporte era la constitución de los ejércitos pero negándoles en la práctica toda capacidad estratégica o intelectual, salvo ejemplos como el del cordobés deán Funes, en un principio, o el del nacido en Buenos Aires pero representante de San Luis, Juan Martín de Pueyrredón, poco más adelante, quienes terminaron “aporteñándose”, absorbidos por los tejes y manejes de los logistas, de los rivadavianos o de los

directoriales.

En consecuencia, para muchos que comenzaron a identificarse como “unitarios”, la idea de la construcción del concepto de nación y la necesaria eficiencia revolucionaria para consolidarla estaban unidas a la “inevitabilidad” del poder político centralizado en una casta de “posibles” porteños y sus asociados del interior. Eran quienes planeaban una nación librecambista a favor de los intereses exportadores de Gran Bretaña, a cambio de constituirse en proveedora de productos agrícolas provenientes de los latifundios de la oligarquía terrateniente de la pampa húmeda. La oposición a esta actitud, perjudicial para los intereses de las provincias, plasmó en una tendencia política y, poco a poco, en una serie de principios que constituyeron el “federalismo” o doctrina de los estados libres en un estado nacional no centralizado políticamente.

Su proyecto apuntaba al proteccionismo comercial de las industrias provinciales afectadas y hasta destruidas en distintas etapas de nuestra historia, por el dogma del librecomercio que desde siempre hasta hoy saboteó todo proceso de industrialización argentina. Como puede advertirse ya entonces se dirimían alternativas vigentes aún hoy.

En íntima relación con este surgimiento se asocia la figura del caudillo, alguien investido de poder y prestigio por los suyos, que reconocían en él a un líder capaz de conducirlos eficazmente en la lucha por intereses o principios que compartían. Nuestra historia liberal, plasmada por los unitarios vencedores en la guerra civil, los condenó al sótano de sus “malditos”, pintándolos como bárbaros, crueles e ignorantes, castigándolos en la memoria colectiva de argentinas y argentinos por su oposición a los “civilizados”, en la disyuntiva planteada con su habitual brutalidad semántica por Sarmiento. Su barbarie no será mayor que la de sus enemigos y en algunos casos serán insólitamente humanitarios, como el haber conservado la vida de su principal enemigo, el jefe de la Liga Unitaria, José María Paz, luego de caer prisionero de Estanislao López, quien lo enviará a Buenos Aires para que Rosas decida sobre su suerte.

Es cierto que algunos caudillos no brillaron por su formación cultural, tal el caso de Francisco Ramírez, quien, quizá por eso mismo hizo de la educación una de sus grandes preocupaciones como gobernante. Otros, como Juan Bautista Bustos y Alejandro Heredia, eran militares de carrera, el segundo, además, graduado en Leyes. La correspondencia de Juan Facundo Quiroga revela un espíritu sutil y una redacción refinada. Estanislao López estaba lejos de ser una inteligencia tosca y se propuso organizar institucionalmente su estado y promovió en 1819 la sanción de una constitución provincial decididamente democrática y federal. Ese mismo año el Congreso Nacional que sesionaba en Buenos Aires luego de trasladarse desde

Tucumán, mientras enviaba emisarios secretos a negociar con el emperador portugués en Río de Janeiro, sancionó la carta constitucional para las Provincias Unidas inspirada por principios aristocráticos y centralistas. Los dos documentos contemporáneos revelaban la irreductible oposición de los bandos en pugna.

Aunque movido por el consciente propósito de denigrarlos, nadie expresó más lúcidamente la significación de los caudillos que Sarmiento en su *Facundo*: "Es el personaje histórico más singular, más notable, que puede presentarse a la contemplación de los hombres que comprenden que un caudillo que encabeza un gran movimiento social no es más que el espejo en que se reflejan, en dimensiones colosales, las creencias, las necesidades, las preocupaciones y los hábitos de una nación en una época dada de su historia".

No fueron ángeles ni diablos. Fueron personalidades capaces de encarnar el signo de su época: la oposición más o menos organizada de algunas provincias contra la obsesión porteña por enviar ejércitos que las sujetaran, por entronizar príncipes extranjeros, por considerar a Artigas como su principal enemigo y llegar a inicuos acuerdos con el invasor portugués con tal de destruirlo, por dictar reglamentos y constituciones cuyo objetivo era acerar el privilegio de Buenos Aires y privar a los pueblos del interior de alguna participación en los beneficios del puerto y su Aduana, por ser indiferente al perjuicio que el libre comercio y la introducción sin recargos de mercadería industrializada en países europeos producía en las rústicas economías del interior.

LA BARBARIE DE LOS CIVILIZADOS

Los caudillos provinciales vieron con claridad que la cuestión constitucional era un problema tanto económico como político y que mientras el gobierno central siguiera bajo la influencia de Buenos Aires los postulados del interior estarían inevitablemente postergados, ya que la superioridad de recursos económicos, financieros y militares de Buenos Aires haría que su influencia predominase en cualquier tipo de gobierno nacional. Por lo tanto, para que las provincias pudieran eludir esa dominación que no pocos consideraban aún peor que la ejercida por los españoles y lograr la autonomía económica y fiscal que reclamaban con justicia, era inevitable la utilización de la fuerza.

En cifras, este panorama demográfico era el siguiente: en 1819 la provincia de Buenos Aires tenía ciento veinticinco mil habitantes; Córdoba, setenta y cinco mil; Santiago, sesenta mil, y Salta, cincuenta mil. Pero donde la desproporción se tornaba evidente era en materia

económica: en 1824 los ingresos fiscales de Buenos Aires fueron de 2.596.000 pesos, de los cuales provenían de la Aduana 2.033.000. En cambio, Córdoba, la segunda provincia argentina, tenía ese mismo año ingresos por 70.200 pesos, de los cuales su Aduana proveía 33.438. Para San Juan las cifras eran de 20.000 y 3.800 pesos respectivamente, y Tucumán recaudaba 22.115 pesos que solo cubrían el sesenta y seis por ciento de sus gastos. No han cambiado demasiado las cosas desde entonces.

Se ha criticado a los caudillos por haber sido, según la historia escrita por sus vencedores, partidarios del "atraso". Es que para ellos y sus seguidores el supuesto progreso estaba inevitablemente asociado a beneficios para Buenos Aires y postergación para las provincias. Ello fue claro cuando Rivadavia hizo de "la Reina del Plata" una ciudad moderna y europeizada con su alumbrado flamante, su universidad, sus colegios lancasterianos, su empedrado, sus diques, endeudando a todo el país con un empréstito justicieramente sospechado. Además, para los "alumbrados" del puerto, antecesores directos de prestigiosos intelectuales de hoy, su compromiso con la civilización era admirar lo europeo y denostar lo nacional, en dirección contraria a lo que postulaba el gran Belgrano en su reglamento escolar: "Estimar en más la calidad de americano que la de extranjero".

Si algo caracterizó al caudillo fue su popularidad entre los humildes, aquello que los graduó de "malditos" para la posteridad, esa ciega fe de sus partidarios que le permitió enfrentar muchas veces con éxito, en alborotado remolino de chuzas y lanzas, a ejércitos regulares de superiores número, disciplina y armamento. Era la devoción de quienes se sentían comprendidos por su jefe, seguros de que interpretaba sus esperanzas como nadie y que dar la vida por él era, ni más ni menos, jugarse por lo que daba sentido a sus vidas.

El "Chacho" Peñaloza, un caudillo tardío que sería asesinado y decapitado a instancias del "civilizador" Sarmiento, escribirá a su enemigo, el doctor Marcos Paz, vicepresidente de Mitre: "Esa influencia, ese prestigio lo tengo porque como soldado he compartido al lado de ellos por espacio de cuarenta y tres años, compartiendo con ellos los azares de la guerra, los sufrimientos de la campaña, las amarguras del destierro y he sido con ellos más que jefe, un padre que [he] mendigado el pan del extranjero prefiriendo sus necesidades a las mías y propias. Y por fin, porque como Argentino y como Riojano he sido siempre el protector de los desgraciados, sacrificando lo último que he tenido para llenar sus necesidades. Así es, señor, como tengo influencia y mal que [les] pese la tendré". Razón tenía Arturo Jauretche cuando decía que el "caudillo era el sindicato del gaucho".

No negaron la necesidad de unión entre todas las provincias pero consideraban que esta unión debía respetar la autonomía política y

económica de cada una de sus respectivas regiones. Ello no impidió que con frecuencia se trenzasen en sangrientas disputas que no reconocían otro motivo que el malentendido, el amor propio o la violencia inercial. O la sagacidad de los políticos del puerto, que a través del soborno o la acción psicológica promovían disidencias entre caudillos que, al debilitarlos, aumentaban su poder.

Los notables de Buenos Aires les temían y los combatían como siempre se hará con los movimientos populares y sus abanderados. También se encargarán de menospreciarlos: "¿Por qué pelean los anarquistas? ¿Quiénes son ellos? [...] Los federalistas quieren no sólo que Buenos Aires no sea la capital, sino que como perteneciente a todos los pueblos divida con ellos el armamento, los derechos de aduana y demás rentas generales: en una palabra, que se establezca una igualdad física entre Buenos Aires y las demás provincias, corrigiendo los consejos de la naturaleza que nos ha dado un puerto y unos campos, un clima y otras circunstancias que le han hecho físicamente superior a otros pueblos [...] El perezoso quiere tener iguales riquezas que el hombre industrioso, el que no sabe leer optar por los mismos empleos que los que se han formado estudiando, el vicioso disfrutar del mismo aprecio que el hombre honrado [...] No negamos que la federación absolutamente considerada sea buena; pero los que sostienen que relativamente a nuestras provincias es adoptable, y sin inconvenientes deben manifestarnos los elementos con que cuentan para la realización de su proyecto". (*Gazeta de Buenos Ayres*, 15 de diciembre de 1819).

Los caudillos federales son otros insignes postergados, hasta el punto de que en la capital argentina ninguna de sus calles lleva el nombre de López, Ramírez, Varela, Heredia, Peñaloza o Bustos. Mucho menos el de Rosas. Es que, como escribió Rodolfo Walsh, "nuestras clases dominantes han procurado siempre que los humildes no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes ni mártires. Cada lucha debe comenzar de nuevo, separada de las luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia aparece así como propiedad privada cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas".

EL SECRETARIO SABE QUE VA A MORIR

Facundo Quiroga abandona la gobernación de La Rioja y se instala en Buenos Aires, donde desarrolla una intensa actividad política, seduciendo tanto a federales como a unitarios, con la idea de proponerse como la figura clave para la constitucionalización del país,

en competencia con el autocrático gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas quien ha sido elegido legítimamente para sustituir al golpista Lavalle, derrotado por los federales en “Puente de Márquez”. Como lo señala Domingo Faustino Sarmiento, “sus hijos [de Quiroga] están en los mejores colegios y jamás les permite vestir sino de frac o levita y a uno de ellos, que intenta dejar sus estudios para abrazar la carrera de las armas, lo pone de tambor en un batallón hasta que se arrepienta de su locura”.

Aprovechando el prestigio que Facundo, o “don” Facundo como le gusta hacerse llamar ahora, tiene en las provincias, pero también para alejarlo del centro de decisiones porteño, el Restaurador le encarga la misión de mediar entre los gobiernos federalistas de Salta, Tucumán y Santiago del Estero, que amenazan con enfrascarse en una guerra. Si bien al principio vacila, el 18 de diciembre de 1835 el riojano parte en su galera, no sin presagios: “Si salgo bien te volveré a ver”, se despide de Buenos Aires, “si no ¡adiós para siempre!”. A su lado, en el zangoloteante asiento, viajará su fiel secretario, el doctor José Santos Ortiz.

La breve detención en Córdoba da tiempo suficiente a Santos Ortiz para enterarse de lo que se rumoreaba: el asesinato de Quiroga estaba ya decidido, sus asesinos seleccionados, las tercerolas compradas. Solo la llegada prematura ha impedido el drama. Pero cuando la galera se aleja, difuminada por el polvo, los pronósticos arrecian: el asesinato tendrá lugar en el viaje de regreso. El secretario se lo comunica a su jefe, quien, en una actitud que nuestra historia aún no ha podido explicar, hace caso omiso a las advertencias e incluso rechaza las escoltas que le ofrecen los gobernadores de Santiago y Tucumán, cuyos diferendos ha sabido resolver. Facundo tenía una enorme confianza en su capacidad de influir sobre los demás, había llegado a creer en las dotes mágicas que las imaginerías de la época le adjudicaban.

Antes de llegar a la posta de Ojo de Agua la diligencia es interceptada por un joven que se cruza en el camino y pide hablar con el secretario. Este le ha hecho alguna vez un favor importante, y él está dispuesto a devolvérselo, aun a riesgo de su vida. Todo se lo cuenta: Santos Pérez, un malandado con varias muertes en su haber, está emboscado en un paraje llamado Barranca Yaco, al frente de una partida armada hasta los dientes y con la orden de que nadie, absolutamente nadie, debía quedar vivo. Tal era la orden. El joven Sandivaras había traído un caballo a la rienda y se lo ofrece a Ortiz para que salve su vida. Habrá vacilado, seguramente, el secretario. Habrá mirado el caballo que lo tentaba con la supervivencia y habrá mirado a su jefe, aquel hombre por el que sentía una devoción rayana en la adoración. O que le inspiraba un temor tal que le impedía pensar

en su propia conveniencia. Por fin, cumple con su destino y con aquella sentencia de Marco Aurelio: "La vida es guerra, y la estancia de un extraño en tierra extraña", el doctor Santos Ortiz trepa otra vez a la galera y se sienta junto a Facundo.

PARA JUSTIFICAR LA INVASIÓN

Florencio Varela, emisario de los unitarios exiliados en Montevideo, colabora con el proyecto de las mayores potencias mundiales de invadir su propia patria facilitándoles el pretexto para hacerlo. Desde tiempos inmemoriales las conquistas siempre se hacen por supuestos motivos altruistas que encubren las verdaderas razones, casi inevitablemente de tipo económico. Para ello necesitaban algún documento que convenciera al mundo de que el gobierno de Juan Manuel de Rosas era sanguinario y tiránico, lo que haría necesaria una intervención punitiva y "civilizadora". Varela dejó el asunto en manos del escriba José Rivera Indarte. Nadie mejor indicado. Su odio a Rosas era mayúsculo; había sido federal fanático, miembro de la Sociedad Popular Restauradora, y a su pluma pertenecía el "Himno a Rosas" ("¡Oh, Gran Rosas, tu pueblo quisiera mil laureles poner a tus pies...!"). Según los unitarios cruzó el río, como tantos otros, huyendo de las tropelías del rosismo. Según los federales debió escapar de Buenos Aires procesado por estafa y falsificación de documentos y no perdonaba que Rosas no hubiese hecho nada por salvarlo.

En 1843 se le encargan las "Tablas de sangre", inventario de atrocidades atribuibles al rosismo. Los partidarios de don Juan Manuel, citando el *Atlas* londinense del 1º de marzo de 1845, en artículo reproducido por Emile Girardin en *La Presse* de París, afirmarían que la casa Lafone, concesionaria de la aduana de Montevideo, habría pagado la macabra nómina a un penique el cadáver. Cabe señalar que Lafone & Co. era propietaria de Punta del Este, también de la isla Gorriti, y se le había concedido en exclusividad la caza de lobos marinos en la isla de Lobos por trece años.

Rivera Indarte juntó 480 muertes y le atribuyó a Rosas todos los crímenes posibles: el de Quiroga y su comitiva, los de Heredia y Villafañe, etc.; enunció nombres repetidos y otros individualizados por las iniciales N.N. Los métodos variaban: fusilamientos, degüellos, envenenamientos (uno con masitas en una confitería), etc. El informe que Varela llevó consigo inventariaba otros actos bárbaros: "Las cabezas de las víctimas son puestas en el mercado público adornadas con cintas celestes", los degüellos se hacían "con sierras de carpintero

desafiladas". Rivera Indarte, entregado ya al delirio, agregó como apéndice su opúsculo "Es acción santa matar a Rosas", donde revelaba que "su hija ha presentado en un plato a sus convidados, como manjar delicioso, las orejas saladas de un prisionero". También "ha acusado [Rosas] calumniosamente a su respetable madre de adulterio [...] ha ido hasta el lecho en que yacía moribundo su padre a insultarlo". Y como si todo esto no fuera suficiente: "Es culpable de torpe y escandaloso incesto con su hija Manuela, a quien ha corrompido".

La invasión de las armadas británica y francesa, las dos mayores potencias bélicas de su época, se concretó el 20 de noviembre de 1845, siete años después de que Francia lo hubiera intentado en solitario, infructuosamente. Sus verdaderos propósitos, bajo el disfraz de "derrocar al tirano en nombre de la civilización", era abrir nuevos mercados, independizar las provincias mesopotámicas y fundar la "República de la Mesopotamia", decretar la libre navegación de nuestros ríos interiores, acceder al algodón paraguayo para surtir a las hilanderías de la Revolución Industrial, en gran expansión. Además, más de cien buques cargados de mercaderías para vender acompañaban a flamantes navíos de guerra a vapor armados con armas modernísimas que acababan de doblegar a la China en la llamada Guerra del Opio.

Argentinas y argentinos escribieron entonces una de las páginas más heroicas de nuestra historia, ya que con una manifiesta inferioridad en armamentos pero con un inmenso coraje, si bien no lograron impedir que los invasores remontaran el Paraná, les ocasionaron tantos perjuicios que debieron rendirse sin lograr sus propósitos y volvieron a sus países luego de rendir homenaje al pabellón argentino disparando salvas de cuarenta cañonazos. Nuestra historia oficial, escrita por quienes apoyaron la invasión extranjera, nunca dio a la Vuelta de Obligado, nombre abarcativo de la Guerra del Paraná librada también en Punta Quebracho, en Tonelero, en Ramallo, en San Lorenzo, el relieve que se merecía por haber sido Juan Manuel de Rosas y la plebe sus protagonistas y también porque se les puso el pecho a países que nuestras elites de siempre admiran y desean imitar.

Hasta que el 20 de noviembre del 2011 se consagró el Día de la Soberanía Nacional, se erigió un monumento alusivo a orillas del Paraná en el lugar del combate y se decretó feriado nacional.

EL PROTAGONISMO DE LA CHUSMA

Félix Luna insiste en que la discusión sobre Juan Manuel de Rosas está agotada: "Quienes privilegien las libertades estarán en su contra,

quienes jerarquicen la defensa de la soberanía serán sus partidarios". Pero esta esquematización deja de lado lo más relevante del pensar y hacer del Restaurador: la reivindicación de la "existencia social" de los sectores hasta entonces desplazados, mulatos, indios, orilleros, gauchos, a quienes, en los hechos, se les confirió la categoría de "personas" y "ciudadanos", respetándose sus costumbres y sus festividades. Era frecuente la presencia de Rosas en los candombes y en los festejos gauchos.

"Con respecto al protagonismo de los sectores populares, resulta importante reconsiderar las prácticas políticas más salientes: las elecciones, las fiestas públicas y las actividades asociativas. La participación política de la población de menores recursos a través de las elecciones, las festividades patrióticas, las milicias y las sociedades africanas dieron especificidad y dinámica a la política del período. Estas formas de participación política no pueden considerarse simplemente como muestras de subordinación obsecuente al Restaurador; sirvieron para definir las identidades de los grupos sociales subalternos como morenos, mujeres, peones rurales y pequeños propietarios en sus relaciones, no solo con el Estado sino también con la política. En estos escenarios los agentes subalternos leyeron, interpretaron y usaron el ideario federal para relacionarse con las autoridades del Estado y con sus superiores de clase" (Ricardo Salvatore).

Fue esta puesta en superficie de los sectores plebeyos de la sociedad rioplatense, que le fueron leales hasta mucho tiempo después de Caseros, la principal razón de la denostación histórica a don Juan Manuel, cuyos restos mortales sufrieron exilio durante más de un siglo y que aún no cuentan con un mausoleo digno de su memoria.

SAQUEO, VIOLACIONES Y MUERTE

Las jóvenes corrían despavoridas por las calles de Colonia del Sacramento, aullando de terror con sus ropas desgarradas. Los saqueadores arrasaban con todo lo que encontraban. El cielo parecía cobrar vida con el relumbre de los incendios. Ni siquiera la iglesia se libró de los desmanes, ya que en ella se celebró la victoria con orgías y borracheras.

Días después, la escuadra de mercenarios italianos, con sus talegos rebosantes de oro y plata, leva anclas y se interna en el río Uruguay. Al llegar a Gualeguaychú repiten el saqueo. El pueblo estaba desguarnecido y fue fácil para los italianos que actuaban a las órdenes de la escuadra anglofrancesa que en octubre de 1845 invadía las

Provincias Unidas del Río de la Plata desarrollar sin inconvenientes su cruel codicia y su lujuria.

El jefe mercenario de esta horda salteadora era Giuseppe Garibaldi, que años más tarde se constituiría en el héroe de la unidad italiana y prócer nacional de Italia.

PEDRO, EL HIJO ILEGÍTIMO

Su madre, María Josefa Ezcurra, rompiendo con las pacatas normativas de la época, especialmente severas para las jóvenes de la alta sociedad, había partido con el Ejército del Norte detrás de quien se había adueñado de su corazón. Tan ardiente relación culminó en el nacimiento de Pedrito, a quien su padre, inmovilizado en el frente de batalla durante años y luego fallecido prematuramente, no había podido reconocer. El niño y su madre fueron recogidos por Encarnación Ezcurra, hermana de Josefa y esposa de Juan Manuel de Rosas. La relación del niño con su padre adoptivo siempre fue excelente, tanto que, se decía, el Restaurador lo prefería a su propio hijo, el apático y medroso Juan.

—Siéntese, m'hijo.

Don Juan Manuel lo había mandado a llamar y Pedrito, que había ido volviéndose Pedro con la voz enronquecida, los músculos rotundos y los sentimientos en torbellino, supo que el día había llegado.

—Sí, tatita —susurró, acomodándose en el borde del banco. Se hizo un silencio mientras Rosas hacía anotaciones y firmaba algunos papeles que se amontonaban sobre su escritorio.

—Lindo día —volvió a decir el joven, quien nunca había tenido miedo de cruzar esa mirada que todos rehuían.

—Vamos al grano, m'hijo. Ya tiene edad para saber quién fue su padre.

Pedro tuvo miedo de no escuchar por el estrépito de su corazón. Ese hombre al que todos temían lo observaba serenamente, casi con ternura.

—Nunca juzgue mal a su madre, ella fue leal a su corazón. Y usted es el premio a su coraje.

—Gracias —dijo el joven y enseguida dudó si era eso lo que debía haber dicho.

—Belgrano —estaba diciendo esa voz acostumbrada a mandar. Pedro no entendió, o no se atrevió a entender, y se quedó mirándolo.

—Belgrano —repitió don Juan Manuel—. Su padre fue Manuel Belgrano.

Había retratos de Belgrano por todas partes. En casas, en iglesias, en

ayuntamientos. También en el salón de los Rosas. Era un prócer de la patria.

—Su padre fue un gran hombre, puede estar orgulloso, m'hijo. —Pedro no percibió el levísimo temblor en los dedos del Restaurador. A continuación, ese hombre, que años más tarde lo haría coronel de sus ejércitos para tenerlo siempre cerca, hizo una seña para que se retirara. Un embajador aguardaba en el salón contiguo y Antonino Reyes, el edecán, se había asomado para recordárselo. Cuando el joven, esforzándose para que su paso pareciera firme, iba a cerrar la puerta tras de sí, escuchó:

—De aquí en más, m'hijo, puede firmar Pedro Rosas y Belgrano.

LA PATAGONIA PARA CHILE

En 1840 Domingo Faustino Sarmiento era un exiliado en Santiago de Chile, integrante de la Comisión Argentina que presidía el general Las Heras, cuyo objetivo era agotar todos los medios posibles para lograr la caída de Rosas. Entre ellas crear situaciones de conflicto entre ambos países.

El ministro Montt había adquirido un diario, *El Progreso*, que encomendó al sanjuanino. Desde el primer número, el 11 de noviembre de 1842, Sarmiento desarrolló una campaña "demostrando" los derechos chilenos sobre el estrecho de Magallanes e insistió en la necesidad de que su país de adopción se adelantara a la Argentina en la ocupación del territorio. La campaña encontró gran eco. No era un chileno quien lo decía sino un argentino de nota. Sarmiento, en la crónica del 11 de marzo de 1849 escribió: "Un territorio limítrofe pertenece a aquel de los Estados a quien aproveche su ocupación [...] Para Buenos Aires es una posesión inútil. ¿Qué haría el gobierno de Buenos Aires con el estrecho de Magallanes, país remoto, frígido, inhospedable? [...] ¡Que pueble el Chaco y el sur hasta el Colorado y el Negro y deje el estrecho a quien lo posea con provecho...! Magallanes, por lo tanto, pertenece a Chile por el principio de conveniencia propia sin daño de terceros". No solamente el estrecho, sino toda la Patagonia: "Quedaría por saber aún si el título de erección del Virreinato de Buenos Aires expresa que las tierras al sur de Mendoza entraron en su demarcación; que, a no serlo, Chile pudiera reclamar todo el territorio que media entre Magallanes y las provincias de Cuyo".

Nuestra historia oficial ha preferido recordar al sanjuanino como el estadista que tuvo la intuición de la importancia de la educación popular en el progreso de nuestra patria. Sin embargo sería mejor que

se diera una imagen completa de los personajes y de las circunstancias históricas, con los claros y los oscuros inevitables de la condición humana. Inmortalizar a Sarmiento como el "padre del aula", un calvo bondadoso que en su infancia nunca faltó a la escuela, es irritante y también injusto con el sanjuanino, quien no ocultó su carácter violento y polémico, que le valió el apodo no cariñoso de "El Loco".

UN SANTO INSERVIBLE

Cuando las ciudades por patronizar no eran de importancia, como la lejana Buenos Aires, un puerto de contrabandistas enclavado en tierras inhóspitas y deshabitadas, en España se introducían los nombres de todos los santos en una bolsa de terciopelo negro para que fuera el azar quien decidiese. Se dice que dos veces seguidas, inauditamente, salió el papelito de un santo, San Martín de Tours. Buenos Aires tuvo entonces su santo patrono. Nadie podía prever que lo que la oscura bolsa de paño brilloso había anticipado era el nombre del libertador de aquellas tierras australes.

Muchos años más tarde, en 1838, el bloqueo francés al puerto de Buenos Aires enardecía los espíritus patrióticos. El odio contra el invasor crecía en la población. Alguien recordó entonces que Tours era ciudad de Francia y por lo tanto el santo patrono francés. No tardó mucho en ser presentado un proyecto en la Legislatura:

"El gobierno, considerando que esta ciudad fue puesta desde su fundación bajo la protección de un francés, San Martín, natural de Tours, quien no ha sabido hasta la fecha librar a esta ciudad de las fiebres periódicas, escarlatinas, ni de las secas y epidemias continuas que en diferentes épocas han arruinado nuestra campaña, nuestras cosechas y nuestros ganados, ni de las extraordinarias crecientes de nuestro río que destruyen casi anualmente una cantidad de obras y monumentos de la ciudad que se encuentran sobre la costa.

"En fin, que la viruela acaba de desaparecer a causa del descubrimiento de la vacuna, sin que el patrono por su parte haya jamás hecho el menor esfuerzo para librarnos de esa terrible calamidad.

"Que para combatir las invasiones de los indios en la frontera, para sostener las guerras civiles y extranjeras que nos han sobrevenido, hemos tenido que recurrir en el primer caso a la Santa Virgen de Luján, en el segundo a la Virgen del Rosario y la Merced y también a Santa Clara Virgen, con cuyo único consuelo hemos podido triunfar, mientras que nuestro patrono, el francés, permanecía indiferente en el cielo sin ayudarnos en lo más mínimo como era su deber.

”En vista de los motivos expuestos venimos en decretar y decretamos:

”Artículo 1°) El francés unitario San Martín de Tours, que ha sido hasta hoy el patrón de esta ciudad, habiendo perdido la confianza del pueblo y del gobierno, abandonado por sus compatriotas, aliado del traidor Rivera y demás salvajes unitarios, es destituido para siempre del empleo de patrón de Buenos Aires”.

El proyecto nunca fue considerado y en su exilio, ante una consulta sobre el tema de su yerno Terrero acerca de si era suya la autoría, Rosas le respondió con enojo si creía que él estaba loco y que debía aprender a descartar las patrañas que se inventaban para borrarlo de la memoria de sus compatriotas.

CUANDO LA NIÑA SE ENAMORA

La guerra entre Argentina y Brasil estaba a punto de estallar. El embajador Tomás Guido había cerrado la representación diplomática argentina y regresado a Buenos Aires. Insólitamente el jefe del ejército nacional, Justo José de Urquiza, inició secretas negociaciones con el enemigo que llegarían a buen puerto. Es decir a Caseros, el 3 de febrero de 1852. Sus defensores, entre ellos nuestra historia difundida, argumentarán que el entrerriano lo hizo para defenestrar al tirano y consagrar la constitución y que ello justificaba cualquier pacto con el diablo. Sin embargo uno de sus secretarios privados, Nicanor Molinas, lo explicará años después y sin ánimo de crítica, por móviles económicos: “Al pronunciamiento se fue porque Rosas no permitía el comercio del oro por Entre Ríos”.

El catalán Cuyas, comerciante, hombre de confianza de Urquiza, era su delegado para negociar con los brasileños. El gobernador de Entre Ríos, para sellar su alianza con el ejército imperial y levantarse contra Rosas, exigía que la escuadra brasileña se desplegase en el Río de la Plata. Además de una importante suma de dinero:

“Yo aseguro que V.E.”, escribe Cuyas, en clave, como si se tratase de una carta comercial, a Urquiza el 2 de mayo de 1850, “no despacharía sus buques sin que la contrata estuviera firmada, porque entiendo que mientras la niña se enamora todo se concede, y después que ha cedido la ilusión disminuye y falta la voluntad de cumplir las ofertas. En fin: se espera la llegada de un buque de aquel destino para ponernos todos de acuerdo. Mas, por ahora yo sigo el plan de mostrar que V.E. no está todavía decidido a entrar en la negociación, y que será fácil que la deje si el contrato no se concluye de la manera por mí indicada”.

Descifremos:

“No despacharía sus buques”: Urquiza no se pronunciará públicamente.

“La contrata”: la alianza con el imperio.

“Mientras la niña se enamora todo se concede”: para ganarse a Urquiza, los brasileños harían todos los sacrificios.

“Y después que ha cedido la ilusión disminuye”: una vez hecho público su alzamiento, la cotización de Urquiza bajaría.

“Falta la voluntad de cumplir”: las ventajas debían obtenerse antes del pronunciamiento.

“Se espera la llegada de un buque de aquel destino”: se esperan poderes o instrucciones de Río de Janeiro para su delegado.

“Para ponernos todos de acuerdo”: para firmar el tratado.

“V.E. no está todavía decidido a entrar en la negociación, y que será fácil que la deje”: si Brasil no cumple con nuestras exigencias, V.E. seguirá siendo leal a Rosas.

Finalmente se llegó a un acuerdo sobre la base de que el Brasil aportaría su ejército para que, unido con el argentino al que Urquiza ahora llamaba “de Entre Ríos”, invadirían las Provincias Unidas y avanzarían sobre Buenos Aires. Por su parte el entrerriano prometió al emperador la entrega de las Misiones Orientales, la libre navegación de los ríos interiores, la consagración en Montevideo de un presidente títere y el reconocimiento de la independencia del Paraguay, que pasaría así a depender política y económicamente de Brasil. Se dijo también que, más secretamente, se habría acordado la independencia de la “República de la Mesopotamia”, integrada por Misiones, Entre Ríos y Corrientes, cuyo primer presidente iba a ser José María Paz. Afortunadamente Urquiza no cumplió con esta cláusula, sí con todas las otras.

Luego de la victoria de Caseros, resultado inevitable por la disparidad de las fuerzas, el entrerriano obedeció la voluntad de sus aliados y esperaron diecisiete días acampados hasta el 20 de febrero para desfilar triunfales por las calles de Buenos Aires. Así las fuerzas imperiales vengaban la derrota en Ituzaingó, librada el 20 de febrero de 1827.

Capítulo VII

De 1853 a 1880

EL PRECIO DE UNA ESCUADRA

Luego de su victoria en Caseros Urquiza convocó a un encuentro de gobernadores en San Nicolás de los Arroyos, reivindicando su condición de federal y como paso previo a la sanción de la Constitución Nacional. Pero la Legislatura de Buenos Aires rechazó el acuerdo porque era inaceptable para los porteños hacerlo en igualdad de condiciones con las demás provincias (dos delegados cada una) y, sobre todo, renunciar a los ingresos de la Aduana, que pasarían a estar bajo control nacional. Furioso, Urquiza ordenó la clausura de la Legislatura y provocó aún más a los porteños al decretar la libre navegación de los ríos interiores a los buques de todas las banderas, una de las cláusulas de su acuerdo secreto con el Brasil para desalojar a Rosas del poder que además favorecía el comercio de las provincias del Litoral en desmedro del puerto de Buenos Aires. No sorprendió entonces que cuando el entrerriano marchó a Santa Fe estallara un golpe de Estado, la Revolución del 11 de septiembre de 1852, acaudillada por Bartolomé Mitre y Valentín Alsina, que desconoció el poder nacional del entrerriano y lo expulsó del territorio. A partir de entonces el país quedó dividido en dos: el estado de Buenos Aires por un lado y la Confederación del resto de las provincias con capital en Paraná por el otro.

Las consiguientes hostilidades de los bandos no se desarrollaron solo en tierra. La flamante escuadra de Buenos Aires, comandada por el marino mercenario Zurowski, se lanzó el 17 de abril de 1853 contra los buques de la Confederación que sitiaban el puerto. Pero la pericia del coronel norteamericano Coe y el superior poder de fuego y movilidad de sus naves, en las cercanías de Martín García, obligaron a la rendición de sus adversarios. Coe echó el ancla el 23 frente a la ciudad y notificó a los cónsules extranjeros y capitanes mercantes que el puerto quedaba bloqueado "para el comercio fluvial de cabotaje y los navíos de ultramar".

Los de Buenos Aires tomaron rápidamente nota de la venalidad del

capitán sitiador, pues las naves que se avenían a pagar el "impuesto" estipulado podían cargar y descargar sin problemas. El embajador norteamericano Pendleton supo, desde principios de mayo, que los sitiados andaban en conversaciones con su compatriota. Los emisarios iban y venían entre la casa de gobierno y el puente de mando de la nave insignia, el *Correo*. Las negociaciones estaban a cargo de un allegado a Coe, el capitán Downing de la armada de los Estados Unidos, y de Carlos Calvo, cónsul de Buenos Aires en Montevideo.

La oferta de dinero fue creciendo a medida que el comandante de la flota urquicista se muestra renuente a acordar la entrega de las naves. Pero su rechazo nunca llega a la indignada expulsión del ofertante. Urquiza, impotente, es informado por sus agentes de las tratativas hasta que su hijo Diógenes, desde Montevideo, le informa en mayo acerca de una importante compra de onzas de oro por parte del gobierno porteño. Es que luego de un mes de tira y afloja finalmente se había llegado a un entendimiento, pero Coe no quiere saber nada con devaluados billetes impresos en la Casa de la Moneda y exige onzas de oro contantes y sonantes.

Por fin, en la mañana del 20 de junio de 1853, Coe manda a Buenos Aires al comandante Turner en la lancha *Enigma* a anunciar que esa misma tarde, satisfecho con lo recibido, cumpliría con su parte del trato. Fue así que los buques *Correo*, *Merced*, *Constitución*, *Maipú* y *Once de Septiembre*, además de otras embarcaciones menores, entraron en el puerto ante el alborozo de los porteños y amarraron en las balizas interiores.

Luego el comandante Coe se embarcará con algunos de sus oficiales, que también recibieron parte del botín, que según Cárcano y Ferns fue de veinte mil onzas de oro, en el buque de guerra norteamericano *Jamestown* y nunca más volverá al Río de la Plata.

RAZAS BUENAS Y DE LAS OTRAS

Mucho se ha hablado de la decadencia de valores en nuestra Argentina, esa carencia de frenos morales y éticos que ha facilitado la corrupción y la ineficiencia en lo público y también en lo privado. A dicha falencia debemos agregar, y no con menor importancia, a la debilidad del amor por nuestra patria y la consiguiente irresponsabilidad ante los compatriotas, etimológicamente "hijos del mismo padre", es decir hermanos.

Se ha inculpado de ello al aluvión inmigratorio y no se puede negar a ello alguna influencia, pero lo señalado tiene su principal origen ya en los albores de nuestra patria, por ejemplo en el desprecio a la

chusma y el antihispanismo rabiosamente europeizante de no pocos de nuestros protagonistas del siglo XIX, particularmente en los vencedores de las guerras civiles. Muchos de ellos compartieron una convicción que se extiende hasta nuestros días: nuestra patria carece de condiciones, sobre todo humanas o raciales, para valerse por sí misma y solo es viable “colgada” de los intereses de la potencia de turno: Inglaterra, los Estados Unidos, los *holdings* globalizados o los organismos representantes del poder financiero, FMI, Banco Mundial. Poderes que siempre recompensaron generosamente a sus “socios interiores”.

Sarmiento lo definiría con su brutal agudeza: “civilización o barbarie”, y escribirá a Mitre dejando claro quiénes son unos y otros: “No trate de economizar sangre de gauchos, es un abono [de la tierra] que es preciso hacer útil al país” (Carta del 20/9/1861). También en 1866, en un discurso en el Senado, se exaltará: “Cuando decimos ‘pueblo’ entendemos los notables, activos, inteligentes: clase gobernante. Somos gentes decentes. Patricios a cuya clase pertenecemos nosotros, pues, no ha de verse en nuestra Cámara ni gauchos, ni negros, ni pobres. Somos la gente decente, es decir, patriota”. Eran los unitarios de siempre que ahora se habían rebautizado como “liberales”.

Pero es en el menos impulsivo Alberdi, el ideólogo e intelectual más influyente de su época, nada menos que el redactor de nuestra Constitución Nacional, quien hará más transparente esa tendencia a descalificar lo autóctono en desmedro de lo extranjero, dominante hasta nuestros días.

Nada menos que en el texto de *Las bases*, en el que nuestra Constitución sería un apéndice, escribió: “Es utopía, sueño y paralogismo puro el pensar que nuestra raza hispanoamericana, tal como salió formada de su tenebroso pasado colonial, pueda realizar hoy la república representativa” (pág. 5 de la edición de Besançon). Como puede verse don Juan Bautista no tendrá empacho de referirse a una “raza” degradada a la que habrá que reemplazarla por otra mejor, la anglosajona: “Ella está identificada al vapor, al comercio, a la libertad, y nos será imposible radicar estas cosas entre nosotros sin la cooperación activa de esta raza de progreso y de civilización” (pág. 139). Es a esto y no a otra cosa a lo que se refiere cuando señala aquello tan frecuente y equívocamente citado de “gobernar es poblar”. Poblar de cabellos rubios y ojos claros...

La propuesta de Alberdi y sus pares fue establecer el liberalismo económico que convenía a la potencia de entonces, Gran Bretaña, y a los comerciantes anglófilos de Buenos Aires, pero en cambio no era posible, según la elite, hacer lo mismo con el liberalismo político con tanta “chusma” de gauchos, mulatos, indios y orilleros, es decir de

argentinas y argentinos mayoritarios: “Haced pasar el roto, el gaucho, el cholo, unidad elemental de nuestras masas populares por todas las transformaciones del mejor sistema de instrucción: en cien años no haréis de él un obrero inglés que trabaja, consume, vive digna y confortablemente” (pág. 43). Se explayará en consejos que aún hoy tienen dramática vigencia: “Proteged empresas particulares para la construcción de ferrocarriles. Colmadlas de ventajas, de privilegios, de todo favor imaginable sin deteneros en medio [...] Entregad todo a capitales extranjeros. Rodead de inmunidades y de privilegios el tesoro extranjero para que se naturalice entre nosotros” (pág. 49).

Es entonces en el ideario de algunos de nuestros próceres mayores, sin duda admirables por muchos otros motivos, donde debe rastrearse una de las razones de nuestra debilidad de sentimiento patriótico y la desconfianza en nuestras propias capacidades nacionales, culpables en medida importante de los obstáculos de nuestra historia.

CÓMO SE PIERDE UNA BATALLA GANADA

Los ejércitos de la Confederación y de Buenos Aires, conducidos por Urquiza y Mitre respectivamente, se enfrentaron en Cepeda el 23 de octubre de 1859, favoreciendo el resultado a las fuerzas provinciales. Como consecuencia se firmó el Pacto de San José de Flores, que obligaba a Buenos Aires a renunciar a su gobernador Valentín Alsina, a reconocerse como una más de las provincias y a ingresar a la Confederación; esta, por su parte, se comprometía a aceptar las modificaciones que su derrotada hiciera a la Constitución que había sido aprobada en Santa Fe en 1853 con la firma de todas las demás provincias.

Pero los esfuerzos por alcanzar la paz y el acuerdo fracasaron y el 16 de septiembre de 1861 ambas fuerzas volvieron a enfrentarse en los campos de Pavón. Allí la caballería del ejército porteño de Mitre, como ya había sucedido en Cepeda, no resiste la embestida de la formidable entrerriana bajo el mando de Urquiza y se desbanda. La infantería mitrista de Paunero tiene mejor resultado y, sosteniéndose precariamente, consigue apoderarse de algunos cañones federales y tomar la casa de una estancia. En cambio el centroderecha de Emilio Mitre, no obstante los refuerzos de la reserva que trae en persona su hermano Bartolomé, el general en jefe, es derrotado por la infantería entrerriana del coronel Francia. La batalla está definida, bastará que Urquiza avance sobre la estancia donde Paunero y Mitre están sitiados para culminar una victoria aún más completa que Cepeda. El ejército de Buenos Aires está a punto de rendirse con su general a la cabeza.

Es entonces cuando, ante el desconcierto de todos, un clarín toca retirada en la reserva del ejército de la Confederación. A continuación los combatientes de ambos bandos serán espectadores de lo insólito: Urquiza, llevando consigo lo mejor de las tropas entrerrianas, "indiferente, tranquilo, glacial, como un personaje ajeno a lo que acaba de producirse", se retira del campo de batalla "al tranco", como para demostrar que se trataba de un repliegue voluntario. Cuando cunde la noticia de que el jefe se va, también la caballería entrerriana de Galarza, que hostilizaba a Paunero por el flanco, vuelve grupas y se une a su caudillo. A su vez Francia, con los suyos, cesa el fuego.

Benjamín Virasoro, que está convencido de que su jefe regresará de un momento a otro, redacta el parte de batalla dando cuenta de la victoria de Pavón: "El resultado de esta inmortal jornada, que formará una de las brillantes páginas de nuestra historia, ha sido quedar tendidos en el campo de batalla más de mil quinientos cadáveres enemigos, entre ellos muchos jefes y oficiales, mil doscientos prisioneros, su convoy y bagajes en nuestro poder [...] Si algunas piezas de artillería han podido arrastrar nuestros enemigos, a trueque nos han dejado otras [...] Hasta la galera del general enemigo la tenemos en nuestro poder".

López Jordán escribe extrañado a Urquiza el 19, sosteniendo su posición que todavía es ventajosa tres días después del inicio de la batalla: "Espero sus órdenes, porque si estoy y sigo es porque V.E. me puso aquí". Serían él y sus hombres quienes años más tarde asesinarían al entrerriano al grito de "¡traidor!", no solo por lo de Pavón sino también por haber desertado de su rol de jefe de los intereses de las provincias y por desamparar a caudillos leales como el "Chacho" Peñaloza y Felipe Varela.

El autor del *Martín Fierro*, José Hernández, se lo había anticipado: "No se haga ilusiones el general Urquiza. El puñal que acaba de cortar el cuello del general Peñaloza bajo la infame traición de los unitarios en momentos de proponerle paz es el mismo que se prepara para él en medio de las caricias y de los halagos que le prodigan traidoramente sus asesinos". Al presidente Derqui, don Justo José le diría que abandonó el campo de batalla "enfermo y disgustado al extremo por el encarnizado combate", explicación poco convincente en quien había protagonizado varias cruentas batallas. La explicación a Virasoro no lo sería más: "Me he retirado porque acostumbrado como estoy a ser estrictamente obedecido como general en jefe, el inútil e inexplicable desbande de nuestras infanterías me dio la medida de la manera como había faltado a mis anticipadas y repetidísimas órdenes, que si no fueron totalmente contrariadas, fueron por la menos evadidas". Su yerno Victorica, por su parte, explicará la insólita defección con un "ataque al hígado que impidiéndole tenerse a caballo lo obligó a

retirarse del campo de batalla".

La versión más creíble es que el entrerriano se habría convencido de que nada le reportaría un triunfo en batalla contra Buenos Aires pues, como sucediera luego de Cepeda, ello no le permitiría imponer sus condiciones, ya que la existencia de la Confederación estaba minada por la falta de recursos económicos, que, en cambio, eran abundantes en su rival. Estaba todavía fresco en su memoria cuando, ante la inquietud del comercio extranjero de que la derrotada Buenos Aires fuese asaltada por los urquicistas, desembarcaron fusileros de marina británicos, estadounidenses y franceses para montar guardia en la vital Aduana porteña.

Decidió entonces "regalarle" un triunfo a don Bartolomé, abdicando de conducir los intereses provinciales, a cambio de que este respetase su dominio en Entre Ríos, lo enriqueciese como proveedor de animales y alimentos del ejército porteño que luego de Pavón impondría la unión nacional por la fuerza, y le reconociese el mérito de haber sido el promotor de la Constitución Nacional. El negociador pudo haber sido un norteamericano de apellido Yateman que en la noche del 13 al 14 de septiembre, dos días antes de la batalla, llegó en tílburi al campamento de Urquiza con un pasaporte de Mitre.

LAS DIFICULTADES DEL PROGRESO

Corría agosto de 1857 y la Buenos Aires segregada de la Confederación Provincial apostaba al progreso a favor del privilegio que enfurecía a sus adversarios de disponer de las rentas de la Aduana y del puerto. Ello le permitía inaugurar un ferrocarril que hiciera el trayecto de diez kilómetros entre la cabecera de la Plaza del Parque (actual plaza Lavalle) y la localidad (hoy barrio) de Floresta.

Cuenta Armando Alonso Piñeiro que en los días previos a la inauguración *La Porteña* hizo un viaje de ensayo cuyo resultado no fue todo lo exitoso que la sociedad comercial Camino de Hierro de Buenos Aires al Oeste hubiese deseado. La ida se realizó sin problemas, pero a la vuelta desde Floresta se ordenó al maquinista, el italiano Alonso Corazzi, imprimir mayor velocidad al ferrocarril para impresionar a los invitados. El velocímetro marcó los cuarenta kilómetros por hora y entonces pasó lo inevitable: la locomotora descarriló, rompió decenas de durmientes, y bajó hacia un terraplén, quedando trabada en un zanjón. Algunos de sus pasajeros sufrieron heridas.

En la inauguración oficial, el 30 de agosto, todo marchó a velocidad moderada y, sin metáfora, sobre rieles.

HIPOTECAR LA CASA DE GOBIERNO

Lo que siguió a Pavón fue un dramático intento a cargo del presidente de la Confederación, Santiago Derqui, para restablecer la autoridad nacional. Pero ya era tarde. No tuvo otro remedio que retirarse, sin presentar formalmente la renuncia al advertir que nadie lo obedecía, y partió al exilio. Lo reemplazaría su vice, Juan Esteban Pedernera. El ministro de Hacienda del nuevo gabinete era un rico terrateniente, el doctor Vicente del Castillo. El acoso de los acreedores nacionales y extranjeros era mayúsculo y don Vicente pagó de su bolsillo algunas deudas.

Pedernera y los otros ministros, José de Olmos y Nicolás Molina, establecieron en los considerandos del correspondiente decreto que "no era justo que los desinteresados servicios de dicho funcionario fueran desatendidos por el Gobierno, ni que debiera responder él, con su peculio, a obligaciones contraídas en nombre de la República". Por ello constituyeron "en formal hipoteca el Palacio del Gobierno, con todos sus enseres, al pago de la cantidad de 36.969 pesos con 78 centavos" a favor del doctor Vicente del Castillo.

A pesar de que la deuda quedó impaga, don Vicente nunca hizo uso de su derecho.

UNA GUERRA TAN DESPAREJA

Cuando en abril de 1863 el general Venancio Flores, con el apoyo de Mitre, derrocó al gobierno "blanco" de Bernardo Berro, en la Banda Oriental, el mariscal Solano López, gobernante paraguayo, se sintió en la obligación de intervenir a favor de su aliado. Ello provocó que Brasil y Argentina le declarasen la guerra. Los objetivos de ambas naciones eran diferentes. Para Brasil representaba la continuidad de su histórica política anexionista y la necesidad de poner fin a un gobierno que daba refugio a los miles de esclavos que escapaban y encontraban en la tierra uruguaya la ansiada libertad. En cuanto a la Argentina debió, a regañadientes, movilizarse para evitar la anexión del Paraguay al imperio brasileño, quizá también del Uruguay, lo que hubiese desquilibrado la región en su grave perjuicio.

Un motivo de fondo, prioritario, fue el propósito de incorporar la estatista, cerrada y exitosa economía paraguaya al libre comercio de aduanas abiertas que predicaba Gran Bretaña como mecanismo de vasallaje a partir del superior desarrollo de su poder productivo y de su potencial de exportación. Paradójicamente, una riqueza construida durante un período de extremo proteccionismo comercial que luego, para expandirse, requirió en el extranjero de mercados abiertos

sumisos al catecismo liberal de Adam Smith y otros teóricos, actitud que habían asumido las dirigencias argentina, brasileña y uruguaya, pero a la que se oponía el Paraguay del dictador Gaspar Rodríguez de Francia y su sucesor Carlos Antonio López.

Todo indica que Solano López tenía también el guiño de Urquiza, quien habría defeccionado a último momento seducido otra vez por el astuto Mitre, quien ya conocía su punto débil. Las acciones fueron tan desiguales como eran de imaginar, aunque el heroísmo paraguayo hizo que el presidente argentino se equivocase en su pronóstico: “En veinticuatro horas en los cuarteles, en quince días en Corrientes, en tres meses en Asunción”. Lo cierto es que la guerra duró casi cinco años, le costó a nuestro país más de quinientos millones de pesos y cincuenta mil muertos. El Paraguay fue destrozado, diezmada su población, que de unos quinientos mil habitantes pasó a 116.351, de los cuales solo el diez por ciento eran hombres y el resto, viejos, mujeres y niños.

La guerra terminó durante la presidencia de Sarmiento, cuyo ministro de Relaciones Exteriores, Mariano Varela, afirmó, descabelladamente, “la victoria no da derechos”, lo que habrá hecho revolver en sus tumbas a las decenas de miles de muertos y los centenares de miles de argentinos heridos en batalla e inválidos por el resto de sus vidas que respondieron al llamado de su patria. Efectivamente nuestro país no obtuvo ninguna incorporación territorial, salvo la confirmación de sus derechos sobre el territorio que hoy conocemos como provincia de Formosa, a diferencia del Brasil, que incorporó más de la mitad del territorio de los vencidos, además de imponer un gobierno títere.

Además nuestra población civil, a muchos kilómetros de distancia, también sufrió los deletéreos efectos del conflicto, pues una epidemia de fiebre amarilla que importaron los soldados que regresaban de la guerra se expandió dejando un tendal de víctimas.

LOS PANTALONES MORDORÉ

Lucio V. Mansilla, además de extraordinario escritor, fue un hombre público de fuerte personalidad que descolló en los salones porteños y europeos, sabiéndose que algunas de las damas más codiciadas de la nobleza y la aristocracia parisinas frecuentaron su alcoba. Era muy bien parecido y gustaba de vestir con una elegancia que orillaba lo excéntrico, a lo que no renunció ni aun en combate. El uniforme de oficial que diseñó para sí mismo en la Guerra de la Triple Alianza instauró la moda en las filas patriotas. Ello se refleja en las cartas que

“Dominguito” Sarmiento, quien encontró la muerte en esa guerra, escribía a su madre, en las que testimonia que en el Regimiento 12 de Línea no se vestía “el uniforme del Ejército” sino el que ideaba su jefe: la levita debía llevar cordoncillo para el nudo húngaro de las mangas, con las vueltas del respectivo grado; era necesario contar con botas y zapatos diversos de cuero y tela. “Necesito unas bombachas y un chaleco blanco, para que hagan juego con la blusa de Obregón que tengo aquí, y pueda usarla en el batallón, que es muy paqueta y muy severa en el traje. El dolmán, el nudo, las botas y cuellos verdes para mi levita me hacen falta ya. Los pantalones mordoré y azules sajón de paño los necesitaré dentro de un mes”.

Tanta sofisticación encerraba una muestra de coraje, pues, a criterio de Mansilla, los oficiales debían ser evidentes para el enemigo. Nada de camuflaje. Eso era para los soldados rasos. Quizás eso fue lo que atrajo la bala que destrozó el tobillo del hijo de Sarmiento y lo desangró tendido sobre suelo paraguayo.

TIEMPO PARA AMAR

“He recibido tu primera carta, y una segunda en que me decías que no tenías voluntad de escribirme, nada más. ¿Y con este capital crees que quedan justificados tus amargos reproches? Sé, pues, justa y tranquilízate. No te olvidaré porque eres parte de mi existencia, porque cuento contigo ahora y siempre [...] Necesito tus cariños, tus ideas, tus sentimientos blandos para vivir. Atravieso una gran crisis en mi vida. Créemelo. Padezco horriblemente y tú envenenas heridas que deberías curar. Tuyo. Domingo F. Sarmiento” (carta a su amada Aurelia Vélez, 7 de diciembre de 1862).

“HOY ME VAN A MATAR”

El Ejército Aliado al mando del general Mitre se extendió frente a la inexpugnable fortaleza paraguaya de Curupaytí. Se había acordado con el jefe de la flota, el almirante brasileño Tamandaré, que bombardearía para derribar los muros y acabar con los cañones. Sin embargo, el intento fracasó y no dañó significativamente la capacidad defensiva del enemigo. Oficiales y soldados argentinos no ignoraban que el ataque sería realizado en las peores condiciones y que las escasas posibilidades de sobrevivir serían jugadas por el azar.

El coronel Garmendia relata en su libro *La cartera de un soldado*,

reproducido por Miguel A. de Marco, un almuerzo que tuvo lugar el 21 de septiembre de 1866, la víspera del asalto. Se habían reunido “para saborear un banquete cuyo manjar más exquisito era un raquítico sábalo comprado a precio romano” los coroneles Juan Bautista Charlone, Manuel Fraga, Manuel Roseti, Alejandro Díaz y Luis María Campos.

“Una atmósfera silenciosa se mezclaba a la sobriedad almuerzo. Los chistes forzados se sucedían con grandes intervalos. Hipócritas manifestaciones del corazón. Estaban tristes y no sabían por qué [...] De repente Fraga, con aquella arrogancia en el porte y en el hablar que le era característica, hizo un gesto de visible contrariedad y exclamó con triste sonrisa: ‘¡Hoy me van a matar! Recibiré un balazo en el vientre, pero tendré el honor de morir con el quepí que usted me ha regalado’. Y dirigiéndose a Luis María Campos lo saludó con gallardía.

”En ese instante se escuchó la voz clara de Roseti que decía: ‘¡Yo también voy a morir! y es tan cierto mi presentimiento que he arreglado mis asuntos’. No concluyó porque fue interrumpido por Alejandro Díaz, que con voz grave y acentuada murmuró esta única frase: ‘¡Yo también voy a morir!’.

”Charlone, que hasta momento había guardado silencio, al oír estas palabras se irguió, y ejecutando un ademán brusco exclamó con nervioso acento: ‘Del mismo modo quedaré allí de un metrallazo, pero caeré en mis cabales, porque hasta ahora en el Ejército Argentino, en esta patria que tanto amo, nadie ha ido más lejos que yo, y es por eso que quiero darle mis glorias y mi sangre’.

”Sucedió un momento de silencio que fue interrumpido por Roseti, quien, dirigiéndose a Luis María Campos, dijo: ‘¡El General Petit —nombre cariñoso que le daban sus compañeros por su baja estatura— también ha de morir!’.

”‘¡No!’, gritó Fraga. ‘Saldrá herido solamente, para que cuente el cuento’.

”En seguida todos guardaron silencio”.

Los pronósticos se cumplieron con extraña precisión matemática. Los aliados perdieron nueve mil hombres mientras que las bajas paraguayas no llegaron a cien. Fue allí donde murieron “Dominguito” y también el hijo del vicepresidente Marcos Paz, lo que evidencia la solidaridad con que la clase dominante porteña respondió a la convocatoria. No sucedió lo mismo con los sectores populares, que en muchos casos debieron ser llevados por la fuerza, como lo demuestra gráficamente el recibo de un modesto herrero catamarqueño encontrado por León Pomer: “Recibí del gobierno de la provincia de Catamarca la suma de cuarenta pesos bolivianos por la construcción de doscientos grillos para los voluntarios catamarqueños que marchan

a la guerra del Paraguay”.

EL PROVEEDOR DE LA GUERRA

Tampoco hubo entusiasmo en las provincias, produciéndose levantamientos en Mendoza, La Rioja, San Luis y San Juan a cargo de caudillos entre los que se destacó el carismático Felipe Varela, que difundiría una indignada proclama: “¡Argentinos! El pabellón de Mayo, que radiante de gloria flameó victorioso desde los Andes hasta Ayacucho, y que en la desgraciada jornada de Pavón cayó fatalmente en las manos ineptas y febrinas de Mitre, ha sido cobardemente arrastrado por los fangales de Estero Bellaco, Tuyutí. Curuzú y Curupayty. Nuestra Nación, tan grande en poder, tan feliz en antecedentes, tan rica en porvenir, tan engalanada en gloria, ha sido humillada como una esclava quedando empeñada en más de cien millones y comprometido su alto nombre y sus grandes destinos por el bárbaro capricho de aquel mismo porteño que después de la derrota de Cepeda, lagrimeando juró respetarla”.

Urquiza estaba destinado a ser el jefe de la insurrección popular y provincial contra la guerra. El caudillo puntano Juan Saá, aliado de Varela, le escribe “encargado de trasmitir a V.E. la voluntad de las masas, solo esperamos que V.E. se digne a impartirnos sus órdenes”. Pero Urquiza nada hará, sus intereses comerciales se ligaban a la continuación de la guerra con Paraguay, que lo enriquecía como proveedor del ejército, tal su acuerdo con Mitre.

Por su parte intelectuales de fuste como José Hernández, Guido Spano y Juan Bautista Alberdi expresaron su oposición. Este último acertaría con su interpretación: “No es una nueva guerra exterior: es la vieja guerra civil ya conocida entre Buenos Aires y las Provincias Argentinas, si no en las apariencias al menos en los intereses y miras positivas que la sustentan”.

Finalmente la insurrección provincial y popular será vencida y la mayoría de sus jefes, pasados por las armas. Varela logró huir a Chile, donde moriría poco tiempo después.

¿LA PATAGONIA PARA GRAN BRETAÑA, CHILE O FRANCIA?

La Campaña del Desierto fue una decisión geopolítica correcta. Y, podríamos decir, urgente. De no ocupar Argentina la Patagonia lo hubiera hecho otra nación extranjera. Astutamente, el ministro de

guerra de Avellaneda, Julio Argentino Roca, partidario de una acción ofensiva y no defensiva como su antecesor Adolfo Alsina, vio la oportunidad de que Chile estaba ocupada en su guerra contra Perú y Bolivia e incapacitada de abrir otro frente bélico. Estimulada por Sarmiento exiliado, ya había ocupado parte del estrecho de Magallanes y reivindicaba sus derechos acompañado de una carrera armamentista que puso a ambos países al borde de una guerra. En cuanto a Gran Bretaña, es casi milagroso que no lo haya hecho, dada la inmensa importancia estratégica de un territorio que le hubiese permitido controlar la comunicación entre ambos océanos, de la misma manera que con la ocupación de Gibraltar dominaba el paso entre el Atlántico y el Mediterráneo. Ese había sido el motivo, y sigue siéndolo, de su obstinada presencia en las Malvinas. También Francia puso sus ojos en nuestra región austral, y su ejecutor fue el imaginativo "Rey de la Patagonia", Orélie-Antoine de Tounens, cuyas andanzas en 1869, con el apoyo de Napoleón III, son habitualmente tomadas en solfa, a pesar de que llegó a estar acantonado con su ejército de indígenas sublevados contra la autoridad de Buenos Aires esperando, a orillas del mar, el desembarco de tropas francesas.

Lo criticable de la Conquista, y no es poco, es no haber hecho más esfuerzos para integrar a los legítimos ocupantes de la Patagonia al mundo de los "wincas" (blancos), en vez de la política de confinación y exterminio. Se cumplió con el concepto que los "dueños" de la Argentina tenían de ellos y que había sido expresado por su vocero inclemente, Sarmiento, quien se había mimetizado tanto con la elite de Buenos Aires que a pesar de haber nacido de hogar humilde y en la montañosa San Juan fue calificado de "profeta de la Pampa": "¿Lograremos exterminar a los indios? Por los salvajes de América siento una invencible repugnancia sin poderlo remediar. Esa canalla no son más que unos indios asquerosos a quienes mandaría colgar ahora si reapareciesen. Lautaro y Caupolicán son unos indios piojosos, porque así son todos. Incapaces de progreso, su exterminio es providencial y útil, sublime y grande. Se los debe exterminar sin ni siquiera perdonar al pequeño, que tiene ya el odio instintivo al hombre civilizado". (Artículos en *El Progreso*, 27/9/1844, y en *El Nacional*, 19/5/1857, 25/11/1878 y 8/2/1879). No sorprende entonces que la operación militar fuese llamada "Campaña del Desierto", como si los indígenas que habitaban la región no hubieran sido pobladores, con lo que se les negaba su condición de humanos. Como contrapartida de esto vale reivindicar el humanitarismo de Lucio V. Mansilla, que trató como pares a los ranqueles, lo que inmortalizó en su magnífico libro.

También es reprochable el haber permitido que las fértiles tierras ganadas por las armas hubieran ido a manos de quienes ya las poseían

en exceso. Entre 1876 y 1903 el Estado argentino regaló o vendió a precio vil 41.787.023 hectáreas a 1.843 terratenientes elegidos entre los jefes militares de la Campaña, funcionarios y personajes relacionados con quienes gobernaron durante esos años. Sesenta y siete propietarios pasaron a ser dueños de más de 6.062.000 hectáreas. Entre ellos se destacaban veinticuatro familias "patricias" que recibieron parcelas de entre doscientas mil y dos millones y medio de hectáreas. La concentración de la propiedad se acentuó y hacia la década de 1920 solamente cincuenta familias eran propietarias de cuatro millones de hectáreas en la provincia de Buenos Aires.

El comandante Prado, quien participó de la Campaña, en su libro *La guerra al malón,* dice con amargura: "Cuando nos manden a la basura por inútiles, iremos todos ladrando de pobres, sin pan para los cachorros, mientras ellos —los proveedores aventureros— serán ricos y panzones, cebados con sangre de milicos, dueños sin que les cueste un medio de todas estas tierras que dejamos jalonadas con huesos de nuestras osamentas". Luego: "Al verse después, en muchos casos, despilfarrada la tierra pública, marchanteada en concesiones fabulosas de treinta y más leguas, al ver la garra de favoritos audaces clavadas hasta las entrañas del país, y al ver cómo la codicia les dilataba las fauces y les provocaba babeos innobles de lujurioso apetito, daban ganas de maldecir la gloriosa conquista. Pero así es el mundo, los tontos amasan la torta y los vivos se la comen".

Se había perdido la oportunidad de crear un sistema equitativo de repartición de tierras como durante su gobierno Sarmiento lo intentó en Chivilcoy. Una experiencia, calcada de los Estados Unidos, de formación de cooperativas de chacras de extensiones moderadas y alto rendimiento, como alternativa al latifundio subexplotado. Funcionó promisoriamente, pero cuando intentó extenderla se encontró con la cerrada oposición de los terratenientes nucleados en la recientemente fundada Sociedad Rural Argentina, que en la persona de su presidente, Enrique Olivera, declaró que el sindicato de los terratenientes consideraba "inconveniente implantar colonias como la de Chivilcoy, donde ya estaba arraigada la industria ganadera". Sarmiento respondió airadamente: "Nuestros hacendados no entienden jota del asunto, y prefieren hacerse un palacio en la Avenida Alvear que meterse en negocios que los llenarían de aflicciones. Quieren que el gobierno, quieren que nosotros que no tenemos una vaca, contribuyamos a duplicarles o triplicarles su fortuna a los Anchorena, a los Unzué, a los Pereyra, a los Luros, a los Duggans, a los Cano y los Leloir y a todos los millonarios que pasan su vida mirando cómo paren las vacas".

A la llamada Generación del Ochenta pertenecieron Carlos Pellegrini, Lucio V. Mansilla, Miguel Cané, Eduardo Wilde, Lucio V. López, Roque Sáenz Peña, José Manuel Estrada, Pedro Goyena, Estanislao Zeballos, Paul Groussac y otros, para mencionar algunos de los más destacados en la política y en el pensamiento de la época. Fueron herederos en convicciones y proyectos de la Generación del 37 de Mitre, Sarmiento, Vicente F. López. Eran los antiguos unitarios, liberales en lo económico y autoritarios en lo político, de cultura europeizada. El escenario privilegiado de su actividad política, social y cultural fue Buenos Aires, también Europa, adonde viajaban con frecuencia y de donde traían los emblemas de la "civilización", en contraste con las tradiciones hispánicas y cristianas que cimentaban lo criollo y que, en su mayoría, aborrecían y deseaban extirpar. Sus ideas eran la unión nacional, cimentada sobre el predominio absoluto de un partido, el Liberal; la democracia restringida, defendida por la violencia y el fraude sistemático, temerosa de la intervención en los asuntos públicos de empleados y obreros, también de los llegados de allende los mares; la inmigración intensiva, que, si bien no fue la deseada anglosajona, aportó la mano de obra barata y a veces especializada necesaria para el desarrollo agropecuario e industrial; la explotación agropecuaria, que permitió la importación de maquinaria y artículos suntuarios extranjeros que empavesaron el esnobismo de la aristocracia; la europeización de la cultura, que se propuso extirpar las raíces hispánicas y criollas; la disminución de la influencia católica en la vida cotidiana y su sustitución por el optimismo en el progreso.

Manejaron el país desde el Club del Progreso, el Jockey Club y el Círculo de Armas, amañando elecciones y ayudados por la escasa oposición de los indios, ya exterminados o confinados, y de los gauchos, cuyo infausto destino describió magistralmente José Hernández. Los sectores obreros aún no se habían organizado en sindicatos, y aquellos inmigrantes que además de sus bultos traían consigo las ideas revolucionarias que cundían en Europa eran devueltos a sus países en cumplimiento de la Ley de Residencia. Coincidieron también circunstancias internacionales muy favorables que hicieron que las exportaciones agropecuarias de Argentina se cotizaran a precio de oro en los principales mercados.

Confundían lo público y lo privado y eso les permitió hacer grandes negocios con absoluta impunidad, pues los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial eran ejercidos por pares que se turnaban en los cargos, lo que llegó al extremo de que José Figueroa Alcorta ejerciera las máximas magistraturas en los tres poderes. Es de rigor historiográfico que la Generación del Ochenta fue esencialmente corrupta y que de ello quedan huellas en las magníficas estancias que

algunos de sus descendientes aún conservan y que pueden visitarse gracias a la moda del turismo rural, como es el caso de Julio Argentino Roca, un tucumano de humilde origen hasta ingresar en la política.

La impunidad de su accionar se vio favorecida porque los gauchos habían sido exterminados por la represión cruenta a los sectores populares comprometidos con el federalismo. Y los sobrevivientes, como lo denunció José Hernández, condenados a los fortines o presos por “vagos y mal entretenidos”.

Las circunstancias excepcionales en que se desempeñaron los del Ochenta, irreproducibles hoy, funcionan como una especie de “superyó melancolizante” que nos recuerda aquella Argentina supuestamente “rica”, el paraíso perdido agitado por sectores conservadores que parecieran añorar tiempos poco democráticos en que una elite manejaba el país como si fuera una empresa privada.

Capítulo VIII

De 1880 a 1910

LOS MUERTOS DE LA CAPITALIZACIÓN

El presidente de la Nación vivía en Buenos Aires en precaria calidad de "huésped", de acuerdo con la ley "de compromiso" vigente desde 1862, quedando librado a la autoridad del gobernador de la provincia a quien respondían la policía, las milicias y los guardias nacionales.

Julio Argentino Roca, un joven coronel que se había ganado el generalato y la consideración pública por haber reprimido exitosamente el intento de golpe de Estado de Mitre contra el presidente electo Nicolás Avellaneda, acusando al comicio de fraudulento, y por haber comandado la "Campaña del Desierto" que tan beneficiosa había sido para los terratenientes, se presentó a las elecciones presidenciales de 1880.

Quizá por ser tucumano y sensible a los reclamos de las provincias, de las que había recibido los principales apoyos para su candidatura, Roca prometió en su campaña terminar con la postergada ley de capitalización. A ella se oponía Carlos Tejedor, gobernador de Buenos Aires y también candidato a presidente por otra fracción del Partido Autonomista Nacional (PAN), quien no estaba dispuesto a renunciar a los privilegios de su provincia, fundamentalmente la recaudación de aduana y puerto. Sostenía además el derecho de la provincia a participar de los territorios conquistados al indio.

Los colegios electorales de todo el país votaron por Roca para presidente, solo los setenta electores de Buenos Aires y de Corrientes se inclinaron por Tejedor. Pero este y sus seguidores no acataron el resultado; lo denunciaron por fraudulento, como si fuera esto una novedad, y se dispusieron a resistir armas en mano. El todavía presidente Avellaneda abandonó la capital, se refugió en los cuarteles de la Chacarita y declaró al vecino pueblo de Belgrano capital provisoria de la República, convocando en su defensa a las fuerzas armadas, que le eran mayoritariamente adictas. Eso mismo hizo Tejedor con la Guardia Nacional, por lo que la lucha armada fue inevitable. Fueron tres mil los muertos que cayeron en los sangrientos

combates de Puente Alsina, los Corrales y Barracas, y finalmente las armas nacionales prevalecieron sobre la provincia rebelde.

ZORRO Y LEÓN

"El presidente Roca era un caudillo pragmático, un hábil político, un conservador inteligente y un conocedor sagaz de las debilidades ajenas. La gente se acostumbró a llamarlo 'el Zorro'. Pero en el inventario de adjetivos zoológicos de la política argentina habría de ser zorro y león a un tiempo, como quería Maquiavelo. Las bases del régimen fueron consolidadas a partir de los caracteres psicológicos y las aptitudes personales del presidente. El Partido Autonomista Nacional —el famoso PAN— sirvió al presidente como plataforma, canal de reclutamiento de dirigentes y medio de comunicación política. La Liga de Gobernadores, alianza táctica que usaron las oligarquías liberales del interior para imponer su candidato a los localistas porteños, era también parte de la estructura de poder del régimen y permanecía como una suerte de trama que permitía el dominio de las situaciones del interior. El ejército de línea, que Roca conocía bien y en el que había ganado justo prestigio, sería otra de las bases del sistema. Y el dominio paulatino de la administración pública serviría como correa de transmisión de las directivas y aun de la filosofía pública del grupo dominante" (C. Floria, C. García Belsunce).

UNA NUEVA CAPITAL PARA LA PROVINCIA

Al resolverse la federalización de Buenos Aires luego de largo y sangriento pleito, la provincia necesitaba otra capital. En 1881 se formó una comisión, presidida por Aristóbulo del Valle, para estudiar el tema. El 1º de marzo del año siguiente se sancionó una ley que declaraba capital de Buenos Aires al municipio de Ensenada, donde se dispuso levantar una ciudad. Se barajaron entonces varios nombres. Alguien recordó que en 1810 a Mariano Moreno se le había ocurrido proyectar un puerto en la ensenada de Barragán y propuso el nombre del secretario de la Junta de Mayo. Otro legislador evocó a Rivadavia, autor de una propuesta similar en 1822. Finalmente se aceptó la sugerencia del autor del *Martín Fierro*, José Hernández, La Plata, nombre que estaba en línea con las denominaciones argentíferas que bautizaron el país, el ancho río y la moneda, aunque íntimamente quizá fue influido por el hecho de que Plata era el apellido de su

abuela materna. El 19 de noviembre de 1882 se colocó la piedra fundamental en el lugar conocido como Lomas de Ensenada, un sitio alto muy apropiado. Se designó entonces al ingeniero Pedro Benoit, entre otros, para estudiar los planos y presupuestos de los edificios públicos. Era hijo de Pierre Benoit, arquitecto francés autor del frente de nuestra Catedral, de quien corrieron rumores de que se trataba de Luis XVII, hijo de los guillotinados Luis XVI y María Antonieta.

Pedro Benoit fue el primer habitante de la flamante ciudad, pues para dirigir personalmente las obras levantó en 1882 un amplio chalet de madera, en un terreno anegadizo de lo que es en la actualidad la diagonal 80 esquina 48.

EL CONFLICTO CON LA IGLESIA

Los grupos dirigentes del ochenta y del noventa, laicistas y fuertemente influenciados por la masonería, adscriptos al pensamiento positivista de Comte, consideraron que era indispensable erradicar la influencia de la religión católica, a la que consideraban retrógrada y enemiga del progreso. Adherían en eso a tendencias vigentes en Francia e Inglaterra. Ya Sarmiento, quien era Gran Maestre de la masonería argentina, había criticado la labor de los colegios religiosos.

Roca se mostró favorable a la laicidad en la enseñanza, por lo que influyó para que la ley 1420 fuera aprobada. El grupo católico, entre los que se encontraban Goyena y Estrada, plantó cara a las reformas, y volvería a hacerlo años después en contra de la Ley de Matrimonio Civil dictada por Juárez Celman, concuñado y sucesor de Roca en la presidencia, quien también dictó la creación del Registro Civil para control de nacimientos, matrimonios y defunciones, una responsabilidad que habían cumplido desde siempre los curas párrocos.

Esa respuesta de los “clericales” dejará como huella la organización de partidos e instituciones que de allí en más operarían como custodios de la moral pública de los críticamente denominados “liberales”.

El liberalismo había ido ganando las convicciones de las elites porteña y provinciales, pero no se trata de un liberalismo romántico sino del más rancio positivismo. La Argentina europeizada, progresista, va dejando atrás a la “criolla”, a un precio que definiría uno de los más conspicuos miembros de la oligarquía portuaria, Miguel Cané: “Que todo lo bueno se va; que las ideas elevadas no encuentran eco ya en nuestra sociedad mercachiflada; sin embargo hay un deber sagrado de propender incesantemente al retorno de los

días serenos del reinado de lo bello. Hemos tenido esa época: cuando se peleaba en toda la América por la libertad, la lucha engendraba el patriotismo y este sentimiento, superior a todos, elevaba los espíritus y calentaba los corazones. Nuestros padres eran soldados, poetas y artistas. Nosotros seremos tenderos, mercachifles y agiotistas. Ahora hace un siglo el sueño constante de la juventud era la gloria, la patria, el amor; hoy es una concesión de ferrocarril para lanzarse a venderla en el mercado de Londres". Lo cierto es que el liberalismo argentino, hasta los tiempos actuales, lo fue en lo económico a favor de sus intereses, en cambio nunca lo fue en lo político, adscribiendo a fraudes y dictaduras cuando le fue conveniente.

La tensión entre "clericales" y "anticlericales" creció hasta el extremo de que el nuncio papal Mattera fue expulsado por apoyar al obispo de Córdoba, Clara, sucesor del célebre fray Mamerto Esquiú, quien había prohibido a sus feligreses inscribirse en las escuelas donde dictaban clase maestras protestantes. Las relaciones con el Vaticano quedaron rotas. El presidente Roca, en el momento más álgido del conflicto con la Iglesia, se ausentó de las ceremonias de Semana Santa, que hasta entonces ningún alto funcionario había descuidado.

Las relaciones entre el Zorro y la Iglesia cambiarán radicalmente durante la segunda presidencia de aquel (1898-1904), en parte porque había experimentado el elevado costo político de dicho enfrentamiento, que lo llevó a una humorada en correspondencia con un amigo: "He comprobado que comer carne de cura es indigesto". También porque gobierno y clero enfrentaban entonces un enemigo común: las ideas marxistas en alarmante propagación en los sectores obreros.

PELLEGRINI Y EL *DEFAULT* DE 1890

El senador juarista Manuel Pizarro fue certero al definir la situación: "La sublevación ha fracasado pero el gobierno está muerto". La corrupción que se sospechaba en su gobierno había debilitado el sustento del presidente Juárez Celman. Lo cierto es que fueron épocas de especulación desenfrenada y de negociados en las obras públicas, sobre todo en el tendido de las líneas férreas. Aunque en realidad lo que más molestaba a los popes de la política argentina, sobre todo a Mitre y a Roca, era que Juárez había pretendido crear su propio grupo de poder, el "unicato", excluyendo a la elite que se consideraba desde hacía años con el derecho de regir a su antojo los destinos nacionales.

El golpe de gracia lo dio el levantamiento que en julio de 1890 tuvo como jefes civil y militar a Leandro N. Alem y al general Manuel

Campos, respectivamente. Este último, en el momento decisivo, retaceó su participación en la asonada aduciendo falta de municiones, pero los cívicos de Alem lo acusaron de haber acordado con Roca su fracaso a cambio de la renuncia de Juárez Celman. Fue entonces el turno del vicepresidente Carlos Pellegrini, apodado "el Gringo", un hombre apuesto y elegante, fundador del aristocrático Jockey Club, hijo de un dibujante y pintor cuyas obras se venden hoy a buen precio.

Asumió el 8 de agosto de 1890 y sus primeras medidas fueron levantar el estado de sitio y la censura de prensa, también dictó una amnistía militar. Se rodeó de un gabinete de destacadas figuras, como Julio A. Roca en Interior, el historiador Vicente Fidel López en Hacienda, el general Nicolás Levalle en Guerra y Marina, Eduardo Costa en Relaciones Exteriores y el escritor José María Gutiérrez en Justicia, Culto e Instrucción Pública.

Creó, además, la Caja de Conversión, destinada a mantener en custodia el capital, los títulos y los valores que constituían el respaldo de la moneda, y a emitir y convertir el dinero fiduciario, con lo que se logró una paridad estable del peso con el oro. Suprimió la Bolsa de Comercio, escenario de maniobras especulativas, y fundó el Banco de la Nación, cuyo primer presidente fue su amigo Vicente Casares.

El mayor éxito político del Gringo fue la integración al gobierno del ala moderada de la Unión Cívica, mitrista, personificada en Costa y Gutiérrez. De esa manera los "notables" del puerto, dispersados durante el "unicato" de Juárez Celman, que los había dejado afuera, volvían a reunirse para defender sus posiciones ante el avance de los jóvenes y los proletarios de Alem, también integrante de la Unión Cívica. Días después de asumir, el Gringo debió afrontar un importante vencimiento de quince millones de pesos de la deuda externa. Las arcas nacionales y provinciales estaban vacías, entonces apeló a un recurso que debería servir de ejemplo para nuestros ricos de hoy, que acumulan varias decenas de miles de millones de dólares en cuentas secretas del exterior: a través de su amigo Francisco Uriburu propuso un empréstito patriótico, sin fecha de retorno ni intereses. Lo recaudado superó con creces lo necesario, pues fue evidente para fuertes comerciantes, estancieros y banqueros que la quiebra nacional debía ser evitada, a diferencia de aquellos de nuestros contemporáneos que apuestan a los negocios que toda crisis promueve. Nuestra Argentina siempre ha padecido de la ausencia o de la debilidad de una burguesía con conciencia nacional.

Como si fuera poco, corrieron rumores de que, ante el *default* argentino, la armada británica intervendría contra nuestro país como acababa de hacerlo con otro deudor insolvente, Egipto. Pellegrini, "el piloto de tormentas", como lo bautizase Paul Groussac, envió al sutil

Victorino de la Plaza, hombre de confianza de los intereses británicos en el Río de la Plata que años más tarde accedería a la presidencia de la Nación, a mejorar la deteriorada imagen argentina en Europa. Superando un inicial frío recibimiento, el emisario logró, en función de la confianza que despertaba en las finanzas europeas, convocar a los principales bancos, encabezados por el de Inglaterra, los que, luego de analizar la situación argentina, concluyeron que bajo la presidencia de Pellegrini no solo se estaba en condiciones de pagar lo adeudado sino también de recibir nuevos créditos. Así lo hizo la Banca Rothschild, la que concedió fondos frescos y tres años de gracia, aunque al elevado costo de la enajenación parcial de la recaudación aduanera, lo que muchos consideraron como una inaceptable cesión de soberanía, un antecedente de lo que años después sería el Pacto Roca-Runciman.

La crisis terminó de superarse, abriendo el camino para años que nuestra historia recuerda como de prosperidad aunque de poca justicia social, gracias a dos magníficas cosechas, en 1890 y 1891, que instalaron el malhadado concepto de que las dificultades nacionales "se arreglan con una buena cosecha".

En cuanto a Pellegrini, con el correr de los años fue variando sus posiciones oligárquicas, sensibilizado con la situación de los desposeídos y motivado por su enemistad con Mitre, y propuso una nueva relación entre capital y trabajo, que estaría en proporción con la importancia de lo que cada parte aportase a la producción empresaria. Manifestará que capital y trabajo eran socios y que debía terminarse con la acostumbrada relación de amo y sirviente. También en 1902, desde su lugar de senador, denunció la corrupción de la elite gobernante a la que había pertenecido y las prácticas de fraude electoral.

LOS INMIGRANTES DE LA DISCORDIA

Los inmigrantes del siglo XIX trajeron de Europa la diversidad ideológica que agitaban los movimientos obreros de allende los mares: el anarquismo prosperará en los gremios sometidos a las peores condiciones de trabajo; el socialismo, entre los trabajadores de salarios más altos y los artesanos.

Las circunstancias de marcada injusticia social en la Argentina "rica" fomentaron la agremiación, incentivada también por la falta de cumplimiento de las promesas de tierras en propiedad hechas a los inmigrantes, a quienes no les quedaba otra alternativa que amontonarse en conventillos y suburbios. En 1885 se constituyó la

Internacional de Carpinteros y Anexos; al año siguiente, el Sindicato de Panaderos. Los maquinistas y foguistas formaron en 1887 La Fraternidad. Las primeras asociaciones de trabajadores son mutualistas, a fin de hacer frente a los accidentes de trabajo, enfermedades, etc. Las huelgas de los años inmediatos a la crisis del noventa expresaron el descontento obrero por la baja del poder adquisitivo del salario, consecuencia del ajuste para equilibrar las cuentas del Estado. Se suceden las de zapateros, portuarios, ferroviarios, albañiles, carpinteros, etcétera.

En 1889 se había realizado en París la Segunda Internacional, a la que concurrió un delegado del Club Socialista Vorwaerts, fundado por alemanes en Buenos Aires en 1882, que acató la consigna de celebrar el 1º de Mayo en todo el mundo, celebrándose el Día del Trabajo por primera vez en Argentina en el Prado Español.

En 1891, propiciado por el Comité Internacional Obrero, se crea la Federación de Trabajadores de la República Argentina (FORA), que se define marxista, "inspirada por la sublime doctrina del Socialismo Científico moderno". En la central primaban los socialistas frente a los anarquistas. Las disidencias internas llevarían a su disolución al año escaso. En 1901 nace la Federación Obrera Argentina (FOA) merced a una alianza de anarquistas y socialistas, que una vez más no logran mantener mucho tiempo el acuerdo. Los socialistas se separan y crean la Unión General de Trabajadores (UGT) en 1903.

Mientras anarquistas y socialistas se desgastaban tratando de copar la dirección obrera, se produce en 1902 la huelga de peones del Mercado de Frutos, que arrastra solidariamente a numerosos gremios. El gobierno de Roca apelará a la fuerza: hay una dura represión y se declara el estado de sitio. La prensa atribuye lo que llama "agitaciones subversivas" a provocadores extranjeros. Por iniciativa del autor de *Juvenilia*, Miguel Cané, senador por la Capital desde 1898, se dicta la ley 4144, llamada "de Residencia", por la que el gobierno podía expulsar a todo extranjero que "comprometiese la seguridad nacional o perturbase el orden público" en cuarenta y ocho horas.

NACE UN PARTIDO POPULAR

Cuando terminaba el período presidencial de Pellegrini hubo que decidir su sucesión. Se juntaron entonces quienes piloteaban los asuntos públicos de nuestro país, Mitre, Roca y el mismo Pellegrini, y decidieron que sería nuevamente el turno de don Bartolomé, al servicio de quien se pondría la maquinaria electoralista basada en el fraude y la matonería, como se acostumbraba en aquellos tiempos.

Mitre pertenecía a la Unión Cívica, formada con las fuerzas que protagonizaron la Revolución del noventa, mientras que Roca y Pellegrini eran del PAN, Partido Autonomista Nacional. La convención de los cívicos, reunida en enero de 1891, había proclamado la fórmula Bartolomé Mitre-Bernardo de Irigoyen para la renovación presidencial, pero cuando Roca y Pellegrini acordaron con Mitre designarlo "a dedo", a favor de un acuerdo entre el PAN y la Unión Cívica, Leandro N. Alem, quien pertenecía al mismo partido de Mitre aunque representando a los humildes y a los jóvenes, rechazó el acuerdo. Proclamó la intransigencia radical, dando origen a la Unión Cívica Radical, y en la Convención de Rosario, en agosto de 1891, defendió la candidatura de Bernardo de Irigoyen para los comicios de 1892.

El partido radical tuvo fuerte apoyo popular desde sus comienzos, sostenido por una base policlasista que incluía al pobrerío criollo, a profesionales y agricultores de la nueva clase media y a ricos hacendados de filiación federal, hartos de las arbitrariedades de sucesivos gobiernos al servicio de una elite que se había enriquecido astronómicamente.

Mitre hizo mutis por el foro con el pretexto de un viaje a Europa, y entonces los "notables" no tenían candidato. Para su mayor preocupación, del PAN también se desprendió una escisión que propuso al joven y carismático Roque Sáenz Peña como candidato presidencial, y todos los pronósticos lo daban como seguro ganador. Entonces los "notables", temerosos de una alianza entre don Leandro y Roque, urdieron una de las maniobras más insólitas de nuestra historia: consistió en ofrecer la candidatura a la presidencia al padre de Roque, Luis Sáenz Peña, setentón ya alejado de los asuntos públicos, hacendado porteño, de familia rosista y muy católico. El vicepresidente, José Evaristo Uriburu, un dirigente salteño roquista, completaba una estrategia dirigida para que, al cabo de los seis años, Roca volviera al gobierno.

No fue ilógico que cuando, dieciocho años después, Roque Sáenz Peña accedió a la presidencia fuera él quien propusiera y obtuviese la sanción de la Ley del Voto Secreto, Universal y Obligatorio, con el propósito de terminar con manejos politiqueriles como el que había sufrido en carne propia. Lamentablemente ninguno de los Sáenz Peña terminó su mandato: el anciano padre, porque quienes lo habían sentado en el sillón de Rivadavia no toleraron algunos arrestos de independencia, y el hijo porque, quien hubiera sido un excelente presidente, cuando tardíamente le tocó el turno, su salud estaba quebrada y murió al poco tiempo.

En 1895 un desilusionado Leandro N. Alem, quien había sostenido una indómita indignación ante los manejos oligárquicos organizando insurrecciones armadas y proclamando la abstención revolucionaria, es decir la no concurrencia a los comicios fraudulentos para quitarles legitimidad, escribía a un amigo:

"Los radicales conservadores se irán con don Bernardo de Irigoyen; otros radicales se harán socialistas o anarquistas; la canalla de Buenos Aires, dirigida por el pérfido traidor de mi sobrino Hipólito Yrigoyen, se irá con Roque Sáenz Peña, y los radicales intransigentes nos iremos a la mismísima mierda". La referencia a Yrigoyen estaba seguramente relacionada con su delación del movimiento armado que planeaba don Leandro y que dio pretexto a Pellegrini para celebrar las elecciones de su sucesión con estado de sitio y los opositores encarcelados.

Un año después, el 1º de julio de 1896, decepcionado por los fracasos políticos, aislado y asqueado de la corrupción del "régimen", decide suicidarse dejando un testamento político: "He terminado mi carrera, he concluido mi misión. Para vivir estéril, inútil y deprimido es preferible morir. ¡Sí, que se rompa pero que no se doble! He luchado de una manera indecible en los últimos tiempos; pero mis fuerzas, tal vez gastadas ya, han sido incapaces para detener la montaña ¡y la montaña me aplastó! He dado todo lo que podía dar; todo lo que humanamente se puede exigir de un hombre, y al fin mis fuerzas se han agotado [...] ¡Adelante los que quedan! ¡Ah, cuánto bien ha podido hacer este partido, si no hubiesen promediado ciertas causas y ciertos factores! ¡No importa! Todavía puede hacer mucho. Pertenece principalmente a las nuevas generaciones. Ellas le dieron origen y ellas sabrán consumar su obra: deben consumarla".

Para terminar con su vida, con indudable histrionismo, Alem llamó un coche tirado por caballos, dio la dirección del Club del Progreso, donde se reunían y urdían los integrantes del "régimen", y luego se descerrajó un disparo en la sien. Cuando llegaron a destino, don Leandro agonizaba. Se lo extendió sobre la mesa que aún se conserva en la planta baja del club y allí murió, en un acto indudablemente inculpatorio.

No fueron pocos los que entonces recordaron el tono de algunos poemas del suicidado: "Desde el primer instante que mis pasos/ al tumulto social aproximaban/ sentí sobre mi frente candorosa/ el hálito fatal de la desgracia". Quizás aludía al terrible espectáculo del cuerpo de su padre bamboleándose en la horca, luego de Caseros, acusado de mazorquero por los urquicistas.

Los representantes del conservadurismo liberal vernáculo insisten en referirse a la Argentina de principios del siglo XX como el "paraíso perdido", una nación rica que supuestamente perdimos por dejarnos tentar por "populismos".

María Sáenz Quesada describe a la Buenos Aires que se aprestaba a festejar su primer siglo de existencia: "La ciudad causaba una impresión favorable. Llamaba la atención en primer término la vista del Plaza Hotel recién inaugurado en la plaza San Martín; la Avenida de Mayo parecida a un bulevar de París; las muy elegantes Alvear, Callao y Santa Fe bordeadas de casas nuevas y bien construidas; las calles limpias arboladas y alumbradas con electricidad; los anuncios luminosos, las plazas y los parques diseñados por grandes paisajistas [Palermo, el Jardín Botánico, el parque Lezama, la Plaza del Congreso]. La zona céntrica se veía atestada de tranvías eléctricos, carruajes y automóviles [...] Los nuevos edificios monumentales eran el palacio de Aguas Corrientes, el Teatro Colón, la sede del diario *La Prensa*, el palacio de Correos, el de Tribunales y el del Congreso. En todos ellos se había hecho alarde de magnificencia y quizás también de un gusto bastante recargado en la profusión de columnas, capiteles y estatuas. Las mansiones particulares más lujosas imitaban el estilo de los Borbones franceses: el palacio Anchorena (actual Cancillería) y el palacio Paz (hoy Círculo Militar), ambos sobre la plaza San Martín, el palacio Ortiz Basualdo (hoy embajada de Francia) en la calle Cerrito y la actual Nunciatura (Alvear y Montevideo)".

Pero la amplia mayoría de la población argentina, los sectores humildes, no participaban de la "fiesta", como lo confirmaría el médico catalán Bialet Massé, a quien, en 1904, el gobierno de Roca encargó un informe sobre la situación de los trabajadores en las provincias.

"Aunque se dice que trabajan de sol a sol, es falso, porque se aprovecha la luna, el alba, o después de puesto el sol, para alargar la jornada. He visto con mis propios ojos salir al trabajo a las 4 am como regla general, y no hay pocas veces a las 3.30, y dejar el trabajo a las 7.30 y hasta las 8 pm, dando descansos a la mañana del tiempo indispensable para tomar el mate, al medio día una hora o cuando mas dos, de tal modo, que la jornada mínima útil es de 13 a 14 horas y el tiempo ocupado por el peón, teniendo en cuenta el que necesita para despertar y vestirse, para comer y desvestirse, después de la jornada, no baja de 15 a 17 horas y no le queda el necesario para descansar, volviendo al trabajo sobrefatigado y al concluir la temporada es un hombre agotado completamente. [...] De ahí que la condición del trabajador es lo más inestable, y que nadie se cuide de él los rendimientos mayores posibles, no considerándolo sino como un

medio, menos importante que la máquina y que la bestia, porque éstas tienen un precio de compra, son un capital que es preciso conservar, mientras que sin un hombre se pierde, se repone con otro que no cuesta dinero”.

He aquí una de las claves de nuestra disidencia con la historia oficial. ¿Puede la eufórica celebración del Centenario contarse sólo desde la perspectiva del aristócrata terrateniente o es indipensable tener en cuenta la situación del trabajador desamparado por toda legislación social, a quien se le pagaba con vales canjeables en el almacén del patrón y condenado a condiciones de vida miserables? No es vano recordar que el 25 de mayo de 1910 transcurrió bajo estado de sitio en previsión de desórdenes.

La penosa situación de la mayoría de la población, que no participaba de la euforia oligárquica de la Generación del Ochenta, había sido evidente a raíz de la instauración de la ley Riccheri del Servicio Militar Obligatorio cuando arreciaron los problemas limítrofes con Chile: casi la mitad de los jóvenes no reunía las condiciones de peso y talla necesarias, y una cifra alarmante padecía de síntomas de tuberculosis y desnutrición.

Ajeno a estos infortunios el vocero de los pudientes, *La Prensa*, expresaba la autocomplacencia con la situación económica del país: “Los ferrocarriles han visto aumentar sus entradas, la propiedad rural se ha valorizado, el comercio ha trabajado con mayor desahogo y provecho, las rentas públicas han tenido un incremento proporcional”. Pero también había alguna preocupación por crecientes síntomas de disconformismo en la inmensa y carenciada población que se había ido apiñando en los alrededores de Buenos Aires huyendo de la explotación campesina y buscando empleo en los incipientes establecimientos industriales: “A no ser por la agitación obrera, que revela una honda enfermedad económica que es necesario atacar seriamente, se podría decir que el cuadro es, bajo todo concepto, lisonjero”. Inquietud que comenzaba a notarse también en el campo: “El peón de campo formula exigencias desconocidas en esta tierra. Quiere ganar más. Y aún insinúa condiciones para trabajar”.

SEMANA DE MAYO DE 1909

Los diarios atribuían unánimemente a “elementos trasplantados de Europa” los disturbios obreros y las huelgas por mejoras salariales. El 1° de mayo de 1909 militantes anarquistas de la FORA festejan el Día del Trabajo con un mitin en la plaza Lorea. Como el acto no había sido autorizado, el escuadrón de seguridad, cumpliendo órdenes del jefe de

policía, coronel Ramón Falcón, disuelve el mitin. Hay resistencia y una descarga policial deja ocho muertos y cuarenta heridos. Los socialistas, que habían acatado la prohibición de manifestarse, declaran la huelga general en homenaje a los compañeros muertos y como repudio al coronel Falcón.

La respuesta gubernamental fue dictar el estado de sitio, detener a más dirigentes obreros y aplicar sin discreción la Ley de Residencia, logrando terminar con la huelga pero no con el clima de agitación. El 14 de noviembre un anarquista, Simón Radowitzky, arroja una bomba al carruaje que lleva al coronel Falcón y a su secretario, cerca del cementerio de la Recoleta, provocándoles la muerte.

EL PROGRESO BAJO TIERRA

Los ricos de Buenos Aires apostaban al progreso. En vísperas del Centenario, el 28 de diciembre de 1909, la Municipalidad autorizó a la Compañía Anglo Argentina a construir y explotar la red de subterráneos de la sexta ciudad en el mundo en contar con ello. Bajo la dirección del ingeniero Pablo Ramme se inició, en noviembre de 1911, la construcción del más espacioso de todos los subterráneos del mundo, de Plaza de Mayo a Congreso, a la vez que el túnel de cuatro kilómetros de largo sería a su vez el más ventilado y el mejor aislado contra la humedad.

Hubo que sortear serias dificultades, como desviar cloacas, conductos de tormenta, cañerías de aguas corrientes, gas, cableado telefónico, luz, fuerza motriz. “Cuatro dragas eléctricas cada una de ellas con tres motores, removía un total de dos mil metros cúbicos de tierra cada diez horas. La tierra era llevada a los terrenos bajos contiguos al cementerio de Flores. Un total de mil quinientos obreros excavó 440.000 metros cúbicos de tierra y levantó 78.000 metros cúbicos de mampostería utilizando treinta y un millones de ladrillos, 108.000 bolsas de portland de 170 kilos cada una, trece mil toneladas de hierro y noventa mil metros cuadrados de capa aisladora. El costo total fue de dieciséis millones de pesos” (A. Alonso Piñeiro).

Los primeros cincuenta coches de origen belga costaron cincuenta mil pesos cada uno y las flamantes estaciones, bien iluminadas, ostentaban azulejos de distinto color, según la estación, para mejor identificación de los usuarios: Plaza de Mayo, azul celeste; Perú, amarillo; Piedras, verde; Lima, gris; Sáenz Peña, azul oscuro; Congreso, carmín. La frecuencia de los trenes era de uno cada minuto y medio, su velocidad máxima de cuarenta y cinco kilómetros por hora y la duración del servicio se extendía a lo largo de veinte horas.

CAPÍTULO IX

De 1910 a 1930

UN SOLDADO DE AMÉRICA

Roque Sáenz Peña fue burlado en su chance de acceder a la presidencia de la Nación en 1892, debiendo esperar dieciocho años para finalmente hacerlo. Fue él quien abriría el camino al voto universal, obligatorio, secreto, que al impedir el acostumbrado fraude oligárquico permitió el acceso a la presidencia de Hipólito Yrigoyen. Lo de universal se concretó recién en 1947 cuando la mujer pudo votar.

¿Quién fue Roque Sáenz Peña, sin duda uno de los personajes más interesantes de nuestra historia? Al estallar la Guerra del Pacífico (1879-1883) el joven abogado se enroló para combatir contra la prepotencia chilena. “La causa del Perú y de Bolivia es en estos momentos la causa de América y la causa de América es la causa de mi patria y de sus hijos”, manifestó, agregando que su propósito era convertirse en “un simple soldado de la justicia y del derecho”. Rechazó un lugar simbólico en el ejército de reserva y fue enviado al frente, haciéndolo tan destacadamente en Tarapacá que el parte de la victoria del general Buendía rezaba: “En el momento de la batalla, encontrándose sin jefe la mitad del batallón de Guardias Nacionales, coloqué a su frente a mi primer ayudante, teniente coronel Roque Sáenz Peña, quien lo condujo a la pelea con la más valerosa decisión”.

Heroica conducta que se vio ratificada en Arica, donde las tropas peruanas estaban rodeadas por mar y por tierra. El 7 de junio de 1880 las fuerzas chilenas, superiores en número y en armamento, atacaron el morro de Arica, y el teniente coronel Sáenz Peña combatió siete horas herido, haciéndose cargo de la Octava División: “Me hallaba herido desde el principio del combate”, explicó, “de un balazo en el brazo derecho que me permitió, sin embargo, mantenerme a caballo hasta los últimos momentos, en que tuve que abandonarlo por serme ya imposible darle dirección; fue entonces que nos reunimos V.S., los señores coroneles don Francisco Bolognesi y don Guillermo Moore, cayendo a nuestro lado estos dignos jefes atravesados por el plomo”.

Las fuerzas adversarias tomaron el morro e hicieron prisioneros a los escasos sobrevivientes.

De regreso en Argentina don Roque fue subsecretario de Relaciones Exteriores (1881), plenipotenciario en el Uruguay (1884), delegado ante el Congreso Internacional de Montevideo (1889) y la Conferencia de Países Americanos de Washington; donde pronunció una célebre frase: "América para la humanidad", oponiéndose a lo de "América para los americanos" del presidente Monroe, interpretando el sentimiento patriótico de resistir a la prepotencia imperial del país del norte, pero también enunciando la voluntad de la dirigencia argentina de continuar dentro del área de influencia británica que tan pingües ganancias le seguía reportando.

LA REPARACIÓN NACIONAL

Yrigoyen, al triunfar en las elecciones de 1916 acompañado en la vicepresidencia por Pelagio Luna, luego de haber sostenido durante años una firme posición de abstencionismo electoral como protesta por los hábitos fraudulentos del "régimen", en continuidad con su tío Leandro N. Alem, más que un político vencedor se consideró a sí mismo un ser excepcional llamado a una misión elevada: la que él mismo bautizó como "reparación nacional". Así lo expondría con su elocuencia florida: "El pueblo de la República, al plebiscitar su actual gobierno legítimo, ha puesto la sanción soberana de su voluntad a todas las situaciones de hecho y a todos los poderes ilegales. En tal virtud, el Poder Ejecutivo no debe apartarse del concepto fundamental que ha informado la razón de su representación pública, sino antes bien, realizar como el primero y más decisivo de sus postulados, la obra de reparación política que alcanzada en el orden nacional, debe imponerse en los estados federales, desde que el ejercicio de la soberanía es indivisible dentro de la unidad nacional y desde que todos los ciudadanos de la República tienen los mismos derechos y prerrogativas".

Matías G. Sánchez Sorondo, político conservador, en 1919 propugnó un juicio político a Yrigoyen fundándolo en una supuesta incapacidad por desorden mental. Después de leer en el Congreso algunos párrafos del presidente sobre su apostolado regenerador se preguntaba: "¿Este hombre es un enfermo? ¿Este hombre es un apóstol? Si es un enfermo que se cure en el retiro familiar donde no le faltarán solícitos cuidados. Si es un apóstol... los apóstoles son personajes del Evangelio, no de la constitución".

Esa autoconsideración mesiánica llevó a don Hipólito a utilizar el

mecanismo de la intervención provincial para castigar a aquellos gobernadores que no se avenían a sus deseos: lo hizo por decreto en quince oportunidades y por ley del Congreso en cinco más.

Tampoco se avenía a los formalismos que contradecían su tendencia a la reclusión y al misterio, lo que le valdría el apodo de “el Peludo”, aludiendo al animalito de nuestra pampa que hace su madriguera bajo tierra. El mensaje inaugural de las sesiones de 1917, por ejemplo, llegó al Congreso el 11 de mayo, y en una carilla Yrigoyen explicaba que no había tenido tiempo de reunir “todos los elementos de información” pero que, en cumplimiento del artículo 86, inciso 11 de la Constitución Nacional, declaraba inauguradas las sesiones del Honorable Congreso. Eso era suficiente para quien pregonaba de sí mismo: “Sé bien que no soy un gobernador de orden común, porque en ese carácter no habría habido poder humano que me hiciese asumir el cargo. Soy un mandatario supremo de la Nación para cumplir las más justas y legítimas aspiraciones del pueblo argentino. Sé bien que he venido a cumplir un destino admirablemente conquistado: la reintegración de la nacionalidad sobre sus bases fundamentales”.

¿UN GOBIERNO POPULAR?

Lo cierto es que a pesar de su origen y de su retórica populista el gobierno radical no favoreció decisivamente a los sectores del trabajo, en parte debido a las dificultades legislativas que oponían los partidos de la oposición y aquellos radicales que se autodefinían como “antipersonalistas”, es decir no yrigoyenistas. Asimismo debe contabilizarse el poco vigor que el gobierno imprimía a sus reivindicaciones, poco decidido a cambiar las reglas de juego de la organización liberal, como lo demostró su gabinete compuesto mayoritariamente por representantes de la oligarquía porteña. Pesaba sobre el presidente su condición de próspero estanciero bonarense.

Entre los muchos proyectos de ley abortados está el del trabajo a domicilio de la mujer que evitase los bajos salarios y jornadas excesivas, el de conciliación y arbitraje en los conflictos obreros, el de asociaciones profesionales y contrato colectivo, el de creación de las juntas arbitrales de trabajo agrícola y el de defensa de la población obrera en los territorios nacionales. Un Código de Trabajo que tampoco se concretaría fue presentado el 5 de julio de 1921. El proyecto consignaba los beneficios que habrían de obtenerse al eliminar “los obstáculos que el trabajo y el capital separan en la tarea fundamental de la producción perturbada”.

Cabe anotar a favor de Yrigoyen el haber organizado a la Unión

Cívica Radical, fundada por su tío Alem y por Bernardo de Irigoyen, un partido alternativo al conservadorismo y el nacionalismo de derecha sobre la base de la proliferación de comités donde los sectores medios y humildes encontraban quien les consiguiera atención médica o jurídica, también algún empleo, sirviendo así como contraparte de los clubes donde los miembros de la clase alta arreglaban los asuntos públicos en su provecho. Una consecuencia negativa de dicha estrategia fue el crecimiento del Estado con exceso de empleados a quienes solo se les requería lealtad partidaria y no eficiencia y experiencia en la tarea que se les encomendaba, cáncer burocrático que continúa hasta hoy, aumentado por los sucesivos gobiernos democráticos y de facto.

Otra decisión positiva de Yrigoyen fue la creación de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, a cuyo frente designó al coronel Enrique Mosconi sin conocerlo personalmente y solo por haber leído algunas opiniones suyas sobre el petróleo. Durante los ocho años que permaneció al frente de la repartición, en los que tuvo a su cargo la explotación de los pozos descubiertos en Comodoro Rivadavia y Plaza Huincul, llevó la empresa fiscal a un progreso extraordinario, constituyéndose en un denodado defensor de nuestra riqueza petrolífera. La idea de Mosconi era la sanción de una ley que estableciera una reserva estatal de un millón de hectáreas, pero la iniciativa fue saboteada por los siempre presentes socios de los intereses antinacionales y fracasó. También propuso, a principios de 1923, el monopolio de una sociedad mixta del Estado con capitales privados argentinos, pero “mientras el capital nacional no se decidiera no queda otro camino a adoptar que el monopolio del Estado”. Contra los enemigos del fiscalismo consideraba que era “preferible el aumento de los costos y hasta un mal servicio público del petróleo a las excelencias que las organizaciones extranjeras puedan ofrecer por cuanto ellas, al fin, exportan en máximo grado las riquezas que se obtienen de los yacimientos y constituyen generalmente el germen de graves perturbaciones de orden económico y político”.

LA NEUTRALIDAD ANTE LA GUERRA

En *El hombre que está solo y espera* Raúl Scalabrini Ortiz da una personal interpretación de la neutralidad de Yrigoyen durante la Primera Guerra Mundial:

“En los comienzos de la guerra europea de 1914 los intelectuales hicieron un batifondo de mil demonios instigando a las autoridades a la ruptura de relaciones con Alemania y sus aliados. Ellos, tan

circunspectos de común, se reunían en las plazas públicas y en trémolos vehementes enarbolaban los más grandes pabellones retóricos. Se desgañitaban hablando de la libertad, de la salvación de la cultura, de nuestra sangre latina, del crimen de la neutralidad y de la falacia de serlo, de los deberes y los derechos mutuos de las naciones... El hombre porteño se apiñaba en su entorno. El hombre porteño siempre ha sido paladeador de espectáculos gratuitos. Escuchaba sus arengas, leía sus proclamas, pero continuaba impertérrito. '¿Para qué nos vamos a meter en esa conflagración? Si pelean, ha de ser porque tienen un interés. Yo no pelearía por un francés. ¿Cómo voy a suponer que un francés pelee por mí?'. Los intelectuales insistían en desgañitarse. Lograron el auspicio de toda la prensa sin excepción. El Parlamento se puso de pie para votar la ruptura de relaciones. Hasta los socialistas aprobaron el disparate. Yrigoyen, que era entonces presidente, desoyó el falso clamor y vetó o encarpetó la aprobación legislativa. Con su oído finísimo de viejo caudillo había 'palpitado' la oposición del pueblo porteño, y en gran parte por eso, el pueblo porteño, a pesar de las turbiedades de su administración, lo premió con la segunda presidencia".

"QUERER LAS COSAS DEL OCÉANO"

Se debatía la creación de la Liga de las Naciones al término de la Primera Guerra Mundial. Dando muestras de dignidad don Hipólito instruyó a sus delegados de retirarse si se insistía en no dar a las naciones derrotadas el mismo estatus que a las victoriosas, conmovido por la denigración a que fueron sometidos en el Tratado de Versalles los países vencidos, lo que, con el correr de los años, sería la causa principal del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Su delegado Honorio Pueyrredón coincidía con su presidente pero Alvear, entonces ministro en París, era partidario de la incorporación sin condicionamientos. Entonces Yrigoyen le envió un telegrama con su habitual estilo críptico que en algunos de sus párrafos decía:

"Arrastrada por la eterna corriente de los destinos de la vida, flotando sobre el misterio insondable que la conduce, la balsa de lo humano deriva hacia la aurora, que, día tras día, despunta gloriosa en el corazón profundo del hombre. Tumulto, tumulto de la historia de los mundos de la ignorancia [...] Sobre la balsa nos peleamos por el oro de un reflejo que nadie jamás ha podido vivir, y nos devoramos los unos a los otros y nos empujamos todos al abismo, en la alucinación colectiva del espejismo cualquiera de la hora [...] Clamor, clamor de agonía de los mundos de lo efímero. Propensión íntima de

mi espíritu, fue siempre, guardando silencio en la solicitud, meditar el querer las cosas del océano. En la actitud hierática del elegido, portador de la canastilla de mimbre, se despierta el devenir... durante treinta años seculares, en la angustia muchas veces, pero siempre también en la incertidumbre [...] He cobijado bajo el viento de demencia de los míos, la chispa argentina de las forjas de la epopeya. Y sordo, sordo en mis propias entrañas, al alboroto de los que huyen en pánico, o se rehúsan a la ofrenda mística de su ser, siempre he ignorado el gesto de renuncia, y no he nunca vivido de mi propia vida sino las indomables rebeliones de mi sursum humano, en humildad profunda frente a las cosas de lo absoluto [...] Esperando que la razón inmanente esclareciera nuestros juicios de pastores y de rebaños".

Vaya a saber lo que comprendió don Marcelo, pero lo cierto es que aceptó la opinión de don Hipólito y se retiró de la reunión.

DOS TRAGEDIAS

Durante el gobierno radical se produjeron sangrientas represiones de manifestaciones obreras por mejores condiciones de trabajo. El 3 de enero de 1919 se desencadena una huelga en los talleres metalúrgicos Vasena, propiedad de capitales ingleses, que habían visto disminuidas sus exportaciones debido a que en la posguerra los países europeos habían recuperado su capacidad de producción. Lo que sus obreros pedían era la jornada de ocho horas, el descanso dominical, la reincorporación de delegados cesantes y la mejora salarial. La brutal represión policial provocó cinco muertos y despertó la reacción de los otros gremios, que se lanzaron a la calle provocando desmanes, entre ellos el incendio de la iglesia de Jesús Sacramentado, en Corrientes y Yatay. Las dos centrales obreras, la FORA anarquista y la UGT socialista, decretaron la huelga general. Fue entonces cuando Yrigoyen ordenó al general Luis Dellepiane, jefe de Campo de Mayo, terminar con los disturbios. El saldo pasará a la historia como la "Semana Trágica" y se cobró el precio de setecientos muertos y más de dos mil heridos. También fueron miles los detenidos. Pero la más nefasta de sus consecuencias fue la imprudente convocatoria a la intervención de las fuerzas armadas en los asuntos públicos del país, quienes pocos meses después volverían a intervenir en la brutal represión de las huelgas en La Forestal, en Santa Fe y el Chaco, y que años más tarde coronarían con el golpe de Uriburu en contra del "aprendiz de hechicero" Yrigoyen.

La relación del gobierno con la sociedad se oscureció aún más debido a la acción impune de la Liga Patriótica, una organización

parapolicial ultracatólica y conservadora cuyo jefe era Manuel Carlés, fundada el 19 de febrero para oponerse a las movilizaciones obreras, que desarrollaba acciones violentas en contra de judíos e izquierdistas, condensados discriminatoriamente en la denominación de “rusos”.

Otra circunstancia que opacó la imagen popular de Yrigoyen fue la tragedia desencadenada por las huelgas de peones ovejeros en la Patagonia, despedidos en masa debido a que las empresas se empobrecieron por la baja del precio internacional de la lana. El conflicto se desarrolló en 1920 y 1921 y en Buenos Aires se lo consideró producto de la acción de agitadores anarquistas. Tampoco se descartó la intervención de los servicios chilenos. Una vez más “el Peludo” apeló a las fuerzas armadas y recomendó la represión al teniente coronel Héctor Varela, quien decretó la ley marcial y fusiló a mil quinientos huelguistas. Meses más tarde Varela sería asesinado en una calle de Buenos Aires por un anarquista alemán, Kurt Wilckens, quien, a su vez, sería muerto en la cárcel.

“LA PRÁCTICA INCONSCIENTE”

Hemos dicho ya que el gobierno yrigoyenista distó mucho de ser revolucionario pues no modificó el andamiaje institucional del “régimen” conservador, tampoco su organización económica. Los grupos que lo acompañaron parecieron más interesados en sustituir en posiciones de poder a sus antiguos detentadores sin alterar el entramado de prebendas y privilegios. La mayor conquista social fue la jubilación de los empleados públicos y los ferroviarios, que fue resistida no solo por los conservadores sino también insólitamente por anarquistas y socialistas, que las consideraban una dádiva culposa e insuficiente del capitalismo.

Sin embargo, a pesar de que no los había perjudicado en la medida que temieron en un principio, a los “dueños” del país les molestaba que un criollo con sangre indígena que no pertenecía a su clase hubiera accedido a la presidencia y que respetase a los sectores populares. Así lo evidencia esta cita del político conservador Federico Pinedo: “Representamos la tendencia más en concordancia con la civilización cosmopolita y, más que todo, con la civilización europea. Somos el factor más indicado para impedir el predominio de los elementos indígenas que hoy vuelven a pesar en la política argentina desenterrados por la práctica inconsciente del sufragio universal”.

LA REFORMA UNIVERSITARIA

Un conflicto desatado en la Universidad de Córdoba en junio de 1918 y sus consecuencias alcanzarían gran repercusión nacional e internacional. Se la llamó la “Reforma Universitaria” y sus propósitos básicos apuntaron al cuestionamiento de profesores y programas reaccionarios, al desalojo de los grupos encaramados en el poder universitario con una estricta correspondencia con la elite del poder político, a la integración de los estudiantes latinoamericanos, a hacer que los universitarios y profesionales tuvieran una responsabilidad social y no solo académica, a incorporar a los sectores populares a la cultura nacional, a abrir las universidades a los menos pudientes quebrando el privilegio de quienes podían solventar su formación, a respetar la pluralidad de ideas. Dicho movimiento estaba en consonancia con los vientos de cambio que soplaban en el mundo, sobre todo a partir del triunfo de la revolución comunista en Rusia y la consiguiente expansión de un posible cambio social en el mundo que atraía a los jóvenes universitarios. Para cumplir con ese programa estos se propusieron participar protagónicamente de la conducción de las universidades de las que hasta entonces habían estado raleados y se esforzaron por estrechar las diferencias con los sectores proletarios, siendo común que asistieran a clases vestidos con *overall*. Triunfante el reformismo en Córdoba, se extendió a La Plata y, menos vigorosamente, a Buenos Aires. Se creó la Universidad del Litoral con casas de estudios en Santa Fe, Rosario, Paraná y Corrientes.

Tampoco en este caso don Hipólito se puso del lado de las ideas de cambio y decretó la intervención a la universidad, la cual desembocó en una elección amañada que consagró al candidato de los conservadores y católicos, Antonio Nores, lo que desencadenó una huelga violenta que finalmente logró la representación de los estudiantes y de los egresados en la conducción universitaria.

Sectores que profesaban ideas nacionales y populares criticaron lo que consideraron un cambio de formas pero no de fondo, ya que los programas educativos seguirían influidos por el europeísmo que dominaba nuestra cultura, y que seguiría haciéndolo hasta nuestros días.

“APOYEN A MARCELO Y A ELPIDIO”

El ministro de Relaciones Exteriores de Alvear, Ángel Gallardo, se refirió en sus memorias a la designación de Marcelo Torcuato de Alvear, también radical, como sucesor de don Hipólito: “Ya he dicho anteriormente que al influir Yrigoyen en la convención del partido por

el triunfo de la fórmula Alvear-[Elpidio] González, su idea era que gobernara Elpidio, pues a Alvear lo consideraba fácil de desalojar. Contaba para eso con su amor a la vida agradable que llevaba en París, y con la colaboración de Regina [Pacini, su esposa, una renombrada cantante lírica) habituada a la vida europea y desvinculada de nuestro país. Creyó Yrigoyen que a las primeras dificultades y molestias Alvear renunciaría y se volvería a París [...] Me ha referido Alvear que en las conferencias que tuvo con Yrigoyen [antes de asumir] no le habló de un solo problema de gobierno y se limitó a contarle toda clase de chismes contra Saguier y otros dirigentes radicales que se habían opuesto a la candidatura de Alvear. Como recomendaciones concretas para su futuro gobierno se limitó a pedirle que conservara al chofer presidencial y al edecán Quaglia [...] Al constituir Alvear su ministerio sin consultar a Yrigoyen estallaron las hostilidades por los ataques de *La Época* [periódico yrigoyenista] a varios ministros como Matienzo, Le Breton, Marcó, etcétera".

LA BONANZA DE ARTES Y CIENCIAS

Durante el gobierno de Alvear la Argentina vivió una época de bonanza que se trasuntó en todas sus áreas.

"La cultura argentina no estaba ya limitada a las minorías. Los años veinte han quedado marcados en la memoria colectiva por la intensa actividad en los barrios porteños: periódicos, sociedades de fomento, bibliotecas populares, clubes [...] Borges, Evar Méndez, Oliverio Girondo, Leopoldo Marechal, Norah Lange, Francisco Luis Bernárdez, Brandán Caraffa, entre otros, forman la generación 'martinfierrista', denominada así por el título de la revista en que definieron su ideal literario: *Martín Fierro* (1924-1927). Sus maestros son Macedonio Fernández y Ricardo Güiraldes. Los llamarán 'los de Florida', porque frecuentan esa elegante calle porteña. De formación europea, imitan al ultraísmo a pesar de su devoción por el criollismo. Sus contrincantes, los escritores preocupados por el tema social, encabezados por Leónidas Barletta, Elías Castelnuovo, Enrique y Raúl González Tuñón, se reúnen en una casa de Boedo y editan la Colección Los Nuevos, de editorial Claridad. Admiran el realismo social de Gálvez. Pero la línea que divide a unos y otros no es demasiado definida cuando se comparten amistades y gustos literarios por encima de las diferencias ideológicas.

"Tiempos de bohemia literaria en los cafés y peñas de la Avenida de Mayo y de la calle Corrientes. Asiduo a esas tertulias es el poeta Baldomero Fernández Moreno, evocador del encanto de la vida

simple. Gracias a la prosa desprejuiciada de Roberto Arlt aumenta la tirada del diario *El Mundo*, donde se publican sus colaboraciones. El autor de *El juguete rabioso* (1927) se expresa con soltura en el lenguaje del hombre común, utiliza términos del lunfardo (guita, morfar, fiaca) y trata temas populares.

”El tango se impone como la música argentina por excelencia. Ya no pertenece al tugurio ni a los salones exclusivos. Es de todos. Se escucha en los cafés y en los cinematógrafos y se baila en los clubes al compás de las orquestas típicas. A partir de la grabación de ‘Mi noche triste’ (1917), de Castriota y Contursi, en la voz de Carlos Gardel, se produce un punto de inflexión en la historia de la música popular rioplatense.

”Las salas líricas de la capital viven días de gloria. Abre sus puertas el Teatro Cervantes. En el Colón se crean en 1925 los cuerpos estables del coro, la orquesta y el ballet. Allí se ofrecía, además del repertorio clásico, los estrenos recientes de Richard Strauss y de Giacomo Puccini. En el interior, las ciudades tienen asimismo buenos teatros.

“Se instalan institutos universitarios de primer orden. Bernardo Houssay, futuro premio Nobel funda en 1919 el Instituto de Fisiología de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires, que alcanzará un prestigio científico de renombre universal; el Instituto Bacteriológico investiga en parasitología y prepara sueros y vacunas; Ángel Roffo dirige un instituto dedicado al estudio y tratamiento del cáncer; el Museo de Historia Natural, instalado en su edificio propio del Parque Centenario, agranda sus colecciones y publica sus *Anales*” (María Sáenz Quesada).

“SUERTE, PETTORUTI”

Amigo de las artes, Marcelo Torcuato de Alvear no dudó, a pesar de las críticas, en brindar su apoyo a las expresiones culturales de vanguardias.

Durante su gobierno fue protagonista indirecto del bullicio que las nuevas tendencias provocaban entre los porteños. Él no ignoraba que la exposición del pintor cubista argentino Emilio Pettoruti iba a provocar polémicas en un medio poco acostumbrado a las nuevas corrientes artísticas que el maestro había frecuentado durante su estadía en Europa. Para manifestarle su apoyo Alvear llegó en la mañana del día del *vernissage* a la Galería Witcomb y luego de contemplar atentamente las obras se despidió con un:

—¡Suerte, Pettoruti! —dijo con simpatía, sabiendo las difíciles horas que le esperaban al pintor.

—Gracias por su valioso aporte, señor presidente... Pero me parece que esta vez necesito algo más que suerte —respondió el maestro.

A la hora programada se abrieron las puertas. En pocos minutos la sala se convirtió en un pandemónium. Los que estaban en contra de la pintura de Pettoruti insultaban a los que la apoyaban. Hubo quienes, incluso, amenazaron con romper las obras. Lejos, en la quietud de su despacho, el presidente quizá presentía que uno de sus artistas preferidos defendía su obra a puñetazos.

“ESTE HOMBRE ES UN SANTO”

En su segundo período presidencial don Hipólito demostró una alarmante disminución de sus reflejos políticos y de su energía y su lucidez para conducir los destinos del país en un mundo que avanzaba hacia conflictos de magnitud. Parecía convencido de que gobernar consistía en conceder largas audiencias donde peroraba sobre temas intrascendentes mientras el mundo se convulsionaba con el crecimiento de ideologías totalitarias y antidemocráticas de distinto signo que parecían ser eficientes en promover el crecimiento de los países bajo su control: el comunismo en Rusia y el fascismo en Italia. En lo nacional se producían hechos que aumentaban el desprestigio del gobierno radical: el asesinato en Mendoza del popular caudillo Lencinas, del que se responsabilizó a Yrigoyen, también la inesperada derrota del radicalismo en la Capital a manos del socialismo.

Pero el Peludo no había perdido su capacidad de seducción personal. El padre Gabriel Brochero, el célebre cura gaucho, que no era radical, visitó al presidente de 75 años, que se hallaba de campaña en Córdoba. Al salir de la entrevista el cura tenía lágrimas en los ojos y fueron varios los que atestiguaron que no cesaba de repetir:

—Es un santo... este hombre es un santo...

EL DESCRÉDITO DE UN PRESIDENTE

“La crítica fue mordaz y virulenta. Como no se lo podía comprender, se lo odiaba; un odio impotente porque Yrigoyen no parecía molestarse por las críticas y nunca tomó una represalia, ni permitió que otros lo hicieran. No torcería su rumbo, ni disminuiría el caudal de sus votos. Todas las armas de la propaganda, lícitas o ilícitas, se emplearon en contra suya y de sus colaboradores. No ya el desacato sino la injuria o la calumnia que ultrapasan el código penal y

la sátira insolente en obras de teatro [el actor Enrique Muiño daba *S.E. don Agenor del Saladillo*, caricatura cruel del ministro Salinas] y de cinematógrafo [*El Apóstol*, con dibujos de Pelele]. *La Mañana*, diario conservador de Francisco Uriburu, y su continuador, *La Fronda*, escritos con plumas cáusticas y ágiles, se burlaban del Peludo, de su ministerio (especialmente del ministro Salinas, blanco de críticas fáciles) y del círculo allegado a Yrigoyen. En el vespertino independiente *Crítica*, de Natalio Botana, el lápiz intencionado de Taborda caricaturizaba a Yrigoyen como un santón de poncho con una vela en la frente [por la frase 'llevo en la frente la luminosa imagen del honor nacional'] y al ministro Salinas como un antropopiteco descalzo con quevedos y polainas que recitaba incoherentes latinajos" (José María Rosa).

CAPÍTULO X

De 1930 a 1943

"LODO, LODO Y MÁS LODO"

En 1924 se había celebrado el centenario de la batalla de Ayacucho, considerada equívocamente la última de la gesta independentista de la América hispánica, pues a posteriori se libró la de Tumusla, en la que fue derrotado y muerto el general español Olañeta por tropas argentinas. Leopoldo Lugones fue el delegado de nuestro país. Desilusionado con la democracia, gobernaba entonces Alvear, y a favor de los vientos autoritarios que comenzaban a soplar en el mundo dijo en su discurso que el Ejército "le ha dado a la Argentina lo único de lo que puede enorgullecerse: la independencia". La patria había sido "creada" por el Ejército y al desvincularse de su creador sobrevinieron "el desorden y la frustración" de la demagogia y el materialismo. Por tanto "esa última aristocracia que es el Ejército [...], que es vida superior, que es belleza, esperanza y fuerza", tenía el deber de salvar a la patria, como la salvó cuando la independencia. "Ha sonado otra vez, para bien del mundo, la hora de la espada", afirmó. Lugones, quien en su juventud fuera anarquista, convocaba al ejército para relevar la ineficiencia de años de gobierno radical que había desilusionado a muchos partidarios de la democracia y dado alas a quienes se le oponían, todos ellos afligidos por la amenaza de desintegración social. También expresaba el deseo de la oligarquía desplazada por el voto de la clase media de recuperar su lugar de privilegio por medio de un golpe militar, ya que las urnas les eran reticentes. Sarmiento, Mitre, Roca, Pellegrini habían muerto sin dejar descendencia, y la vía electoral que tan astuta e inescrupulosamente habían ellos y sus acólitos manejado con la convicción de hacer un bien a la patria les estaba ahora vedada.

Cuando seis años más tarde estalló el augurado golpe militar, Lugones escribió la proclama uriburista pero pronto se desilusionaría. Luego llegaría su suicidio, dejando inconclusa, en el medio de una palabra, su biografía sobre Roca. El 18 de febrero de 1938, en un recreo del Delta, escribió: "No hay sino lodo, lodo y más lodo". Antes

había explicado al padre Furlong: “Es terrible caer en la evidencia de haber trabajado en vano, desligado de los intereses trascendentales y de haber conspirado contra la verdad”. A continuación bebió el cianuro.

EL GOLPE

El ministro de Guerra, general Luis Dellepiane, intentaba una vez más convencer al presidente Yrigoyen sobre el descontento generalizado que cundía en la ciudadanía y la certeza de que una conspiración militar en su contra estaba en marcha. Así contó el diálogo en una entrevista de la revista *Ahora*:

“Yrigoyen: Creo que usted, general, está equivocado. El pueblo continúa siéndome adicto. Ya lo verá mañana por la noche en la manifestación que se realizará.

”Dellepiane: Me da pena, señor presidente, tener que decirle lo que significan esas manifestaciones. Concurrirán algunos radicales sinceros, pues han de quedar algunos leales. Pero el resto serán empleados inferiores obligados a concurrir, codo con codo, transportados en camiones oficiales.

”Yrigoyen (en tono violento): ¿Quién le ha informado eso, general? ¡El pueblo continúa siéndome adicto!

”Dellepiane (en igual forma): ¡Permítame, señor presidente, que no le dé nombres! Basta con que usted sepa la verdad.

”Yrigoyen: ¿Está seguro de lo que dice?

”Dellepiane: Sí, señor, perfectamente seguro. Soy el mismo hombre de la semana de enero que vino por propia voluntad a salvar al gobierno de V.E.

”Yrigoyen: ¿Qué haría usted entonces, general?

”Dellepiane: Cambiar rápidamente de orientación y de hombres. Detener algunos jefes y oficiales para evitar la sublevación, la que no temo pero conviene prevenir. Todo está en sus manos, señor presidente. Sólo es necesario que haga sentir la acción del gobierno. Pronto se restablecería la tranquilidad, ya que la cosecha se presenta con buenas perspectivas.

”Yrigoyen: Queda autorizado, general, para proceder como mejor le parezca.

”Dellepiane (poniéndose de pie): ¿De manera. señor presidente, que me autoriza a proceder?

”Yrigoyen: Lo autorizo a proceder, general Dellepiane”.

Cuando el ministro de Guerra llegó al primer cuartel para poner en marcha la operación antigolpista, se enteró de que el presidente

acababa de comunicarse desautorizándolo. La sublevación tuvo lugar pocos días después y fue suficiente que los cadetes del Colegio Militar desfilaran por las calles de Buenos Aires, con la única oposición de un fugaz tiroteo en la Plaza del Congreso, para que el gobierno cayera.

EL MILLÓN QUE FALTÓ EN LA PLAZA

"Yo en aquella época era un joven y estaba contra Yrigoyen", explicaría Juan Domingo Perón una veintena de años más tarde, lamentando o justificando su participación en el golpe militar, "porque hasta mí habían llegado rumores; porque no había nadie que los desmintiera y dijera la verdad; Rodríguez Jáuregui se había robado el Consejo Nacional de Educación; el señor Claps parece que se desayunaba con durmientes de los ferrocarriles del Estado; Benavides era también un ladrón; el señor Rodríguez Irigoyen era el que había hecho más plata. Vino la revolución, lo echaron a Yrigoyen, lo metieron preso, hacen unas investigaciones en que les revisaron hasta los colchones a los acusados y a ninguno pudo probársele nada [...] Esta lección debería ser terrible para los argentinos, porque después, cuando murió, un millón de personas fueron a acompañarle. Un millón que faltó en la Plaza el día de la revolución".

GOBERNAR NO ES PAYAR

"Tenía que ser así", declaró Alvear a *La Razón* el 8 de septiembre, dos días después del derrocamiento de don Hipólito, "Yrigoyen, con una ignorancia absoluta de toda práctica de Gobierno democrático parece que se hubiera complacido en menoscabar las instituciones. Gobernar no es payar [...] Para él no existían ni la opinión pública, ni los cargos, ni los hombres. Humilló a sus ministros y desvalorizó las más altas investiduras. Quien siembra vientos, recoge tempestades".

Don Marcelo se arrepentiría más tarde de su temperamental reacción, que pudo confundirse con un apoyo al golpe de Estado y bregó por la libertad de Yrigoyen, confinado en Martín García, empeñándose también en una acción opositora a los gobiernos conservadores y autoritarios que se sucedieron, lo que lo obligó al exilio y a perder su fortuna personal.

En 1931 fue postulado para oponerse al candidato presidencial de la dictadura, el general Agustín P. Justo, pero fue vetado para dar lugar a elecciones típicas de aquellos tiempos del "fraude patriótico".

El proyecto fracasado del general golpista José Félix Uriburu había sido el de "instaurar un orden corporativista, pero apoyándose en el ejército y no en un movimiento de masas" (Alain Rouquié). Esto último era lo que lo diferenciaba, con desventaja, de su admirado Mussolini. Agustín P. Justo, en cambio, era un astuto militar de ideas conservadoras que había bregado por un golpe que respetase los partidos políticos y la Constitución Nacional. Tenía la fuerza que le daba el ser comandante en Jefe del Ejército y líder del bando "liberal" de los uniformados. Contrariamente a su forzada aureola de democrático, gobernó persiguiendo a los opositores, torturando y encarcelando a obreros, estudiantes y políticos, y con una política de intervencionismo estatal y subordinación a Gran Bretaña que favoreció a los grandes productores agropecuarios. Un ejemplo de ello fue la creación en 1935 del Banco Central de la República Argentina, que tendría a su cargo el control del crédito y la moneda. Era una empresa mixta en la que intervenían bancos argentinos y extranjeros, además del Estado, y aunque su capital fundacional era mayoritariamente nacional fue gobernado por los bancos extranjeros.

LAS VOLTERETAS DE LA HISTORIA

Dentro de las extrañas volteretas de nuestra Historia se cuenta que el democrático Lisandro de la Torre fue el candidato del dictador Uriburu para sucederlo en la presidencia. "El 26 de agosto, once días antes de estallar la revolución, llegué de Pinas y me encontré un mensaje de Uriburu para que le avisara mi llegada inmediatamente. Me visitó el mismo día, y al oírme declinar el ofrecimiento ministerial, me dijo: 'Supongo que usted se da cuenta de que, estando yo resuelto a no admitir el gobierno definitivo, esta revolución irá a usted'. De manera, pues, que Uriburu antes de triunfar la revolución proclamaba mi candidatura a sucederle [...] Después de la derrota en las elecciones de Buenos Aires, Uriburu estaba apresado por una camarilla militar que le impuso la entrega del Ministerio del Interior a una persona embarcada en la candidatura Justo. Mi candidatura después de abril se había convertido en un concepto sin sentido y, por lo tanto, imposible como emanación de las fuerzas civiles y militares que sostenían al gobierno" (Lisandro de la Torre, *Cartas íntimas*).

LA FUERZA INSPIRADORA

José Félix Uriburu, el autor del golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930 contra el gobierno constitucional de don Hipólito, murió en París en 1932 poco tiempo después de haber dejado la presidencia y fue elevado a la categoría de mito por los nacionalistas de derecha. El padre del escritor homónimo, Adolfo Bioy, escribiría: “Los labios de los audaces se resistían a decir ‘revolución’, los más audaces decían ‘todavía no’. Hasta que un día un hombre sintió la fuerza inspiradora como se siente en trance supremo el rudo latir de un corazón, se alzó solo en la multitud y la Escuela Militar lo siguió, y lo siguió el Ejército Argentino y lo siguió la Marina, y el pueblo todo de Buenos Aires lo acompañó delirante de entusiasmo por la calles de la ciudad”.

En esa misma línea la revolución uriburista será exaltada en las publicaciones de dicha orientación. Así se comentó la inauguración en la Recoleta del Monumento a los Caídos en la Revolución de Septiembre: “Representa a un hombre joven en brazos de la Patria. Frente a la muerte desafía a la muerte. Ha caído pero está triunfante. El monumento simboliza a quienes han vencido a la muerte por la belleza del sacrificio, por la fuerza animadora del ideal” (*Crisol*).

La derecha nacionalista no logró definir luego un líder que sustituyera a Uriburu. Juan P. Ramos no alcanzó esa dimensión. Tampoco pudo serlo Manuel Fresco, el caudillo de la provincia de Buenos Aires cuyo gobierno fue intervenido por el poder central. Quedó entonces como única vía la alianza entre la Iglesia y el Ejército que desembocará en la revolución filofascista de 1943.

EL PACTO ROCA-RUNCIMAN

A pesar de haber triunfado Gran Bretaña no salió indemne de la Primera Guerra Mundial. En 1926 John Maynard Keynes, miembro de la Cámara de los Lores, antiguo diplomático y ministro liberal, anunciaba “no sólo el final del liberalismo económico y político sino la muerte del Imperio y el término de la misión civilizadora burguesa que Inglaterra ha cumplido en los tres últimos siglos”. La gran crisis de la Bolsa estadounidense en 1929, con el descenso vertiginoso de valores y sus consecuencias en el mundo entero, significaron para Inglaterra la declinación de sus fundamentales industrias metalúrgicas, textiles y del carbón, el derrumbe de la capacidad de consumo de sus habitantes y la consecuencia de un millón de desocupados.

Las naciones angloparlantes que eran o habían sido colonia británica sufren dramáticamente la crisis y entonces Londres debe hacer esfuerzos para salvar, por lo menos, la apariencia imperial. En diciembre de 1930 se elabora el Estatuto de Westminster, que el

Parlamento aprobará en noviembre de 1931, creándose la Comunidad Británica de Naciones (British Commonwealth of Nations), forma federativa del antes poderoso imperio. Los “dominios”, como pasarán a llamarse colonias y ex colonias, se reunieron en julio de 1932 en Ottawa, bajo el lema *Home produce first, empire produce second, foreign produce lest*, primero la producción local, después la del imperio y por último, la extranjera.

Entre los acuerdos tomados en Ottawa estaba el de que el Reino Unido adquiriría de preferencia la carne y trigo en los “dominios”. No en la Argentina, que hasta entonces había sido el principal proveedor y que a ello destinaba el noventa por ciento de sus exportaciones. Saavedra Lamas, ministro de Relaciones Exteriores del gobierno del general Agustín P. Justo, interpretando la alarma de los productores, tramitó una misión para que explicase en Londres los perjuicios que a la vieja amistad anglo-argentina y al capital inglés radicado en nuestro territorio produciría una disminución en las exportaciones de carne enfriada o *chilled*. La comitiva estaría presidida por Julio Roca (h), vicepresidente de la Nación e hijo el ex presidente; Guillermo Leguizamón, abogado de los ferrocarriles ingleses que pocos años después sería el único latinoamericano que podría anteponer el nobiliario *sir* a su apellido; Raúl Prebisch, técnico en economía, por entonces bien visto por los ingleses, y Miguel Ángel Cárcano, diputado nacional y fuerte granadero perteneciente a la aristocracia anglófila.

Roca, del otro lado del mar, hizo gala de una obsecuencia que agredió el sentimiento nacional de muchos en Argentina: “Ha podido decir un publicista de celosa personalidad que la Argentina por su interdependencia recíproca es, desde el punto de vista económico, una parte integrante del Imperio Británico”. Funcionarios y empresarios ingleses lo escucharon porque les interesaba que llegase carne argentina, más barata y de mejor calidad que la de la Commonwealth; pero lo que sobre todo les interesaba era que no se afectasen sus intereses en Argentina, donde tenían invertidos de quinientos a seiscientos millones de libras.

La contraparte británica en las negociaciones estuvo encabezada por el ministro de Comercio inglés, Walter Runciman. La discusión duró tres meses y dio como resultado la “Convención accesoria del Tratado de Paz y Amistad para acrecentar y facilitar el intercambio comercial entre la República Argentina y el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda”, que comprendía un cuerpo principal, un protocolo adicional y una convención arancelaria. Entre las cláusulas principales, el Reino Unido aseguraba a la Argentina una cuota de importación de las existencias de *chilled* no inferior a las cantidades exportadas por la Argentina a los británicos entre julio de 1931 y junio de 1932, y que habían ascendido a 390.000 toneladas; se previó también un sistema

para la recuperación paulatina de los fondos bloqueados con un interés del cuatro por ciento anual según lo pactado para los saldos impagos favorables a Gran Bretaña, interés que en realidad ascendía al catorce por ciento; y licencias de importación que el gobierno inglés concedía y controlaba de tal modo que el ochenta y cinco por ciento de la cuota quedaba en manos de los frigoríficos ingleses y norteamericanos.

EL REVISIONISMO HISTÓRICO

El Pacto Roca-Runciman fue airadamente criticado por sectores que consideraron vulnerada la soberanía nacional. Ello dio un fuerte impulso al revisionismo histórico, una corriente historiográfica crítica de la que escribieron los vencedores de las guerras civiles del siglo XIX, historia oficial, la que siempre nos contaron y nos enseñaron. Su espíritu no pudo sino reproducir la ideología oligárquica, porteñista, liberal en lo económico y autoritaria en lo político, antiprovincial y anticriolla de aquellos cuyo proyecto de país estaba resumido en el dilema sarmientino entre "civilización", lo europeísta-porteño, y "barbarie", lo criollo-provincial.

Estaban convencidos del país que querían y lo llevaron adelante sin reparar en medios. Guiados por un abstracto "progreso" diseñaron una sociedad a la imagen y semejanza de las naciones poderosas de la época y copiaron sus instituciones y sus cartas magnas sin importar que ellas respondiesen a circunstancias e idiosincrasias ajenas a las nuestras. Para ellos civilizar fue desnacionalizar. De allí nuestras costumbres, nuestros gustos, nuestra arquitectura, nuestros deportes, nuestros vicios. Nuestra historia.

Para llevar a buen puerto ese proyecto de organización nacional consideraron imprescindible renunciar a lo criollo y a lo popular que constituían la identidad medular de lo argentino. Comenzar de cero, imaginando haber nacido del otro lado del océano. O en el hemisferio norte. Sus ideólogos, en especial Sarmiento y Alberdi (este antes de su conversión y de su conflicto con el sanjuanino), bregaron por la transformación de la Argentina en lo que no era pero que ellos consideraron que debía ser.

Debieron entonces enfrentar una dificultad supina: las mayorías nacionales, la plebe, "no servían" para el proyecto "civilizador". No olvidaban que era contra ellos que habían combatido a lo largo de los años de guerras civiles, pues los criollos, los indios, los gauchos, los mulatos, los orilleros habían sido leales, en su inmensa mayoría, a quienes representaron sus intereses ante el extranjerizante despotismo

porteño: Artigas, Dorrego, Rosas, Ramírez, López, Peñaloza, Felipe Varela. También San Martín, quien debió pagar con el exilio su simpatía por la causa federal y su proximidad con los sectores populares, que le valieron la inquina de los porteños encumbrados, quienes dejaron pasar treinta años antes de repatriar sus restos mortales. Así le hacían pagar, entre otros "pecados", su amistad con Juan Manuel de Rosas, a quien legase al morir su sable libertador.

La Organización Nacional, puesta en marcha durante el gobierno de Bartolomé Mitre, continuada durante los de Sarmiento y Avellaneda, no se proponía hacer un país confortable para las grandes mayorías sino acomodarlo a las necesidades de los poderosos: "Hemos de componer la población para el sistema de gobierno, no el sistema de gobierno para la población [...] Necesitamos cambiar nuestras gentes incapaces para la libertad" (Sarmiento).

Luego del asesinato de Dorrego se desencadenó un genocidio de gauchos federales, matanza que se repitió, amplificada, luego de que Urquiza entregase a Mitre el triunfo en Pavón. Los porteños organizaron entonces el Ejército Nacional, que fue lanzado a las provincias para ocuparlas y desalojar a sus gobernantes federales. En los años posteriores a Pavón murió la mitad de los gauchos de la campaña.

La propuesta fue más allá del aniquilamiento físico y apuntó a la extirpación cultural, también psicológica, de todo aquello que oliera a plebeyo y nacional, identificado con barbarie, y lo hispánico, homologado a decadencia. Se estableció así una condición esencial de la dependencia argentina de intereses ajenos a los patrióticos, en complicidad con su dirigencia política y económica. Mecanismo automático que funciona a nivel colectivo, en cada argentina y argentino, y se activa sin que se tenga conciencia de ello, pues está muy arraigado en nuestra cultura, más aún, en nuestro psiquismo, que lo culto, lo civilizado, lo deseable es lo exógeno. Ese diseño es el que se prolonga hasta nuestros días, con las variaciones impuestas por épocas y circunstancias, y a su calor se desarrolló la historiografía que le era funcional, sustentada por ceremonias escolares, marchas patrióticas, libros de texto, cátedras universitarias, academias y el dominio de los mecanismos de prestigio y de financiación.

Contra esa versión tendenciosa surgió en el pasado el "revisionismo histórico" cuyo primer antecedente puede encontrarse en el Juan B. Alberdi que había regresado del elitismo: "En nombre de la libertad y con pretensiones de servirla, nuestros liberales Mitre, Sarmiento o Cía., han establecido un despotismo turco en la historia, en la política abstracta, en la leyenda, en la biografía de los argentinos. Sobre la Revolución de Mayo, sobre la guerra de la independencia, sobre sus batallas, sobre sus guerras, ellos tienen un alcorán que es de ley

aceptar, creer, profesar, so pena de excomunión por el crimen de barbarie y caudillaje" (*Escritos póstumos*).

Desde sus inicios pueden detectarse un "revisionismo de derecha" y un "revisionismo progresista". El primero pondrá el énfasis, por ejemplo, en el Rosas amante del orden, defensor de la soberanía nacional, aferrado al catolicismo en contra de la difundida masonería de su época. El segundo es representado por quienes compartían la opinión de la columna vertebral del revisionismo progresista, José María Rosa: "El gobierno de Rosas puede llamarse socialista. La Confederación Argentina con su sufragio universal, igualdad de clases, fuerte nacionalismo y equitativa distribución de la riqueza era tenida como una verdadera y sólida república 'socialista' adelantada al tiempo y nacida lejos de Europa".

La historia oficial se recicló rebautizándose e incorporando criterios y tecnologías actualizadas en un cambio cosmético sincerado por uno de sus principal ideólogos, Halperín Donghi (*Ensayos de historiografía*): "Nos proponemos ilustrar y enriquecer, pero cuidando de no ponerla en crisis, a la línea tradicional". Es decir que no es más que una historia oficial modernizada.

El verdadero revisionismo es hoy la historia nacional, popular y federalista, que recoge lo expresado por Arturo Jauretche: "Véase entonces la importancia política del conocimiento de una historia auténtica; sin ella no es posible el conocimiento del presente y el desconocimiento del presente lleva implícita la imposibilidad de calcular el futuro, porque el hecho cotidiano es un complejo amasado con el barro de lo que fue y el fluido de lo que será, que no por difuso es inaccesible e inaprensible".

Este libro pretende recoger esa semilla. Es que no puede construirse un futuro venturoso sobre la base de un pasado falsificado.

"DÍGALE QUE SE CUIDE"

Lo cuenta F. Laíño: "[El presidente] Justo vivía entonces un apasionado romance con una joven perteneciente a una familia todopoderosa. Una tarde, mientras Alvear preparaba una reunión de Comité Nacional, lo visitó un destacado dirigente del Partido para hacerlo depositario de un documento capaz de desencadenar una tormenta política". Se trataba de una foto comprometedora de la pareja. Alvear, principal adversario de Agustín P. Justo, quien lo había proscrito para acceder a la presidencia, se limitó a entregársela a uno de sus colaboradores de mayor confianza diciéndole: "Llévesela a Agustín y dígale que se cuide".

ASESINATO EN EL SENADO DE LA NACIÓN

El Pacto Roca-Runciman contenía cláusulas secretas que dejaban que los frigoríficos exportadores, de capital británico, eligieran a los productores que les vendieran la cuota de carne y fijaran el precio de la compra, por lo que tenían derecho a favorecer a los productores nativos que les fueran más convenientes. Por ejemplo a funcionarios del gobierno, muchos de ellos estancieros. Esto fue el origen del discurso del 1º de septiembre de 1934 en el que Lisandro de la Torre pidió en el Senado que se investigasen los precios pagados por los frigoríficos a personajes vinculados a la política oficial, quienes también eran cómplices en una suculenta evasión fiscal. En noviembre se nombra la comisión investigadora integrada por el mismo De la Torre acompañado por los senadores Landaburu y Serrey, cuyas conclusiones resultaron contundentes.

Las acusaciones de De la Torre, quien también era liberal como los cuestionados pero defendía a ultranza la ética en las instituciones públicas, se dirigieron fundamentalmente en contra del ministro de Agricultura, Luis Duhau, y el de Hacienda, Federico Pinedo: “Cuando un gobierno como el actual permite que los argentinos sean descalificados y reemplazados por los extranjeros, cuando escamotea la ínfima cuota del once por ciento persiguiendo el propósito deliberado de no dársela a entidades argentinas, cuando pone sus esfuerzos, sus prebendas, sus dádivas y sus infracciones a las leyes al servicio del monopolio extranjero, podrá decir lo que quiera, pero no ha mostrado sentimientos nacionalistas” (Sesión del H. Senado de la Nación, 27 de julio de 1933).

El 23 de julio de 1935, en un tumulto originado por la agresión física de Duhau en contra de don Lisandro, resultó muerto de un disparo Enzo Bordabehere, seguidor de De la Torre, a quien por ello no se le había permitido incorporarse al Senado a pesar de haber resultado electo, que lo cubrió con su cuerpo para protegerlo del disparo del guardaespaldas ministerial Valdez Cora. A ello seguirá el duelo a pistola entre Pinedo y De la Torre y por fin, cuatro años más tarde, el suicidio de don Lisandro.

EL INVENTO ARGENTINO

Los movimientos de derecha se fortalecían en Argentina como eco de lo que sucedía en Europa. Habiendo usurpado el gobierno, no paraban mientes en el uso de la fuerza para imponer sus ideas y amedrentar a los adversarios. Leopoldo Lugones (h), hijo del gran poeta, fue funcionario policial de las dictaduras de Uriburu y de Justo,

y respondiendo a su vocación de torturador había inventado la siniestramente famosa “picana eléctrica”. El diario *Crítica* publicó algunos artículos denunciando sus actividades. “Polito”, como se lo llamaba familiarmente, reaccionó acusando a su dueño y director, Natalio Botana, de “comunista y afeminado”. Explicará en un acto en el teatro Coliseo, en 1934: “Yo no ataco a Botana por ser Botana como no aplasto a una cucaracha por su condición sino por el peligro de infección”.

Botana, quien desde las páginas de su diario hostilizaba a la derecha bajo influencia de su esposa Salvadora Onrubia, de ideas anarquistas, había llegado a un acuerdo con el presidente Justo para defenestrar a la Legión Cívica, una organización de extrema derecha, uniformada, que desfilaba por la calles de Buenos Aires, amenazante, copiando a los camisas negras del fascismo. Cuando se enteró de que el presidente, a quien la Legión ayudó a llegar a la Casa Rosada, había autorizado una de sus manifestaciones, indignado, le pidió explicaciones.

“Les permito desfilar para poder contarlos”, respondió cínicamente el general. “Si no llegan a mil, los borro del mapa; si llegan a cinco mil, los toleramos y si pasan de quince mil, será el momento de pensar que estamos equivocados y hacernos fascistas”.

“Fueron 674 y los liquidó” (Helvio Botana).

EL EXILIO LITERARIO EN ARGENTINA

El triunfo de los nacionalistas de Franco sobre los republicanos en la Guerra Civil Española que se extendió desde 1935 hasta 1939 provocó una inmensa diáspora de los derrotados. Fueron medio millón los que travesaron a pie la frontera con Francia y otros tantos los que lo hicieron por otras vías al final de la sangrienta contienda. Argentina se benefició con el arribo de importantes intelectuales, algunos de los cuales ya colaboraban con los medios periodísticos de nuestro país y publicaban aquí sus libros. Por ello, a pesar de que los gobiernos argentinos de entonces simpatizaban con el Eje y no deseaban el ingreso de los “rojos”, a diferencia del México de Cárdenas o el Chile de Aguirre Cerda, muchos escritores, músicos, dramaturgos, pensadores y pintores recalaron en nuestras tierras. Se trató de una inmigración de oro que dejó huellas riquísimas.

Llegaron juristas como Luis Jiménez de Asúa; historiadores como Claudio Sánchez Albornoz; pedagogos como Lorenzo Luzuriaga; sociólogos como Francisco Ayala; escritores como Rafael Alberti, Ramón Pérez de Ayala, Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón

Jiménez, Arturo Serrano Plaja, Rosa Chacel o Ricardo Baeza; músicos como Manuel de Falla; dramaturgos como Jacinto Grau y Alejandro Casona; artistas plásticos como Luis Seoane, Manuel Colmeiro y Alfonso Castelao, y numerosos actores y periodistas.

También el célebre filósofo Ortega y Gasset había trasladado su vida al Río de la Plata, donde había sido tan bien recibido en sus anteriores visitas. Pero esta vez sufrió el enardecimiento de las posiciones encontradas ante las guerras española y mundial. Su arribo a Buenos Aires en agosto de 1939, invitado por varias entidades, entre ellas, Amigos del Arte, no despertó la simpatía de otras veces, a pesar de que ya había publicado su obra más importante, *La rebelión de las masas*. Es que los argentinos y los españoles enemigos de Franco no le perdonaban su neutralidad, que pretendiera ponerse por encima de las pugnas ideológicas y opinara que el imperativo de aquella hora era superar el pasado y apostar a un porvenir de unidad nacional. En aquellos tiempos de intolerancia eso era calificado de profascismo. Para agravar las cosas había trascendido que sus dos hijos, en España, adherían al gobierno de Franco.

El filósofo venía convaleciente de una grave enfermedad y psicológicamente devastado por los horrores de la guerra civil, y a pesar de no hallar en la Argentina un clima propicio prolongó su estadía a lo largo de casi cuatro para él interminables años, durante los que padeció estrecheces económicas porque no se le ofreció ninguna cátedra y fueron pocas las conferencias pagas. Además sus derechos de autor fueron bloqueados en España por el franquismo.

Dicho clima de generalizado rechazo fue mellando el ánimo de Ortega, hasta el punto de exigir el retiro de su nombre de la revista *Sur* a pesar de que Victoria Ocampo, su directora, se mantuvo siempre a su lado y lo defendió de los ataques. En su carta del 9 de octubre de 1941 el español, después de lamentar el distanciamiento entre ambos, le manifiesta la imposibilidad de la reparación debido a su estado de espíritu: “Puedo decirle que desde febrero mi existencia no se parece absolutamente nada a lo que ha sido hasta entonces, y que, sin posible comparación, atravieso la etapa más dura de mi vida. Muchas veces en estos meses he temido morirme, morirme en el sentido más literal y físico, pero en una muerte de angustia”. Con una amiga en España también se lamentaría epistolarmente: “Mi vida aquí no tiene historia posible porque es la suspensión total de una vida”.

Si bien la mayoría de los intelectuales y artistas argentinos apoyó y recibió con calidez a los partidarios de la República, hubo otros, especialmente conservadores y católicos, cuyas simpatías estaban con el bando vencedor, entre ellos Manuel Gálvez, Leopoldo Marechal, Alfonso de Laferrère, Ignacio Anzoátegui y otros. El muy joven Julio Cortázar participó en una sección falangista, una rama del franquismo.

La crisis mundial de 1929 produjo la drástica caída de los precios de las exportaciones argentinas. La desocupación creció, el hambre se vio agravada por las medidas inflacionarias del gobierno, y la música popular reflejó el infortunio:

Todo el mundo está en la estufa,
triste, amargao, sin garufa,
neurasténico y cortao...
Se acabaron los robustos...
si hasta yo que daba gusto
¡cuatro kilos he bajao!
Hoy no hay guita ni de asalto
y el puchero están tan alto
que hay que usar el trampolín...
Si habrá crisis, bronca y hambre
que el que compra diez de fiambre
hoy se morfa hasta el piolín.
Hoy se vive de prepo
y se duerme apurao,
y la chiva hasta a Cristo
se la han afeitao.
Hoy se lleva a empeñar
al amigo más fiel,
nadie invita a morfar...
todo el mundo en el riel.
Al mundo le falta un tornillo,
¡que venga un mecánico!
pa' ver si lo puede arreglar.
¿Qué sucede? Mama mía...,
se cayó la estantería
o San Pedro abrió el portón...
La creación anda a las piñas
y de puro arrebatiña
apoliya sin colchón...
El ladrón hoy es decente,
a la fuerza se ha hecho gente,
ya no tiene a quién robar...
Y el honrao se ha vuelto chorro
porque en su fiebre de ahorro
él se "afana" por guardar.
Al mundo le falta un tornillo,
¡que venga un mecánico!
pa' ver si lo puede arreglar".

("Al mundo le falta un tornillo", 1932,
letra Enrique Cadícamo, música José M. Aguilar)

La tierra está maldita
y el amor con gripe en cama...
Le gente en guerra grita,
bulle, mata, rompe y brama.
Al hombre lo ha mareao
el humo al incendiar.
Y ahora entreverao
no sabe adónde va....
Voltea lo que ve
por gusto de voltear
pero sin convicción, ni fe...
¡Qué sapa, Señor... que todo es demencia!
Los chicos ya nacen por correspondencia
y asoman del sobre sabiendo afanar...
Los reyes temblando remueven el mazo,
Buscando un yobaca para disparar...
Y en medio del caos que horroriza y espanta
la paz está en yanta y el peso ha bajao...
Hoy todo Dios se queja,
y es que el hombre anda sin cueva...
Voltió la casa vieja
antes de construir la nueva.
Creyó que era cuestión
de alzarse y nada más...
Romper lo consagrao,
matar al que adoró.
No vio que a su pesar
no estaba preparao
y él solo se enredó al saltar...
¡Qué sapa, Señor... que ya no hay Borbones!
Las minas se han puesto peor que los varones
y embrollan al hombre que tira boleao.
Lo ven errar tejos a un dedo del sapo
y en vez de ayudarlo lo dejan colgao...
Ya nadie comprende si hay que ir al colegio,
¡o habrá que cerrarlos para mejorar!

("Qué sapa, señor", 1931, letra y música de Enrique S. Discépolo)

Durante todo el período de 1930 a 1945 los gobiernos de la República Argentina mantuvieron una tendencia predominante de dependencia económica y financiera con Gran Bretaña, resistencia a los intereses de los Estados Unidos y declarada o disimulada simpatía política por los países del Eje, Alemania e Italia. Desde el estallido de la Segunda Guerra Mundial y a causa del bloqueo aliado al comercio marítimo con los países del Eje, Argentina se vio imposibilitada de mantener sus vínculos comerciales con Roma y Berlín, y gracias a su neutralidad fue proveedora de alimentos para Inglaterra, y luego también para los Estados Unidos.

Al general Justo lo sucedería, gracias a un acto electoral otra vez impúdicamente viciado de legalidad, Roberto M. Ortiz, un obeso radical de orientación conservadora a quien secundaría, como vicepresidente, un derechista filonazi, Ramón S. Castillo. Ortiz intentará reencauzar al país en la senda del respeto a las instituciones republicanas y, como muestra, decretó la intervención de la provincia de Buenos Aires, en manos del caudillo Manuel Fresco, fraudulento, fascista y violento. Ello provocó la alarma de los partidarios del “fraude patriótico” como garantizador de sus privilegios, quienes se alegrarían cuando la estabilidad del presidente se vio afectada por la denuncia del senador Benjamín Villafañe, relacionada con un negociado en la compra de tierras en Palomar para la ampliación del Colegio Militar. El escándalo debilitaría al gobierno y finalmente, ciego por la avanzada diabetes que lo aquejaba, Ortiz renunció a su cargo y el 12 de agosto de 1940 asumió Castillo.

En abril de 1940, presionado a abandonar la neutralidad por los Estados Unidos que ya despuntaban como el nuevo amo de Occidente en sustitución del Reino Unido, pero decidido a no entrar en la guerra del lado de los Aliados, el gobierno argentino había propuesto una declaración de “no beligerancia”, una forma diplomática pero no comprometida de abandonar la neutralidad absoluta. El presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt, a través de su Departamento de Estado, rechazó la propuesta y en junio de 1940 envió a Buenos Aires una delegación militar que propuso a la Argentina participar en los planes de defensa continental elaborados por el Pentágono, que incluían la posibilidad de instalar bases en las islas Malvinas. Esta vez el rechazo vino del lado argentino.

En enero de 1942 se realiza en Río de Janeiro una conferencia de cancilleres americanos. Contra las presiones de Estados Unidos el ministro de Relaciones Exteriores argentino, Enrique Ruiz Guiñazú, se opone a una resolución que obliga a romper relaciones diplomáticas con el Eje. El gobierno de Washington quería que todos los países americanos lo hicieran como represalia por el ataque japonés a Pearl

Harbor. La Cancillería argentina, en cambio, consiguió que se aprobara una moción distinta mediante la cual se "recomendaba" a los países latinoamericanos romper relaciones, dejándolos en libertad de hacerlo o no. Este desaire no sería olvidado por Estados Unidos y sus consecuencias quizá perduren hasta nuestros días. El hecho además causó la renuncia del secretario de Estado Sumner Welles, impulsor de la política del "buen vecino" de Roosevelt. Debido a los embarques de alimentos a Gran Bretaña los ingleses eran más tolerantes respecto de las decisiones de política internacional por parte de Argentina pues dependían de ella para subsistir y por tanto aceptaban su neutralidad.

SOMOS UNA ARGENTINA COLONIAL

Algunos jóvenes radicales, descontentos con la conducción alvearista, a la que consideraban elitista y demasiado próxima a los conservadores y liberales, se reunieron el 29 de junio de 1935 en un sótano de la calle Corrientes casi esquina Callao para formar una agrupación que devolviese al radicalismo su sentido histórico. Así nació FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina). La sigla fue imaginada por Arturo Jauretche recordando unas enigmáticas palabras de Yrigoyen: "Todo taller de forja parece un mundo que se derrumba". Ellos eran el citado Jauretche, Homero Manzi, Raúl Scalabrini Ortiz, Atilio García Mellid, Gabriel del Mazo, Luis Dellepiane y otros.

Su declaración de principios expresaba: "Somos una Argentina colonial; queremos ser una Argentina libre. El proceso histórico argentino en particular y latinoamericano en general revela la existencia de una lucha del pueblo en procura de su soberanía popular para la realización de los fines emancipadores de la revolución americana contra las oligarquías como agentes de los imperialismos en su penetración económica, política y cultural" y terminaba con tres advocaciones: "Por el radicalismo a la soberanía popular. Por la soberanía popular a la soberanía nacional. Por la soberanía nacional a la emancipación del pueblo argentino".

Los integrantes de FORJA se pasarían luego al peronismo aunque Perón, durante su gobierno, no les concedió posiciones de relevancia ni influencia, como tampoco lo hizo con los revisionistas históricos, que debieron tolerar que la mayoría de los trenes nacionalizados fuera bautizada con nombres de próceres liberales.

EL SACRIFICIO DEL CAPITÁN

El Tratado de Versalles, al término de la Primera Guerra Mundial, estableció que la Alemania derrotada no podría fabricar ningún barco que superase las diez mil toneladas. Ello en vez de ser una dificultad fue un estímulo para diseñar buques más livianos que sustituyeron los remaches por soldaduras, dotados de modernos motores Diésel de alta potencia y equipados con seis cañones de 279 mm y 8 cañones de 150 mm. Fueron los veloces y letales “acorazados de bolsillo” que en 1939 habían ya hundido cincuenta mil toneladas de buques mercantes.

El *Graf Spee* era uno de ellos, bajo las órdenes del almirante Langsdorff, de impecable foja de servicios. El 13 de diciembre de 1939 fue interceptado en el Atlántico Sur por los cruceros ingleses *Ajax* y *Achilles* y el crucero pesado *Exeter* a unas doscientas ochenta millas de Punta del Este. El *Graf Spee* disparó sus cañones y el *Exeter*, averiado, debió abandonar la lucha y dirigirse hacia las Malvinas en pésimo estado y a baja velocidad. Los cruceros ligeros ingleses se acercaron y dispararon sus piezas de artillería de 152 mm, dañando superficialmente al buque alemán, que respondió alcanzando al *Ajax* y obligando a su comandante, Hartwood, a ordenar la retirada.

A pesar de haber triunfado en la batalla, el acorazado alemán había quedado herido y su capitán puso proa hacia Montevideo para repararlo. Pero Uruguay era un país neutral y su presidente Baldomir y su canciller Guani, presionados por el embajador británico Millington Dralte, negaron la entrada al puerto. Ante tal situación, Langsdorff tomó una decisión: el 17 de diciembre dejó en tierra a la mayoría de la tripulación y con algunos pocos oficiales y marineros llevó el buque a unas millas de la ciudad, lo dinamitó y lo envió a pique. Luego de esto se dirigió a Buenos Aires y el 20 de diciembre se quitó la vida, cumpliendo de alguna manera con el ritual de que un capitán se hunde con su nave.

LA NEUTRALIDAD Y EL DESARROLLO INDUSTRIAL

A raíz de que la Segunda Guerra Mundial dificultó la importación de productos ingleses y norteamericanos, debió fabricarse en Argentina lo que no llegaba. Se improvisaron establecimientos textiles, de maquinarias, de artefactos eléctricos, de derivados del caucho y de la refinación del petróleo, con todas las dificultades que producía la falta de materias primas pero fueron superadas con ingenio y laboriosidad. Junto a estas nuevas industrias se vieron favorecidas las viejas industrias de bebidas, alimentos, confecciones, cigarrillos, artículos de imprenta, muebles, construcción, etc. Los alimentos y las bebidas

crecieron en 31,8 por ciento, los textiles en 112 por ciento, los vehículos y las maquinarias en 108,7 por ciento, los productos químicos y farmacéuticos en 87,8 por ciento. Los capitales extranjeros dedicados a la industria, que en 1931 llegaban al 29,9 por ciento, apenas si pasaban del quince por ciento en 1943.

La guerra obligó también a formar una Flota Mercante que llevase la producción argentina al exterior. El gobierno de Castillo la concretó adquiriendo en 1941 dieciséis barcos italianos que estaban inmovilizados en el puerto de Buenos Aires y totalizaban 136.544 toneladas. Posteriormente adquirió cuatro buques daneses y tres alemanes (1942), y tres franceses y uno rumano (1943). La neutralidad argentina permitió esas adquisiciones a buen precio porque pertenecían a naciones del Eje o aliadas a ella y no se hallaban en condiciones de arriesgarse a cruzar el Atlántico. Con nombre argentino —los famosos “Ríos”— y con bandera nacional podían hacerlo.

El 23 de enero de 1943 se crearon los Altos Hornos Zapla. La producción de la Fábrica Militar de Aceros de Valentín Alsina llegaría en 1943 a ciento treinta mil toneladas de lingotes, mientras que la Fábrica de Cartuchos de San Francisco de Córdoba fue inaugurada en 1942.

Figura principal en el desenvolvimiento de las fabricaciones militares fue el general Manuel Savio, impulsado por la prohibición de los Estados Unidos de vendernos armas.

LA LOGIA SECRETA

El 4 de junio de 1943 la guarnición de Campo de Mayo avanza sobre Buenos Aires y derroca a Ramón S. Castillo. Ha sido obra del GOU (Grupo de Oficiales Unidos), compuesto mayoritariamente por tenientes coroneles y algunos coroneles, ningún general. Entre sus miembros se destaca el teniente coronel Juan Domingo Perón. Era una logia secreta de orientación nacionalsocialista que simpatizaba con los países del Eje porque en ellos había calado el rechazo a la dependencia del imperialismo británico y eso les daba un enemigo común. Lo mismo sucedería con algunos intelectuales de FORJA que en un principio verían con simpatía al nazismo por aquello de “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”.

La chispa que hizo estallar la asonada fue la decisión de Castillo de promover a la candidatura presidencial y asegurada victoria al rico terrateniente salteño, de ideas proyanquis, Robustiano Patrón Costas, lo que significaba el fin de la neutralidad. Los miembros del GOU

tenían el propósito de encumbrar en el poder a Pedro Pablo Ramírez, ministro de Guerra del gobierno derrocado, un oficial que cuando era teniente primero, desde 1911 hasta 1913, estuvo incorporado al Ejército alemán, al que admiraba. Pero un movimiento interno logra que el presidente de facto designado fuera el general Arturo Rawson Corvalán, aunque solo dura pocas horas pues comete el error de designar un gabinete con predominanacia de conservadores liberales. Finalmente quien jurará como presidente será Ramírez, y los miembros del GOU se repartirán lugares decisivos del gobierno.

Perón, clarividente, pudiendo elegir entre las más importantes posiciones, ocupa la poco relevante Dirección Nacional del Trabajo pronto devenida en Secretaría de Trabajo y Previsión desde donde pone en marcha acciones favorecedoras de la situación de los trabajadores.

Capítulo XI

De 1943 a 1955

LOS RASCAS Y LA CALLE

Uno de los tantos mitos sobre Evita es que conoció a Perón en el festival a beneficio de las víctimas del terremoto de San Juan, en el Luna Park. Pero lo real fue lo que el General le contó a E. Pavón Pereyra, su secretario y biógrafo. La escena transcurrió en el despacho de la Dirección Nacional del Trabajo: "Habiendo terminado de expresar mi pedido [de realizar un festival benéfico] surgió de entre la gente una mujer que, a pesar de su belleza, parecía aletargada y monótona. Hasta ese momento yo no la había distinguido, pero a partir de ese momento no pude evitar su agradable presencia. Entonces tomó la palabra. Era una actriz de radioteatro cuyos compañeros vocearon su nombre no bien comenzó a expresar su opinión: ¡Eva Duarte!, gritaban. Ella se acomodó en el centro de la reunión y comenzó su monólogo mientras giraba en torno de sí para facilitar que se la observara desde todos los ángulos. Llevaba un traje sastre muy sencillo, era muy delgada, lucía el pelo rubio y un sombrero chiquito, como se usaba en la época. A uno se le había ocurrido ofrecer un gran festival artístico a cambio del donativo de la gente. '¡Pobre de él! Nada de festivales. ¿Qué es esto? ¿Un carnaval?', respondió a quien lo había propuesto [el mismo Perón]. 'Iremos directamente a pedir sin ofrecer nada. En este momento no hay tiempo para organizar un espectáculo ni un té de masas, ni una canasta. Cosas viejas pasadas de moda que no sirven para otra cosa que para justificar la hipocresía. Los rascas vamos a ganar la calle, y digo vamos porque nosotros no somos nada si no reconocemos de dónde venimos'. Tuvimos la inmensa suerte de que nuestros destinos cambiaran [...] El espectáculo [en el Luna Park] había comenzado y a pesar de mi parecer, [Evita] no había venido. Yo estaba ubicado en primera fila junto a varios funcionarios, había allí varias butacas vacías por la sencilla razón de que se destinaban a los políticos y sus familiares. Los militares, haciendo gala de austeridad hasta en ese momento, habían ido solos. El resultado: pocas butacas ocupadas en

primera fila y un frío bárbaro. Creo que estaba por cantar Hugo del Carril cuando advertí con estupor inesperado que alguien se sentaba a mi lado. Miré y descubrí la sonrisa y los ojos más radiantes del mundo. Eva había llegado y desde ese día no se apartó jamás de mi lado [...] Con el tiempo me contó que no había llegado tarde ese día, pasó que ella también confiaba verme y quiso aprovechar el evento para estar todo el tiempo a mi lado. 'Cuando llegué', me dijo, 'lo primero que hice fue buscarte con la mirada, reconocí a varios pero a vos no te veía, mientras tanto me venían a saludar distintos compañeros, al final se acercó Homero Manzi, con una sonrisa y me dijo: Ya sé, lo estás buscando, Eva, mirá allá, en primera fila, ves que hay un grupo de gente parada alrededor de algo, en medio, sentado, está Perón; esperá un poquito a que recomience la función, en ese momento todos vuelven a su sitio, a su lado están las butacas vacías. No hace falta que te explique nada más, ¿no?'".

UN EMBAJADOR ENTROMETIDO

El embajador norteamericano Spruille Braden se propuso terminar con la carrera política de Perón, a quien el gobierno de su país, reciente vencedor de la Segunda Guerra Mundial contra el Eje de Alemania, Italia y Japón, le adjudicaba simpatías nazis y metodología fascista. En su discurso de cierre de la campaña electoral de la Unión Democrática, asociación variopinta de partidos políticos que iba desde el comunismo hasta el conservadorismo, y a la cual había financiado e integrado abiertamente, expresó: "No seríamos leales a nuestra patria y a los principios que profesamos defender, si una vez descubiertas ciertas actividades no las denunciásemos abiertamente y no nos aprestásemos a eliminarlas de raíz. La guerra que acaba de terminar no ha sido librada para perseguir solamente al mayor criminal, sino también a sus secuaces, cómplices y encubridores. Empleando las palabras del informe secreto de Hagger al emperador de Austria: no perdonemos en la persona de Murat los crímenes que hemos castigado en la de Bonaparte. De otro modo habríamos de dar por moralmente perdida la guerra que con tanto esfuerzo hemos ganado. La voz de la libertad se hace oír en esta tierra y no creo que nadie consiga ahogarla. El pueblo argentino sabe que puede contar con mi amistad. Sabe que ya la tiene, quiero que sepa que seguirá teniéndola en todo momento. Si durante mi permanencia entre vosotros he reflejado fielmente el sentir del pueblo de los Estados Unidos, espero poder interpretar ante Washington el sentir del pueblo de la República Argentina". El público integrado por conservadores, radicales,

comunistas, socialistas, aplaudió y vitoreó entusiastamente.

También Perón festejó sus palabras y acuñó el eslogan “Braden o Perón” que lo llevó a la victoria, no solo por su alianza con el ejército, los incipientes sindicatos y la Iglesia, sino también en andas del sentimiento nacionalista agredido por la intromisión del torpe diplomático. También comprendió que lo que estaba en juego en esas elecciones de 1946 no era la alternativa entre facismo o democracia, como planteaba la oposición, sino el dilema entre protección legal al trabajador o la tradicional indiferencia del conservadurismo liberal.

HOY LO NECESITO MÁS QUE NUNCA

El 14 de octubre de 1945, desde Martín García, donde estaba preso por un golpe interno en su contra en el seno del gobierno del general Edelmiro Farrell, Perón escribe a Evita: “Mi tesoro adorado: Sólo cuando nos alejamos de las personas queridas podemos medir el cariño. Hoy sé cuánto te quiero y que no puedo vivir sin vos. Esta inmensa soledad sólo está llena con tu recuerdo. He escrito a [el presidente] Farrell pidiéndole que me acelere el retiro; en cuanto salga nos casamos y nos vamos a cualquier parte a vivir tranquilos [...] Esta [carta] te la mando por un muchacho porque es probable que me intercepten la correspondencia. De casa me trasladaron a Martín García, y aquí estoy sin saber por qué y sin que me hayan dicho nada. ¿Qué me decís de Farrell y de Ávalos (entonces jefe de la Armada)? Dos sinvergüenzas con el amigo. Así es la vida [...] Debes estar tranquila y cuidar tu salud mientras yo esté lejos, para cuando vuelva. Yo estaría tranquilo si supiera que vos no estás en ningún peligro y te encuentras bien [...] Viejita de mi alma, tengo tus retratos en mi pieza, los miro todo el día con lágrimas en los ojos. Que no te vaya a pasar nada porque entonces habré terminado mi vida. Cuidate mucho y no te preocupes por mí, pero quereme mucho que hoy lo necesito más que nunca”.

EL 17 DE OCTUBRE

“El proceso de industrialización que venía de la Primera Guerra Mundial y que se había acrecentado rápidamente en el transcurso de la Segunda había dado origen a un proletariado industrial destinado a una decisiva experiencia histórica en medio del pánico de los partidos directa o indirectamente complicados con el pasado. Esas masas,

decepcionadas del socialismo, ajeno a la realidad nacional, del radicalismo en plena descomposición histórica después de la muerte de su gran caudillo Hipólito Yrigoyen, y del comunismo, cuyas consignas nunca entroncaron con demandas populares del país, carecían de compromisos. El 17 de octubre no solo fue una lección histórica para las fuerzas del antiguo orden sino la gigantesca voluntad política de la clase obrera. Su adhesión a un jefe no se fundó en artes demagógicas sino en las condiciones históricas maduras que rompían con las antiguas relaciones económicas del régimen de la producción agropecuaria, que superaban los programas de los partidos pequeñoburgueses de centro-izquierda. La revolución política exigía la reforma social. La recuperación de la economía, enajenada al extranjero y la elevación del nivel de vida del hombre argentino explotado, son la doble faz de un mismo fenómeno: la toma de conciencia histórica de las masas. Todo el problema político de la Argentina actual se reduce a esta irrupción consciente de los trabajadores en la historia nacional" (Juan José Hernández Arregui).

"Un pujante palpitar sacudía la entraña de la ciudad. Un hálito áspero crecía en densas vaharadas, mientras las multitudes iban llegando. Venían de las usinas de Puerto Nuevo, de los Talleres de Chacarita y Villa Crespo, de las manufacturas de San Martín y Vicente López, de las fundiciones de acerías del Riachuelo, de las hilanderías de Barracas... Hermanados en el mismo grito y en la misma fe, iban el peón de tambo de Cañuelas y el tornero de precisión, el fundidor, el mecánico de automóviles, el tejedor, la hilandera y el peón. Era el subsuelo de la patria sublevado. Era el cimiento básico de la nación que asomaba" (Raúl Scalabrini Ortiz).

"Era el pueblo de Mayo quien sufría, no ya el rigor de un odio forastero, sino la vergonzosa tiranía del olvido, la incuria y el dinero. El mismo pueblo que ganara un día su libertad al filo del acero tanteaba el porvenir, y en su agonía le hablaban sólo el Río y el Pampero. De pronto alzó la frente y se hizo rayo (¡era en Octubre y parecía Mayo!), y conquistó sus nuevas primaveras. El mismo pueblo fue y otra victoria. Y, como ayer, enamoró a la Gloria, ¡y Juan y Eva Perón fueron banderas!" (Leopoldo Marechal).

CONVENCIENDO A LOS EMPRESARIOS

Perón, el 12 de diciembre de 1944, en lo de Mauro Herlizka, tratará de convencer a los empresarios de que a pesar de sus medidas favorables a los obreros, aguinaldo, vacaciones pagas, indemnización, estatuto del peón de campo, les será conveniente apoyarlo pues es el

único capaz de conducirlos y de oponerse al temido avance del comunismo: “Después de la guerra vendrán situaciones graves en todas partes; y yo me he propuesto darle al Estado argentino el máximo de solidez para que pueda estar a cubierto de todo riesgo. Para esto he creado lo que yo llamo el seguro y el reaseguro. El seguro consiste en lograr una organización sindical para cada gremio [...] esté bajo la lupa o supervisión del Estado [...] Ahora bien, si alguno o algunos sindicatos llegaran a colocarse frente al Estado y en vez de ser factores de colaboración y de orden fueran instrumentos de rebelión, entonces funcionaría lo que yo llamo el reaseguro: cien mil hombres bien adiestrados, bien disciplinados, bien armados, que constituirán nuestro ejército permanente y que tendrán la misión de poner en vereda a todo lo que se alce contra la autoridad del Estado”.

UNA CONSTITUCIÓN PARA LOS HUMILDES

La Reforma Constitucional de 1949, abolida en 1955 por el golpe militar, incluyó en el antiguo Preámbulo “la irrevocable decisión de constituir una Nación socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana”; agregó a los derechos reconocidos los del trabajador, la familia, la ancianidad, la educación y la cultura; enfatizó el rol del Estado en la economía; proclamó la función social de la propiedad; incorporó el principio de que el capital debía estar al servicio de la economía nacional y tener como objeto el bienestar social. El nuevo artículo 40 tenía un fuerte contenido oficial de determinadas actividades económicas, incluyendo el comercio de exportación e importación. Los minerales, las caídas de agua, los yacimientos de petróleo y carbón, establecía, “son propiedades imprescindibles e inalienables de la Nación... Los servicios públicos pertenecen originariamente al Estado...”; fijaba bases para la expropiación de empresas privadas concesionarias de servicios públicos (estas disposiciones preocuparon a los intereses extranjeros; su presión —mediante gestiones empresariales y diplomáticas— llevó a Perón a dar garantías a los norteamericanos y a incluir una declaración al respecto en su mensaje al Congreso el siguiente 1° de mayo). Significativamente, entre los derechos del trabajador no se incluyó el derecho de huelga (en los mismos días en que se aprobaba la reforma el gobierno reprimía un paro de los obreros de la imprenta en la Capital). Aunque la carta Magna seguía garantizando las libertades y los derechos civiles, algunas novedades encendieron —como si fuera necesario— nuevas luces de alarma entre los opositores: en uno de los artículos se declaraba ambiguamente que “el Estado no

reconoce el derecho de atentar contra la libertad". Otra disposición facultaba al Poder Ejecutivo a declarar sin intervención del Legislativo un "estado de prevención y alarma" que eventualmente restringiría las garantías individuales. Con respecto a la elección presidencial se reemplazaba el sistema indirecto por la elección directa de los ciudadanos y se admitía la reelección inmediata, lo que según la oposición era la razón de fondo de la reforma de la Constitución.

"POR LO MENOS PAGALES"

Perón promulgó por decreto el Estatuto del Peón Rural que estableció un salario mínimo y mejoró las condiciones de alimentación, alojamiento e higiene del trabajo de campo, disponiendo además la asistencia médica y la estabilidad laboral. Años después, en diciembre de 1973, Perón contó: "Cuando se hizo el Estatuto del Peón y obligamos a todo el mundo a poner un salario —porque diez pesos no era un salario—, se produjo un gran alboroto en nuestro campo. La primera carta que recibí fue de mi madre, que tenía una estancia en la Patagonia, diciéndome: 'Si vos creés que les puedo pagar 150 pesos a los peones, te has vuelto loco'. A renglón seguido le contesté: 'Si no podés pagar tenés que dejarlos que vayan a otra parte, donde les paguen; en vez de tener veinte, tené diez peones, pero por lo menos pagales'".

LA PLENIPOTENCIARIA DE LOS DESCAMISADOS

Maysa Navarro, la historiadora española que dedicó su tiempo y sus esfuerzos a investigar vida y obra de Eva Perón, así concluye su biografía *Evita*: "Las transformaciones acaecidas en la Argentina de 1943 en adelante crearon las condiciones objetivas para que Evita pudiera incorporarse al proceso político a partir de 1946 y éstas le impusieron también los límites dentro de los cuales tuvo que actuar. Pero ella definió su participación con la meta que se trazó: pagar la deuda de gratitud que contrajo con los 'descamisados' el 17 de octubre de 1945. Juntamente con Perón les habían dado una nueva vida y a ellos se debía Evita. Del mismo modo, la que aceptó el desafío que implicaba tratar de alcanzar su meta fue ella. Con una audacia digna de admiración, no dejó pasar la oportunidad que se le ofrecía. Se le despertó la ambición de poder y saboreó la que fue acumulando. Su vanidad se vio satisfecha con los halagos y los alentó constantemente.

Orgullosa, fue prepotente con los poderosos y dura con todo aquel que le pudiera hacer sombra o que ella considerara una amenaza para Perón. Tenía plena conciencia de que se había convertido en una figura histórica: la gran agitadora fanática, obsesiva, dedicada de cuerpo y alma a su misión. Así como en los primeros tiempos apenas decía unas palabras en nombre de Perón, ahora sabía que cuando hablaba lo decía 'con la plenipotencia' de todos los descamisados y la seguridad que sentía estaba totalmente desprovista de ambigüedades. Pero nunca olvidó a quien le debía el llegar a ser 'Evita' y nunca se desvió de su meta. Al contrario, a medida que fueron pasando los años, en una entrega total, supeditó su propia existencia al logro de su objetivo. Aunque sabía que no lo conseguiría, a través de la lucha que emprendió por el pueblo, del amor que le prodigó y que éste le retribuyó con creces, encontró la razón de su vida".

LA PROPAGANDA POLÍTICA

El peronismo dio mucha importancia a la propaganda de sus acciones de gobierno. Ejemplo de ello son los eficaces eslóganes repetidos hasta la saturación: "Perón cumple, Evita dignifica", "En la Nueva Argentina los únicos privilegiados son los niños", "Una Nación económicamente libre, socialmente justa y políticamente soberana" y otros. No se descuidaron los modernos medios de difusión como el cine: "La clásica antinomia temporal se interpreta en clave gauchesca en el filme *Payadas del tiempo nuevo (los 1500 días de la Argentina peronista)*, donde se pasa revista a las realizaciones del primer gobierno. La 'Argentina' y la 'Nueva Argentina' son encarnadas respectivamente por un gaucho anciano —Enrique Muiño— y un joven payador —Agustín Irusta—, que alternando recitados y cantos exultantes, confrontan los viejos tiempos con el presente, mientras en la pantalla los escolares con blancos guardapolvos reemplazaban a los niños descalzos en el barro. Paulatinamente el marcado contraste se va diluyendo y todos los presentes, un grupo de gauchos frente al fogón, aúnan sus voces en un inflamado y patriótico encomio de la Nueva Argentina. Tratándose de un filme de [Ralph] Pappier, la calidad plástica no ofrece dudas. El corto comienza enfocando fragmentos del Monumento al Ejército de los Andes en Mendoza, al estilo Potemkin, en una cadencia visual que culmina en la mano de San Martín señalando el horizonte, en obvio paralelo con Perón —era 1950— y termina del mismo modo, cuando dos personajes se ponen de pie y se quitan el sombrero al nombrar al Libertador" (Marcela Gené).

Entre 1944 y 1952, durante el primer gobierno peronista o en los tiempos previos de la Secretaría de Trabajo, los beneficios obtenidos por la clase obrera fueron impresionantes: aguinaldo, vacaciones pagas, Estatuto del Peón de Campo, jubilación generalizada. Se provocó la afiliación masiva a los sindicatos, que se constituyeron en un factor de poder indispensable para equilibrar el de la oligarquía y el de las fuerzas armadas. El trabajo social de la Fundación Eva Perón, dedicada a la beneficencia, el otorgamiento de subsidios, el apoyo a instituciones de la niñez y la donación de mobiliario, vestimenta y otros productos de primera necesidad, consolidaron el favor popular. Evita desempeñó un papel fundamental en el acceso de las mujeres a la vida política al impulsar el voto femenino en 1947. El peronismo no era un partido, según Perón, sino un movimiento policlasista en el que tenían lugar los obreros y los empresarios que "defendieran los intereses nacionales". "Perón hizo de la consigna de la justicia social el núcleo de la ideología de esta nueva cultura política; su modelo, que se concebía 'superador del capitalismo salvaje y del comunismo', suponía la planificación del Estado para ordenar el capitalismo y la humanización de las condiciones de vida y trabajo de los asalariados. Así, durante el peronismo el Estado amplió su autonomía relativa respecto de las distintas clases y grupos sociales; medió entre trabajadores y patrones legitimando las reivindicaciones laborales y también reguló al sector empresario, al que financió con subsidios de todo tipo para la formación de empresas industriales vinculadas al mercado interno" (María Seoane).

El Estado intervencionista generó el Primer Plan Quinquenal, el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI), Gas del Estado y la Flota Mercante. Se nacionalizó el Banco Central y las empresas de servicios públicos —ferrocarriles, gas, agua y teléfonos—, dio un nuevo impulso a la construcción de viviendas, abrió el crédito bancario a los trabajadores, duplicó la infraestructura hospitalaria entre 1946 y 1951, alfabetizó a fondo la Argentina y erradicó muchas enfermedades endémicas vinculadas con la pobreza. También, se inauguró el Aeroparque, se creó la Orquesta Sinfónica del Estado y se aumentó la protección al cine nacional. La política social del peronismo contribuyó decisivamente a su arraigo en los sectores populares. Justicia social, para el peronismo, significaba redistribución del ingreso: durante su gobierno la participación de los trabajadores en la renta nacional fue del cuarenta y ocho por ciento, con índices de desempleo prácticamente inexistentes. La vasta legislación laboral también incluyó indemnizaciones, regulación de la jornada laboral de ocho horas, congelamiento de los alquileres, subsidios a las industrias alimentarias y a las tarifas de los servicios públicos. En cuanto a la

educación, hubo un énfasis especial en la enseñanza técnica para calificar a los trabajadores.

A partir de Eva y Perón la palabra “pueblo”, hasta entonces retórica y abarcativa, define a los trabajadores y a las mayorías populares.

POR QUÉ SER ANTIPERONISTA

El peronismo argumenta que la oposición al gobierno del general Perón se basó en quienes fueron perjudicados por su política de dar privilegio a los sectores populares. Esta opinión es confirmada por el inmediato y brutal retroceso de las conquistas populares inmediatamente después del golpe de 1955, que también anuló la progresista Constitución de 1949. Es notorio también cómo el ingreso bruto nacional perdió su equidad a favor de los sectores adinerados. Del cuarenta y ocho por ciento que correspondía a los trabajadores, luego, sobre todo durante los períodos golpistas, no llegaría al veinte por ciento. Sin embargo también es cierto que el gobierno justicialista dio flancos para el ataque de la oposición: difundidas sospechas de corrupción, acusación de inmoralidad en las altas esferas (la Unión de Estudiantes Secundarios —UES— femenina con sede en la Quinta Presidencial), y, sobre todo, el inexplicable y gravísimo conflicto con la Iglesia que le hizo perder el apoyo de muchos católicos. También sufrió el disgusto de sectores amplios del nacionalismo por la firma de contratos con empresas petroleras extranjeras, forzado por la grave crisis económica de los últimos años de su gobierno. Hugo Gambini opinó sobre otros motivos de su caída en 1955: “La respuesta no es tan difícil de hallar: el conflicto estalló en 1954 porque el régimen alcanzó entonces el pleno desvarío místico y triunfalista, porque ya era asfixiante —todo se llamaba ‘Perón’, ‘Evita’ o ‘17 de Octubre’— y cuando rozó el poder de la Iglesia y ésta se lo hizo notar, Perón no lo toleró. Fue así de simple. Pero claro, a quien no ha conocido ese clima de opresión cotidiana es muy difícil explicarle lo que es vivir en un país donde el endiosamiento de las figuras gobernantes aparece hasta en la sopa; donde continuamente hay que rendirles homenajes, cantarles marchitas, dedicarles triunfos, usar sus escuditos, asistir a sus actos, ofrendarles minutos de silencio, misas y hasta ponerse sus lutos; todo para conservar el empleo. Un país donde sólo se pueden ver noticieros peronistas, escuchar radios peronistas, leer diarios peronistas, estudiar en textos peronistas y vivir rodeado de bustos, afiches y frases peronistas, termina por cansar a cualquiera”.

Evita, consagrada “Jefa Espiritual de la Nación”, se proclamaba “cristiana peronista” y fue siempre crítica de la jerarquía eclesiástica, aun antes de que se declarase el conflicto con la Iglesia. En su testamento doctrinario, que se conoció luego de su muerte, “Mi mensaje”, afirmaba: “No se concilian la humanidad y la pobreza de Cristo con la fastuosa soberbia de los dignatarios eclesiásticos, que se distribuyen en el monopolio absoluto de la religión. No soy anticlerical en el sentido en que quieren hacerme aparecer mis enemigos. Lo saben los humildes sacerdotes que me comprenden a despecho de algunos altos dignatarios del clero rodeados y cegados por la oligarquía [...] Les reprocho haber traicionado a Cristo, que tuvo misericordia de las turbas. Les reprocho olvidarse del pueblo y haber hecho todo lo posible por ocultar el nombre y la figura de Cristo tras la cortina de humo con que lo inciensan. Yo soy y me siento cristiana. Soy católica pero no comprendo que la religión de Cristo sea compatible con la oligarquía y el privilegio. Eso no lo entenderé jamás”.

Ella embistió contra todo aquello que, en su opinión, obstaculizaba la marcha del gobierno de su esposo. Para Evita “peronismo” era sinónimo de Patria y de Pueblo, de manera que los opositores no eran sino enemigos de la Patria y del Pueblo, por lo tanto se justificaba despreciarlos y perseguirlos. Ello es evidente en varios pasajes de *La razón de mi vida*:

“No importa que ladren. Cada vez que ellos ladran nosotros triunfamos. Lo malo sería que nos aplaudiesen, en esto muchas veces se ve todavía que algunos de los nuestros conservan viejos prejuicios. Suelen decir por ejemplo: hasta la oposición estuvo de acuerdo. No se dan cuenta de que aquí, en nuestro país, decir oposición significa todavía decir oligarquía... y vale como si dijésemos enemigos del pueblo. Si ellos están de acuerdo, cuidado, con eso no debe estar de acuerdo el pueblo. Desearía que cada peronista se grabase este concepto en lo más íntimo del alma, porque esto es fundamental para el movimiento. Nada de la oligarquía puede ser bueno. No digo que puede haber algún oligarca que haga alguna cosa buena... Es difícil que eso ocurra, pero si eso ocurriera creo que sería por equivocación, convendría avisarle que se está haciendo peronista. Y conste que cuando digo ‘oligarquía’ me refiero a todos los que en 1946 se opusieron a Perón, conservadores, radicales, socialistas, comunistas. Todos por la Argentina del viejo régimen oligárquico, entregador vendepatria. De ese pecado no se redimirán jamás”.

Su muerte, acaecida a las 20.25 del 26 de julio de 1952, restó a Perón mucho de la mística revolucionaria y también la correa transmisora con los sectores humildes y los sindicatos, los que la

habían propuesto para compartir la fórmula presidencial en 1952, a lo que Perón no accedió presionado por factores de poder civil y militar que no aceptaban que una representante de los sectores gremiales y sus reivindicaciones más radicalizadas ocupara una función tan alta en la conducción de los asuntos públicos del país.

CINCO POR UNO

Ya había sucedido la masacre del 16 de junio de 1955, cuando insurrectos aviones de la Marina llevando la inscripción "Cristo vence" bombardearon la multitud convocada en la Plaza de Mayo para defender al gobierno, también la sede de la Confederación General del Trabajo (CGT) y la residencia presidencial de Avenida del Libertador, causando 308 muertos y más de 700 heridos. Como represalia esa noche varias iglesias de la Capital habían ardido. Ante la gravedad de la situación, meses antes Perón había iniciado la táctica de la conciliación nacional y había permitido que por primera vez los principales partidos de la oposición pudieran expresarse en la radio. Era el 31 de agosto y Perón ha amenazado con su renuncia como ofrenda a la paz interior, aunque la palabra elegida fue la más moderada de "retiro". Una muchedumbre se reunió en la Plaza de Mayo para pedirle que continuara en el gobierno. Parece confirmado que el discurso que Perón tenía preparado continuaba la idea de la conciliación. Sin embargo, el agresivo fervor de la multitud lo contagiaría y entonces pronunció el más violento de sus discursos, que, para muchos, selló su caída: "Les hemos ofrecido la paz y no la han querido. Ahora hemos de ofrecerles la lucha. Pero que sepan que esta lucha que iniciamos no ha de terminar... ¡hasta que no los hayamos aniquilado y aplastado!". Más adelante: "Y desde ya estableceremos como una conducta permanente para nuestro movimiento: aquel que en cualquier lugar intente alterar el orden en contra de las autoridades constituidas, o en contra de la ley o de la Constitución, ¡puede ser muerto por cualquier argentino!". Al final vendría lo peor: "La consigna para todo peronista, esté aislado o dentro de una organización, ¡es contestar a una acción violenta con otra más violenta! ¡Y cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de los de ellos!".

Dieciséis días más tarde Perón sería obligado a la renuncia y el exilio. Y diecisiete años después regresaría investido de la esperanza de la gran mayoría de argentinas y argentinos.

Enrique Santos Discépolo sostuvo una comprometida militancia peronista. Fue ese uno de los factores que provocaron su letal depresión, y murió distanciado de viejos amigos y criticado por sus pares, que le hicieron un vacío a raíz de su ideología. Lo que sigue son algunos párrafos del último texto leído por Discepolín el 10 de noviembre de 1951 en su microprograma radial *¿A mí me la vas a contar?*, un día antes de las elecciones que concluyeron con un triunfo arrollador de la fórmula Perón-Quijano: “Mordisquito [así llamaba a su contendor imaginario], ¿a mí me la vas a contar? Bueno, mirá, lo digo de una vez. Yo no lo inventé a Perón. Te lo digo de una vez, así termino con esta pulseada de buena voluntad que estoy llevando a cabo en un afán mío de liberarte un poco de tanto macaneo. La verdad: yo no lo inventé a Perón, ni a Eva Perón, la milagrosa. Ellos nacieron como una reacción a los malos gobiernos. Yo no lo inventé a Perón ni a Eva Perón ni a su doctrina. Los trajo, en su defensa, un pueblo a quien vos y los tuyos habían enterrado de un largo camino de miseria. Nacieron de vos, por vos y para vos. Los trajo esta lucha salvaje de gobernar creando miseria, los trajo la ausencia total de leyes sociales que estuvieran en consonancia con la época. Los trajo tu tremendo desprecio por las clases pobres a las que masacraste, desde Santa Cruz hasta lo de Vasena [se refiere a la Patagonia Rebelde y a la Semana Trágica durante el gobierno de Yrigoyen], porque pedían un mínimo respeto a su dignidad de hombres y un salario que los permitiera salvar a los suyos del hambre [...] Te dejo. Con tu conciencia. ¡Perón es tuyo! ¡Vos lo trajiste! ¡Y a Eva Perón también! Por tu inconducta. A mí lo único que me resta es agradecerte el bien enorme que sin querer le hiciste al país. Gracias te doy por él y por ella, por la patria que los esperaba para iniciar su verdadera marcha hacia el porvenir que se merece”.

CAPÍTULO XII

De 1955 a 1962

VENCEDORES Y VENCIDOS

El general Eduardo Lonardi, quien se había puesto al frente de la autodenominada “Revolución Libertadora” que derrocó al presidente Perón luego de alternativas cambiantes que duraron varios días, llegó a Buenos Aires desde Córdoba el 23 de septiembre del 1955 para asumir la presidencia de la Nación. Mientras Perón se exiliaba en el Paraguay del dictador Stroessner, el presidente de facto, desde el balcón de la Casa Rosada, expresó en su discurso que no habría ni “vencedores ni vencidos” y que el régimen instaurado duraría lo mínimo necesario para reorganizar democráticamente el país. La revolución, afirmaría, no había sido contra el pueblo peronista ni sus conquistas sino contra el Perón de la corruptela y del conflicto con la Iglesia. Lonardi era devoto católico y había coincidido con el peronismo del primer período. Para mayor inquietud de los acérrimos antiperonistas liberales representados por su vicepresidente, el contralmirante Isaac Rojas, designó un gabinete en el que, mezclados con liberales, había nacionalistas simpatizantes del peronismo.

Lonardi pareció o fingió no darse cuenta de que el golpe no había sucedido para un cambio de nombres sino por la recuperación del Estado para los intereses del liberalismo conservador, agroexportador y antiindustrialista vernáculo, decidido a terminar con el protagonismo de una década de la clase trabajadora.

Su política chocó inevitablemente con la oposición de quienes reclamaban medidas más duras y nada conciliadoras. No se hizo esperar un golpe interno en las Fuerzas Armadas que determinó el día 13 de noviembre su reemplazo por el general Pedro Eugenio Aramburu, quien fuera el jefe originario del golpe pero había tenido una actitud polémica al no haber cumplido con su misión de sublevar una unidad militar del Litoral. Acompañado por el almirante Isaac Rojas, nuevamente como vicepresidente, se adoptaron medidas drásticas contra el peronismo, encarcelando a sus dirigentes, interviniendo la CGT y los sindicatos, prohibiendo toda exhibición de

símbolos y también el mencionar el nombre de Perón, de Evita y del partido, poniendo en marcha múltiples comisiones investigadoras para demostrar la tan publicitada corrupción. También se benefició a los poderosos redistribuyendo el ingreso nacional, que en esos tiempos se dividía en partes iguales entre la patronal y los trabajadores. Asimismo se incorporó el país al Fondo Monetario Internacional, al Banco Mundial y al Club de París, se abandonaron los convenios bilaterales de comercio exterior, se desmanteló el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI), creado el 28 de mayo de 1946 durante el gobierno del general Edelmiro Farrell que sucedió al de Ramírez pero por iniciativa de Perón, cuyo objetivo era controlar el mercado centralizando el comercio exterior y transfiriendo recursos entre los diferentes sectores de la economía. También se suprimieron los controles de precios, se liberaron los arrendamientos rurales y los alquileres urbanos, y comenzó el proceso de desmantelamiento del Estado intervencionista que había caracterizado al gobierno peronista.

¿HACIA DÓNDE VAMOS?

La “Revolución Libertadora” convocó a un economista de prestigio, Raúl Prebisch, para orientar su política económica.

“El Plan Prebisch significará la transferencia de una parte substancial de nuestra riqueza y de nuestra renta hacia las tierras de ultramar. Los argentinos reduciremos el consumo, en virtud de la elevación del costo de vida y del auge de la desocupación. De esta manera no solamente aumentarán nuestros saldos exportables sino que serán más baratos, lo que será aprovechado por el consumidor inglés, que ensanchará su cinturón a medida que nosotros lo vayamos achicando.

”La mayor parte de nuestra industria, que se sustentaba en el fuerte poder de compra de las masas populares, no tardará en entrar en liquidación. Los argentinos apenas si tendremos para pagarnos la comida de todos los días. Y cuando las industrias se liquiden y comience la desocupación, entonces habrá muchos que no tendrán ni para pagarse esa comida. Será el momento de la crisis deliberada y conscientemente provocada.

”Los productores agrarios, que en un momento verán mejorar su situación, no tardarán en caer en las ávidas fauces de los intermediarios y de los consorcios de exportación, que muy pronto absorberán el beneficio de los nuevos precios oficiales. Para entonces ya no existirá el IAPI (Instituto Argentino de Promoción del Intercambio) ni habrá defensa posible.

”Exportaremos más, pero percibiremos menos por esas exportaciones en razón de la caída de nuestros precios como efecto directo de la reforma cambiaria. Luego, a medida que se destruya el sistema de comercio bilateral y entremos en la zona de la libra esterlina, tendremos que comenzar a ceder a la presión del ‘único comprador’. Llegado ese momento no habrá más remedio que aceptar sus imposiciones porque estará cerrada toda otra posibilidad. Se cumplirá así una clara sentencia de Prebisch: ‘Las economías débiles no colaboran, se subordinan fatalmente’. Mientras tanto nos iremos hipotecando con el fin de permitir que falsos inversores de capital puedan remitir sus beneficios al exterior. Y como nuestra balanza de pagos será deficitaria, en razón de la caída de nuestros precios y de la carga de las remesas al exterior, no habrá más remedio que contraer nuevas deudas e hipotecar definitivamente nuestro porvenir. Llegará entonces el momento de afrontar las dificultades mediante la enajenación de nuestros propios bienes, como los ferrocarriles, la flota [mercante] o las usinas”.

Nadie podrá negar a Arturo Jauretche su lucidez de augur, mucho más allá de lo circunstancial, en su libro *El Plan Prebisch. Retorno al coloniaje*.

ENTEREZA ANTE LA MUERTE

En los primeros días de junio de 1956 se desató una sublevación militar en contra del gobierno golpista. El propósito era forzar el regreso a la constitucionalidad y la recuperación de los beneficios para la clase trabajadora obtenidos durante el peronismo.

Conjurada la rebelión, su jefe, general Juan José Valle, se entrega con la falsa promesa de que su vida será respetada, y también la de los otros complotados. Es entonces cuando se le comunica que será fusilado en la ex penitenciaría de Las Heras y Coronel Díaz, en la Capital Federal. En esos últimos momentos escribe conmovedoras cartas a su esposa y a su hija, también a Aramburu, la que reproducimos fragmentariamente:

“Entre mi suerte y la de ustedes me quedo con la mía. Mi esposa y mi hija a través de sus lágrimas verán en mí un idealista sacrificado por la causa del pueblo. Las mujeres de ustedes, hasta ellas verán asomárseles por los ojos sus almas de asesinos. Y si les sonríen o les besan será para disimular el terror que les causan. Aunque vivan cien años sus víctimas les seguirán a cualquier rincón del mundo donde pretendan esconderse. Vivirán ustedes, sus mujeres y sus hijos, bajo el terror constante de ser asesinados. Porque ningún derecho, ni natural

ni divino, justificará jamás tantas ejecuciones.

”La palabra ‘monstruos’ brota incontenida de cada argentino a cada paso que da.

”Conservo toda mi serenidad ante la muerte. Nuestro fracaso material es un gran triunfo moral. Nuestro levantamiento es una expresión más de la indignación incontenible de la inmensa mayoría del pueblo argentino esclavizado. Dirán de nuestro movimiento que era totalitario o comunista y que programábamos matanzas en masa. Mienten. Nuestra proclama radial comenzó por exigir respeto a las instituciones y templos y personas [...].

”Nosotros defendemos al pueblo, al que ustedes le están imponiendo el libertinaje de una minoría oligárquica, en pugna con la verdadera libertad de la mayoría, y un liberalismo rancio y laico en contra de las tradiciones de nuestro país. Todo el mundo sabe que la crueldad en los castigos la dicta el odio, sólo el odio de clases o el miedo.

”Como tienen ustedes los días contados, para librarse del propio terror, siembran terror. Pero inútilmente. Por este método solo han logrado hacerse aborrecer aquí y en el extranjero. Pero no taparán con mentiras la dramática realidad argentina por más que tengan toda la prensa del país alineada al servicio de ustedes.

”Como cristiano me presento ante Dios que murió ajusticiado, perdonando a mis asesinos, y como argentino derramo mi sangre por la causa del pueblo humilde, por la justicia y la libertad de todos, no sólo de minorías privilegiadas.

”Espero que el pueblo conocerá un día esta carta y la proclama revolucionaria en las que quedan nuestros ideales en forma intergiversable. Así como nadie podrá ser embaucado por el cúmulo de mentiras contradictorias y ridículas con que el gobierno trata de cohonestar esta ola de matanzas y lavarse las manos sucias en sangre.

”Ruego a Dios que mi sangre sirva para unir a los argentinos.

”Viva la Patria”.

La esposa del general Valle acudió a la residencia de Olivos para rogar a Aramburu por la vida de su esposo. Luego de consultar el edecán le respondió, tajante: “Lo lamento, el presidente duerme”.

LA HISTORIA DE UNA MATANZA

No fue esa la única muerte, lo que marcó una grave diferencia con el gobierno peronista, que, aunque autoritario, nunca tomó medidas tan drásticas contra militares o civiles que participaron de las varias sublevaciones en su contra. A las 23.30 del 9 de junio de 1956 la policía de la provincia de Buenos Aires allanó una casa en la localidad

de Florida y detuvo a un grupo de civiles que suponía implicados en la rebelión militar de Valle. En la madrugada del día siguiente fueron asesinados en un basural de José León Suárez, en irregular cumplimiento de la Ley Marcial que se promulgaría y difundiría después del arresto. Los nombres de los muertos eran Nicolás Carranza, Francisco Garibotti, Carlos Alberto Lizaso, Mario Brión y Vicente Damián Rodríguez.

"La primera noticia sobre los fusilamientos clandestinos de junio de 1956 me llegó en forma casual, a fines de ese año, en un café de La Plata donde jugaba ajedrez", escribió Rodolfo Walsh en el prólogo de su *Operación Masacre*. Le informan: "Hay un fusilado que vive". Es Juan Carlos Livraga. "Miro esa cara, el agujero en la mejilla, el agujero más grande en la garganta, la boca quebrada y los ojos opacos donde se ha quedado flotando una sombra de muerte. Me siento insultado". Después busca a los otros que han vivido para contarlo: Horacio Di Chiano, Miguel Ángel Giunta, Rogelio Díaz, Norberto Gavino, Julio Troxler y Reinaldo Benavídez. Con sus testimonios Walsh reconstruirá lo sucedido aquella noche sangrienta y escribirá una pieza magistral y estremecedora de nuestra mejor literatura. Uno de los relatos es el de Di Chiano, un milagroso sobreviviente que ha quedado tendido sobre el suelo luego de las ráfagas. Con sorpresa comprobó que ninguna de las balas lo había alcanzado. Escuchó que los verdugos iban rematando a los caídos, enmudeciendo los quejidos de los aún vivos, y que ahora era su turno. "No los ve pero sabe que le apuntan a la nuca. Esperan un movimiento. Tal vez ni eso. Tal vez le tiren lo mismo. Tal vez les extrañe justamente que no se mueva. Tal vez descubran lo que es evidente, que no está herido, que de ninguna parte le brota sangre. Una náusea espantosa le surge del estómago. Alcanza a estrangularla en los labios. Quisiera gritar. Una parte de su cuerpo —las muñecas apoyadas como palancas en el suelo, las rodillas, las puntas de los pies— quisiera escapar enloquecida. Otra —la cabeza, la nuca— le repite: no moverse, no respirar".

El tiro de gracia nunca llegará y don Horacio habrá nacido de nuevo.

EL PACTO DE CARACAS

El radicalismo se había dividido en la Unión Cívica Radical del Pueblo, liderada por Ricardo Balbín, y la Unión Cívica Intransigente, cuya cabeza era Arturo Frondizi. Este último manifiesta una estrategia de aproximación al peronismo, cuya proscripción es tal que el decreto 4161 prohíbe que se nombre a Perón y todo lo que se relacione con su

persona y su movimiento. Como demostración de ello Frondizi retira a sus representantes, haciendo fracasar la Convención Constituyente reunida en Santa Fe con el objetivo de modificar la Constitución de 1949.

El delegado de Frondizi, Rogelio Frigerio, negocia en Caracas con el de Perón, John Cooke, un pacto que es firmado por sus jefes en febrero de 1958. Perón envió entonces un mensaje al Comando Táctico Peronista desde su exilio en la ciudad de Trujillo impartiendo órdenes: "El presente mensaje debe ser puesto en conocimiento de los dirigentes gremiales, políticos y de la resistencia, a fin de que orienten a los peronistas en el sentido de votar por el doctor Arturo Frondizi para la presidencia de la República". Explica después el mensaje la razón del acuerdo: "El peronismo brindará el ejemplo de su abnegación, de su desinterés, de su insobornable vocación combatiente por la causa de la Patria".

Ello permitió al candidato del radicalismo intransigente triunfar en las elecciones del 23 del mismo mes, acompañado por Alejandro Gómez, con 3.761.519 votos, el 44,79 por ciento de los sufragios. Ricardo Balbín-Santiago del Castillo, representando a la Unión Cívica Radical del Pueblo, obtuvieron 2.303.180, el 28,9 por ciento. Además Frondizi logró la totalidad de las gobernaciones provinciales, todo el Senado y los dos tercios de la Cámara de Diputados. Sin embargo ese poderío sería virtual pues pronto los conflictos nacionales relacionados con qué hacer con el peronismo fragmentaron dicha representación. A pesar de las presiones que recibió del radicalismo del pueblo para no cumplir con el resultado de las urnas, el presidente Aramburu felicitó a Frondizi por su triunfo, le puso la banda y le entregó el bastón el 1° de mayo de 1958.

El nuevo presidente se obligaba por el pacto a restablecer, en los primeros noventa días de su mandato, las conquistas obtenidas por el gobierno peronista en el campo social, económico y político, en particular la normalización de los sindicatos y de la CGT. Además se comprometió a mejorar el nivel de vida de los asalariados, reconocer al partido peronista y otorgar una amnistía general.

OCHENTA Y CINCO MIL

"Jorge Antonio: Yo no quería el pacto, Cooke lo impulsaba. Yo no quería el pacto de los radicales porque sabía que nos iban a traicionar. Era lógico que nos traicionaran. Lo que querían era llegar al poder y una vez que estuvieran en el poder, iban a pactar con los militares o los militares iban a presionar sobre ellos de tal forma que no

cumplieran ninguna de las promesas con nosotros. A mí Perón me dio una explicación ... 'Mire, Jorge', me dijo, 'si cumplen, bienvenido sea, la próxima vez seremos nosotros los que mandemos en el gobierno. Sí, yo seré presidente otra vez. Y si no cumplen, porque los militares no los dejan, porque seguramente no los van a dejar o los van a voltear, entonces vendrá otra etapa nueva y estarán los militares otra vez y éstos caerán, de eso no tenga duda'. 'Pero mientras tanto pasa el tiempo', le dije yo. '¿Qué prisa tenemos, Jorge? Con tal que se den las cosas como las veo yo, en las circunstancias que las veo, no tenemos que apurarnos. Déjelos. Yo no creo que Frondizi cumpla con nosotros pero la oportunidad del pacto es una oportunidad de demostrar que nosotros hemos tenido grandeza, nos hemos prestado a la solución de los problemas que afectan al país. Los militares no van más. Los radicales, si llegan a subir, si llegan a ganar las elecciones con Balbín, van a ser sirvientes de los militares'. Era lógico. Él lo veía con una claridad meridiana.

"P: ¿Hubo dinero en ese arreglo?

"Jorge Antonio: Muy poco. Le llevaron ochenta y cinco mil dólares a Perón. Frondizi le mandó dinero por medio de Frigerio. Perón necesitaba dinero" (Entrevista de F. Pigna).

En comunicación personal con el autor de este libro Jorge Antonio le confió que el dinero recibido por Perón fue invertido en la compra de la quinta de Puerta de Hierro.

—Fue un gran negocio, porque se valorizó muchísimo.

UN PRESIDENTE ACOSADO

Frondizi, durante los años de su gobierno, fue jaqueado por el poder militar, que sabía que el nuevo presidente había sido marxista en su juventud, como lo eran sus hermanos Silvio y Risieri, y les preocupaba su complicidad con el peronismo porque estaban convencidos de que este era una vía hacia el comunismo. También presionaba el peronismo a pesar del dictado de la Ley de Asociaciones Profesionales que estableció el anhelado sindicato único, lo que dio poder económico y político a su gremialismo. Pero reclamaron el levantamiento de su proscripción, intolerable para la confluencia antiperonista de militares, empresarios, políticos y medios de opinión.

También se le reprochó a don Arturo que las ideas expresadas en su libro *Política y petróleo* se modificaran ante una realidad social, política y económica diferente, debido a la distinta óptica que como presidente tenía de cuando era un teórico del llano. Ante la protesta de sectores que defendían a ultranza el nacionalismo de los recursos

naturales, propuso el autoabastecimiento petrolero sostenido en contratos firmados con empresas extranjeras, logrando triplicar la producción.

Ello fue parte de la puesta en marcha de un programa económico desarrollista, modernizador, acorde con el panorama mundial, concebido por él y por su más cercano colaborador, Rogelio Frigerio. Los temas principales, fueron, según F. Sabsay:

“El subdesarrollo es producto de la no industrialización y de la crónica crisis de sus economías.

”Se lo debe combatir con políticas realistas en un plan de prioridades de inversión.

”Es necesario el ingreso de capitales extranjeros por insuficiencia del capital nacional o su reticencia en invertir.

”Es inexorable para las fuerzas productivas en la internacionalización del proceso productivo la preeminencia del papel del Estado en el período de transición del subdesarrollo al desarrollo.

”Un Estado apoyado en una sólida base nacional podrá enfrentar el poder desestabilizador del capital monopólico internacional.

”Un Estado nacional sólo será fuerte cuando con objetivos precisos represente a todos los sectores sociales del país”.

El 30 de septiembre de 1958, Juan Domingo Perón, desde Trujillo, escribía a John William Cooke: “El incumplimiento de sus compromisos firmados con nosotros y tácitamente establecidos con el pueblo, en todas sus tribunas preelectorales, lo van llevando al desprestigio y colocándolo en la más absoluta orfandad, en tanto él intenta formar sus propias fuerzas recurriendo a procedimientos tan falsos como ineficaces”. Augurio que se cumpliría cuatro años después cuando Frondizi se vería obligado a dejar el gobierno.

LA REVOLUCIÓN CUBANA

La situación mundial, especialmente la de Latinoamérica, se vio profundamente alterada por el triunfo de Fidel Castro sobre el dictador Fulgencio Batista en Cuba. En un principio los observadores internacionales consideraron que se trataba de un movimiento democrático y nacionalista, pero pronto se fue esclareciendo la tendencia socialista y autocrática del nuevo gobierno. Los norteamericanos se preocuparon porque junto a Fidel, cumpliendo roles de importancia, descollaban dos personajes que se reconocían como comunistas: su hermano Raúl y el argentino Ernesto “Che” Guevara. Las relaciones con los Estados Unidos y los países latinoamericanos que adscribían a la política del país del norte fueron

enrareciéndose a raíz de las expropiaciones de empresas norteamericanas, los tribunales populares que fusilaban en la fortaleza de la Cabaña y la persecución a los disidentes, que huyeron del país en grandes cantidades.

La Habana comenzó a “exportar” su revolución apoyando movimientos guerrilleros en Sudamérica y también a los gobiernos marxistas en Etiopía y Angola. El Che Guevara, años después de su paso por el gobierno cubano, combatió en el Congo contra los tiranos Tchombé y Kasabuvu.

El presidente John F. Kennedy, poco después de asumir, autorizó una invasión ya planeada en la bahía cubana de Los Cochinos, en abril de 1961, que terminó en un fracaso que fortaleció a Fidel y lo forzó a declararse comunista y buscar abiertamente el apoyo de la Unión Soviética.

De allí en más la política de los Estados Unidos para Latinoamérica estuvo dirigida a evitar que se repitiera otra Cuba, ya fuese por la fuerza como lo demostraron sus intervenciones en Centroamérica, o a través de proyectos para disminuir la pobreza continental a través de la llamada Alianza para el Progreso. Los ejércitos nacionales, también el argentino, se sintieron convocados para enfrentar un nuevo enemigo, el “interior”, la infiltración marxista, y adscribieron a la Doctrina de la Seguridad Interior, coordinando sus acciones y recibiendo entrenamiento antiguerrillero en el Comando Sur norteamericano con sede en Panamá.

LAS CRISIS DE FRONDIZI

Otro conflicto que debió enfrentar el gobierno frondicista fue el artículo 28 de la ley 6403/55, que permitía el funcionamiento de universidades privadas autorizadas a expedir títulos habilitantes, hasta entonces exclusividad de las universidades públicas. Ello provocó actos y manifestaciones no exentos de violencia en los que se enfrentaron los partidarios de la enseñanza “laica”, que acusaban al presidente de ser instrumento de la Iglesia, contra los partidarios de la enseñanza “libre”, que tildaron a sus adversarios de ateos y comunistas. La propuesta de estos triunfó finalmente en el Congreso por un solo voto.

No terminaron allí las pesadillas de Frondizi: en 1959 estalló una gran huelga de los obreros de la carne en el frigorífico Lisandro de la Torre, y ocuparon el establecimiento oponiéndose a la privatización. Las 62 Organizaciones se solidarizaron con una huelga general que fue duramente reprimida por tres mil policías armados con tanques que

desalojaron a los trabajadores luego de una violenta resistencia. La consecuencia fue la aplicación del Plan Conintes (Conmoción Interna del Estado), por el que los presos por actividades contrarias al orden público podían ser juzgados por tribunales militares. Todo ello terminó enajenándole al presidente el vínculo de los trabajadores.

A pesar de tantos obstáculos se logró atraer capitales extranjeros gracias a la Ley de Promoción Industrial, se mejoró la red energética indispensable para el desarrollo constituyendo la empresa SEGBA, y se consolidaron las industrias básicas como la petroquímica y la siderúrgica.

Pero la sucesión de "planteos", es decir las presiones en persona de los jefes de las tres fuerzas armadas relacionadas con objeciones a medidas tomadas o exigencias de medidas por tomar, sumadas a la personalidad oscilante de Frondizi —sus opositores lo calificaron de "maquiavélico"—, hicieron que fuera cediendo en sus convicciones, por lo que aceptó el alejamiento de Frigerio a cargos de gobierno. De 1958 a 1962 sufrió veintiséis planteos militares y seis intentos golpistas, que lograron el ingreso al gabinete de personajes ajenos a su ideario como Álvaro Alsogaray, Miguel Ángel Cárcano, Federico Pinedo, Roberto Alemann, Carlos Muñiz y otros, representantes de las oligarquías tradicionales que se oponían a todo cambio del *statu quo* del país exportador de materias primas agrícologanaderas y dependiente de los poderes extranacionales.

El golpe de gracia fueron las victorias peronistas y neoperonistas en las elecciones del 18 de marzo de 1962. No es fácil comprender los motivos por los que Frondizi se expuso a una derrota previsiblemente indigerible para los militares antiperonistas. Es de prever que se debió a un error de cálculo de su ministro del Interior, Alfredo Vítolo, quien confió en que el peronismo volvería a apoyar a quien les había hecho más concesiones de las que su debilidad política y el antiperonismo de los factores de poder le permitían.

El formal Partido Justicialista y agrupaciones embozadamente peronistas como la Unión Popular o el Tres Banderas alcanzaron el triunfo en diez de las catorce provincias. Pero el resultado decisivo que precipitó los acontecimientos fue el triunfo del sindicalista Andrés Framini en la provincia de Buenos Aires. Tratando de parar la indignación militar, en una actitud reprobable que orilló la indignidad, el gobierno envió interventores a las provincias donde había triunfado el peronismo. Fue inútil: los comandantes en jefe de las tres Fuerzas Armadas exigieron la renuncia del presidente Frondizi, a lo que este se negó. El 28 de marzo de 1962 fue apresado y enviado a la isla Martín García.

Uno de los argumentos que se esgrimieron para derrocar a Frondizi fue el haberse reunido clandestinamente con el Che Guevara, lo que alimentó la paranoia de las fuerzas armadas sobre el impensable marxismo del presidente. Como parte de mis investigaciones sobre la vida del guerrillero argentino para la biografía que escribí sobre él, entrevisté a Jorge Carretoni, quien tuvo a su cargo la operación previa al encuentro clandestino entre el guerrillero y el presidente argentinos.

"Yo había sido presidente de la Juventud de la Unión Cívica Radical Intransigente, el sector más izquierdista del partido del presidente Arturo Frondizi. Cierto día de julio de 1961 me cita Frondizi en su despacho y me pregunta si estoy dispuesto a ir a la Reunión del CIES, Consejo Interamericano Económico y Social, en Punta del Este que se celebraría pocos días después. Acepto con alguna sorpresa por la inesperada proposición y soy enviado como asesor del CFI (Consejo Federal de Inversiones), aunque me doy cuenta de que es otra cosa lo que esperaba de mí. Antes de partir don Arturo me vuelve a convocar con mucha reserva y entonces me pide que en Punta del Este busque hacer contacto con el Che Guevara. Yo conocía al gordo Rojo, a su vez amigo del Che, y por su intermedio nos juntamos y compartimos los tres una charla muy distendida que se prolonga hasta las cinco de la mañana con el mate pasando de mano en mano.

"El interés de Frondizi en el encuentro era mejorar sus relaciones con los Estados Unidos, hacer mérito y así ganar algo de aire en circunstancias en que estaba acosado por los gremios peronistas, por los planteamientos de fuerzas armadas antiperonistas y anticomunistas, siempre dispuestas a asaltar el poder, y por una situación económica que empeoraba día a día. Su objetivo era intermediar en las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba, gravemente deterioradas luego de los sucesos de Playa Girón, y jugar a favor del interés norteamericano en convencer a Guevara de la inconveniencia del ingreso de Cuba al Pacto de Varsovia, principal preocupación del presidente Kennedy en aquellos días. Imagino que Frondizi estaba en condiciones, durante el encuentro, de ofrecer al Che alguna ayuda acordada con Kennedy y le garantizaría el apoyo de Argentina y Brasil, los dos países más importantes de la región.

"Durante el trayecto de cuarenta y cinco minutos en un avión privado desde Punta del Este Guevara durmió plácidamente apoyado en el hombro del director para Asuntos Latinoamericanos de la cancillería cubana, Ramón Aja Castro. Cuando llegamos al pequeño aeropuerto privado de Don Torcuato nos esperaba la custodia presidencial a cuyo frente estaba un elegante y ceremonioso capitán de fragata. Descendí primero y aconsejé al Che permanecer en el Piper

hasta que yo le hiciera señas de que estaba todo bien. Sin darme tiempo a nada el jefe de la custodia se dirigió hacia mí y haciendo la venia, bien aleccionado, me informó que había sido designado para custodiarme y que respondía por mi seguridad con su propia vida. Yo le agradecí pero le susurré que no era a mí a quien debía custodiar sino al Comandante Guevara y señalé a quien, ya advertido, descendía la escalerilla. Nunca olvidaré que al capitán de fragata Fernando García, de la sorpresa, se le cayeron los blancos e inmaculados guantes sobre la pista.

”Llegamos a la Quinta Presidencial de Olivos a las nueve de la mañana y enseguida Frondizi y Guevara se encerraron en un pequeño salón a solas. Antes el presidente dio orden a la custodia de esperarlo en el salón contiguo, quizá con la intención de que demorasen en dar aviso a sus respectivas fuerzas armadas. La reunión duró tres horas y a su fin Frondizi me convocó para informarme que había sido muy satisfactoria, comentario que el tiempo pondría en duda, ya que el presidente argentino sería derrocado algunos meses más tarde y uno de los pretextos del golpe militar sería su encuentro clandestino con el ‘jerarca comunista Comandante Guevara’ como rezaría el comunicado golpista. En cuanto al presidente brasileño Janio Quadros, no sólo recibiría al Che sino que además lo condecoraría públicamente para dos semanas más tarde renunciar misteriosamente a su cargo. En lo que hace a las relaciones USA-Cuba no hubo mejoría ya que un año después se produciría la crisis de los misiles, que puso al mundo al borde de la guerra nuclear.

”Lo que nunca olvidaré es que, cuando estaba por despedirme, Frondizi me preguntó: ‘Carretoni, ¿dónde va a dormir esta noche?’.

”Sorprendido le respondí en forma automática: ‘En mi casa’.

”El presidente me tomó del brazo y me habló en voz baja: ‘Ni se le ocurra. Váyase lejos por un tiempo y llévese a su familia’”.

Capítulo XIII

De 1962 a 1970

EL CIRCO DE LOS TANQUES

Derrocado Frondizi por el largamente anunciado golpe militar, asumió el 29 de marzo de 1962 el presidente del Senado por una astuta maniobra de la Corte Suprema, en especial de su ministro Julio Oyhanarte, que impidió la asunción del comandante en jefe del Ejército y cabeza del levantamiento, general Raúl Poggi. El abogado rionegrino José María Guido era un personaje anodino que salvó la apariencia constitucional pero que fue sumiso a las decisiones de los jefes militares anulando las elecciones y proscribiendo al peronismo y al comunismo. Postergada la solución política al problema que planteaba el peronismo se intensificó el conflicto interno del ejército por la distinta posición ante dicho tema. Para los "colorados" era un movimiento de clase, sectario y violento que podría dar lugar al comunismo, y por lo tanto debía ser extirpado sin miramientos. Por el contrario, los "azules" consideraban que aceptar su existencia era un acto de realismo y que a pesar de sus excesos y de sus abusos el peronismo era una fuerza nacional y cristiana que había permitido a la clase obrera no volcarse hacia el comunismo, pero que en tanto pudiera triunfar había que cerrarle el camino electoral. Las dos fracciones llegaron al enfrentamiento armado, que se resolvió con el triunfo "azul", que impuso al general Onganía como comandante en jefe. Semanas más tarde la aviación de la Marina, aliada del bando perdedor, bombardeó los tanques de Magdalena que luego destruyeron varios de esos aparatos en tierra.

La ciudadanía presenció esos acontecimientos con azoro, sin comprender que pudo haberse llegado a la tragedia. Ricardo Halac, entonces periodista del diario *El Mundo*, escribiría su testimonio:

"Rumbié con un fotógrafo hacia Parque Chacabuco, donde decían que se había asentado una columna de tanques. El lugar tenía la algarabía de un pueblo cuando llega el circo con sus elefantes adelante. En este caso los elefantes eran los tanques y los acróbatas los soldados, que asomaban tímidamente la cabeza desde el interior, o

estaban sentados en el pasto, según lo hubieran dispuesto sus jefes. Y a su alrededor pululaban chicos que gritaban, mientras los curiosos adultos se agrupaban a un costado y miraban. Era imposible discernir si esa columna de tanques era azul o colorada”.

El gran humorista Tato Bores, con libreto de Santiago Varela, se lo tomó con su habitual lucidez irónica: “Mientras tanto los militares, que no tenían nada que hacer, se pusieron a jugar a los soldaditos entre ellos, hicieron una raya y dijeron: ‘Colorados de este lado, azules de este otro lado, gana el que tiene más tanques’. Nosotros, los civiles, que no teníamos arte ni parte en el asunto, porque únicamente ligábamos una bomba que nos reventara la casa, estábamos tranquilos porque tanto azules como colorados decían que todo lo hacían por el bienestar de la gente y por la salvación de la patria; de donde se deducía que la salvación de la patria estaba en manos del que tenía más tanques, ¿comprende?”.

LAS EXENCIONES DE ROCKEFELLER

Las elecciones convocadas para el regreso a la normalidad constitucional sufrieron avatares que desnaturalizaron ese propósito. El peronismo duro volvió a ser proscripto y Perón decidió el voto en blanco de sus partidarios. El líder indiscutido del radicalismo del pueblo, Ricardo Balbín, convencido de una nueva derrota de su partido ante quien Perón adjudicase sus votos, delegó la candidatura presidencial en un político y médico cordobés de una honestidad acerada, Arturo Illia, acompañado por el porteño Carlos Perette, quien se impuso sorpresivamente pero con poco más del veinticinco por ciento de los votos, ya que hubo una gran dispersión entre los de Alende (UCRI), Aramburu (UDELPA), el peronismo no ortodoxo de la Unión Popular y los votos en blanco, además de otros partidos menores.

Desde un principio el flamante mandatario, que asumiera el 1º de octubre de 1963, exhibió un estilo parsimonioso que respondía a su convicción de que el mejor aliado para la solución de los problemas era la decantación del tiempo, pero eso chocó con el vértigo de los tiempos modernos evidentes en la Capital Federal y lo expuso a críticas por lo que se definió como su “lentitud e ineficacia”. De lo que no se pudo dudar fue de su dignidad y de su patriotismo.

“Acá vino [Nelson] Rockefeller y le pidió exenciones para poner el banco Chase Manhattan que luego se puso en el gobierno de Onganía. Entonces, mi padre cuando vino Rockefeller le dijo: ‘Usted puede invertir acá, no hay ningún problema, pero tiene que cumplir con las

leyes del Banco Central'. Y Rockefeller le dijo que quería exenciones. Entonces mi padre le contestó: 'Si yo pongo en Estados Unidos el Banco Nación Argentina, ¿tengo que cumplir con la legislación norteamericana?'. Ellos lo que querían hacer acá no era invertir sino hacer usura. Y tras el derrocamiento de don Arturo el Chase Manhattan se instaló en el país. Es muy simbólico, ¿no?" (Testimonio de Leandro Illia, hijo de don Arturo, a J. Bossi).

LA CONSPIRACIÓN MEDIÁTICA

Robert Potash, en su investigación sobre las Fuerzas Armadas y el poder en la Argentina, asegura: "Desde mediados de 1965 ciertos periódicos se habían comprometido en una campaña deliberada para desacreditar a la administración radical [...] a transmitir una idea de que el golpe era inevitable [...] y los que no participaron desempeñaron un rol pasivo, observando con indiferencia el proceso sin hacer nada para desalentarlo".

Potash señalaría a las revistas *Confirmado* y *Primera Plana*, ambas fundadas por Jacobo Timerman, y a los columnistas Juan José Güiraldes y Mariano Montemayor como los conspiradores de prensa más visibles. Aunque no pasaría por alto los ácidos editoriales de *La Nación* y *La Prensa*. Se llegó al caso de que el periodista Rodolfo Pandolfi escribió en *Confirmado*, el 23 de diciembre de 1965, que el golpe se produciría el 1º de julio siguiente y detalló la hora en que Illia dejaría la Casa de Gobierno. Su augurio falló solo por tres días. En 1996 explicó que su columna no era el anuncio de un golpe. "Era habitual en las revistas hacer un balance de fin de año. Esta nota estaba incluida en ese marco. La hipótesis de Timerman era que el golpe sería inevitable", se justificó.

El compromiso del periodismo con la conspiración contra Illia se evidencia también en que fue Mariano Grondona quien redactó el "Comunicado 150", donde se justificaban las razones del golpe militar y se anticipaban sus proyectos.

EL COMANDANTE SEGUNDO

En 1963 Jorge Ricardo Masetti, periodista argentino que se hizo amigo del Che Guevara entrevistándolo en Sierra Maestra, fundador de Prensa Latina en La Habana, estuvo al frente de una intentona guerrillera en el noroeste argentino, autodenominada Ejército

Guerrillero del Pueblo (EGP). En esa condición, desde la clandestinidad, Masetti envió al presidente Illia una carta en la que hacía mención a la proscripción del peronismo:

“La trayectoria de su vida indica que ha sido usted un hombre rebelde, aferrado a principios en los que creyó y de los que no se apartó jamás. Por lo tanto, nadie hasta este momento podía señalarlo como hombre susceptible de trocar honor por poder, ni dignidad por vanagloria. Nadie, hasta este momento, podía decir que era usted un hombre débil ante el chantaje o temeroso de la coacción. Nadie, hasta este momento, podía reprocharle lealmente su conducta cívica, ya que, equivocado o no, supo usted defender su criterio con altura. Pero a partir de este momento, el pueblo argentino puede decirle sin equívoco: es usted el producto del más escandaloso fraude electoral, en toda la historia del país.

”[...] ¿Dónde está su rebeldía? ¿Dónde está su valor? Si en el momento más importante de su vida cívica Ud. cede y públicamente admite haber tenido que pagar el precio de vencer sobre rivales proscriptos; el de hablar sobre rivales enmudecidos; el de gritar sus consignas sobre quienes estaban condenados a la cárcel si sólo mencionaban un nombre; el de hacer libre uso de la maquinaria electoral de su partido sobre organizaciones hechas pedazos por decretos represivos.

”Pero, colocándonos hipotéticamente en su ángulo y mirando desde allí al porvenir nacional, pagado al precio exigido por el chantajista, ¿podrá Ud. gobernar libremente? ¿Es que acaso el chantajista depuso sus armas y quedó satisfecho?

”[...] Este ejército nuestro es el de los rebeldes, el de los que no se doblegan, el de los que repudian las negociaciones fraudulentas de políticos fraudulentos en colegios electorales fraudulentos. El de los que no pagan atemorizados a los chantajistas, sino que los combaten con tenacidad y firmeza. Y sólo dejaremos nuestras armas para regresar a nuestras herramientas, cuando haya en el país un gobierno que no sea producto del fraude y la coacción y un ejército compuesto por los militares dignos, los que se sientan parte del pueblo y se consideren servidores del mismo.

”Campamento Augusto César Sandino, 9 de julio de 1963”.

Esa guerrilla inaugural del EGP, de la que participaron algunos cubanos de estrecha relación con el Che, por ejemplo sus dos secretarios, y de la que hubiera sido el Comandante Primero si lograba instalarse, fue deshecha por la Gendarmería Nacional, quien creyó que se trataba de traficantes de drogas, y varios de sus integrantes fueron muertos y otros encarcelados. Masetti se internó en la selva y su cadáver nunca fue hallado.

La atmósfera de libertad que se vivía durante el gobierno de Illia estimuló el desenvolvimiento de movimientos culturales vanguardistas. Por ejemplo el pop-art, que tuvo su catedral en el Instituto Di Tella. "Nosotros amamos los días de sol, las plantas, los Rolling Stones y las medias blancas, rosadas y plateadas, a Sony and Cher, y a Bobby Dylan. A Saint Laurent, las pieles, el celeste y el rosa, las camisas con flores, las camisas con rayas, los pelos, que nos saquen fotos, los cuerpos tostados, las gorras de color, los finales felices, el mar; bailar; las revistas, el cine, las nubes, el negro, las ropas brillantes, las *baby girl*, las *girl girl*, los *boy girl*, los *girl boy* y los *boy boy*", escribiría una de las protagonistas de la "movida", desnudando la fuerte impronta de las corrientes entonces en boga en los Estados Unidos y en Europa y su escaso anclaje en las tradiciones vernáculas.

La moda se postulaba como una de las formas del arte y fue en el Di Tella donde se daba cita la llamada "gente linda". Allí surgieron Oscar Masotta, Les Luthiers, Edgardo Jiménez, Marta Minujín, Dalila Puzzovio, Oscar Araiz y muchos más. Era una manifestación de la juventud de los sesenta alejada de posiciones políticas radicalizadas, a pesar de lo cual provocaba la inquietud del *establishment*. Fuertemente influidos por la oposición a la guerra del Vietnam y el movimiento *hippie* de los Estados Unidos, expresaban sus diferencias con el orden establecido dejándose crecer el pelo o usando ropas novedosas. En el análisis moralista del gobierno golpista que sucedió al de Illia, ambas formas de expresión, la política, que atraía a vastos sectores juveniles enfrentados al autoritarismo, y la contracultural, eran igualmente sospechosas y peligrosas. Se formó una imagen de la juventud asociada al amor libre, las drogas y el rock. La palabra *hippie* invocaba marihuana, religiones exóticas, actividades contestatarias, deseo de volver a la naturaleza. Este movimiento fue identificado con las cuadras que rodeaban al Di Tella y la zona se conoció como "la manzana loca", donde en *boutiques*, bares y el Instituto mismo se exhibían las últimas tendencias. En las cercanías, la plaza San Martín y más tarde la feria artesanal de Plaza Francia fueron también asociadas con lo que se llamó cultura *hippie*.

La revista *Primera Plana*, en su breve existencia pos-Illia, escribiría: "Durante noviembre arreciaron las detenciones en bares y parques, se exigió la identificación de jóvenes por el solo hecho de usar barba o cabello largo, se acusó a los *hippies* de escándalo público por actos tales como dormir al aire libre o cantar en una plaza. Una de las acusaciones habituales es la de vagancia". Dicho con crudeza, ser joven en Argentina, en los tiempos de Onganía y Lanusse, era ser sospechoso. Años más tarde sería dramático.

LA ECONOMÍA DE UN "MAL GOBIERNO"

Según estudios de Gerchunoff y Llach, durante el gobierno de Illia se logró superar el estancamiento de la economía a partir de la excelente cosecha de 1964-1965 y la buena gestión del ministro de Economía, Eugenio Blanco. Había sesenta por ciento más de cereales, mientras que el stock ganadero se situaba en cincuenta y un millones de cabezas. Esto y la mayor recaudación del fisco permitieron aplicar el gasto estatal a la reactivación de la economía, dar crédito a las industrias generadoras de empleo y escasos requerimientos de insumos importados. La desocupación bajó del 8,8 al 4,4 por ciento y la participación de los sectores del trabajo en el ingreso bruto subió del 36 por ciento en 1963, al 41 por ciento en 1964. La deuda externa bajó de 3.390 millones de dólares en 1963 a 2.650 millones en 1965. Se prefirió no negociar con el FMI y hacerlo separadamente con los países acreedores. En 1964 y 1965 el país creció el 10 y el 9 por ciento anual respectivamente, y en 1966, el año del golpe militar, también crecía, a pesar de las dificultades políticas y gremiales.

LA ENERGÍA DEL PRESIDENTE "DÉBIL"

Uno de los sectores afectados por decisiones de Illia fue la poderosa industria farmacéutica debido a la ley, propuesta por el ministro de Salud Pública, Arturo Oñativia, que dio intervención al Estado en la producción y la comercialización de los medicamentos, por entender que eran bienes sociales que no debían someterse a las reglas del mercado.

Otra medida que le ganó enemigos de mucho peso dentro y fuera de la Argentina fue la decisión, anunciada durante la campaña presidencial, de anular los contratos petroleros firmados en tiempos de Frondizi sin licitación internacional ni participación del Congreso. Las compañías petroleras afectadas fueron indemnizadas con doscientos millones de dólares. Contrariamente a lo augurado, la producción de petróleo y gas no se estancó pero las inversiones extranjeras se retrajeron.

En cuanto a la política exterior, cuando cayó el dictador Rafael Leónidas Trujillo en 1965, los *marines* norteamericanos invadieron la República Dominicana para impedir la inminente instalación de un gobierno progresista. La Argentina de Illia se negó a enviar las tropas que Washington, escaldado por la experiencia cubana, exigió en la OEA a los países latinoamericanos para avalar su intervención. La digna actitud de Illia provocó una fuerte discusión con el comandante en jefe del Ejército, Juan Carlos Onganía, quien estaba convencido de que

la guerra debía darse contra “el enemigo interior”, el comunismo, que desplegaría todo tipo de argucias para infiltrarse en la sociedad argentina. Otro éxito del canciller Zavala Ortiz fue conjurar el ingreso de un representante malvinero en la OEA y suavizar los conflictos limítrofes con Chile.

Los problemas de gestión de Illia tuvieron que ver, además de con las complejas situaciones nacional e internacional que no supo interpretar y pilotear cabalmente, con su acendrada convicción en la libertad de una prensa que carcomía la opinión pública sobre su gobierno. También con que Ricardo Balbín, quien dominaba el partido, trataba de imponerle sus ideas a través de integrantes del gabinete que le respondían.

LOS VISITANTES INDESEABLES

Los representantes del Fondo Monetario Internacional presionaban al ministro Blanco a favor de la devaluación del peso y de la suspensión de la Ley de Medicamentos. Blanco resistía a pie firme hasta que, en el límite de su paciencia, consultó con su presidente. “En cuarenta y ocho horas los representantes de la parte acreedora deben abandonar el país”, fue la respuesta.

EL LOBO

De él había dicho Ernesto “Che” Guevara: “Es el único dirigente sindical que puede arrastrar a la masas”. Sobre él también opinaría Perón en una carta a José Alonso, a principios de 1966: “El enemigo principal es Vandor y su trenza; pues a ellos hay que darles con todo y a la cabeza, sin tregua ni cuartel”.

La Ley de Asociaciones Profesionales, cumplimiento parcial del pacto Perón-Frondizi, había permitido al sindicalismo obtener importantes ventajas en su poderío político y económico. Los gremios construyeron y compraron sanatorios, hoteles, parques recreativos, viviendas, pero también se transformaron en el sostén económico del movimiento justicialista, lo que los llevó a dominarlo.

Augusto Timoteo Vandor era el máximo dirigente del entonces poderoso gremio de los metalúrgicos (UOM), también secretario general de las dominantes 62 Organizaciones, que impulsó y financió en 1962 la triunfante y luego anulada candidatura a gobernador de Buenos Aires de Andrés Framini. Vandor se erigió en un fuerte

opositor de Illia, pero también inquietaba a Perón, quien, desde España, advertía que el “Lobo” no respondía disciplinadamente a sus instrucciones sino que parecía inclinado a promover un “peronismo sin Perón” del cual sería la cabeza. A esta conclusión había llegado al fracasar el primer intento de regreso de Perón a su patria, el 2 de diciembre de 1964, en un vuelo de línea detenido en el aeropuerto de Río de Janeiro y regresado a España. Muchos se convencieron de que había sido una intentona condenada al fracaso desde un principio y que con ella Perón había querido demostrar una supuesta decisión de volver pero también la definitiva imposibilidad de lograrlo. Se trataba entonces de salvar al peronismo de su extinción, de reemplazar a Perón como su líder. Para lograr sus objetivos, Vandor no le hizo ascos a conspirar en contra del gobierno radical con militares y con empresarios.

Fue artífice de la puesta en marcha del Plan de Lucha de la CGT, motorizado a raíz de que se sospechaban intenciones de Illia de modificar la Ley de Asociaciones Profesionales para menguar el poderío de los gremios. Estos se dividieron entre los leales al líder exiliado y los que respondían a las 62 del “Lobo”, y compitieron en demostrar hostilidad hacia el gobierno. Hubo entonces once mil fábricas tomadas, en muchos casos con sus directivos como rehenes. Illia se negó a convocar a los militares para reprimir las movilizaciones, como había hecho Frondizi con el Plan Conintes, y tampoco decretó el estado de sitio, decisiones republicanas que fueron malévolamente interpretadas como evidencias de su debilidad, que el dibujante satírico Flax representaba posándole una paloma sobre la cabeza a partir del infundio de que Illia abandonaba sus obligaciones presidenciales para bajar a la Plaza de Mayo a alimentar a dichas aves.

LOS GASTOS RESERVADOS

“El 2 de abril de 1975 se casaron Emma Silvia Illia con Gustavo Soler. El señor Álvarez, intendente de la Quinta Presidencial y desconocedor de las normas en vigencia, me solicita una suma de dinero, de gastos reservados, para afrontar erogaciones de la cena a realizarse. Le contesté que era imposible y que solamente sería viable si el presidente lo ordenaba, de acuerdo a lo estipulado. De suyo sabía cual sería su contestación: ¡No!

”Consecuencia: los gastos del ágape fueron solventados del sueldo total e inamovible, durante todo el período y sin ningún aditamento, de 132.000 pesos moneda nacional, equivalentes a 650 dólares, del presidente Illia. Única y constante suma que administró en lo

personal" (Testimonio de Ricardo Illia, entonces secretario general de la Presidencia).

LOS SALTEADORES NOCTURNOS

Es el 28 de junio de 1966. Un mes antes, en su discurso del Día del Ejército, el general Pascual Pistarini, comandante en Jefe, anticipó el golpe de Estado al acusar al gobierno de "postergar urgentes soluciones con maniobras que no se justifican" y criticar a los partidos políticos por "subordinar el quehacer nacional al electoralismo".

El general Julio Alsogaray, acompañado de los coroneles Luis César Perlinger y Oscar Premoli y de otros oficiales, ingresa en el despacho presidencial sin anunciarse. El presidente finge no advertir su presencia y continúa despachando asuntos de gobierno en su escritorio. Cuando Alsogaray lo intima a abandonar la Casa Rosada y renunciar a la presidencia, el doctor Illia los increpa diciéndoles que ellos no tienen autoridad para exigir eso y les ordena enérgicamente que se retiren. Los militares, intimidados y desorientados, obedecen y se van. Al rato, son las seis de la mañana, regresa el coronel Perlinger flanqueado por algunos oficiales subalternos y fuerzas policiales:

"Perlinger: Doctor Illia, vengo a exigir su renuncia por instrucción del comandante en jefe.

"Illia: El jefe supremo de las Fuerzas Armadas soy yo. Ustedes son los insurrectos. ¡Retírense!

"Perlinger (en tono firme): Doctor Illia, en nombre de las Fuerzas Armadas, vengo a decirle que ha sido destituido.

"Illia: Su conciencia le va a reprochar lo que esté haciendo (dirigiéndose a la tropa policial): A muchos de ustedes les dará vergüenza cumplir estas órdenes indignas de quien ni siquiera es su jefe. Acuérdense: cuando cuenten a sus hijos lo que hicieron en este momento, sentirán vergüenza...".

Hubo forcejeos, pero en pocos minutos el despacho fue desalojado. Illia y sus colaboradores bajaron por las escaleras hasta la planta baja seguidos de cerca por el pequeño batallón de lanzagases. Eran las 7.40. Sobre las veredas de la Plaza de Mayo y del vecino Banco de la Nación varias docenas de soldados cuerpo a tierra apuntaban hacia la Casa Rosada con sus fusiles.

En una entrevista de la revista *Gente* el doctor Illia contará que "cuando pude llegar a la puerta de salida de la Casa de Gobierno rodeado por un montón de gente que seguía gritando, vi a un muchacho que reconocí como el vendedor de diarios de Plaza Mayo, con el que yo solía charlar de vez en cuando. Estaba subido a una

columna y me decía algo con los ojos llenos de lágrimas. Estaba gritando, pero yo no podía entender lo que decía en medio de esa gritería. Quisiera ahora volver a verlo. Me ofrecieron un coche de la presidencia, pero lo rechacé. Yo quería un taxi”.

Eran las 7.45 de una mañana nublada.

Años después, en julio de 1976, el coronel Luis César Perlinger escribió al doctor Illia: “Hace diez años el Ejército me ordenó que procediera a desalojar el despacho presidencial. Entonces el Dr. Illia serenamente avanzó hacia mí y me repitió varias veces: ‘Sus hijos se lo van a reprochar’. ¡Tenía tanta razón! Hace tiempo yo me lo reprocho porque entonces caí ingenuamente en la trampa de contribuir a desalojar un movimiento auténticamente nacional para terminar viendo en el manejo de la economía a un Krieger Vasena [ministro de Economía]. Usted me dio en esa oportunidad una inolvidable lección de civismo”.

Capítulo XIV

De 1970 a 1976

ATAR LOS ZAPATOS

Son las tres de la tarde del domingo 31 de mayo de 1970. Dos días antes los integrantes de un movimiento autodenominado "Montoneros", provenientes del nacionalismo católico, han dado su primer golpe secuestrando al ex presidente de facto general Pedro Eugenio Aramburu. Erigidos en improvisado "tribunal popular", en una estancia en Timote, provincia de Buenos Aires, leen los cargos contra quien fuera cabecilla del golpe militar que en 1955 derrocó a Juan Domingo Perón, obligándolo al exilio. Lo acusan por ello y por su responsabilidad en los fusilamientos de militares y civiles en junio de 1956, en el secuestro del cadáver de Evita y en la preparación de un golpe contra Onganía en connivencia con un peronismo "domesticado", alejado de Perón.

Ante el primer cargo Aramburu reconocerá: "Nosotros hicimos una revolución, y cualquier revolución fusila a los contrarrevolucionarios". En cuanto al cadáver de Evita, revelará lo que hasta entonces se desconocía: que yacía en un cementerio de Roma, con nombre falso, bajo custodia de Vaticano. También contó que la documentación vinculada con el robo estaba en una caja de seguridad del Banco Central a nombre del coronel Cabanillas. En relación con el supuesto movimiento contra Onganía, lo negó de plano.

Lo del juicio fue una parodia, porque la muerte del secuestrado estaba ya decidida de antemano. Quien se encargará del disparo, luego de la lectura de la sentencia, será Juan Manuel Abal Medina. El cadáver sería rociado en cal y enterrado en ese campo de Timote.

Horacio Verbitsky, ex integrante de la organización Montoneros, en una entrevista de Claudia Acuña a raíz del encuentro en el programa de Bernardo Neustadt entre la conducción de Montoneros y el hijo del asesinado general Aramburu, afirmó:

"—Me impresionó mucho ese encuentro. Esos montoneros habían sido mis compañeros de militancia y, por decirlo en términos de entonces, ese hombre era el hijo del enemigo. Y la verdad es que en

ese encuentro hubo una diferencia tan abismal de integridad, dignidad e inteligencia a favor de Aramburu... Voy a decirle algo más. A mí me impresionó profundamente el episodio del asesinato de Aramburu. Me impresionó el relato de la escena de su último deseo. Cuando se lo preguntan, Aramburu expresa el deseo de que le aten los cordones de los zapatos. Y Firmenich se agacha y se los ata, sin siquiera darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Creo que hay en esa escena una metáfora espantosa que me persigue desde hace muchos años. Me parece que es la mejor representación del error trágico que significó el rumbo que posteriormente tomó la organización Montoneros.

”—¿Por qué cree que gente tan sensible e inteligente como Walsh o Urondo se dejó dar órdenes por ese atador de cordones?

”—Esa es una de las perplejidades más grandes de mi vida. ¿Cómo puede ser que gente de ese nivel intelectual y moral pudiesen ser reconocidos por nosotros como conducción? Y la única explicación que tengo es la clandestinidad. La clandestinidad diluía las aristas personales. Uno se relacionaba con la organización, no con Firmenich, Perdía o Vaca Narvaja. La conducción se expresaba a través de documentos, no de gestos”.

Sobre el mismo tema opinaría el padre Benítez, confesor de Eva Perón, en *Cristianismo y Revolución* del 25 de julio de 1970:

“—¿No cree usted, padre, que los curas del Tercer Mundo, con su prédica de violencia, son un poco responsables del asesinato de Aramburu?

”—En el fondo, del asesinato de Aramburu, más responsables que los curas del Tercer Mundo somos usted, yo, el cardenal Caggiano y el propio Aramburu. Porque, observe usted, los jóvenes señalados por la policía como ejecutores del hecho no son de extracción peronista. No son gente del pueblo. No son ni hijos ni parientes de los veintinueve argentinos, unos asesinados, otros ejecutados en junio del ’56. Huelen a Barrio Norte, católicos de comunión y misa regular. Algunos, hijos de militantes de los comandos civiles, al caer el peronismo contaban de 5 a 10 años. Nacieron y crecieron oyendo vomitar pestes contra el peronismo.

”—¿Qué los lleva a reaccionar violentamente contra el medio social en que se acunaron?

”—A mi entender [...] la convicción de que sólo la violencia barrerá con la injusticia social. Por las buenas jamás. Los privilegiados no han cedido uno solo de sus privilegios. Estos jóvenes sienten, con una fuerza que no sentimos los viejos, la monstruosidad de que un quince por ciento posea más bienes que el ochenta y cinco por ciento restante. Viven en un estado de indignación y de irritación del que apenas podemos formarnos idea. Por eso son fervorosos del socialismo. No por fe en el sistema sino por castigar con él a sus

padres individualistas. Por eso ven con buenos ojos al peronismo y reaccionan en contra de las pestes oídas contra él".

EL GOLPE CORPORATIVISTA

La llamada "Revolución Argentina" puesta en marcha con la asunción del general Juan Carlos Onganía a la presidencia luego de la defenestración del doctor Illia no se propuso sustituir un presidente por otro sino que, como el golpe de Uriburu en 1930, significó el intento de modificar en su esencia el entonces escarnecido sistema democrático de representación política. Se disolvieron los partidos y se confiscaron sus bienes, se sustituyeron los miembros de la Corte Suprema y, como sucedió en todos los golpes de nuestra historia, se disolvieron las Cámaras de Senadores y de Diputados, siendo las funciones legislativas absorbidas por un poder ejecutivo designado por la Junta Militar que integraban las tres fuerzas armadas.

El gobierno de Onganía contó en un principio con una importante adhesión de sectores que recorrían un amplio espectro desde la derecha hasta la izquierda. Incluso Perón, desde Madrid, hizo llegar una estratégica orden a los suyos de no oponerse y de "desensillar hasta que aclare". En su jura se hicieron presentes, sin poder ocultar su satisfacción, algunos de los que habían conspirado para la caída del legítimo gobierno radical: el presidente de la Sociedad Rural Argentina, Faustino Fano, de la Confederación General Económica, Ber Gelbard, de ACIEL, Jorge Oria. También el secretario general de la CGT, Francisco Prado, acompañado de importantes jefes gremiales como Alonso (Vestido) y Tacone (Luz y Fuerza). Con saco y corbata, lo que le daba una extraña y desusada apariencia, tampoco faltó Augusto Vandor.

Este aún lamía sus heridas por la derrota de su candidato para la gobernación de Mendoza, Serú García. Contra él, desde el otro lado del mar, Perón había levantado la postulación del ortodoxo Corvalán Nanclares, convencido de que no podía postergarse la pulseada contra quienes imaginaban, en complicidad con militares, empresarios y políticos, un "peronismo sin Perón" más dócil a sus intereses. Para no dejar dudas de dónde ponía sus fichas, el General envió a su esposa, Isabel, quien pudo festejar el amplio triunfo de los leales.

Los que siempre dominaron en nuestro país tenían esperanzas en este hombre hierático, que ocultaba su labio leporino con un profuso bigote, confiando en que fuera algo así como un De Gaulle sudamericano, pero no pasó mucho tiempo antes de que un desilusionado Mariano Grondona lo calificase como "apenas un

Franco". Prometía terminar con la corrupción de los políticos reemplazándolos con las corporaciones, sindicatos, fuerzas armadas, empresariado, modernizar el país, incorporarlo sin tapujos a la economía global y, sobre todo, lo que más seducía a las dirigencias, liquidar definitivamente al peronismo y preparar a las fuerzas armadas para la nueva hipótesis de conflicto que uniría a los ejércitos latinoamericanos bajo la férula estadounidense: la lucha ya no sería contra un enemigo externo, sino contra la amenaza interna del marxismo internacional que supuestamente pretendería infiltrarse para generar otras Cubas. Para el logro de todo ello no se fijaron plazos temporales sino el cumplimiento de etapas sucesivas en las que la prioridad sería lo económico, luego lo social y por fin, muy lejos en el futuro, lo político.

Onganía era católico militante e infundió a su gestión un autoritarismo moralizante al que adhirieron miembros del Opus Dei y de los Cursillos de Cristiandad. Intolerante hacia la oposición de profesores y estudiantes universitarios, desató contra ellos una feroz represión que se recuerda como la ignominiosa Noche de los Bastones Largos, a la que se sumó la intervención de la Universidad de Buenos Aires, calificada de centro de subversión y adoctrinamiento marxista. La consecuencia fue el irreparable alejamiento hacia el exterior de destacados pensadores y científicos y la convicción de no pocos jóvenes de que la única vía de oposición era la violencia armada, tomando como ejemplo la vida y las enseñanzas del Che Guevara.

En lo superficial parecía que la Revolución Argentina marchaba sobre rieles, la macroeconomía mejoraba, el corporativismo parecía en condiciones de ocupar el lugar de la representación partidaria, la paz de los cementerios imperaba en todo el país, gremios importantes se inclinaban a apoyar al gobierno a cambio de apoyo para consolidar el "peronismo sin Perón". Pero en el seno del pueblo cundía y crecía el descontento por el despotismo social, político y cultural, también por un sistema económico que, como siempre sucedió, sucedía y sucederá cada vez que se abjure de la democracia representativa, enriquecía a los poderosos de siempre y empobrecía a los sectores populares, cuyos magros salarios habían sido congelados.

LA INSURRECCIÓN POPULAR

El estallido insurreccional gatilló el descontento por un motivo aparentemente banal cuando los estudiantes de Corrientes se movilizaron en protesta por el aumento de precios en el comedor de la universidad. Fueron violentamente reprimidos y como consecuencia

falleció el estudiante de medicina Juan José Cabral. A ello se sumó el 17 de mayo de 1969 un reclamo similar en el comedor estudiantil de la Universidad de Rosario que se expande como pólvora y genera un clima de agitación en todo el país. En los disturbios subsiguientes la policía rosarina asesina al estudiante Andrés Bello y ello desencadena una rabiosa y multitudinaria protesta de la que participan cuatro mil manifestantes secundarios y universitarios, apoyados por la CGT de los Argentinos, liderada a nivel nacional por el sindicalista gráfico Raimundo Ongaro, que había surgido como oposición a la central obrera "dialoguista" con el gobierno. Fue el Rosariazo, que mereció que la ciudad fuese declarada zona de emergencia bajo la jurisdicción del Tercer Cuerpo de Ejército.

Pero el mayor cimbronazo se produjo en Córdoba, donde sus obreros, ya movilizados por la supresión del descanso sabatino y por la discusión salarial, promueven un paro solidario con los sucesos de Corrientes y de Rosario. Ello desemboca en tres días de franco combate entre las fuerzas de la Cuarta Brigada de Infantería Aerotransportada, apoyada por la Aeronáutica y Gendarmería, enviadas desde Buenos Aires porque la policía cordobesa había sido superada por los disturbios, y por el otro la espontánea y masiva insurrección urbana de trabajadores, sobre todo de las automotrices, aliados a estudiantes, intelectuales, políticos y vecinos. Fue el Cordobazo.

Las consecuencias de saqueos e incendios, clavos "miguelito" y bombas molotov, barricadas y autos volcados, fueron el procesamiento de dirigentes estudiantiles y gremiales, entre estos Agustín Tosco, de Luz y Fuerza, y Elpidio Torres, del SMATA, y fundamentalmente el debilitamiento de esa dictadura cívico-militar que se había propuesto eternizarse en el poder con la connivencia de los dueños del aparato financiero y empresario cuyo representante, el liberal a ultranza Adalbert Krieger Vasena, ocupaba la cartera económica. Fue él quien incorporó a la Argentina en el FMI durante el gobierno golpista de Aramburu, llegando tiempo más tarde a ser gobernador de dicho organismo financiero internacional al servicio de los intereses de los grupos de poder internacionl. No terminó allí su carrera internacional sino que llegó a ser vicepresidente del Banco Mundial, cuestionable conducta imitada por no pocos de sus colegas, quienes, luego de "defender" nuestros intereses ante dichos voraces organismos, pasan a ocupar cargos importantes en ellos. Entonces, ¿qué camiseta llevan puesta? La respuesta es obvia.

Vandor había sido asesinado el 30 de junio de 1969 en su búnker a pesar de blindajes y guardaespaldas.

“En el Dorá, un restaurante del Bajo, cerca de Retiro, el ‘Gordo’ (Osvaldo Soriano) decidió contarme lo que se había guardado en el bolsillo. ‘¿Oíste algo de los tipos que reventaron a tiros a Vandor?’. Negué con la cabeza. El Gordo miró a los costados y soltó un susurro: ‘Me parece que conozco a uno de los que subieron a matarlo’. Haciéndome el canchero conmigo mismo puse cara de póquer. El Gordo continuó: ‘A uno de los guardias le pareció oír que Vandor dijo algo como ¡Hola, Cóndor! o ¿Qué hacés, Cóndor?’. Atiné a murmurar: ‘¿Cóndor? ¿Ese no fue el nombre de un operativo nacionalista peronista que hicieron en las Malvinas?’. El Gordo recordó: ‘Sí, claro. Unos tipos bajaron allá con un avión y pusieron la bandera argentina. Y el que sacó las fotos fue Héctor Ricardo García, el dueño de *Crónica*’.

”Después de contarme eso, el Gordo pensó un poco, se levantó y fue al teléfono. Hizo una llamada y volvió contento. Dijo: ‘Ya le voy viendo las patas a la sota. El Negro Juárez dice que muchos creen que Vandor fue el ideólogo del Operativo Cóndor en Malvinas’. Interrumpí lo que estaba haciendo y pregunté: ‘Si fue el ideólogo de ese operativo peronista, y en marzo se abrazó con el general en México, ¿por qué un cóndor lo deja como un colador?’. La respuesta de Soriano fue: ‘Nada que tenga que ver con el peronismo es fácil de explicar. Yo me conformo con saber quién es ese cóndor’, concluyó.

”Al día siguiente, Aizcorbe empezó a escribir su nota en la que se leería que Vandor tenía de enemigos a Perón, por haber osado varias veces desobedecer sus órdenes y disputarle la conducción de los trabajadores, al gobierno militar, por no querer ser totalmente ‘participacionista’, y a los sindicalistas de izquierda por haberles disparado en la pizzería La Real de Avellaneda, donde cayó asesinado uno de ellos de apellido Blajakis y donde murió (¿por error?) Rosendo García, del grupo vandorista. Cuando Aizcorbe se fue a almorzar, con el Gordo revisamos rápidamente los recortes de archivo referidos al Operativo Cóndor y copiamos los nombres de sus participantes. Seguimos con los sobres de fotos de Vandor y de otros personajes. Yo encontré el tesoro: una de las imágenes en blanco y negro mostraba al Lobo hablando con un tipo joven, para mí desconocido, llamado igual que el jefe del Operativo Cóndor. ‘Mirá, Gordo’, lo sorprendí, ‘en este epígrafe dice que Vandor está con Dardo Cabo, hijo de un sindicalista famoso…’.

”Nos miramos y supusimos que ese podía ser uno de los asesinos de Vandor, pero no dijimos nada. Era apenas una sospecha. No todo lo que vivimos se publicó, porque allí siempre había que confirmar los datos y las sospechas. Y a los pocos meses, cuando Onganía clausuró *Primera Plana* y con el Gordo habíamos pasado a trabajar en la revista

Panorama, vimos varias veces a Cabo reunido con las mismas cinco personas. Recién cuatro años después la revista *El Descamisado* revelaría que Cabo, junto con aquellos cinco hombres (que creían en una revolución de izquierda liderada por un general de derecha: Perón), habían integrado el Ejército Nacional Revolucionario, cuya actividad se redujo a un par de asesinatos: el de Vandor en 1969 y el de José Alonso en 1970, para después incorporarse a los Montoneros" (Andrés Bufali).

DE WASHINGTON A LA ROSADA

Fracasados los objetivos originales de la Revolución Argentina, su apuesta ahora era permitir la salida electoral pero manteniendo la proscripción del peronismo. Aunque el hombre fuerte de las fuerzas armadas gobernantes era el general Alejandro Agustín Lanusse, se designa a su colega de armas Roberto Marcelo Levingston, desconocido para la ciudadanía y para muchos de los uniformados, quien asume el 18 de junio de 1970 en un contexto de descontento generalizado y una creciente violencia política y social.

Levingston, especialista en inteligencia militar, desempeñaba el cargo de representante del ejército argentino ante la Junta Interamericana de Defensa en Washington, y todo sugería que su designación se debía a una consulta con altos niveles estadounidenses, en la línea de privilegiar acciones que impidieran la expansión del "enemigo interior".

Desde el comienzo de su mandato, el nuevo presidente planteó un proyecto político de "profundización" de la Revolución Argentina, independiente de la estrategia de sus "amos" de iniciar la salida política: anuncia que su presidencia durará cuatro o cinco años, aboga por el nacionalismo económico promoviendo la "argentinización" que le propone su ministro Aldo Ferrer con el estímulo al "compre argentino" para empresas públicas y privadas y la fijación de aranceles proteccionistas y créditos de fomento para proyectos industriales. Pero fracasa en sus intentos de aproximación a los sindicatos y a los partidos políticos, que tienen como prioridad la mejoría de las reducidas condiciones de trabajo y la convocatoria a elecciones en el menor tiempo posible. Para esto el peronismo, el radicalismo y otros partidos se reúnen para integrar La Hora del Pueblo, un poderoso instrumento de presión que reclama al gobierno de Levingston el cese de planes que suponen su permanencia en el poder.

La situación del presidente venido de Washington es de extremada debilidad, y a ella se suma el progresivo alejamiento de la cúpula

militar, lo que le resta apoyo entre las fuerzas armadas. La gota que colmó el vaso fue la designación de Camilo Uriburu, dirigente conservador, como interventor en Córdoba. Sus declaraciones afirmando que cortaría a la subversión de un solo tajo, como se hace con las víboras, desencadenaron una rebelión popular en Córdoba, conocida como el Viborazo, con características similares al Cordobazo de 1969. El interventor se vio obligado a renunciar y, tras él, la Junta de Comandantes decide apartar a Levingston de su cargo. Al resistirse, es destituido por un autogolpe de Estado el 23 de marzo de 1971, siendo entonces el turno del comandante en jefe del Ejército, el general Alejandro Lanusse.

EL FIN DE VEINTIÚN AÑOS DE INTERRUPCIÓN DEMOCRÁTICA

La estrategia del nuevo presidente golpista, convencido de la inutilidad de postergar la salida electoral por la que presionaba la sociedad, persuadida ya de que los gobiernos militares eran peores que los democráticos, fue negociar con Perón, quien, a pesar de todos los intentos de anularlo, era el gran titiritero, a más de diez mil kilómetros de distancia y con un océano de por medio, de la política argentina.

Pero Lanusse no renunció al resorte básico de la Revolución Argentina: bloquear toda posibilidad de retorno del peronismo al poder. Ante la evidencia del fracaso de los mecanismos violentos ejercidos hasta entonces por las sucesivas juntas militares, se propuso hacerlo “por las buenas”, convencido de que negociaría desde una posición de mayor fuerza que la del desterrado en la quinta Puerta de Hierro en Madrid.

Uno de sus primeros movimientos fue dar por finalizado el bloqueo político instituido por Onganía, reabriendo los comités, restituyendo las libertades públicas y privadas y levantando las proscripciones. El objetivo era poder alcanzar el Gran Acuerdo Nacional (GAN), impulsado por el ministro radical Arturo Mor Roig con anuencia de Ricardo Balbín, presidente de la UCR, que postulaba a Francisco Manrique como candidato oficialista y que allanaría el camino hacia las elecciones generales, cuya fecha se fija para el 11 de marzo de 1973, y la entrega del poder para el 25 de mayo. Entre los intentos de Lanusse de acercamiento al general Perón cabe destacar, en septiembre de 1971, la restitución del cadáver de su fallecida esposa Eva Duarte de Perón, instalada en uno de los espacios en Puerta de Hierro, culminando así con la manipulación de esos restos, violentados y luego escondidos bajo el nombre de María de Magistris

en una tumba en un cementerio italiano. También se dispone la inclusión de un busto de Perón en la galería de presidentes de la Casa de Gobierno.

Durante la gestión de Lanusse se multiplicaron los hechos de violencia a cargo de organizaciones armadas clandestinas, y uno de ellos, que complicó seriamente la gobernabilidad, fue la llamada Masacre de Trelew, cuando un grupo de veinticinco presos, miembros del ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) y de Montoneros, copó la cárcel de Rawson y nueve lograron fugarse a Chile. De los que no lo lograron, diecinueve fueron bárbaramente fusilados el 22 de agosto por efectivos de la Marina, sobreviviendo tres militantes que más tarde fueron secuestrados y asesinados por la dictadura del Proceso.

Lanusse, quien años más tarde sostuvo una posición crítica hacia la dictadura genocida del Proceso, que secuestró y desapareció a su secretario de prensa Edgardo Sajón, tampoco se aprovechó de sembrar cizaña cuando los sectores gremiales más combativos comenzaron a quebrar la relación con el general exiliado. Se les canceló la personería jurídica a los sindicatos de trabajadores de Materfer (SITRAM) y de Concord (SITRAC), ambos pertenecientes a obreros metalúrgicos de las fábricas Fiat, en la provincia de Córdoba. Y se complementó con la ocupación de las plantas con tropas del ejército y dejando cesantes a los obreros afiliados.

El 7 de julio de 1972 Lanusse anunció los puntos básicos del programa de institucionalización; los candidatos no podían desempeñar cargos en el Ejecutivo nacional o provincial y debían residir en el país desde el 25 de agosto de 1972. Esto imposibilitaba tanto su propia candidatura como la del exiliado Perón.

Las elecciones finalmente se realizan el 11 de marzo de 1973, luego de veintiún años de interrupción democrática, y el Frejuli sale victorioso con 5.008.414 votos, que representaron el 49,5 por ciento de los votos, ante lo cual la Unión Cívica Radical, que con Balbín-Gamond había obtenido el segundo lugar, reconoce el triunfo del peronismo, evitando la segunda vuelta electoral.

EL AMIGO DEL OCASO

El 17 de noviembre de 1973 Perón demostró que le “daba el cuero” para regresar a su patria, respondiendo a una estúpida provocación del presidente Lanusse. Fue recibido por muchedumbres de esperanzados ciudadanas y ciudadanos entre los que había muchos no peronistas que celebraban lo que aparecía como la promesa del regreso a la normalidad constitucional. Recluido en una casa de la

calle Gaspar Campos, en Olivos, Perón, siempre adepto al movimientismo, organizó el Frente Justicialista de Liberación Nacional, integrado por el Partido Justicialista, el Partido Conservador Popular y otros partidos menores, e impuso la fórmula Héctor Cámpora-Solano Lima. A partir de entonces la consigna coreada fue "Cámpora al gobierno, Perón al poder", anticipando el no respeto a la proscripción que el gobierno militar había dictaminado sobre el anciano líder.

En esa casa tuvo una entrevista privada con el líder radical Ricardo Balbín, quien desgarró su pantalón al trasponer un cerco de alambre, una vez más demostrando menos perspicacia política que su viejo rival pues dicho encuentro fue pura ganancia para quien en su anterior gobierno había dejado huella de escasa vocación republicana y a quien favorecía esa legitimación por parte de un indiscutido demócrata. El mismo Balbín, a pesar de ser diputado, había conocido la cárcel por su acción opositora. La conversación se desarrolló en privado pero los comentarios posteriores hechos por el dirigente del radicalismo a los periodistas dejaron traslucir su satisfacción con la iniciativa de un Perón que parecía propiciar la reconciliación nacional. Aparentemente habría recibido la atractiva sugerencia, nunca concretada, de una fórmula presidencial integrada por un candidato peronista y un radical. Con el correr de los años Balbín insistió en que él había dejado claro que su partido no iba a entrar en ningún pacto electoral.

EL TRIUNFO DE LA ORTODOXIA

La fórmula Cámpora-Solano Lima triunfó en los comicios del 11 de marzo de 1973 rozando el cincuenta por ciento de los votos. Arrastrado menos por sus convicciones que por la turbulencia de las circunstancias e influido por sus hijos, el flamante presidente-delegado se recostó sobre el bullicioso sector de la izquierda peronista. Ya la asunción de su mando estuvo enmarcada por la protagónica presencia de los presidentes marxistas Allende, chileno, y Dorticós, cubano. Ese mismo día fueron liberados dos mil acusados de terroristas por la dictadura militar y luego se resolvió la disolución de la Cámara Federal en lo Penal que había tenido a su cargo el juzgamiento de las acciones calificadas como subversivas. Además las universidades y los organismos culturales fueron entregados a representantes de dicha facción interna. Ello desató la reacción del peronismo ortodoxo, que se resistió a lo que dio en llamarse la "infiltración izquierdista" en su ideología y sus estructuras. La disidencia interna tomó características

trágicas cuando derecha e izquierda disputaron con armas de fuego la “propiedad” del palco desde donde Perón hablaría a las millones de personas congregadas en Ezeiza para recibirlo el 20 de junio, día de su retorno definitivo al país.

Tomando partido por los sectores más conservadores, que no lo acosaban para alcanzar la “patria socialista” sino que aceptaban su liderazgo sin condicionamientos y que consideraban que la pregonada “revolución” estaba ya cumplida con su acceso al poder, Perón pidió las renuncias de Cámpora y de Solano Lima, agradeciéndoles el gesto: “Han dado al país el ejemplo más preclaro y más honroso [...] hombres así enorgullecen a las organizaciones políticas donde nacen estos gestos de grandeza individual y personal que son todo un ejemplo para la ciudadanía argentina”.

Renunció también el vicepresidente provisional del Senado, Alejandro Díaz Bialet, y de acuerdo con la Ley de Acefalía asumió el presidente de la Cámara de Diputados, Raúl Lastiri, cuyo único mérito era ser yerno de López Rega, secretario de Perón durante los últimos años de su exilio en España y de creciente influencia a favor del declive físico y psicológico del anciano general.

Era el triunfo de la ortodoxia peronista, calificada de derechista por sus adversarios internos, que ya había obtenido el segundo término de la fórmula, cuando el 4 de agosto, en el Congreso Nacional Justicialista, se consagró a María Estela Martínez como compañera de su esposo en el binomio presidencial. López Rega, quien aumentaría un asombroso poder sobre Perón y su esposa que a muchos recordaría el de Rasputín sobre los zares rusos, recaló en el poderoso Ministerio de Bienestar Social, desde donde organizaría la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), una siniestra organización parapolicial que aterrorizaría y asesinaría con el pretexto de combatir el marxismo “infiltrado” en la sociedad. Entre sus víctimas se contaron Silvio Frondizi, Rodolfo Ortega Peña, jefes policiales legalistas como Julio Troxler y Rubén Fortuna y muchos más. Además sus amenazas obligaron al exilio a muchos políticos, gremialistas e intelectuales.

LA ALTERNADORA DE HAPPY LAND

Perón conoce a María Estela Martínez en un tugurio de Colón, la “ciudad del pecado” panameña; trabajaba en un cabaret pintado color verde loro llamado Happy Land, cuyo dueño era un oscuro empresario de la noche, Lucho Donadío. Formaba parte de un conjunto de bailarinas a las que se les pagaba cuatro o cinco dólares por función. Este sueldo no alcanzaba para vivir en Panamá, de modo que las

chicas también hacían de “alternadoras”, por lo que recibían el cincuenta por ciento del valor de las bebidas que lograban que el cliente consumiera. Algunas de ellas también se prostituían y mejoraban considerablemente sus ganancias. El apodo de María Estela era “Isabel” y se destacaba por su cutis blanquísismo, poco frecuente y atractivo en el Caribe, y por su cuerpo pequeño pero bien formado, aunque sus facciones eran algo vulgares. Durante las manifestaciones de la izquierda peronista se cantaría “Si Evita viviera, Isabel sería copera”.

Ricardo Romero, un hombre de la noche coloneña, declaró que Isabel le habría confiado que su presencia en Panamá se debía a que quería entablar relación con Perón. Romero hizo contacto con Jorge Antonio y le dijo que había una argentina muy bonita que quería conocer al General. Este accedió, la invitó a comer y ella se quedó a vivir en su casa.

No es este el único testimonio que dio pábulo a rumores de que “Isabelita” pudo haber sido enviada por algún servicio secreto para controlar y condicionar a Perón.

EL BRUJO SINIESTRO

—¿Quién fue López Rega, en términos políticos, al momento de su esplendor?

—López Rega es la pieza que articula una alianza política dentro del Movimiento Nacional Justicialista contra los “infiltrados” de izquierda. La llegada del “Brujo” al Estado es la bisagra de su crecimiento político. Manejaba mucho dinero, daba subsidios y disponía de armas, vehículos y más de un centenar de criminales que usaban de búnker el propio edificio de Ministerio, frente a la Plaza de Mayo, y los jardines de la Quinta de Olivos.

—¿Cómo actuó?

—En principio atacó a la “infiltración marxista”, a los Montoneros y otras formaciones políticas y militares de origen peronista. Pero al poco tiempo la cacería emprendida por las Tres A se hizo indiscriminada, y cualquier persona con cierta relevancia pública (por ejemplo conductores de televisión, actores o periodistas sin ninguna militancia política) podía aparecer en las listas de los condenados a muerte de las bandas de López Rega. Y a las setenta y dos horas se cumplía la sentencia, con el agregado de un alucinante espectáculo: la exhibición del cuerpo carbonizado de la víctima, tirado en la calle, en pleno centro de Buenos Aires.

—Los Montoneros decían que López Rega había construido un cerco

sobre Perón que lo aislaba del pueblo, que le hacía tomar políticas equivocadas.

—Eso quedó ampliamente desmentido por la historia. Perón utilizó a la juventud y a la izquierda para romper su aislamiento en el exilio. Los llamó la "nueva estrella" del movimiento. Pero una vez en el poder decidió, por propia voluntad, combatir a la izquierda revolucionaria y para eso le dio amplios poderes al ministro de Bienestar Social, José López Rega. Por lo demás, el Partido Justicialista avaló por escrito el combate contra "los infiltrados", permitiendo cualquier método útil para lograr el objetivo.

—Sin embargo no se identifica a López Rega como a un hombre clásico del peronismo.

—Entiendo que la hipótesis del López Rega como sujeto oscuro, corrupto, raro, "brujo" y ajeno al peronismo es falsa. López Rega no llega de afuera al peronismo, es constitutivo, esencial al peronismo de ese tramo de la historia. Si no hubiera existido López Rega, a las Tres A las organizaba otro. Y la cacería contra la izquierda peronista y no peronista se hubiera dado de todos modos. López Rega articula a toda la derecha argentina, la peronista, no peronista y la militar. Representa el primer ensayo general del trágico paradigma de la época: la represión ilegal desde el Estado, luego aumentada y generalizada a partir del golpe del 24 de marzo de 1976.

(Entrevista a M. Larraquy, autor de *López Rega*).

LA AUTOTERAPIA REVOLUCIONARIA

"En un día de agosto de 1973 se produjo un episodio menor aparentemente policial que no atrajo demasiado la atención de la prensa. Un joven fue sorprendido por la policía en momentos en que intentaba 'levantar' un automóvil. Hubo un tiroteo y el frustrado ladrón, herido de bala, fue internado bajo custodia en un hospital. Horas más tarde, un grupo armado irrumpió en el hospital, inmovilizó a la guardia y rescató al preso.

"Esa noche Paco Urondo estaba invitado a cenar en mi casa, y llegó exultante. 'No sabes lo contento que estoy', me dijo. 'Esa operación fue nuestra, y salió perfecta. Yo tenía tanto miedo de que nos estuviéramos 'achanchando' en la legalidad. Pero lo de hoy demuestra que no es así'.

"Los montoneros venían cumpliendo en aquellos momentos una acción política que presentaba todas las apariencias de una creciente madurez, desarrollando organizaciones de masas, abriéndose hacia los cuatro costados en busca de aliados, promoviendo incluso un principio

de diálogo con el ejército. Pero aquella evaluación de Paco me produjo por primera vez la sensación de que todo eso iba a terminar mal. La inserción montonera en la legalidad iba a terminar sofocada por aquella cola de paja que la acompañaba, por la creciente angustia del heroísmo en receso.

”Un mes después de ese episodio, como vikingos rescatados por fin del tedio de la tierra firme para nuevas aventuras guerreras en el mar, los montoneros fueron convocados a perpetrar y asumir, el 25 de septiembre de 1973, el asesinato de (José) Rucci (secretario general de la CGT).

”‘Es algo que necesitábamos’, me dijo algún tiempo después un montonero. ‘Nuestra gente se estaba aburguesando en las oficinas. De tanto en tanto había que salvarla de ese peligro con un retorno a la acción militar’.

”Una vez más, los montoneros rescataban su identidad y se reencontraban consigo mismos por fuera de la política, con una acción no apuntada a buscar efectos en el mundo exterior sino revertida sobre ellos mismos, como una autoterapia revolucionaria” (Pablo Giussani, *Montoneros. La soberbia armada*).

SEÑOR, PERDÓNAME

Uno de los muertos por la Triple A fue el sacerdote Carlos Mugica, de memorable acción en villas miseria. En 1984 Juan Carlos Juncos, ex custodio de López Rega, confesó ante el juez Eduardo Hernández Agramonte haberlo ametrallado a la salida de la parroquia de San Francisco Solano, en Villa Urquiza, por orden de José López Rega, quien le había pagado diez millones de pesos ley 18.188, porque, textualmente, “este curita lo estaba molestando políticamente”.

Mugica rezaba una oración personal que decía: “Señor, perdóname por haberme acostumbrado a ver que los chicos, que parecen tener ocho años, tengan trece; Señor, perdóname por haberme acostumbrado a chapotear por el barro; yo me puedo ir, ellos no; Señor, perdóname por haber aprendido a soportar el olor de las aguas servidas, de las que me puedo ir y ellos no; Señor, perdóname por encender la luz y olvidarme de que ellos no pueden hacerlo; Señor, yo puedo hacer huelga de hambre y ellos no, porque nadie hace huelga con su hambre; Señor, perdóname por decirles ‘no sólo de pan vive el hombre’, y no luchar con todo para que rescaten su pan; Señor, quiero quererlos por ellos y no por mí. Ayúdame, Señor. Sueño con morir por ellos; ayúdame a vivir para ellos. Señor, quiero estar con ellos a la hora de la luz. Ayúdame”.

“El 7 de febrero de 1974, en un discurso dirigido a líderes de las organizaciones juveniles de derecha, el presidente castigó verbalmente a los ‘infiltrados’ en el movimiento. Los llamó ‘idiotas útiles’ y ‘estafadores’. ‘¿Qué hacen en el justicialismo?’, preguntó, respondiéndose: ‘Si yo fuera comunista, me voy al Partido Comunista’.

”La contestación de los jóvenes no iba a tardar en llegar. En un editorial publicado en *El Descamisado*, revista montonera, Dardo Cabo replicó: ‘Ahora somos infiltrados’, se quejaba, ‘ayer éramos ‘sus muchachos’ y éramos saludados por el Jefe del Movimiento con emoción por nuestra lucha, se honraban nuestros muertos y ahora, por ser como Perón dijo que tenían que ser los peronistas... nos señalan que hay otros partidos ‘socialistas’ donde podemos ir si queremos. ¿Por qué no nos dijeron antes, cuando peleábamos, que nos pasáramos a otro partido?’.

”El 1o de mayo, el día del ‘plebiscito’ prometido por Perón en la fecha en que asumió el poder, se produjo el choque frontal. Los muchachos querían un diálogo entre el conductor y el pueblo. Perón y sus acólitos querían una celebración del Día del Trabajo como se había acostumbrado durante su segunda presidencia, con elección de la reina y todos los rituales de estilo. La JP (Juventud Peronista, de orientación izquierdista) trató de movilizar una gran masa de simpatizantes para que se trasladara a la Plaza de Mayo. Los organizadores hicieron todo lo que pudieron para descorazonar a los manifestantes de forma de que no aparecieran por la plaza. Prohibieron las banderas y los carteles. La Juventud Peronista introdujo entonces subrepticiamente aerosoles y pedazos de tela y cuando llegó el momento oportuno escribió las leyendas y sacó a relucir los carteles pintados [...] Cuando el Presidente comenzó a hablar desde detrás de un cristal a prueba de balas los jóvenes de la ‘tendencia’ empezaron a interrumpirlo con preguntas y cantos como: ‘¿Qué pasa, qué pasa, General/ está lleno de gorilas el gobierno popular?’ y ‘No queremos carnaval, asamblea popular’.

”Lo que siguió fue un diálogo de sordos, con Perón prodigando elogios a los líderes gremiales que habían sido asesinados y la JP lanzando insultos contra Rucci y Vandor. Perón denunció a los ‘mercenarios al servicio del dinero extranjero’. Los muchachos seguían con sus estribillos. Perón los llamó ‘estúpidos’ e ‘imberbes’ con su cara desfigurada por la ira, perdida la compostura. Entonces los contingentes de la JP, que constituían la mitad de una masa de cien mil, le dieron la espalda y se alejaron de la plaza” (Joseph Page, *Perón*).

“El doctor Domingo Liotta contactó al joven doctor Carlos Seara cuando se empezaron a suceder episodios graves en la salud de Perón, ya en la presidencia del país. ‘La salud de Perón’, aclara Seara, que estaba muy comprometida cuando volvió de España, se fue agravando. El 18 de noviembre de 1973, casi se muere sin tener un médico al lado, y tuvieron que salir con los autos de la custodia a conseguir uno, trayéndose, a falta de otro, a un ginecólogo que se encontró a Perón en medio de un episodio de edema agudo de pulmón’. Así, Pedro Cossio, Domingo Liotta y los otros grandes profesionales que eran, además, amigos personales de Perón, organizaron un equipo médico para vigilar la salud del líder. Se habían armado unas pequeñas unidades coronarias. Una estaba en la quinta de Olivos, otra en la Casa Rosada y una tercera era prácticamente móvil. Contaban con desfibrilador, un equipo de monitoreo telemétrico y una máquina de electrocardiógrafo.

”[...] Seara recuerda a un Perón muy envejecido, con el rostro manchado, el pelo muy negro, azabache, ‘tirante, como si fuera un indio’, negando enfáticamente que lo tuviera teñido. En su opinión, el líder justicialista ‘mantenía intacta una cortesía proverbial, acompañada siempre de un guiño cómplice en la conversación, puntuada con expresiones simpáticas, campechanas, claro, hacia las personas que buscaba agradar. Para con el resto, mantenía una actitud distante, casi despectiva [...] Además, estaba siempre rodeado de obsecuentes, incluso de gente inteligente, como he visto yo, señores ministros o funcionarios importantes que, en presencia de Perón, reducían su capacidad intelectual a cero y quedaban anulados al lado suyo. Había excepciones, claro, como el doctor Jorge Taiana, el doctor Domingo Liotta y, sobre todo, el ministro José Ber Gelbard, que siempre me pareció que tenía cierta autonomía personal y no se eclipsaba ante Perón’.

”[...] ‘En una ocasión me dijo: Mire doctor, mire lo que es la vida. Yo no vine aquí a ser presidente, vine a residir en la Argentina, ser figura de consulta, vivir tranquilo, ser referente y ocuparme de la macropolítica, y que Cámpora gobernara. Ahí seguí el consejo de Evita, que siempre me decía que Cámpora era la persona más leal que teníamos. Pero fíjese lo que pasó, Cámpora se dejó copar por los zurdos. Así que yo, que no vine a ser presidente, ahora tengo que hacerme cargo de este quilombo’.

”[...] Para el doctor Seara, la misma agenda presidencial, con sus entrevistas, sus viajes [como el penoso periplo que en sus últimos días lo llevó al Paraguay, periplo que el médico compartió] y sus revistas militares minaron aún más la salud del mandatario. Su entorno, además, tenía una actitud contradictoria ante su salud. Por un lado

sentía que debía cumplir con sus funciones protocolares (algo muy peligroso para su bienestar), mientras que, al mismo tiempo, había un sentimiento de inmortalidad de Perón, y nadie a su alrededor quería pensar seriamente en la posibilidad de su muerte [...] 'Yo tuve acceso a su historia clínica, que era casi un libro. Básicamente había una serie de combinaciones funestas: enfisema, insuficiencia cardíaca, cardio-esclerosis, insuficiencia renal leve. Aun si no le hubiera tocado gobernar, seguramente sólo hubiera vivido uno o dos años más'.

”Lo sabe muy bien Seara, al que le tocó sacarlo de un grave percance clínico precisamente el sábado previo a su muerte. En esa ocasión, Perón padeció un edema agudo de pulmón cuando Seara, que estaba de guardia, acompañado por el doctor Taiana, se vio obligado a practicarle una canalización, única vía segura para darle la medicación y sortear la crisis, mientras que un Perón muy inquieto y angustiado 'literalmente se desarmaba', quejándose de que no podía respirar [...] Claro que más tensión aún esperaba a Seara el 1o de julio de 1974, el día de la crisis terminal que puso fin a la vida del caudillo, cuando luego de tres horas de intentos vanos por reanimarlo, finalmente, perdieron a su paciente. El médico recuerda la constante presencia de un personaje crucial, José López Rega [...] 'Conmigo, su trato era un tuteo muy familiar, muy campechano, aunque claro, a veces llegaban las referencias esotéricas en la conversación y las revelaciones extrañas: Voy a escribir un día un libro de medicina que te va a dejar sorprendido, solía decirme'. En el final, recuerda Seara, el día del paro cardíaco que acabó con la vida de Perón, López Rega quemaba incienso alrededor de los médicos que realizaban frenéticos esfuerzos por salvar a su líder, al que llamaba con unción 'mi faraón, mi faraón'. 'Yo le puse a Perón un catéter-marcapaso y dio la impresión de que el paciente retomaba un poco el ritmo cardíaco, un falso atisbo de esperanza. Entonces, López Rega me llamó a un cuarto aparte, me tomó del brazo y me dijo: Si lo sacás, te hago conde'" (E. Castrillón, L. Casabal).

DE VICTIMARIO A VÍCTIMA

"Isabelita", la alternadora de Panamá, fue dramáticamente incapaz de gobernar la Argentina, y se entregó mansamente a las maquinaciones del "Brujo" López Rega. La ciudadanía del trabajo y el estudio se encontró bajo el fuego cruzado de las organizaciones parapoliciales y las guerrilleras. En Tucumán la guerrilla marxista del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) llegó a "liberar" por corto tiempo algunos poblados como Potrero de las Tablas y San Rafael. A

ello se sumó el accionar de la guerrilla urbana, que asesinó a dos jefes de policía, Villar y Cardoso, secuestró a varios empresarios, entre ellos a los poderosos Jorge y Juan Carlos Born, y fracasó en la sangrienta toma del Batallón 601 de Monte Chingolo.

Finalmente López Rega, quien daba el espectáculo de anticipar con el movimiento de sus labios las palabras que pronunciaba la presidenta, fue forzado a renunciar y a abandonar el país como consecuencia de la presión sindical de las poderosas 62 Organizaciones, presionadas a su vez por las bases ante el desbarajuste económico provocado por una serie de medidas de ajuste y brusca devaluación de la moneda motorizadas por el ministro de Economía Celestino Rodrigo, apadrinado por el "Brujo".

Una de las deplorables consecuencias de este período de violencia desbordada y de incertidumbre económica, de corrupción desembozada y decadencia moral, fue que la ciudadanía reaccionaría con indiferencia, que en muchos llegó a ser esperanza, ante el golpe cívico-militar del Proceso de Reorganización Nacional que abriría la etapa más oscura de nuestra Historia, cuyas nefastas consecuencias son aún perceptibles en nuestra sociedad y que nos ataría una soga al cuello con el venal endeudamiento que es el persistente mecanismo que sella la dependencia argentina de intereses ajenos a su destino y a su progreso. Una eterna deuda externa…

Capítulo XV

De 1976 a 1983

EL HIJO DE MARY

"Por la voz del que hablaba reconocí al oficial de turno, alto, delgado, de cabellos y ojos castaños, de bigotes, alrededor de 30 años. Esto me fue confirmado más tarde por Mary, quien me dijo que era su calabozo el que habían abierto y que el oficial estaba acompañado por otro hombre, que le pidió que se sacara la venda de los ojos para que su acompañante pudiera verla, diciéndole a éste que ella era la persona de la que le había hablado. El acompañante le preguntó a Mary si se sentía bien. Ella reclamó vitaminas y un remedio para las contracciones que tenía desde el principio de su embarazo. El oficial le dijo que al día siguiente le traería lo necesario, lo que no ocurrió. Todos pensamos que ésa era la persona para la que estaba destinado el hijo de Mary" (Adriana Chamorro).

LA TORTURA DE LA DESCONFIANZA

El horror desatado por los sectores dominantes ante el riesgo de perder el poder por la creciente voluntad colectiva de cambio social y político en los años sesenta y principios de los setenta dejó como saldo treinta mil secuestrados, torturados, asesinados y desaparecidos. También, miles de exiliados que no pudieron regresar, otros muchos "quebrados" por el terror, que no cumplieron, aun después de los años oscuros, con lo que el destino les reservaba como logros. Además del envilecimiento de no pocos idealistas que fueron arrastrados por aquellos años de especulación financiera.

También para los sobrevivientes de los campos clandestinos el infierno no terminó cuando fueron liberados porque luego debieron justificar su supervivencia:

"Si el eje de la política represiva fue el terror a inocularse en toda la sociedad argentina, y si ese terror (secuestro, tortura, desaparición) se

practicó en la clandestinidad ¿quién podría contarlo (e inocularlo) en cada habitante del país? El relato del horror, según el plan represivo, debía quedar en boca de un puñado de sobrevivientes que enteraran a la sociedad de lo que les sucedía a las personas que, de pronto, dejaban de ir al trabajo, al colegio, a su propia casa. Por supuesto, el plan preveía un relato del horror aterrorizado y aterrorizante. Desde su punto de vista, el liberado era un ser destruido por la experiencia soportada, que relataría y sostendría en el tiempo con sus palabras o con su locura, con su mutismo o su desesperación, con su ruina física o su delirio de perseguido, el horror reservado a los disidentes.

”[...] Como parte del ‘plan’, se contemplaba la desconfianza que el círculo de allegados al sobreviviente le profesaría. ‘Si tantos no volvieron y este sí...’. Ni más ni menos que el ‘por algo habrá salido’. En una situación de terror y peligro real para los opositores a la dictadura, era sumamente difícil que estos superaran la desconfianza y evitaran el aislamiento de los sobrevivientes. Si el mandato represivo para nosotros fue ‘aterroricen’, para los militantes no secuestrados, implícito en nuestra sobrevivencia, fue ‘desconfíen’. Con terror y desconfianza se aseguraba un largo período de desarticulación social, permitiendo a la dictadura su permanencia en el poder. Ese fue, creemos, al menos, parte del plan de dejar con vida a un número reducido de prisioneros” (Documento de la Asociación de ex Detenidos-Desaparecidos de la Dictadura).

SE NECESITA UNA GUERRA: ¿CHILE?

El general Videla, el almirante Massera y el brigadier Agosti, representantes de las tres armas en la Junta Militar, habían comenzado los aprestos militares para una guerra contra Chile, decididos a la no aceptación del laudo de la Corona británica a raíz del conflicto de propiedad de las islas del Beagle que había favorecido a Chile. Se diseñó un plan de ocupación de las islas y un triple ataque por tierra para “cortar” a Chile, por lo que se distribuyeron las fuerzas militares, creando un nuevo Cuerpo de Ejército, el IV. Se compraron armamentos por valor de tres mil millones de dólares. Y se utilizó el victorioso Mundial de Fútbol de 1978 como preparación psicológica de las masas.

La cúpula nadaba en dólares, producidos por las coimas y negociados en la compra de armas a alemanes, franceses e israelíes. Comenzaron los viajes de las misiones militares a la Unión Soviética y de oficiales soviéticos a nuestro país. Se articuló un eje estratégico con los gobiernos de Bolivia y de Perú (tentados con la recuperación de los

territorios ocupados por Chile en la Guerra del Salitre), y se hicieron enormes concesiones —sobre la cota de la represa de Itaipú y el tránsito de camiones brasileros hacia Chile— para tratar de neutralizar a Brasil.

Pero el “operativo Beagle” no prosperó, por primera vez el pueblo se movilizó masivamente por la paz. Un golpe militar colocó en posición neutral a Bolivia; luego Brasil, poco antes del día D, movilizó sus tanques hacia las fronteras realizando un movimiento decisivo, ya que puso a la Argentina ante la posibilidad de sostener una guerra en dos frentes. El *Jornal do Brasil* del 6 de octubre de 1978 tituló su editorial “Juego peligroso”, en una abierta advertencia a la cúpula militar argentina.

Pero la suerte parecía echada y el partido belicista estaba a punto de salirse con la suya: “El día D se fijó para el miércoles 20 de diciembre de 1978. Esa noche una feroz tormenta cayó sobre la zona donde estallaría la guerra. La evitó. Mar agitado, borrascas, lluvias feroces impidieron a los infantes de marina navegar en sus lanchas de desembarco hacia las islas y tampoco permitieron el accionar de los buzos tácticos de la Armada. Los helicópteros artillados que ocupaban la cubierta del portaaviones *25 de Mayo* tampoco pudieron despegar [...] El nuevo día D se fijó para el viernes 22.

”Cinco días antes del primer día D, el viernes 15, Videla, seguramente celoso por el protagonismo que tomaría su rival político, Massera, le confió al nuncio apostólico en Argentina, Pío Laghi que había firmado el decreto para que fuerzas militares ocuparan las islas del litigio. En labios del presidente argentino esa información era casi un pedido de auxilio a Pío Laghi para que apresurara su gestión ante el Papa [...] De hecho, ese viernes 15 de diciembre Pío Laghi envió al Vaticano un cable, cargado de dramatismo, en el que pedía la inmediata intervención de la Santa Sede en el conflicto. Laghi actuaba entonces en tándem con el embajador de Estados Unidos, Raúl Castro, interesado también en evitar la guerra entre dos países aliados” (F. Paoelella).

UNA MEDIACIÓN PROVIDENCIAL

El papa Juan Pablo II designó en forma urgente el 24 de diciembre de 1978 al cardenal Antonio Samoré para que mediara entre dos países católicos, como Argentina y Chile, pero gobernados por feroces dictaduras. Su frase “Veo una lucecita de esperanza al final del túnel” abrió un prudente optimismo en la inmensa mayoría ciudadana de ambos países, hermanados por tantas circunstancias históricas, que

estaba en contra del estallido bélico.

Samoré debió enfrentar complicaciones de ambas partes: Chile consideró vigente el laudo británico y proclamó por ley que el mar entre las islas eran aguas interiores chilenas. Por su parte los negociadores argentinos extendieron sus reclamos a temas no considerados en el dictamen británico, como la regulación del tránsito por el estrecho de Magallanes. Otro inconveniente fue que cada una de las armas integrantes de la Junta Militar sostenía propuestas y rechazos independientes de las otras, evidenciando las internas en la conducción del Proceso.

Después de intensas negociaciones conducidas sutilmente por el delegado papal, ambas naciones aceptaron en diciembre de 1980 la propuesta de paz y amistad del Papa, que debió esperar hasta 1984 para ser finalmente refrendada.

BUENOS PARA REPRIMIR, MALOS PARA COMBATIR

La paz del Beagle, firmada en el Vaticano, no aplacó el espíritu bélico de la dictadura argentina, que veía en la guerra una salida hacia adelante de la creciente crisis económica, social y política que había debilitado tanto su basamento que hasta debió soportar una huelga general de los sindicatos, acompañada por una muy concurrida concentración bajo la consigna "Se va a acabar, se va a acabar, la dictadura militar".

Fue entonces la hora de la insensata invasión a las islas Malvinas. El general Benjamín Menéndez fue el jefe de la incursión.

"—¿Fue lógico, descabellado, bien o mal planificado...?

"—Hay una imprevisión, hay una falla de apreciación cuando se plantean los supuestos. Esos supuestos son: Inglaterra está comprometida con la OTAN y con su situación política interna. A Inglaterra le cuesta mucho dinero sostener Malvinas y van a querer sacárselas de encima. En ese planteo actuaron nuestros expertos diplomáticos en política exterior. Cuando recrudece el conflicto en Georgias, el entonces canciller Costa Méndez plantea la recuperación de Malvinas para mantener el factor sorpresa y la acción incruenta. Hubo un apuro muy grande. Eso conllevaba problemas de equipamiento militar estratégico. Los planes eran solo para la ocupación y cinco días más. El resto no estaba preparado, no estaba estudiado.

"—El hecho es que Argentina, que quería negociar, va a una guerra que no deseaba.

"—Argentina quería ganar tiempo, tratar de cumplir el objetivo del

‘Día D más cinco’, negociar antes de que Inglaterra llegara para recuperar las islas militarmente. Para ganar tiempo y tal vez para preocupar a los ingleses ante un costo mayor de la operación inicial, Argentina decide que va a defender las Malvinas y a enviar tropas. Eso no estaba previsto. Y empezamos a improvisar: Cuando yo llegué, el 4 de abril, dijeron: ‘Bueno, que vaya un regimiento que está en reserva, el 8 de Comodoro Rivadavia’. Pero ¿había algún plan de defensa? ¿Se podía decir para qué va y adónde lo vamos a poner? Llegó ese regimiento y se lo ubicó cerca de Puerto Argentino, comiendo de la cocina de Seineldín, que era jefe del regimiento 25. Después llegó el batallón de Infantería de Marina 5 con todas sus cosas. ¿Qué hacemos? Que achique la zona Seineldin y que se le ponga al lado el batallón. Esto se transformó en un plan de defensa. Pero poco después llega la Brigada X, la del general Jofre, hagamos entonces otro plan. Pero era otro plan según nuestro leal saber y entender, todavía no había un plan de conjunto para la guerra, para enfrentar a la Task Force inglesa.

”—Así contado todo suena muy improvisado...

”—Es lo que le digo: si usted quiere enfrentar lo imprevisto, usted improvisa.

”—¿Y cuál fue su papel en la guerra?, ¿el de un simple engranaje? ¿Tuvo poder de decisión? ¿Lo tomaron como el pato de la boda...?

”—En los niveles de conducción de la guerra, yo no estaba en el primer nivel. Estaba en el cuarto. La guerra se conduce desde lo político y estratégico, la Junta Militar y el entonces presidente Galtieri. De ahí pasa a lo estratégico militar, el Estado Mayor Conjunto. De allí a lo estratégico operacional, a cargo del almirante Lombardo, comandante del Teatro de Operaciones del Atlántico Sur. Después viene Malvinas. Y en Malvinas estaba yo. Mi nivel era el número cuatro. No manejaba la Fuerza Aérea, no manejaba la Flota. Podía pedir, pero no ordenaba ni comandaba. Todo el mundo me ha visto como la gran cabeza de Malvinas y, como digo siempre, mi flota era eran dos patrulleras de Prefectura, un remolcador, un boque de apoyo de plataforma y un boque de transporte interisleño y algún barco mercante” (Entrevista de Alberto Amato).

A CADA UNO LO QUE MERECE

El terror político sirvió para la instalación de un sistema económico y social, el neoliberalismo descarnado, expresión modernizada de la tradición “liberal” vernácula que nunca le hizo ascos al uso de la violencia represiva, el cual significó la destrucción del sistema

productivo argentino, el fomento de una suicida especulación financiera, el endeudamiento sideral del Estado y sus empresas, y la degradación moral de un amplio sector de la población, que prefirió no enterarse de la represión estatal y se entregó al juego del "deme dos" de las compras en Miami que permitía el dólar barato. Para ser justos, la etapa oscura que va desde 1976 hasta 1983 no debería recordarse como la dictadura "militar" sino "cívico-militar", pues los Martínez de Hoz y sus acólitos fueron tan responsables como los uniformados. La designación a cargo de la economía de Martínez de Hoz y su equipo de colaboradores estaba decidida con mucha anticipación, como también el proyecto de progresivo desmantelamiento del Estado a favor de sectores concentrados nacionales e internacionales, sobre todo financieros, proyecto enraizado en una nefasta tradición histórica del liberalismo argentino: liberal en lo económico y autoritario en lo político-social. En este caso, ambos principios fueron llevados hasta su exacerbación, puesto que el pretexto no era, como en asonadas anteriores, el supuesto reordenamiento de la vida institucional, sino que lo que se puso en marcha el 24 de marzo de 1976 fue un proyecto de transformación total de la organización económica, social y política de nuestro país.

Una vez instalada la dictadura en el poder, la complicidad civil fue aún más manifiesta. Ministerios claves como Economía, Educación, Relaciones Exteriores, Cultura fueron ocupados por civiles que nunca fueron juzgados por ello: economistas de primer nivel que diseñaron, justificaron y protagonizaron políticas económicas que les era evidente que conducían al desastre pero que les permitieron, mientras duraron, rentabilísimos negocios especulativos a favor del endeudamiento suicida y antipatriótico; empresarios que privilegiaron los negocios con el Estado facilitados por la absoluta falta de controles institucionales sin importarles el costo humanitario; artistas que se avinieron, con elevado provecho económico, a filmar películas enaltecedoras del Mundial o amables comedias con las fuerzas armadas como protagonistas; sindicalistas que aprovecharon el terrorismo estatal de ultraderecha para eliminar a sus adversarios del peronismo combativo o de izquierda; intelectuales de valía que, a pesar de que muchos de sus colegas habían desaparecido, se habían visto obligados a exiliarse o nutrían las listas negras que les impedían el derecho al trabajo, aceptaban almuerzos con Videla, embajadas en el exterior o escribían y opinaban sobre temas encubridores.

El olvido colectivo que ha garantizado impunidad a un factor tan esencial de aquella época negra se debe a que muchos de los cómplices civiles del Proceso continúan hoy en actividad ocupando posiciones de importancia, tanto en el área pública como en la privada.

Es justo que los uniformados paguen por su responsabilidad en aquella inmensa tragedia nacional cuyas consecuencias perduran hasta nuestros días, pero reconozcamos que el ser hoy, paradójicamente, el sector social más indefenso de los que participaron los hace aptos para descargar allí, expiatoriamente, toda la responsabilidad, y así disculpar al otro socio sin el cual el Proceso no hubiera sido posible: los civiles, cuyo enjuiciamiento aún está pendiente para cumplir con aquello de Simónides de Ceos: "La justicia consiste en dar a cada uno lo que merece".

ATADO EN CRUZ

"El 21 de marzo de 1977, a eso de las tres o cuatro de la mañana y mientras nosotros estábamos entregados al descanso, irrumpe violentamente un grupo de gente armada, tal vez seis o siete, nos inmovilizan, nos encapuchan y esposados nos sacan de la casa [...] Se suponía que ellos irían a tener un tratamiento distinto con un socialdemócrata que con un marxista revolucionario [...] Ante mi reivindicación de pertenencia a una organización socialista que tenía una posición crítica en relación con los grupos armados, y el argumento de que, por lo tanto, no tenían motivo para arrestarme, se rieron a carcajadas y me gritaron, acompañando una andanada de golpes: ¡Ah, sí! ¡Ahora te vamos a demostrar cómo nos equivocamos!

"[...] Me dejaron tirado en el piso, en la antecámara de una sala, adonde tuve que escuchar el interrogatorio de Lea (mi esposa), es decir escuchar sus gritos, ya que, a pesar de mi esfuerzo, no logré descifrar nada de lo que decía. No sé cuánto duraría: sé que fue interminable.

"Luego me arrastraron a mí y, a los empujones me quitaron la ropa y quedé atado en cruz sobre una mesada. Allí empezó el interrogatorio. Consistió en picanearme no sé por cuánto tiempo. [...] los comentarios de los torturadores iban variando desde el implacable que me decía: 'Vas a querer morirte, pero vamos a ser nosotros los que vamos a determinar tu vida o tu muerte. Seguro que vas a preferir morirte', hasta el negociador humanoide, que me recomendaba dar un par de nombres y direcciones para poder terminar con los tormentos. Yo, para mis adentros, veía cómo se iba confirmando todo lo que uno ya había imaginado una y mil veces: el péndulo entre el torturador malo y el negociador bueno, siempre con el objetivo de quebrar al militante [...] Sufrí varios desmayos y otros intenté simularlos: en el medio, pude escuchar que se comentaban entre sí: 'Este hijo de puta es un cuadro, está simulando y los datos que nos da están ya quemados'

[...] A reglón seguido, me desatan y traen a Lea a la sala y entonces continuaron torturándola en mi presencia, para verificar nuestra historia y para exigirme hablar. Me dijeron que si yo no cantaba, iban a liquidarla [...] Allí pase un período terrible de delirio, en el límite de la semiinconsciencia y la pérdida de la noción del tiempo [...] Con Carlos, que así se llamaba mi compañero de celda, compartimos un par de semanas en las cuales hicimos intercambio de las experiencias que cada uno había estado viviendo en esas mazmorras. Él estaba muy golpeado y tenía la carne al rojo vivo en la zona de la columna, a la altura de la cintura, producto de los golpes que daba su cuerpo al caer sobre la mesada después de las descargas eléctricas a que era sometido. Además, Carlos, que era un chico de aproximadamente 20 años, estaba quebrado moralmente porque no había podido resistir la tortura y lo habían sacado con un comando a marcar lugares. No soportaba la idea de que hubiera compañeros presos por su culpa [...] Dirigentes de su organización, que habían sido chupados hacía meses y que estaban vivos, formaban parte de un *staff* de analistas políticos que realizaban tareas de estudio y de discusión para el enemigo. A Carlos en medio de un interrogatorio le dijeron que iba a ver a alguien conocido y, efectivamente, pudo ver y hablar con un dirigente de su organización [...] Luego me cambiaron a una celda de otro sector, donde conozco a otro Carlos, docente de la Universidad de Morón. Él mismo no sabía cómo había caído. Si mal no recuerdo me contó que su nombre estaba en la agenda de una alumna o amiga suya. Lo habían destrozado tratando de sacarle datos y lo peor es que ni siquiera podía inventar nada porque no sabía nada de nada. Su serenidad y su entereza moral eran ejemplares. Estaba inocentemente sorprendido por la falta de humanidad que demostraban sus torturadores y los carceleros y me decía que, en el fondo, les tenía lástima porque ellos iban a llevar las cadenas toda la vida, estaban condenados a ese destino porque ellos mismos lo habían elegido y en cambio él no, tarde o temprano, él iba a salir e iba a ser un hombre libre y entero como siempre lo había sido. Me hizo bien compartir esas semanas con él" (Testimonio de Carlos Cuéllar).

QUISIERA QUE ME RECUERDEN

Quisiera que me recuerden
sin llorar ni lamentarse.
Quisiera que me recuerden
por haber hecho caminos

por haber marcado un rumbo
porque emocioné su alma
porque se sintieron queridos
protegidos y ayudados
porque nunca los dejé solos
porque interpreté sus ansias
porque canalicé su amor.
Quisiera que me recuerden
junto a la risa de los felices
la seguridad de los justos
el sufrimiento de los humildes.
Quisiera que me recuerden
con piedad por mis errores
con comprensión por mis debilidades
con cariño por mis virtudes.
Si no es así, prefiero el olvido
que será el más duro castigo
por no cumplir con mi deber de hombre.

Poesía del obrero correntino, residente en La Plata, Joaquín Areta, quien fue secuestrado, torturado, asesinado y desaparecido en la ESMA, en 1978, cuando tenía 22 años y un hijo recién nacido.

OTRA VEZ LOS SECTORES POPULARES

El terrorismo de Estado del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional tuvo como uno de sus objetivos la sujeción de la economía argentina al dictado de los poderosos intereses extranjeros, otra vez, como en tiempos de Rivadavia, bajo el dogma del libre comercio. De allí la destrucción de las industrias vernáculas, imposibilitadas de competir con los productos de las multinacionales liberados de impuestos; también el ominoso endeudamiento externo, con las empresas estatales hipotecadas, lo que facilitaría su privatización con el pretexto de ser deficitarias. Nuevamente estaríamos condenados a ser exportadores de materias primas alimentarias, clausuradas las posibilidades de industrialización, vasallos además de los organismos financieros internacionales al servicio de las potencias.

Otro propósito, claramente articulado con el anterior, fue el quiebre de la fortaleza sindical cimentada a lo largo de los años transcurridos desde su organización bajo el primer gobierno peronista. Para ello se intervino la CGT y numerosas organizaciones gremiales, declarándose

suspendida toda actividad sindical como afiliaciones, asambleas, reuniones, congresos, etcétera.

Se separaron las obras sociales de los sindicatos para así mellar su capacidad económica y se sancionó la Ley de Prescindibilidad, que autorizaba la cesantía de empleados y obreros, sobre todo por motivos políticos que muchas veces no pasaban de la sospecha.

Lo más claro es que sobre los trabajadores cayó el mayor peso de la represión, constituyendo casi el setenta por ciento de los detenidos-desparecidos, lo que revela que con el pretexto de combatir la guerrilla, que en 1976 ya había sido desmantelada, se apuntó prioritariamente a desarticular la fortaleza y la resistencia de las organizaciones obreras. La mayoría de las víctimas fueron delegados de base leales con sus representados. Para ello se contó, en no pocos y funestos casos, con la complicidad de los dueños de empresas, que denunciaron como subversivos a quienes les resultaban molestos. Asimismo hubo dirigentes gremiales dialoguistas con los represores que vieron la oportunidad de deshacerse de aquellos compañeros que cuestionaban su desempeño.

Suele decirse que la caída de la dictadura cívico-militar se debió a la derrota en Malvinas, argumento blandido sobre todo por aquellos que fueron pasivos ante la tragedia que se desarrollaba frente a sus ojos, y que de esa manera se desresponsabilizan por su actitud y una vez más evaden el mérito de los sectores populares en instancias críticas de nuestra patria. Sin duda la guerra en las islas contribuyó al derribo, pero la dictadura estaba ya francamente debilitada por el rechazo a la política del terror y por una política económica que favorecía a los pudientes y perjudicaba a la inmensa mayoría de argentinas y argentinos cuyo ingreso había disminuido el sesenta y cinco por ciento entre 1975 y 1986.

Factores de la caída fueron la conmovedora e inquebrantable decisión de la Madres de Plaza de Mayo de perturbar las conciencias de los represores y de impedir el lavado de manos de una ciudadanía asustada. También la acción eficaz de muchos exiliados organizados para enterar al mundo de la tragedia argentina.

Otro factor decisivo fue, indudablemente, la resistencia obrera que fue creciendo en alcance, organización y eficacia a medida que se debilitaba la represión. En un principio se trató de trabajo a reglamento, trabajo “a tristeza”, quite de colaboración y sabotaje por motivos laborales relacionados con los despidos y con la restricción salarial. Ya en 1976 hubo ¡ochenta y nueve! conflictos en todo el país, y aumentaron a cien en 1977. Los gremios más movilizados fueron los ferroviarios, los metalúrgicos y los automotrices.

En 1978 el Mundial de Fútbol redujo las movilizaciones a cuarenta pero ya en 1979 se declaró la primera huelga general dispuesta para el

1º de Mayo por el "Grupo de los 25" que reunía gremios combativos como taxistas, camioneros, cerveceros, mineros y otros. La repercusión fue irregular pero en el conurbano bonaerense y en algunas provincias en ciertos rubros se llegó a casi el ciento por ciento demostrando la fortaleza que a pesar de todo había conservado e incrementado el sindicalismo opositor. En ese año hubo ciento ochenta y ocho conflictos, algunos de los cuales ya no disimularon una intencionalidad política.

Nuevamente el 22 de julio de 1981 se declaró un paro general, esta vez a cargo de la CGT Brasil, nucleamiento de los 25 con otros gremios que se negaban a acordar con la dictadura. Su secretario general fue Saúl Ubaldini, mientras que en la CGT Azopardo, que no adhirió, se reunían los que sostenían una posición dialoguista y cuyo jefe era el representante de los plásticos Jorge Triaca.

Finalmente el golpe de gracia del Proceso sin duda fue la convocatoria de la CGT Brasil a la huelga y movilización que tuvo lugar el 30 de marzo de 1982 bajo la consigna de "Paz, pan y trabajo" y que reunió a varias decenas de miles de ciudadanos y ciudadanas en la Plaza de Mayo. La represión fue violenta y trescientos manifestantes fueron golpeados y detenidos, lo que no impidió que se coreara, también en las provincias, "¡Se va a acabar, se va a cabar la dictadura militar!", "¡El pueblo unido jamás será vencido!", "¡Luche, luche y se van!". Hubo que esperar a la derrota en Malvinas, invasión que se produjo tres días después de la histórica huelga de 1982, para que la dictadura cívico-militar terminara de derrumbarse.

CAPÍTULO XVI

De 1983 a 2003

CON LA DEMOCRACIA ¿SE COME, CURA Y SE EDUCA?

El 30 de octubre 1983, luego de una década de terrorismo de Estado, se lleva a cabo una elección democrática en la que el radicalismo se impone sorpresivamente al hasta entonces invicto peronismo. El nuevo presidente es Raúl Alfonsín, un abogado de Chascomús, quien sostuvo en la disputa interna partidaria una posición socialdemócrata contrapuesta a la línea unionista-balbinista conservadora tradicional, lo que le gana el apoyo de los sectores progresistas y juveniles que llevan al Movimiento de Renovación y Cambio a imponerlo como el candidato para las elecciones presidenciales de 1983.

Alfonsín había desechado la vía guerrillera para oponerse a la dictadura del Proceso enarbolando en cambio el reclamo de una pronta salida democrática sin proscripciones. También se opuso a la guerra de Malvinas diferenciándose de la mayoría de los políticos que adhirieron a la desatinada invasión de las islas.

Su campaña, cuyos actos cerraba con el recitado del Preámbulo de la Constitución Nacional, se basó en reivindicarse a sí mismo como un símbolo democrático en contraste con la cúpula peronista de entonces que no hacía olvidar a la Triple A ni al lopezrreguismo, lo que pareció confirmarse con la impactante quema en el acto final de un ataúd que llevaba las siglas del partido opositor. Además la ciudadanía, en su mayoría, había dado crédito a una denuncia del candidato radical sobre la existencia de un pacto sindical-militar para garantizar la impunidad del genocidio.

Ya en el gobierno Alfonsín lleva adelante con éxito un proceso de reinstalación democrática, convencido de que con la democracia se resolverían, por su simple funcionamiento, los problemas de comer, de curar y de educar, según una difundida frase suya. Grande sería la decepción al comprobar que las cosas no eran sencillas, entre otros motivos porque el Proceso había dejado un campo minado por el exorbitante endeudamiento que los poderosos acreedores

internacionales acosaban por cobrar, y unas fuerzas armadas ampliamente partícipes de la represión ilegal cuyos verdugos continuaban en posiciones de mando y amenazaban con un golpe de Estado si se pretendía que rindieran cuentas.

JUICIO, CONDENA Y PUNTO FINAL

Alfonsín no se arredró y puso en marcha una ejemplar medida de valor histórico y de repercusión internacional que fue llevar a juicio a las tres primeras Juntas Militares por las graves y masivas violaciones de derechos humanos cometidas en ese período. El 15 de diciembre de 1983, cinco días después de asumir como presidente, sancionó los decretos 157 y 158 que, respectivamente, ordenaban enjuiciar a los dirigentes de las organizaciones guerrilleras ERP y Montoneros y a los integrantes de las Juntas.

Con el fin de dar un fuerte apoyo a la investigación sobre las violaciones de derechos humanos durante la dictadura se creó una comisión de ciudadanos notables, que se llamó Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), integrada, entre otros, por el escritor Ernesto Sabato, su presidente, el médico René Favaloro, el científico Gregorio Klimovsky, el rabino Marshall T. Meyer, el pastor evangélico Carlos Gattinoni, el sacerdote católico Jaime de Nevares, la periodista Magdalena Ruiz Guiñazú y la activista de derechos humanos Graciela Fernández Meijide.

Al cabo de nueve meses de sumergirse en el infierno de secuestros, torturas, muertes y desapariciones forzadas, la CONADEP elaboró un informe de cincuenta mil páginas que documentó acabadamente alrededor de nueve mil casos concretos de violaciones de derechos humanos. Dicho informe fue entregado al presidente Alfonsín el 20 de septiembre de 1984 en la Casa Rosada mientras en la Plaza de Mayo una multitud de ochenta mil personas manifestaba su júbilo. El informe fue bautizado con el nombre "Nunca más", que replicó el último párrafo de la alocución del fiscal Julio Strassera en el juicio a las Juntas: "Señores jueces: quiero renunciar expresamente a toda pretensión de originalidad para cerrar esta requisitoria. Quiero utilizar una frase que no me pertenece, porque pertenece ya a todo el pueblo argentino. Señores jueces: 'Nunca más'".

En un principio el juicio a las Juntas corrió por cuenta del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas debido a que las leyes vigentes establecían que los militares solo podían ser enjuiciados por tribunales militares. Pero la evidente desidia con que se encaraba la tarea hizo que se reformara el Código de Justicia Militar y el caso pasó a la

justicia civil, al área de la Cámara Nacional de Apelaciones en lo Criminal y Correccional Federal de la Capital Federal, integrada por los doctores Jorge Torlasco, Ricardo Gil Lavedra, León Carlos Arslanián, Jorge Valerga Aráoz, Guillermo Ledesma y Andrés J. D'Alessio. El fiscal fue Julio César Strassera y el adjunto, Luis Moreno Ocampo. Todos ellos cumplieron con su misión ejemplarmente a pesar de las imaginables presiones a que fueron sometidos.

Entre el 22 de abril y el 14 de agosto de 1985 se realizó la audiencia pública en el Palacio de Justicia de la Nación, por la que pasaron 833 personas, describiendo atrocidades que horrorizaron a la Argentina y al mundo. El 9 de diciembre se dictó finalmente la sentencia condenando al militar Jorge Rafael Videla y al marino Emilio Eduardo Massera, integrantes de la primera Junta, a reclusión perpetua, a Roberto Eduardo Viola, a 17 años de prisión, a Armando Lambruschini a 8 años y a Orlando Ramón Agosti a 4. Los acusados Omar Graffigna, Leopoldo Galtieri, Jorge Isaac Anaya y Basilio Lami Dozo no fueron condenados por no haberse podido probar los delitos que se les imputaban.

Por las características que tuvieron, el juicio y la condena llevados a cabo por un gobierno democrático constituyeron un hecho sin precedentes en comparación con otras naciones también víctimas de dictaduras en las que la transición a la democracia se hizo con acuerdos de impunidad, como fue el caso de Uruguay, Chile, Brasil, España, Portugal y Sudáfrica.

Lamentablemente el gesto se vio luego disminuido cuando el gobierno radical cedió a las presiones de los uniformados y factores de poder periodísticos, empresariales, políticos, implicados con el Proceso y se dictaron las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida que limitaron e impidieron que se hiciera justicia con las atroces violaciones a los derechos humanos.

LA REBELIÓN CARAPINTADA

El 16 de abril de 1987 el teniente coronel Aldo Rico y un grupo que lo acompañaba, conocido como los "carapintada" porque pintarrajearon sus rostros como si estuvieran en guerra, se amotinaron en la Escuela de Infantería de Campo de Mayo resistiendo la citación judicial al mayor Ernesto Barreiro. Los insurrectos solicitaban el cese de la supuesta campaña de agresión de los medios de comunicación contra las Fuerzas Armadas, un aumento del presupuesto, la elección de un nuevo Jefe del Estado Mayor del Ejército de entre cinco postulantes que ellos propondrían y la amnistía para quienes hubieran

participado de ese levantamiento.

La noticia provocó un fuerte sentimiento de apoyo al gobierno constitucional y a la democracia en todo el país y la gente salió a las calles y a las plazas para expresar su indignación y decisión de aplastar la sedición. Sin embargo, lo que mereció y merece la reprobación de muchos, Alfonsín se inclinó por una actitud negociadora y se trasladó hasta Campo de Mayo para parlamentar con los “carapintada”. Luego regresó al balcón de la Casa de Gobierno e informó a la multitud que la actitud de quienes calificó como “héroes de Malvinas” había sido depuesta, que todos volvieran a sus hogares y que “la casa estaba en orden”, una frase que ingresó en el catálogo de las grandes decepciones nacionales.

No sorprendió entonces la inmediata sustitución del general Héctor Ríos Ereñú como Jefe del Estado Mayor por su colega José Dante Caridi. Tampoco que pocos días después entrara al Congreso el proyecto de Ley de Obediencia Debida.

LA HERENCIA DEL PROCESO

El gobierno radical se encontró con una situación muy comprometida, heredada del Proceso, como si se tratase de una bomba de tiempo planeada para hacer fracasar al gobierno democrático. El poder económico de los grandes grupos financieros internacionales aliado a grupos económicos locales controlaba todo el proceso productivo y financiero sobre la base de la subordinación del Estado a sus intereses particulares, como consecuencia del lema “achicar el Estado para agrandar la Nación” blandido y ejecutado por la dictadura cívico-militar. La inflación mensual alcanzaba el veinte por ciento, el crédito internacional estaba cerrado, la desocupación alcanzaba al siete por ciento y la deuda externa rondaba los 45.000 millones de dólares, cifra que en un setenta por ciento había sido contraída por los grupos privados y estatizada en 1982 por el presidente del Banco Central, Domingo Felipe Cavallo, quien no desperdiciaría otras oportunidades para demostrar su servidumbre a los intereses antinacionales. Para paliar la situación de aquellas familias que no podían satisfacer sus necesidades básicas se lanzó el Plan Alimentario Nacional (PAN).

LA “LEY MUCCI”

Una decisión incomprensible de Alfonsín fue que, en circunstancias en que necesitaba el apoyo de los sectores populares, pues quedó enfrentado también con sectores financieros y económicos que habían hecho grandes negocios y negociados durante la dictadura y desconfiaban de él, se enemistó con el poder sindical promoviendo la Ley de Reordenamiento Sindical para, con el pretexto de la "democratización", quitarle a la CGT el monopolio en la representación de los derechos de los trabajadores. Para alcanzar ese objetivo, en febrero de 1984 la Cámara de Diputados aprobó el proyecto de "ley Mucci", como se llamó por el Ministro de Trabajo, ex sindicalista, Antonio Mucci, que permitía la creación de nuevas uniones gremiales, incluía la minoría en la conducción y restringía el manejo de fondos. Ello provocó que la CGT Azopardo y la CGT Brasil se unieran bajo el liderazgo del combativo representante cervecero Saúl Ubaldini, el mismo que había llamado a la huelga general de 1982 contra el Proceso. La ley no prosperó en el Senado por un solo voto, el de Elías Sapag, representante del Movimiento Popular Neuquino.

La relación entre el movimiento obrero y el gobierno radical nunca se recompuso y Alfonsín debió soportar trece paros generales organizados por la CGT a medida que la situación sociopolítica iba descomponiéndose, lo que contribuyó a su progresivo debilitamiento.

EL PLAN AUSTRAL

Como respuesta a una inflación que aumentaba día a día, en junio de 1985 se anunció el Plan Austral urdido por el ministro de Economía Juan Sourrouille. La nueva moneda se denominaba "austral" y cotizaba a un cambio fijo de 0,80 centavos por dólar. Las medidas apuntaban a controlar los precios y las tarifas de los servicios públicos, al congelamiento salarial y a la no emisión monetaria. El Plan estaba en línea con las condiciones impuestas por el FMI para apoyar las negociaciones internacionales para disminuir las presiones de la deuda externa y para lograr un crédito suplementario de 4.200 millones de dólares para cancelar esas obligaciones. No fue casual que el gobierno abandonara las investigaciones sobre la legitimidad de la deuda que amenazaban con cuestionar el pago de la misma.

El éxito inicial del Plan Austral llevó al radicalismo a vencer en las elecciones legislativas de noviembre de 1985, imponiéndose en diecisiete de las veintitrés provincias, además de consolidar su mayoría en la Cámara de Diputados. Pero las buenas noticias duraron poco porque la economía comenzó a mostrar grietas, el austral se desvalorizó ante el dólar y la inflación volvió a trepar, lo que se

tradujo en crecientes protestas sociales y recesión.

DIVORCIO, MERCOSUR, ISLAS Y VIEDMA

Entre las medidas positivas del gobierno de Alfonsín se encuentra el tratamiento y aprobación de la Ley de Divorcio que provocó el disgusto de la Iglesia católica, lo que frenó la aparente voluntad presidencial de sancionar también una ley del aborto. Pueden sumarse las tratativas para promover la integración regional con Brasil que desembocó en la firma con el presidente Sarney, en 1988, del Tratado de Integración, Cooperación y Desarrollo que sería la piedra angular del Mercado Común del Sur (MERCOSUR). Asimismo resolvió con Chile el conflicto por la demarcación fronteriza en el Canal de Beagle a raíz del cual nuestro país en 1978 estuvo al borde de la guerra con nuestro vecino trasandino. Fue convocado un plebiscito en el que la mayoría de ciudadanas y ciudadanos optó por la paz. En 1985 el Vaticano rubricó el tratado bilateral. Puede contabilizarse también a favor el interesante proyecto de trasladar la capital a la ciudad de Viedma, intención que como otras en el gobierno de Alfonsín no contó con el vigor necesario para ser llevada a la práctica.

EL CAMINO HACIA EL ABISMO

Las elecciones legislativas de septiembre de 1987 sorprendieron al gobierno con una inflación del ciento veintisiete por ciento anual además de un creciente descontento social, lo que se tradujo en una resonante derrota a manos de un peronismo que había comenzado un proceso de depuración y “adecentamiento” liderado por Antonio Cafiero, José Manuel de la Sota y Carlos Menem. El gobierno solo pudo retener las gobernaciones de Río Negro y Córdoba, sumando la Capital Federal, cuyo intendente entonces era designado por el presidente. En agosto de 1988 un gobierno herido de muerte lanzó el Plan Primavera, de escasa duración y nulo éxito. Las dificultades fueron acumulándose: el extraño copamiento al Regimiento 3 de Infantería de La Tablada llevado a cabo por el izquierdista Movimiento Todos por la Patria que dejó cuarenta muertos y cuatro desaparecidos, el alza incontrolada de las tasas de interés, el agotamiento de las reservas del Banco Central para intentar mantener el valor del peso, la hiperinflación, lo que hizo inevitable una nueva derrota electoral, esta vez a manos del peronista Carlos Menem.

Alfonsín, un auténtico demócrata, de indiscutida honestidad, había cumplido con lo enunciado en su primer discurso como presidente electo: “Tenemos todos la enorme responsabilidad de asegurar hoy y para los tiempos la democracia y el respeto por la dignidad del hombre en la tierra argentina”. Pero también fue un torpe piloto de tormentas, incapaz de resolver los problemas políticos, económicos y sociales que se le presentaron, y entregó anticipadamente el gobierno con una deuda externa aumentada y los salarios decrecidos, con recesión del seis por ciento de PBI y una hiperinflación cercana al 5000 por ciento anual.

EL CONSENSO DE WASHINGTON

El siguiente presidente fue Carlos Menem, un abogado riojano de aspecto algo extravagante mimetizado con los caudillos riojanos del siglo XIX, quien representó algo distinto, y por lo tanto esperanzador para muchos, a la imagen del burgués discurseante e ineficiente de su antecesor y de su rival electoral Eduardo Angeloz. El traspaso de Alfonsín a Menem fue el primero entre dos presidentes elegidos constitucionalmente desde 1928 cuando lo hicieran Alvear e Yrigoyen.

Ante la ausencia de planes de gobierno y en la convicción de que era necesario congraciarse con los poderes económicos y financieros internacionales para capear la gran crisis heredada, Menem se rigió por las instrucciones del Consenso de Washington, salidas de una reunión en la que participaron los organismos financieros internacionales, los directivos de las economías de los países desarrollados, los empresarios más importantes del planeta. Las conclusiones dirigidas a los países latinoamericanos de acuerdo a un decálogo presentado por el economista norteamericano John Williamson proponían la apertura total de fronteras aduaneras, la desregulación de precios y salarios, la venta de empresas públicas, la sumisión a los controles de organismos internacionales, en especial del FMI.

Menem fue uno más de los presidentes latinoamericanos como Collor de Melo en Brasil, Fujimori en Perú, Sánchez de Losada en Bolivia, Salinas de Gortari en México, y varios más que aceptaron el catecismo neoliberal, exacerbado por el desplome del mundo comunista, con las conocidas y lamentables consecuencias de desocupación, endeudamiento, crisis políticas y económicas. Sucedió entonces que el peronismo, al que John W. Cooke había calificado de hecho maldito de la burguesía argentina, que había representado los intereses de la clase obrera durante los gobiernos de Perón, aparecía

ahora claramente alineado con los sectores dominantes que volvían a regir los destinos del Estado sin necesidad de reprimir.

LA CONVERTIBILIDAD

Luego del fracasado plan Bonex por el que se incautaron los plazos fijos y se los cambió por un bono, asumió Domingo Cavallo como ministro de Economía y puso en acción el Plan de Convertibilidad, que tuvo vigencia hasta la crisis de 2001, por el cual el Banco Central se obligaba a respaldar el dinero circulante con dólares. La cotización era a la par, un dólar un peso.

Se logró una estabilidad económica casi sin inflación que ofreció un clima favorable para las inversiones y el ingreso de capitales desde el exterior, produciéndose un marcado crecimiento del PBI. Pero a medida que se expandía la fiebre privatizadora disminuía la capacidad de la economía de emplear mano de obra y cerraban numerosos comercios y establecimientos industriales de capital nacional. La deuda externa, a pesar del ingreso de las privatizaciones, algunas a precio vil que provocaron sospechas y denuncias de corrupción, creció desde los 45.000 millones que había dejado el gobierno de Alfonsín hasta llegar en el año 2000 a 145.000 millones.

¡A PRIVATIZAR!

Algunas de las empresas estatales que fueron privatizadas, concesionadas o disueltas, muchas de ellas estratégicas, contradiciendo el enunciado de la Constitución de 1949: “Los minerales, las caídas de agua, los yacimientos de petróleo, de carbón y de gas, y las demás fuentes naturales de energía, con excepción de los vegetales, son propiedad imprescriptible e inalienable de la Nación, con la correspondiente participación en su producto que se convendrá con las provincias”:

- Administración General de Puertos (AGP)
- Aerolíneas Argentinas
- Aeropuertos
- Agua y Energía Eléctrica SE, Sector Eléctrico
- Área Material Córdoba Aviones
- Astillero Ministro Manuel Domecq García - DOMECQ

- Astilleros y Fábricas Navales SA (AFNE): provincializado
- Banco Hipotecario Nacional
- Banco Nacional de Desarrollo (BANADE)
- Caja Nacional de Ahorro y Seguro
- Canal 11, Dicon Difusión SALS 84 TV
- Canal 13, Río de la Plata SALS 85 TV
- Carboquímica Argentina Sociedad Anónima Mixta
- Carolina SA Minera
- Empresa Líneas Marítimas Argentinas (ELMA)
- Empresa Nacional de Correos y Telégrafos (ENCOTEL)
- Empresa Nacional de Telecomunicaciones (ENTEL)
- Establecimientos Altos Hornos Zapla
- Fábrica Militar de Ácido Sulfúrico
- Fábrica Militar de Tolueno Sintético
- Ferrocarril Belgrano SA
- Ferrocarriles Argentinos SA
- Ferrocarriles Metropolitanos SA
- Fondo Nacional de la Marina Mercante
- Gas del Estado SE
- Hidroeléctrica Norpatagónica SA, Sector Eléctrico (HIDRONOR)
- Hierro Patagónico de Sierra Grande SA Minera (HIPASAM)
- Hipódromo Argentino: concesionado.
- Indupa SA: privatizada
- Instituto Nacional de Reaseguros SE (INDER)
- Interbaires SA
- Intercargo SA
- Junta Nacional de Carnes
- Junta Nacional de Granos
- LR3 Radio Belgrano
- LR5 Radio Excélsior
- LV3 Radio Córdoba
- Llao Llao Holding
- Obras Sanitarias de la Nación (OSN)
- Petroquímica Bahía Blanca SA
- Petroquímica General Mosconi SAI y C
- Petroquímica Río Tercero
- Polisur Sociedad Mixta
- Redes de acceso a grandes ciudades
- Servicios Eléctricos del Gran Buenos Aires, Sector Eléctrico (SEGBA)
- Sociedad Mixta Siderurgia Argentina (SOMISA)
- Talleres Navales Dársena Norte SACI y N (TANDANOR)
- Tanque Argentino Mediano SE (TAMSE)
- Tecnología Aeroespacial (SATEA)
- Yacimientos Carboníferos Fiscales (YCF)

- Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YCF)

Y por lo menos veinte más.

RELACIONES CARNALES, PACTO DE OLIVOS Y OTRAS VICISITUDES

En política exterior promovió una estrecha alianza con los Estados Unidos que el canciller Di Tella, en una expresión poco feliz, definió como "relaciones carnales". Como parte de estas, ante un pedido del presidente George Bush padre envió naves argentinas a la Guerra del Golfo con el propósito, según Menem, de conjurar el persistente fastidio de los norteamericanos por no haber participado de su lado durante la Segunda Guerra Mundial, a diferencia de Brasil que había sabido hacer valer sus oficiales y soldados muertos para erigirse en el designado país industrializado de Sudamérica.

En los primeros años una ilusoria bonanza económica, promovida por la Ley de Convertibilidad, hizo que Menem fuese reelecto en 1996 a favor de la reforma constitucional de 1994 acordada con Raúl Alfonsín, jefe del radicalismo, el llamado Pacto de Olivos en el que el ex presidente impuso el tercer senador, la creación del jefe de gabinete con la idea no concretada de disminuir el presidencialismo y la incorporación a la Carta Magna de algunos tratados internacionales.

ATENTADOS IMPUNES

Su gobierno sufrió dos gravísimos atentados, en la embajada de Israel, el 17 de marzo de 1992, y contra la AMIA (Asociación Mutual Israelita Argentina), el 18 de julio de 1994, que provocaron 29 y 85 muertos, respectivamente. Las evidencias acusaron a organizaciones fundamentalistas islámicas con sede en Líbano, como el Hezbolá, comandadas por el gobierno de Irán. Se atribuyó el ataque al no cumplimiento por parte del gobierno argentino, por presión de Israel y los Estados Unidos, de un acuerdo de transferencia a Irán de energía nuclear apta para propósitos bélicos. También se sospechó del desmantelamiento del proyecto Cóndor II, un proyectil de largo alcance desarrollado y fabricado en nuestro país, capaz de portar una cabeza nuclear, que el Proceso había puesto en marcha conjuntamente con Alemania y Egipto, y que era ambicionado por varios países árabes, en especial Siria, cuya participación en las voladuras también se sospecha.

Pero las investigaciones judiciales, según sectores de la comunidad judía, fueron desviadas con propósito de ocultamiento, lo que comprometió al juez de la causa, Juan José Galeano, luego separado por decisión de la Corte Suprema. Un ex miembro de la inteligencia iraní aseguró que Menem recibió dinero para desvincular a ese país del ataque, lo que no pudo comprobarse.

DIEZ AÑOS Y MEDIO

Durante sus diez años y medio de gobierno, Menem se divorció de su esposa Zulema y perdió a su hijo Carlitos, muerto en un nunca esclarecido accidente de helicóptero. Relanzó el MERCOSUR con el presidente brasileño Cardoso, indultó a culpables del terrorismo de Estado entre 1976 y 1983 y a dirigentes de la guerrilla de esos años, suspendió el servicio militar obligatorio tras el escándalo del caso Carrasco. En lo cultural promovió la creación del INCAA (Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales), el INT (Instituto Nacional del Teatro), la puesta en marcha de la Biblioteca Nacional, la creación del Ballet Folklórico Nacional y de la Academia Nacional del Tango.

Las imágenes de Menem y de su gobierno quedaron asociadas a una visión frívola de la vida, caracterizada por las compras en Miami y una sociedad mayoritariamente alejada de la conciencia social y del pensamiento profundo, que aún persiste sobre todo en los medios masivos, lo que a todas luces era una consecuencia perdurable, su victoria, del terror represivo del Proceso. También una orientación planetaria generalizada que el pensador polaco Zygmunt Bauman llamó “la modernidad líquida”, el proceso por el cual el individuo pasa sin compromisos humanos, políticos y sociales valederos para así integrarse a una sociedad cada vez más global, pero sin identidad fija, maleable, voluble. La identidad se tiene que inventar, que crear, se tiene que moldear máscaras de supervivencia.

Luego de finalizado su gobierno el riojano fue encarcelado por el tráfico ilegal de armas desviado a Croacia y Ecuador.

EL TRIUNFO DE LA ALIANZA

Como resultado de la Alianza entre el radicalismo y el Frente País Solidario (FREPASO) se realizaron elecciones internas para decidir quién sería el candidato a las elecciones presidenciales de 1999, resultando triunfador el radical Fernando de la Rúa, siendo

acompañado en la fórmula por el líder del otro partido, Carlos "Chacho" Álvarez.

La Alianza triunfó en las elecciones del 24 de octubre de 1999 ante la fórmula peronista Eduardo Duhalde-Ramón Ortega, que no recibió el apoyo del presidente Menem a pesar de ser miembros del mismo partido. Este dejó un déficit fiscal de más de mil millones de pesos, una deuda externa del orden de los 150 mil millones anuales con vencimientos de casi 25 mil millones en el año siguiente. El gobierno buscó controlar el gasto público, bajar las tasas internas de interés y mantener las estabilidades monetaria y financiera. Buscó ayuda del FMI y de los bancos privados para reducir la presión de la deuda externa. José Luis Machinea, ministro de Economía, negoció un paquete de salvataje de cerca de 40.000 millones de dólares, conocido como "blindaje financiero", que no provocó alivio.

CORRUPCIÓN EN EL SENADO

El gobierno sufrió una grave crisis interna debido a la renuncia irresponsable del vicepresidente Álvarez, en octubre de 2000, que se debió al escándalo de los supuestos sobornos en el Senado para aprobar una polémica ley de reforma laboral a la que se oponía un sector del sindicalismo liderado por Hugo Moyano.

Para dar señales de firmeza y contrarrestar la imagen de debilidad que la ciudadanía se había forjado del gobierno ahora casi exclusivamente radical, el ex presidente Carlos Menem fue detenido y puesto bajo arresto domiciliario el 8 de junio como supuesto jefe de una asociación ilícita que habría realizado una venta ilegal de 6.500 toneladas de armas y municiones a Ecuador y Croacia. Pero esto le granjeó a De la Rúa la vigorizada oposición del peronismo, que gobernaba la mayoría de las provincias, solidario con el preso, quien luego fue liberado por decisión de la Corte Suprema.

DERROTA ELECTORAL Y MEGACANJE

Con una desocupación del 18,3 por ciento y con reservas internacionales de apenas veinte mil millones de dólares, la Alianza perdió las elecciones legislativas de 2001 en las que el peronismo se impuso con el cuarenta por ciento contra el veinticuatro por ciento de una debilitada Alianza perjudicada por una evidente y sorpresiva incapacidad de gobernar de un De la Rúa indeciso y lento, raro para

alguien que había sido un activo jefe de Gobierno en la Ciudad de Buenos Aires. Su imagen fue deteriorándose, lo que fue reflejado en una viñeta por el humorista gráfico Nik quien lo designó como “ese lentísimo señor prescindente doctor Frenando de la Duda”.

De alguna manera se reproducía el caso de los otros gobiernos radicales que, si bien animados por una formulación progresista de la política en sus diagnósticos y sus remedios, fracasaba al no poder despegarse de su claro compromiso con la clase media que los componía y compone mayoritariamente. Y es sabido que si bien esta critica a los sectores altos en poder y recursos no deja de admirarlos y pretender emularlos, también deseosa de establecer diferencias con la clase trabajadora con la que el partido de Alem e Yrigoyen nunca logró componer un vínculo generador, causa sustancial de que ninguno de sus gobiernos, salvo el primero de don Hipólito, haya completado su período.

Ante la gravedad de la situación el nuevo ministro de Economía, Ricardo López Murphy, anuncia un ajuste y una reducción presupuestaria generalizada, retirando fondos de áreas como salud o educación, disminuyendo salarios y jubilaciones, lo que genera una protesta de alcance nacional que obliga al ministro a renunciar dieciséis días después de asumir.

El gobierno de la Alianza recurrió entonces a Cavallo, quien tenía el respaldo de los sectores empresariales y financieros, pero la oposición de los sectores populares, que no olvidaban sus gestiones en los gobiernos de la dictadura del Proceso y el de Menem. Muchos de los radicales también recordaban que había sido un impulsor del caos económico, “el golpe de mercado” como lo llamaban, que provocó la caída de Alfonsín. Cavallo no encontró otra salida que un plan de “déficit cero”, con un nuevo recorte general de gastos en la administración pública para evitar gastar más de lo que ingresaba en el Estado. También acordó una reestructuración de los compromisos de la deuda externa, denominada “megacanje”, consistente en una postergación de los compromisos de la deuda canjeada por bonos pero con un aumento de la tasa de interés del siete al trece por ciento anual y un incremento del capital adeudado. Según algunos especialistas, la iniciativa, urdida con el ex secretario de Finanzas norteamericano Lewis Mulford, que implicó inusitadas ganancias para los bancos colocadores de los bonos, significó un incremento del endeudamiento externo cercano a los 50.000 millones de dólares. Lamentablemente no había un Juan Manuel de Rosas y su fuerza de gauchos para ponerle el pecho y derrotar a este combinado de poderes extranjeros aliados con sus socios interiores. Esta vez, como en el caso del endeudamiento, no hicieron falta barcos de guerra ni cañonazos, bastó con una astuta planificación y pulsar el “enter” de algunas

computadoras. El juicio por corrupción a varios funcionarios de entonces, Cavallo y Mulford incluidos, continúa vigente pero viciado de lentitud y apatía.

CORRALITO Y FINAL

La creciente desconfianza en el gobierno y la evidencia de la grave crisis que se avecinaba provocó fuertes retiros de depósitos bancarios, fugándose más de 80.000 millones de dólares. Cavallo volvió a demostrar su ya probada lealtad hacia los banqueros y financistas, sobre todo extranjeros, estableciendo el congelamiento de las cuentas bancarias, de las que sus dueños sólo podrían retirar 250 pesos cada semana. La reacción popular al "corralito", como se lo llamó, sobre todo de los sectores medios, fue rabiosa y se produjeron violentas demostraciones de "cacerolazos", personas que protestaban golpeando cacerolas, lo que fue imitado en varios países. Para empeorarlo todo el FMI endureció su posición y se negó a enviar 1.260 millones con los que se había comprometido a colaborar, argumentando que la Argentina no habría cumplido sus compromisos de mantener el "déficit cero".

Hacia el 19 de diciembre, la situación social se volvió incontrolable, con saqueos y desmanes en los puntos más importantes del país. De la Rúa respondió decretando el estado de sitio en todo el país a pesar de lo cual las demostraciones se incrementaron.

LOS SAQUEADORES CON *WALKIE-TALKIE*

"La investigación con Gerardo Young y Lucas Guagnini la empezamos con los saqueos. Siempre tuvimos la sensación de que en parte fueron manejados por el peronismo, sobre todo el bonaerense. Eran saqueos muy ordenados, veíamos gente con *walkie-talkie*. Pasaban autos de civil por un super y a la media hora lo saqueaban. Había una especie de 'servicio de inteligencia' trabajando. Después sí trabajó la inteligencia oficial para hacer que la gente volviera a sus casas. Pero cuando renunció De la Rúa desaparecieron los saqueos. Antes que comenzaran, en la Rotonda de Alpargatas, un taxista me comentó: 'Qué olor a saqueos que hay'. Era un policía retirado. Al volver, los canales de noticias ya transmitían en directo los saqueos como si fuese un show deportivo" (Alberto Amato).

EL HELICÓPTERO

La feroz e insensata represión provocó treinta y nueve muertos en todo el país y más de dos mil heridos. En la medianoche del 19 de diciembre de 2001 renunciaron el ministro Cavallo y el resto del gabinete. De la Rúa lo hizo a las 19.45 del 20 y abandonó la Casa de Gobierno en un helicóptero que despegó desde la azotea para evitar la indignación de la multitud que ocupaba la Plaza de Mayo exigiendo el fin de su mandato cuando solo había completado la mitad del mismo.

LA CRISIS DE 2001

El país se sumió en un caos en todos los aspectos de su vida pública y privada, que es recordado como la terrible "crisis del 2001" en que llegó a ponerse en riesgo la existencia misma de la Argentina como nación, como entidad política, económica, social y cultural. La acefalía no pudo ser conjurada por los presidentes fugaces que se sucedían en el Salón Blanco, cuatro desde el 20 de diciembre hasta el 2 de enero: el presidente de la Cámara de Senadores Ramón Puerta; Adolfo Rodríguez Saá, elegido por la Asamblea Legislativa; el presidente de la Cámara de Diputados, Eduardo Camaño, y finalmente el jefe del partido opositor, Eduardo Duhalde.

Este, en su discurso de asunción dijo: "Es momento de decir la verdad. La Argentina está quebrada. La Argentina está fundida. Este modelo en su agonía arrasó con todo. La propia esencia de este modelo perverso terminó con la convertibilidad, arrojó a la indigencia a dos millones de compatriotas, destruyó a la clase media argentina, quebró a nuestras industrias, pulverizó el trabajo de los argentinos. Hoy, la producción y el comercio están, como ustedes saben, parados; la cadena de pagos está rota y no hay circulante que sea capaz de poner en marcha la economía".

QUE SE VAYAN TODOS

El país había perdido su moneda al cesar la convertibilidad, remplazada por precarias emisiones de bonos de emergencia como el "patacón" de la provincia de Buenos Aires, el "lecor" de Córdoba o el "lecop" de alcance nacional. También se desarrolló el sistema del trueque, como en los primeros tiempos de la actividad comercial, varios siglos atrás.

Las manifestaciones no abandonaban las calles inculpando a los

políticos del infortunio y exigiendo "que se vayan todos" ignorando la responsabilidad de los banqueros y financistas nacionales e internacionales que habían lucrado con nuestra debacle como siempre lo hicieron y lo seguirán haciendo. También los impunes periodistas lobistas de los intereses antinacionales que se renuevan de generación en generación.

LA HORA DE LOS KIRCHNER

Duhalde convocó a un gabinete de unidad nacional y llamó a Roberto Lavagna como ministro de Economía, quienes lograron frenar la caída en el abismo y crear condiciones suficientes para el llamado a elecciones, facilitado por la patriótica decisión del presidente de no presentarse en ellas.

Luego sería el triunfo de Menem a nivel nacional, invicto en sus tres presentaciones comiciales, pero con escaso número de votantes debido a la multiplicidad de candidatos, entre ellos tres por el peronismo. Después su retiro ante la seguridad de perder en la segunda vuelta del *ballotage* y el ascenso a la presidencia de Néstor Kirchner, abogado, gobernador de Santa Cruz, acompañado de su esposa, la senadora Cristina Fernández de Kirchner.

La dependencia en tiempos de Internet

En una época marcada por asombrosos desarrollos tecnológicos la teoría de la dependencia sigue siendo el eje fundamental de la comprensión historicista. Su denuncia y su esclarecimiento fue el objetivo principal de nuestros gloriosos antecesores y debe serlo de quienes hoy nos tomamos muy en serio la batalla cultural por la afirmación de nuestra raíz propia. Pero hoy los mecanismos de sujeción han variado desde cuando los hermanos Irazusta describían los mecanismos de dominio a que nos sometía Inglaterra con la complicidad de sus bien recompensados "socios interiores". Personajes que se renuevan de generación en generación: los vemos hoy desfilando por programas radiales y televisivos, escribiendo artículos, forzando la toma de medidas para resolver crisis que ellos mismos provocaron cuando fueron funcionarios de gobiernos entreguistas, escudados en la desmemoria, en la difícil comprensión de los procesos económico-financieros y en una entrenada astucia de cripticidad explicativa. La actual tampoco es la colonización que sofocaba a nuestra patria con la telaraña de las redes de ferrocarriles tendidas en beneficio de intereses británicos que magistralmente denunciara Scalabrini Ortiz.

Según José María Rosa, lo que el revisionismo se propone es "quebrar el coloniaje", denunciar la dominación impuesta por los poderosos de afuera, sean imperios identificables como países, o *holdings* plurinacionales económico-financieros, mediáticos, con la complicidad de dirigencias vernáculas, políticas, económicas, periodísticas, culturales, recompensadas con el ascenso social y el bienestar material, acreedoras también del prestigio necesario para diseminar ideologías convenientes y necesarias para la conservación y difusión de los sacralizados principios del expansivo capitalismo liberal.

¿Qué es dominación? Max Weber la define como "un estado de cosas por el cual una voluntad manifiesta (mandato) del dominador o de los dominadores influye sobre los actos de otros (del dominado o de los dominados), de tal suerte que en un grado socialmente relevante estos actos tienen lugar como si los dominados hubieran adoptado por sí mismos, y como máxima de su obrar, el contenido del mandato".

El vasallaje ha vestido distintos ropajes a lo largo de las sucesivas

transformaciones sociales y políticas: en tiempos de la colonización y de la esclavitud, lo que se dominaba eran los cuerpos por medio del terror y el castigo físico; luego fue la salida al mar de los imperios para ocupar y dominar territorios de las naciones más débiles por medio de la superioridad militar, como fue el intento inglés de invadir el Río de la Plata en 1806 y 1807. Posteriormente, la dominación se ejerció apropiándose de los mecanismos económicos y financieros de los países vasallos, como lo logró Gran Bretaña con el empréstito Baring en venal sociedad con Rivadavia y los suyos, prolegómeno de los asfixiantes endeudamientos en los tiempos que corren.

Pero los poderosos siempre han sabido que los mejores mecanismos de control sobre sus súbditos de adentro y afuera, se trate de emperadores, sultanes o actuales emporios globalizados, son los que operan desde el interior del dominado. En el siglo V a.C. ya enseñaba Critias en su *Sísifo* que los gobernantes habían inventado a los dioses con la intención de gobernar mejor a los ciudadanos, haciéndoles creer en un policía interior (Freud lo llamará *Über-Ich*, Superyó) ante el cual no podrían ocultar sus delitos ni pensamientos. Poco después, hacia el 400 a.C., Platón escribiría *La República* (*Politeia*), donde nos contaría lo que son las "mentiras necesarias": el hombre de Estado tiene que inventar "mentiras nobles" para persuadir a los ciudadanos de que sean "buenos", es decir, sumisos.

¿Cuáles son los mecanismos de dominación de hoy, tiempos de globalización y desarrollo tecnológico, que se suman y potencian a los tradicionales? Comencemos por decir que son potentes porque obran por fuera de la percepción de las víctimas. Desde la mitad del siglo XX, cada vez con mayor capacidad de pregnancia y de sometimiento, promueven la incorporación de países satélites como el nuestro a sistemas dominantes oligopólicos mediante la persuasiva inoculación de valores socioculturales que legitiman sus intereses imperiales.

En tener conciencia de ello estriba una de nuestras diferencias con algunos representantes de la historia oficial, liberal. Desde Berkeley, Tulio Halperin Donghi escribió: "Quejarse de la dependencia es como quejarse del régimen de lluvias. No es necesario explicar entonces por qué no hablamos más de ella" (*Punto de Vista*, 1993).

¿Cuál es el mecanismo íntimo, inconsciente, de este moderno vasallaje? *El saqueo del deseo*, el instinto primario que nos relaciona con el exterior. Sobrevivimos porque debemos alimentarnos y entonces deseamos el pezón materno. Luego, el laberinto edípico nos enseñará a desear una mujer distinta a la madre y entonces nos socializamos y nos proyectamos hacia el afuera de la familia. Pero somos incompletos, incapaces por naturaleza de satisfacer nuestras necesidades, y eso es lo que abre la dimensión del deseo. *Deseamos, ergo vivimos.*

El deseo pasa al servicio del dominador, del saqueador de inconscientes, del *apropiador de subjetividades*, porque le pone nombre y objeto, entonces me engaño y deseo consumir porque me es impuesto, creo saber lo que quiero y actúo en consecuencia porque ignoro que ese deseo me fue impuesto en reemplazo de otros que hubieran satisfecho mis verdaderas necesidades o demandas.

Es el pasaje según Foucault de la sociedad “disciplinaria”, que predominaba en el pasado reciente, a la sociedad del “control”, que es la que rige en nuestros días. En la primera el disciplinamiento social, político y cultural para el acatamiento de las imposiciones del sistema se concretaba por medio de mecanismos de castigo institucionales: cárceles, manicomios, también la imposición de incorporarse a la cadena productiva y también los establecimientos educativos para uniformar el conocimiento de ciudadanas y ciudadanos.

En una sociedad de control, en cambio, el amaestramiento se produce por la colonización de las mentes, a través de los medios masivos, de los programas y sistemas educativos y también por el efecto de contagio tribal que produce el temor de ser distinto y castigado con la marginación social.

En uno de los films de James Bond, *El mañana nunca muere*, el villano Elliot Carver le dice: “Ambos somos hombres de acción, señor Bond, pero su era se está acabando. Las palabras son las nuevas armas. Los satélites, la nueva artillería”.

El poder se adueña de nuestro deseo, lo codifica, le da una representación ajena a sí mismo para que se haga consciente y promueva sentimientos, ideas y acciones. De manera tal que el deseo, lo inconsciente, se haga controlable, manejable, previsible e ineficaz para darse cuenta, insubordinarse y proponerse cambios. Esto provoca, por ejemplo, la deseante valoración de los símbolos del dominador: deseamos su cultura y despreciamos la propia, deseamos los paisajes ajenos y vulgarizamos los propios, deseamos vestirnos como se viste el colonizador y somos obedientes a sus modas, aceptamos su versión de nuestra historia, todo ello dramáticamente sin percibirlo, sinceramente convencidos de que eso es lo mejor, lo natural, lo que corresponde, lo que nos hace buenos ciudadanos. “Civilización o barbarie”.

La interpretación teórica de Freud acerca de la sociedad y la civilización es que la historia de la humanidad es la historia de sus represiones, es esa la matriz civilizatoria, la posibilidad de convivir con otros humanos, la postergación o renuncia a la satisfacción de sus instintos primarios. De allí su teoría sobre el “malestar en la cultura”. El énfasis freudiano estaba puesto en la represión de la pulsión sexual, pero hoy la construcción y perduración del sistema de vasallaje requiere también *la represión de la conciencia*, a fin de que esta, en las

personas supuestamente libres, no alcance a comprender el mecanismo de la dominación y no se rebele contra ella. Por eso, hoy no solo debe hablarse de colonialismo cultural sino también de *colonialismo psicológico.*

En su obra sobre la “modernidad líquida”, Zygmunt Bauman plantea que una de las características de la sociedad actual es el individualismo que marca nuestras relaciones y las torna precarias, transitorias y volátiles. Vivimos bajo el imperio de la caducidad y la seducción en el que el verdadero “Estado” es el dinero y su forma colectiva de la dominación de algunos sobre muchos. Donde se renuncia a la memoria como condición de un tiempo poshistórico.

Las convicciones y los marcos referenciales son entonces tan evanescentes como los objetos que son comprados para ser prontamente considerados desperdicio, al igual que las convicciones pasajeras y la moda, y ello atenta contra la capacidad de sostener ideales irrenunciables, no descartables, sostenidos con firmeza, por ejemplo las afirmaciones populares, nacionales y federalistas, diferentes y antitéticas de las esgrimidas por la globalidad disolvente de identidades y pregonadas por instituciones académicas, universitarias, funcionales al sistema aunque exhiban la palabra “social” en su autodesignación, lo que confirma que uno de los mecanismos de vasallaje es el vaciamiento semántico de términos plenos de significación como “nacionalismo”, “libertad”, “populismo”, etcétera.

“No es pues un problema de historiografía sino de política: lo que se nos ha presentado como historia es una política de la historia en la que esta es solo un instrumento de planes más vastos destinados precisamente a impedir que la historia, la historia verdadera, contribuya a la formación de una conciencia histórica nacional que es la base necesaria de toda política de la nación [...] La política de la historia falsificada es y fue la política de la antinación, de la negación del ser y las posibilidades propias” (Arturo Jauretche).

Bibliografía

Alberdi, Juan Bautista, *Obras completas*. La Tribuna Nacional, Buenos Aires, 1886.

Anguita, Eduardo Caparrós, Martín. *La voluntad* (3 vols.). Planeta, Buenos Aires, 2013.

Anzorena, Oscar, *JP. Historia de la Juventud Peronista (1955-1988)*. Del Cordón, Buenos Aires, 1989.

Artigas, José. Archivo Artigas, Montevideo, 1950-1981.

Bareiro Saguier, Rubén. *Testimonios de la Guerra Grande. Muerte del Mariscal López.* Tomos I y II. Servi Libro, Asunción, 2007.

Baschetti, Roberto (comp.). *Documentos (1970-1973). De la guerrilla peronista al gobierno popular.* De la Campana, Buenos Aires, 1997.

—. *Memoria de los de abajo*. De la Campana, Buenos Aires, 2007.

Basualdo, Eduardo. *Estudios de historia económica argentina.* Siglo XXI, Buenos Aires, 2006.

Bazán, Armando R. *Historia del Noroeste argentino*. Plus Ultra, Buenos Aires, 1985.

Bellotta, Araceli. *Eva y Cristina*. Ediciones B, Buenos Aires, 2012.

Bernal, Federico. *Civilización o barbarie. En la Argentina del Bicentenario.* Fabro, Buenos Aires, 2004.

Bonasso, Miguel. *El presidente que no fue.* Planeta, Buenos Aires, 2006.

Boyanoski, Cristian y Amato, Fernando. *Setentistas. De La Plata a la Casa Rosada.* Sudamericana, Buenos Aires, 2008.

Brienza, Hernán. *El loco Dorrego.* Marea, Buenos Aires, 2007

—. *El otro 17. De la resistencia a la victoria. La historia del regreso de Perón.* Capital Intelectual, Buenos Aires, 2012.

Brión, Daniel. *El presidente duerme.* Fabro, Buenos Aires, 2000.

Burgin, Miron. *Aspectos económicos del federalismo argentino.* Ediciones Solar, Buenos Aires, 1982.

Busaniche, Jose Luis. *Historia argentina.* Taurus, Buenos Aires, 2005.

Cabral, Salvador. *Andresito Artigas.* Castañeda, Buenos Aires, 1980.

Calcagno, Alfredo Eric y Calcagno, Eric. *La deuda externa explicada a todos (los que tienen que pagarla).* Catálogos, Buenos Aires, 1999.

Calceglia, Inés Malvina. *Manuel Dorrego. El primer asesinato político de la historia argentina.* Fabro, Buenos Aires, 2011.

Castagnino, Leonardo. *Guerra de Paraguay. Triple Alianza contra los países del Plata.* Fabro, Buenos Aires, 2009.

—. *Juan Manuel de Rosas. Sombras y Verdades*. Fabro, Buenos Aires,

2009.
Casullo, Nicolás. *Peronismo: militancia y crítica, 1973-2008.* Colihue, Buenos Aires, 2008.
Chávez, Fermín. *Diccionario histórico argentino.* Fabro, Buenos Aires, 2005.
—. *El Revisionismo y las Montoneras.* Theoria, Buenos Aires, 1984.
—. *La vida del Chacho*. Theoria, Buenos Aires, 1967.
—. *Reseña de acontecimientos históricos 1553-2003.* Fabro, Buenos Aires, 2005.
—. *Vida y muerte de López Jordán.* Theoria, Buenos Aires, 1975.
Chumbita, Hugo. *El enigma peronista.* Puntosur, Buenos Aires, 1989.
—. *Historia crítica de las corrientes ideológicas argentinas. Revolucionarios, nacionalistas y liberales, 1806-1898.* Universidad Nacional de La Matanza-Fundación Ross, Rosario, 2013.
—. *Historia política de las Américas. De los orígenes a la emancipación.* Prometeo-Universidad Nacional de La Matanza, Buenos Aires, 2010.
—. *Jinetes rebeldes. Historia del bandolerismo social en la Argentina.* Javier Vergara, 2000. (Reedición, Colihue, Buenos Aires, 2009).
Cutollo, Vicente Osvaldo. *Nuevo diccionario biográfico argentino.* Elche, Buenos Aires, 1969.
De Gandía, Enrique (comp.). *Memorias del general Iriarte* (9 tomos). Ediciones Argentinas, Buenos Aires, 1947.
De Paoli, Pedro. *Juan Facundo Quiroga.* Ciordía, 1959.
—. *Proceso a los montoneros y Guerra del Paraguay.* Eudeba, Buenos Aires, 1973.
Del Corro, Fernando. *Malvinización y desmentirización. Un aporte económico, político y cultural en el marco de la Patria Grande.* Fabro, Buenos Aires, 2013.
Díaz, Claudio. *El movimiento obrero argentino.* Fabro, Buenos Aires, 2010.
—. *Manual del antiperonismo ilustrado.* Ciccus, Buenos Aires, 2008.
Discépolo, Enrique Santos. *Mordisquito ayer y hoy. La batalla cultural.* Fabro, Buenos Aires, 2011.
Duhalde, Eduardo Luis. *El Estado terrorista argentino.* Eudeba, Buenos Aires, 1989.
Duhalde, Eduardo Luis y Pérez, Eduardo. *FAP. De Taco Ralo a la Alternativa Independiente.* De la Campana, Buenos Aires, 2003.
Echagüe, Juan Pablo. *Monteagudo. Una vida meteórica.* Kraft, Buenos Aires, 1942.
Ferla, Salvador. *Mártires y verdugos*. Continente, Buenos Aires, 2007.
Fernández, Aníbal. *Zonceras argentinas y otras yerbas.* Planeta, Buenos Aires. 2012.
Ferns, H. S. *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX.* Solar Hachette, Buenos Aires, 1966.

Ferrer, Aldo. *La economía argentina.* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1990.

Flaskamp, Carlos. *Límites y desbordes. Lo nacional y lo social en la política argentina.* Libros del Rescoldo, Buenos Aires, 2008.

Fontela, Mariano. *Peronismo y Ciencias Sociales.* Sudamericana-Coppal, Buenos Aires, 2010.

Frenkel, Leopoldo (comp.). *El justicialismo. Su historia, su pensamiento y sus proyecciones.* Legasa, Buenos Aires, 1984.

Furlong, Guillermo. *Misiones y sus pueblos de guaraníes,* Balmes, Buenos Aires, 1962.

Galasso, Norberto. *De la banca Baring al FMI. Historia de la deuda externa argentina.* Colihue, Buenos Aires, 2002.

—. *Perón. Formación, ascenso y caída (1898-1955).* Colihue, Buenos Aires, 2006.

—. *Seamos libres y lo demás no importa nada. Vida de San Martín.* Colihue, Buenos Aires, 2000.

Gálvez, Manuel. *Biografías completas* (dos tomos). Emecé, Buenos Aires, 1962.

García, Delia María; Hernández, Pablo J., Pestanha, F. y otros. *FORJA. Setenta años de pensamiento nacional.* Corporación Buenos Aires Sur, 2006.

García, Mellid, Atilio. *Proceso al liberalismo argentino.* Peña Lillo, Buenos Aires, 1974.

Garretón, Adolfo. *Partes detallados de la expedición al desierto de Juan Manuel de Rosas en 1833. Recopilación.* Eudeba, Buenos Aires, 1975.

Gillespie, Richard. *Soldados de Perón. Los Montoneros.* Grijalbo, Buenos Aires, 1987.

González Arzac, Alberto; Biagosch, Facundo y Seguí, Malvina. *El corralito. Historia de una colosal estafa al pueblo argentino*. Fabro, Buenos Aires, 2001.

Gullo, Marcelo. *Conversaciones con Alberto Methol Ferré.* Fabro, Buenos Aires, 2013.

—. *La insubordinación fundante.* Biblos, Buenos Aires, 2008.

—. *La otra historia.* Biblos, Buenos Aires, 2013.

Güemes, Luis. *Güemes documentado.* Plus Ultra, Buenos Aires, 1986.

Hernández, Arregui, Juan José. *Imperialismo y cultura.* Hachea, Buenos Aires, 1964.

—. *La formación de la conciencia nacional.* Hachette, Buenos Aires, 1960.

—. *Peronismo y socialismo.* Corregidor, Buenos Aires, 1972.

Hernández, José. *Martín Fierro.* Varias ediciones.

—. *Vida del Chacho.* CEAL, Buenos Aires, 1967.

Hernández, Pablo J. *Conversaciones con José M. Rosa.* Fabro, Buenos Aires, 2008.

—. *La batalla cultural.* Fabro, Buenos Aires, 2013.
Ibarguren, Carlos. *Juan Manuel de Rosas. Su vida, su drama, su tiempo.* Theoria, Buenos Aires, 1997.
—. *La historia que he vivido.* Eudeba, Buenos Aires, 1969.
Irazusta, Julio y Rodolfo. *La Argentina y el imperialismo británico.* Tor, 1934.
Ivancich, Norberto. *Escritos peronistas.* Sudamericana, Buenos Aires, 2007.
Jaguaribe, Helio; Aldo Ferrer y otros. *La dependencia económica de América Latina.* Siglo XXI, Buenos Aires, 1969.
Jaramillo, Ana. *Cuadernos de FORJA.* Editorial de la Universidad Nacional de Lanús, Buenos Aires, 2012.
Jauretche, Arturo. *El Plan Prebisch. Retorno al coloniaje.* Peña Lillo, Buenos Aires, 1974.
—. *Manual de zonceras argentinas.* Corregidor, Buenos Aires, 1999.
—. *Política nacional y revisionismo histórico.* Peña Lillo, Buenos Aires, 1984.
Koenig, Marcelo. *Vencedores vencidos: peronsimo-antiperonsmo.* Punto de Encuentro, Buenos Aires, 2013.
Kroeber, Clifton. *Rosas y la revisión de la historia argentina.* Fondo Editor Argentino, Buenos Aires, 1965.
Laclau, Ernesto. *La razón populista.* FCE, Buenos Aires, 2005.
Lamadrid, Gregorio Aráoz de. *Memorias* (4 tomos). W.M. Jackson Inc., Buenos Aires, 1953.
Lanata, Jorge. *Argentinos I* y *II,* Ediciones B, Buenos Aires, 2002 y 2003.
Lappas, Alcibíades. *La masonería argentina a través de sus hombres.* Impresora Belgrano, Buenos Aires, 1966.
Larraquy, Marcelo. *López Rega.* Aguilar, Buenos Aires, 2011.
Launay, Luis. *Lucio Norberto Mansilla. El héroe de Obligado.* Fabro, Buenos Aires, 2011.
Lettieri, Alberto. *La batalla cultural y la mirada de la historia.* Ross, Rosario, 2014.
—. *La historia argentina en clave nacional, federalista y popular.* Norma-Kapelusz, Buenos Aires, 2013.
López Mato, Omar. *Artigas. Un héroe de dos orillas.* El Ateneo, Buenos Aires, 2011.
Mansilla, Lucio V. *Una excursión a los indios ranqueles.* Gradifco, Buenos Aires, 2011.
Manson, Enrique. *El proceso a los argentinos. Entre dos helicópteros.* Fabro, Buenos Aires, 2010.
—. *Fermín Chávez y su tiempo.* Fabro, Buenos Aires, 2013.
—. *José María Rosa, el historiador del pueblo.* Ciccus, Buenos Aires, 2007.

Methol Ferré, Alberto. *La crisis del Uruguay y el Imperio Británico.* Peña Lillo, Buenos Aires, 1959.
Miranda, Sebastián. *La Guerra Contra la Confederación Peruano-Boliviana (1837-1839).*
Monteagudo, Bernardo. *Escritos políticos.* Ruy Díaz, Secretaría de Cultura de La Nación, Buenos Aires, 1994.
Muñoz Azpiri, José Luis. *Historia completa de las Malvinas.* Oriente, Buenos Aires, 1966.
O'Donnell, Pacho. *Caudillos federales. El grito del interior.* Aguilar, Buenos Aires, 2012.
—. *Che, la vida por un mundo mejor.* Sudamericana, Buenos Aires, 2003.
—. *Juan Manuel de Rosas. El maldito de la historia oficial*. Aguilar, Buenos Aires, 2013.
—. *Juana Azurduy, la teniente coronela.* Planeta, Buenos Aires, 1996 (reedición, Sudamericana, 2005).
—. *La gran epopeya. El combate de la Vuelta de Obligado.* Aguilar, Buenos Aires, 2012.
—. *Los héroes malditos*. Sudamericana, Buenos Aires, 2005.
—. *Monteagudo. Pionero y mártir de la unión americana.* Aguilar, Buenos Aires, 2013.
Oliva, Enrique. *Malvinas. El pasado es el prólogo.* Fabro, Buenos Aires, 2013.
Olmos, Alejandro. *Todo lo que usted quiso saber sobre la deuda externa y siempre se lo ocultaron.* De los Argentinos, Buenos Aires, 1989.
Orsi, René. *Historia de la disgregación rioplatense 1808-1816.* Peña Lillo, Buenos Aires, 1969.
Ortega Peña, Rodolfo y Duhalde, E. Luis. *Baring Brothers y la historia política argentina.* Colihue, Buenos Aires, 2013.
—. *Felipe Varela contra el Imperio Británico.* Schapire, Buenos Aires, 1975.
Palacio, Ernesto. *Historia de la Argentina.* Abeledo-Perrot, Buenos Aires, 1981.
Parish Robertson, Juan y Guillermo. *Cartas del Paraguay.* Intercontinental, Asunción, 2007.
Pavón Pereyra, Enrique. *Yo Perón.* Milsa, Buenos Aires, 1993.
Paz, José María. *Memorias* (4 volúmenes). Emecé, Buenos Aires, 2000.
Perón, Eva. *Mi mensaje.* Tolemia, Buenos Aires, 2012.
Perón, Juan Domingo. *Conducción política.* Fabro, Buenos Aires, 2013.
—. *Doctrina peronista.* CS, Buenos Aires, 2012.
—. *El modelo argentino para el proyecto nacional.* Fabro, Buenos Aires, 2013.
—. *La comunidad organizada.* Fabro, Buenos Aires, 2010.
—. *La hora de los pueblos.* Ediciones Argentinas, Buenos Aires, 1974.

Pestanha, Francisco. *¿Existe un pensamiento nacional?* Fabro, Buenos Aires, 2006.
Pigna, Felipe. *Los mitos de la historia argentina* (5 volúmenes). Planeta, Buenos Aires, 2005.
—. *Mujeres tenían que ser.* Planeta, Buenos Aires, 2011.
Piñeiro Iñíguez, Carlos. *Hernández Arregui.* Peña Lillo-Ediciones Continente, Buenos Aires, 2013.
Pomer, León. *La Guerra del Paraguay. Estado, política y negocios.* CEAL, Buenos Aires, 1987.
Prado, Manuel. *La guerra al malón.* Eudeba, Buenos Aires, 1960.
Puiggrós, Rodolfo. *Pueblo y oligarquía.* Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1965.
Quesada, Ernesto. *La época de Rosas* (5 tomos). Oriente, Buenos Aires, 1965.
Raed, José. *Rosas. Cartas confidenciales a su embajadora Josefa Gómez*. Humus, Buenos Aires, 1972.
Ramos, Jorge Abelardo. *Historia de la Nación Latinoamericana.* Continente, Buenos Aires, 2011.
—. *Revolución y contrarrevolución en la Argentina: las masas en nuestra historia* (5 volúmenes). Oriente, Buenos Aires, 2012.
Rapoport, Mario. *Historia económica, política y social de la Argentina.* Macchi, Buenos Aires, 2000.
—. *Las políticas económicas de la Argentina. Una breve historia.* Planeta, Buenos Aires, 2010.
Recalde, Aritz. *El pensamiento de John William Cooke en las cartas a Perón (1956-1966).* Nuevos Tiempos, Buenos Aires, 2009.
Regali, Enzo. *Abelardo Ramos.* Del Corredor Austral-Ferreira, Córdoba, 2010.
Rex González, Alberto. *Argentina indígena.* Paidós, Buenos Aires, 1972.
Reyes Abadie, Washington. *Artigas y el federalismo en el Río de la Plata.* Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.
Rosa, Eduardo. “4 de junio de 1846. Victoria argentina de El Quebracho”. www.pensamientonacional.com.ar (consulta: febrero de 2014).
Rosa, José María. *Análisis histórico de la dependencia Argentina*. Guadalupe, Buenos Aires, 1974.
—. *El Cóndor Ciego.* Fabro, Buenos Aires, 2008.
—. *El revisionismo responde.* Buenos Aires, 1964.
—. *Historia argentina* (13 tomos). Oriente, Buenos Aires, 1979.
—. *La Guerra del Paraguay y las montoneras argentinas.* Hyspanoamerica, Buenos Aires, 1985.
—. *Rivadavia y el imperialismo financiero.* Peña Lillo, Buenos Aires, 1974.
Rosas, Juan Manuel de. *Cartas del exilio, 1853-1875.* José Raed,

Buenos Aires, 1974.
Saldías, Adolfo. *Historia de la Confederación Argentina* (3 tomos). Eudeba, Buenos Aires, 1978.
Scalabrini Ortiz, Raúl. *Bases para la reconstrucción nacional.* Plus Ultra, Buenos Aires, 1973.
—. *Historia de los ferrocarriles argentinos*. Devenir, Buenos Aires, 1957.
—. *Política británica en el Río de La Plata*. Plus Ultra, Buenos Aires, 1986.
Scenna, Miguel Ángel. *FORJA*. La Bastilla, Buenos Aires, 1972.
Seoane, María y Muleiro, Vicente. *El dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla.* Sudamericana, Buenos Aires, 2001.
Shuway, Nicolás. *La invención de la Argentina.* Emecé, Buenos Aires, 2002.
Sierra, Vicente. *Historia de la Argentina* (8 tomos). Editorial Científica Argentina, Buenos Aires, 1967.
Sosa de Newton, Lily. *Diccionario biográfico de mujeres argentinas.* Plus Ultra, Buenos Aires, 1986.
Spilimbergo, Jorge Enea. *Clase obrera y poder.* Izquierda Nacional, Buenos Aires, 1964.
Sulé, Jorge Oscar. *La coherencia política de San Martín.* Fabro, Buenos Aires, 2007.
—. *Rosas y sus relaciones con los indios,* Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, Buenos Aires, 2003.
Tarruella, Alejandro. *Guardia de Hierro. De Perón a Kirchner.* Sudamericana, Buenos Aires, 2005.
Vázquez, Pablo. *Jauretche: historia, doctrina y medios. FORJA, de Yrigoyen a Perón.* Fabro, Buenos Aires, 2013.
—. *Manual del peronista. De la fundación del partido hasta la lucha contra los gorilas, 1948-1970.* Fabro, Buenos Aires, 2011.
Vergara Bertiche, Osvaldo. *Manuel Ugarte, somos lo que somos.* Cultura y Nación, Buenos Aires, 2000.
Viñas, David. *Indios, ejército y frontera.* Siglo XXI, Buenos Aires, 1982.
Zaiat, Alfredo (dir.). Colección “Historia de la economía argentina del siglo XX”. *Página/12,* Buenos Aires, 2007.